



FEROX

SERÁS LEYENDA

Olivia Sterling



En los albores del año 1000, mientras media humanidad vive entre el hambre y la miseria, la otra media aguarda con temor la llegada del fin del mundo. La joven Micaela y su padre han pasado la vida aislados en el claro de un bosque, escondiéndose de los asesinos que la buscan. La curiosa e indómita niña crece sin conocer nada de lo que ocurre más allá de su bosque. Una mañana se hacen realidad sus temores: en el claro se presenta un hombre tuerto que viene a llevársela, y ella se ve obligada a huir. Inicia así un viaje lleno de peligros por un medievo sometido a la ley del más fuerte, que la conducirá a encontrar el miedo, la traición y la muerte, pero también el amor. Su destino: descubrir la verdad sobre su origen; una verdad que custodia una mítica comunidad de mujeres libres que sobreviven ocultas en un lugar secreto: la Playa de los Hombres de Piedra.

Olivia Sterling


Ferox

Serás leyenda



Título original: *Ferox*
Olivia Sterling, 2019

Revisión: 1.0

 03/10/2019

*Esta novela está dedicada a todos los que
lucharon con todas sus fuerzas y perdieron;
a todos los que perdieron por no haber
encontrado fuerzas para luchar.*

*Pide que tu camino sea largo,
que numerosas sean las mañanas de verano
en que con placer felizmente arribes
a bahías nunca vistas.*

KONSTATIN KAVAFIS

Una vez que fueron devoradas las bestias salvajes y los pájaros, los hombres se pusieron a recoger, bajo el imperio del hambre, toda clase de carroñas y cosas horribles de decir...; finalmente, un hambre rabiosa empujó a los hombres a comer carne humana. Los viajeros eran capturados por individuos más robustos que ellos, quienes los descuartizaban, los cocían al fuego y los devoraban. Muchos otros que, huyendo del hambre, vagaban de un lugar a otro, sirvieron como alimento de aquellos mismos que les habían ofrecido su hospitalidad.

RAOUL GLABER (c. 985-c. 1050),
cronista benedictino.

CAPÍTULO 1

EL HOMBRE DE LOS NUEVE DEDOS



1

NO HUBO SEÑALES EN EL CIELO; ningún estudioso leyó en las estrellas que, aquel día, Micaela Mediaespada iba a comenzar el camino que la conduciría hasta la muerte. Las luces del amanecer no trajeron fríos glaciales ni un calor extraordinario, no hubo tormentas en el horizonte; había asomado un sol mortecino, grisáceo, asediado por unas nubes peleonas.

Esa mañana, los nervios la habían levantado poco antes del alba. Micaela echó en falta a su padre cuando no lo vio durmiendo a su lado, en el jergón. Un mal presentimiento la hizo estremecerse. Mientras iban despertando las primeras luces, lo buscó fuera, en el huerto y junto a la hoguera. «El muy testarudo —pensó aterrada— ¡se ha metido él solo en el bosque!».

La chica ya no se dio respiro; había visto los despojos y colgajos de piel que las garras del monstruo dejaban tras de sí. Corrió al interior del chamizo y envainó los cuchillos alrededor del cinto, atenta a la tímida luz que iba elevándose en el horizonte.

«Padre —le había propuesto ella, días antes—, podríamos ir más allá del pueblo, y comprar armas con que defendernos». «No», fue la respuesta hosca de Mathías Nuevededos. «Padre, podríamos ir al norte, y contratar a cazadores que nos ayudaran». Y la respuesta volvió a ser: «No». Acaso fuera todo otra excusa de la chica para salir al fin de aquella parcela de bosque, y conocer algo más que aquellas cuatro hierbas. «Padre, podríamos...». «Micaela, asunto zanjado. El mundo no es lugar para nosotros. Tendremos que solucionarlo solos».

Empapada en sudor de puro miedo, Micaela se detuvo para recogerse la melena trigueña que le recorría la espalda. Luego, en previsión de que al oso

le diera por despedazarla puso cuidado en atarse gruesos pedazos de cuero a los brazos, morenos y firmes, capaces de encaramarla a las ramas de los árboles; y quedó así oculto aquel triángulo rojizo que tan poco le gustaba, la vieja quemadura.

«Tengo el cuerpo de una mujer», se dijo sorprendida al cubrir las pantorrillas, torneadas de correr por el bosque. ¿Cuándo había dejado de ser una niña? En pocos inviernos toda su figura dio en estilizarse, aparecieron formas que le sorprendía descubrir cuando se bañaba desnuda en el río. Le había cambiado el rostro, también: la suya no era ya la carita redonda de una cría.

Poco más se sabe del comienzo de ese día, pero no hay duda acerca de una cosa: Micaela se internó en la espesura, dispuesta a encontrar a su padre.

Al principio les había venido bien la aparición del oso, pues ya nadie se atrevía a adentrarse en el bosque, y esto, a Micaela y al Nuevededos les convenía por encima de ninguna otra cosa.

Al monstruo lo habían bautizado «Lucifer» los aldeanos del pueblo cercano, después de que hubiera desaparecido una mujer cuando se encaminaba hacia el río, a por agua. Fueron cada vez más temerarias las incursiones del oso Lucifer, no bien hubo probado la sangre de cristiano.

A Micaela y a su padre llevaba semanas acosándolos; acudía con toda impunidad hasta el claro a robarles comida y arrasaba con lo que encontraba a su paso. Destrozó el huerto y se comió todo lo que habían plantado; estuvo a punto de hundir la cabaña a empujones, buscando la manera de alcanzarles, mientras ellos aguardaban dentro, espantados. Otros animales habían abandonado la zona, por miedo a que el oso descomunal diera cuenta de ellos; y Micaela y su padre, en busca de una triste liebre que echarse a la boca, se vieron obligados a alejarse cada día más cuando salían a cazar.

Hacía ya años que la hambruna asolaba aquellas tierras. El mundo se había vuelto enemigo de la humanidad: lluvias y heladas fuera de estación estropearon las cosechas. Ya no era que se cazasen pájaros o perros; los campesinos devoraban incluso la carroña a medio pudrir que encontraban en los campos. Corrían espantosos rumores; se decía que, al este, en las llamadas

Tierras Muertas, las gentes vagaban sin encontrar alimento, que habían desaparecido cadáveres, y hasta niños. Seguramente de aquellos lugares vino el oso, huyendo de la escasez.

—Se acabó —había dicho su padre la noche anterior—. Voy a matar a ese hijo de Satanás o se nos terminará comiendo vivos.

En ninguna crónica se refleja cuándo ocurrió, pues, como la mayoría de sus iguales, ni Micaela ni su padre conocían la fecha del día en que vivían. Para qué necesitarían saber que aquel era el 1033 del calendario juliano; esas eran cosas de frailes. No sabían leer, del mismo modo que no sabían leer ni sastres ni carniceros, ni aun un maestro de obra. Todo el mundo desconocía su edad, o el día de su cumpleaños; ningún hombre estaba al corriente del número de hijos que tenía repartidos por el mundo. Cuánto tiempo de luz resta para que llegue la noche, los signos que delatan a un caballo enfermo o dónde asestar una buena cuchillada; he aquí los más necesarios conocimientos para afrontar los días.

Cuando, a media mañana, Micaela encontró a su padre en la espesura, la recibió un inquietante silencio; pareciera que todos los seres vivos hubieran huido para no presenciar el encuentro entre Lucifer y los dos solitarios habitantes del bosque.

Micaela se arrodilló junto a Mathías Nuevededos; estaba inmovilizado en el suelo, con el rostro contraído de dolor.

—¿Qué haces aquí, condenada?! —murmuró—. ¡Te dije que no se te ocurriera venir!

Echó un ojo Micaela al amoratado tobillo de su padre, atrapado por unas raíces.

—¿Se ha roto?

—Roto no creo —respondió Mathías en un hilo de voz—, pero si esa bestia nos encuentra...

Hicieron falta las fuerzas de ambos, cuatro manos fornidas, para liberarlo de las raíces. Todavía no era libre del todo cuando el padre tomó las de la hija y las apretó, estremecido. Reparó ella en el dedo que faltaba.

Cuánto le había fascinado desde niña aquel dedo inexistente. «Un día —contaba él acerca de cómo lo había perdido—, un malnacido se cobró una vieja deuda contraída en los dados»; en otra ocasión le dijo: «Un almorávide

venido del desierto me lo pisó con su caballo, en medio de una batalla»; y también: «Un pirata sarraceno me torturó para que delatase la posición de mi campamento»; pero la mayor parte de las veces su padre se limitaba a contestar refugiándose en un silencio adusto.

Mathías Nuevededos señaló con la barbilla una bola de excrementos, y Micaela tomó un pedazo y le dio vueltas con tres dedos para verificar si estaba fresca.

—No anda lejos —murmuró sobrecogida.

—Mi comadreja chica —replicó él—; tienes que irte.

—Me voy, padre, pero con vos.

Trató de incorporarlo. Le sorprendió a Mathías la fuerza de aquella muchacha espigada en que se había convertido su pequeña; no alcanzaba los dos palmos cuando, huyendo del mundo, se escondieron en aquel bosque perdido.

Micaela reparó en que él se había traído consigo la vieja espada, ennegrecida por los años y partida por la mitad, y sonrió.

Estaban ya de pie los dos y, tan de repente como cuando cruza un abejaruco, Mathías la agarró del brazo.

—¡Ay! —dijo ella.

Apretaba tanto que le hacía daño.

—¿Padre?

Advirtió que el Nuevededos miraba por encima de su hombro, inexpresivo, pálido, hacia algo que le dejaba clavado en el sitio.

—No te muevas —silabeó su padre, apenas sin mover los labios—. Por los clavos de Cristo, no se te ocurra moverte.

Parecía haber callado la espesura, desaparecidos los acostumbrados trinos de los pájaros y el ruido de las hojas en las copas, cuando Micaela escuchó allá, a su espalda, una respiración pesada y cavernosa.

Tan incapaz de obedecer como aquella esposa de Lot que, por volverse a mirar, terminó convertida en estatua de sal, así hizo Micaela; y fue dándose la vuelta muy despacio.

Al verlo a menos de tres varas, Micaela quedó, en efecto, petrificada.

De todo lo que ocurrió a continuación dicen que hubo un testigo mudo: un joven cazador que se había internado en el bosque para buscar una alimaña

que llevarse a la boca. Lo cierto es que, años después y gracias a su relato, todavía hoy se cantan diferentes versiones de cómo Micaela Mediaespada encaró a Lucifer. Los maestros de piedra tallarían capiteles con una mujer gloriosamente enfrentada a un gran oso, vestida de guerrera y alzada sobre un caballo.

Asemejaba un carromato descomunal; a su paso se estremecía el bosque. A medida que avanzaba, un reguero de babas caía de aquella boca enorme, por donde asomaban unos dientes amarillos y desiguales, atento a cualquier cosa con que llenar su monstruoso estómago, pozo negro que nunca encontraba alivio. «Es en verdad el diablo encarnado», pensó Micaela junto a su padre; muy quietos, pese a que temblaban como las llamas de dos velas.

Receloso, Lucifer miró a un lado, desde las esferas oscuras que tenía por ojos; luego al otro, por si aquellos dos pasmarotes pudieran significar una trampa. A modo de aviso emitió un rugido, que reverberó no solo en el pecho de Micaela y en el del Nuevededos, sino en varias leguas a la redonda.

—Un árbol, padre —resolvió entre dientes Micaela—. Tenemos que subirnos a un árbol.

—Apenas puedo moverme. Vete tú. ¡Corre, escápate tú!

—¡No voy a dejaros aquí!

—Micaela, ¡echa a correr ahora mismo!

La mente de la chica estaba ya trabajando. Deprisa. Deprisa. Lo cierto es que, en su estado, Mathías Nuevededos no tenía manera de ponerse a salvo.

Llevado por el hambre, el oso olvidó las precauciones y dio un paso; nada más empezar a acercarse hasta sus presas, un enjambre pareció salir de su ser y lo envolvió como una nube: le acompañaba un ejército de moscas, acólitos fieles y agradecidos, pues sabían que allá donde fuera Lucifer siempre encontrarían carne.

—Vete —insistía él—, ¿me oyes? ¡Sal corriendo mientras yo lo distraigo!

Viendo ella que abría las fauces el monstruo, gustando ya las ricas carnes de los dos infelices, apretó la mano de su padre.

—Perdonadme, padre —susurró Micaela, sonriendo.

—¿Por?

—Porque os voy a usar de cebo.

NO HUBIERA ACTUADO MÁS RÁPIDO UNA LIEBRE: Micaela le quitó a Mathías la cuerda que llevaba y, a la carrera, acudió hasta el árbol más cercano. Seguida por la mirada sorprendida del oso Lucifer, la joven ató la cuerda al árbol; un nudo, dos, a la velocidad del rayo.

—¡Micaela, ¿qué haces?!

Alzó su padre la espada para llamar la atención del monstruo.

—¡Aquí, animal! —gritó—. ¡Eh! ¡Mírame a mí! ¡A mí!

Lo cierto es que no sabía a quién acudir el oso Lucifer; si al hombre de la espada partida o a la chica que echaba manos al tronco y subía, acostumbrada a trepar a otros árboles aún más altos; subió como una comadreja verdadera, hasta encaramarse en una rama lo bastante gruesa, donde quedó sentada a horcajadas.

—¡Pst, tú —gritaba el Nuevededos—, oso del demonio, no la mires!

Viendo que se le escapaba la mitad del almuerzo, Lucifer rugió con toda la fuerza de aquellos dos fenomenales fuelles de herrero que eran sus pulmones, y se incorporó sobre las dos patas. Apabullado, Mathías Nuevededos tragó saliva.

Con los pies colgando a cierta altura, Micaela pasó un extremo del cabo alrededor de dos o tres ramas, hasta que se quedó con el final entre las manos.

Era tan largo el oso, que al ponerse en pie, su cabeza vino a quedar a un palmo por debajo de Micaela; ella hubiera podido estirar los dedos de sus pies descalzos y los habría metido de lleno en las fauces del monstruo. Desde abajo, el oso siguió con los ojos cómo se desplegaba al viento la melena de la muchacha, igual que se expande la vela de un barco.

Lucifer trató de pillarle las piernas con un mordisco fulminante, pero Micaela las retiró enseguida y chocaron los dientes, mordiendo el vacío. A ojos de la chica, que lo miraba desde arriba, aquella que el monstruo tenía en la cara era la entrada del infierno: conducía a un abismo insondable, hediondo. Al olor de la comida se volvió tan loco Lucifer que no acertaba a chascar los piececillos que ella retiraba tras cada dentellada. Y mientras sucedía esta

persecución imposible, Micaela aferraba la cuerda, dispuesta a llevar a cabo su plan desesperado.

—¡Ni se te ocurra! —gritaba abajo el padre, adivinando ya lo que se proponía—. ¡No lo hagas, no seas insensata!

Comprendió enseguida el monstruo que, tras cada vaivén de la chica, tenían por fuerza que volver las piernas, a causa del puro impulso; de modo que el muy ladino hizo el amago de ir a morderla y solo cuando ella se retiró fue que él abrió las fauces, sabiendo que ahora los piecitos vendrían solos hasta su boca. Una lagrimilla de placer escapó de uno de sus negros ojos, saboreando ya la mitad inferior de la chica.

Fue precisamente en el transcurso del viaje que emprendían sus piernas hasta la boca del oso que una gota de sudor resbaló desde la garganta de Micaela hasta el pecho, y esta gota helada la hizo reaccionar. «Ahora o nunca —se dijo—. ¡Ahora o nunca!».

En ninguna de las versiones que se contarían de este momento, exageradas quizá por juglares y goliardos borrachos a los que les gusta dar exceso de color a las historias, llegó a representarse la verdad: a Micaela sentada en lo alto de un árbol aferrada al extremo de una cuerda, jugándose todo a una sola carta que requería arrojo, suerte y puntería.

Avanzó Lucifer abriendo aquella boca con la que quería tragarse el mundo, cuando Micaela, «¡Ahora o nunca!», echó abajo el lazo y atrapó al oso por el cuello. Nada más sentir la cuerda, Lucifer cerró la boca y giró la cabeza.

Micaela aferró el otro extremo enseguida y, tirando, no solo se dejó caer del árbol hasta que dio con sus huesos en el suelo sino que, así, cerró el nudo corredizo que había echado al cuello del monstruo. En el tiempo de un parpadeo había quedado Lucifer atado al árbol, por el cuello y de puntillas, sin poder zafarse y dando brazadas mortíferas que hacían sonar el aire. Rugía desesperado, echaba truenos por la boca; y, anunciando su derrota, los truenos recorrían el bosque, igual que si una tormenta se hubiera infiltrado en la espesura.

A cuatro patas iba ya Micaela, en pos de Mathías, que llevaba unos instantes arrastrándose para alejarse de la fiera. Lucifer estaba tan ciego de ira que, en uno de sus zarpazos descontrolados estuvo a punto de destrozar a la chica cuando esta se abrazaba a su padre. Por un pelo evitó Micaela que los

despedazara. Tan por un pelo que, con un chasquido seco, cayó al suelo una de las protecciones de cuero, seccionada en dos por aquellas uñas negras como tizones.

Rugió el monstruo, y, a una distancia ya segura, rugieron Micaela y su padre, de puro miedo, pues no eran más que tres animales enfrentándose.

Así, contada por el joven cazador que lo había presenciado todo, la leyenda de la muchacha y el oso corrió tan rápido como el fuego en un secarral. Y llegó muy lejos, más allá del bosque, más allá de las Tierras Muertas. Aún cantan a corro los niños una cantinela sobre un oso que acabó atado a un árbol; y los taberneros sirven un atadillo de carne de oso que llaman *Cuerda de Lucifer*.

Mucho debieron de gritar de alegría, padre e hija, sentados en el suelo; y seguramente se abrazaron y lloraron, mientras Lucifer bramaba, exasperado, abriendo las fauces para tratar de llegar hasta ellos y devorarlos al fin.

Qué poco, sin embargo, iba a durar el regocijo. Ya en ese momento habían comenzado a moverse las piezas que, lenta pero inexorablemente, habrían de conducir al final de Micaela. Pronto se acercaría hasta ellos un infame jinete, venido desde el otro lado del mundo y llevando consigo una daga temible, una *jambiya* sarracena, con la que habría de intentar destriparlos.

3

MONTADO EN SU CABALLO TORDO, EL JINETE ATRAVESABA LA ÁRIDA ESTEPA; resaltaba luminosa su figura sobre la superficie calcinada. La vista se perdía en el horizonte fantasmal, despoblado de vida. Nadie en muchas leguas

a la redonda, ni una brizna de hierba sobre la loma asolada por el fuego.

«Más allá de la colina quemada —le habían dicho en el pueblo—. Seguid el río». Y era allí hacia donde el jinete se encaminaba, en busca de un hombre.

El jinete se hacía llamar Beltrán Cuervo; el nombre lo eligió porque así, Beltrán, se llamaba un amigo que tuvo de niño, en el hospicio.

La decisión sobre el apellido la marcó la oscuridad. «¿Cuál —musitó una noche a la luz de una hoguera, hablando solo—, cuál si no la de los cuervos es la compañía que, de camino en camino, va siempre con hombres solitarios como yo?».

El jinete se había visto obligado a ir prescindiendo de otros nombres a medida que se iban asociando al robo de un collar en Simancas, al asesinato de un alguacil en Astorga o a la desaparición de una niña en Roa. Al jinete, «Beltrán Cuervo» le parecía tan buen nombre como cualquier otro para encubrir su pasado.

Acabó la colina quemada, se disipaban las huellas del reciente incendio, y, como si se cruzara una frontera, comenzaron a aparecer signos de vida: un matorral, unas plantas, algunas flores.

No tenía demasiado buena la vista. Y, a lo poco buena, tampoco ayudaba que, allá donde los hombres tienen dos ojos, el Cuervo tuviera solo uno. Por esto le costó vislumbrar el bosque, unas leguas más allá. «Seguid el río —le habían dicho— y encontraréis una arboleda. Hay unas ruinas malditas de Dios, en un claro; allí vive el hombre al que le falta un dedo».

Si la suerte del diablo acompañaba a Beltrán Cuervo, ese hombre podía ser el traidor que le había sacado el ojo hace años. Desde entonces, al Cuervo le cruzaba la frente una venda que le tapaba la cuenca vacía.

—Quieto, carajo —gruñó el jinete tirando de las bridas.

El caballo estaba nervioso. También el adusto Cuervo lo estaba: sabía hasta el más necio que era mejor evitar los bosques, resultaban el sitio ideal para un asalto. No faltaba a quien le habían abierto la garganta en una espesura solo para robarle unas calzas cochambrosas.

El tuerto Beltrán Cuervo afianzó la *jambiya* que llevaba en los riñones y rumió por lo bajo:

—Cristo me ampare, huele como en el Infierno.

Después rio su propia humorada. Inspiró con largura, llenándose el pecho de aire requemado, y se adentró en la arboleda.

4

—HAS VUELTO A CORTARTE —dijo él, arisco.

Micaela se encontraba arrodillada a sus pies mientras Mathías se dejaba entablillar el tobillo, sentado junto a la hoguera y a salvo ya, en el claro que durante años les había servido de refugio.

—Las plantas me odian —respondió Micaela, sonriendo—, me atacan con sus raíces y sus espinas.

—Lo que te daña también te puede curar, calamidad; este es el trato que la Naturaleza hizo con los hombres. Anda —señaló—, dame las hierbas de ahí, de la faltriquera.

Micaela no tenía recuerdo de su madre; solo sabía que había muerto siendo ella muy pequeña, de unas fiebres que de allí hasta Tierras Muertas diezmaron a la población. No tenía hermanos. Durante todos aquellos años ambos habían llevado una vida retirada y solitaria. Micaela apenas había departido con algún campesino con el que intercambiaban alimentos; las pocas personas con las que tuvo contacto habitaban en las tierras colindantes, pues su padre le había prohibido relacionarse con nadie que estuviera más allá de un radio cercano y pudiera averiguar que vivían en el claro del bosque, donde las ruinas. Era exigente con ella, y en ocasiones duro, pues de esta disciplina dependían sus pellejos. No era amigo de usar tres palabras si bastaba con usar dos; bebía más a menudo de lo que debiera un buen cristiano; era malhumorado y seco, y a su paso parecía acompañarle una nube negra, pues

caminaba siempre con la mirada gacha, refunfuñando, perdido en los recuerdos.

Micaela sacó un atado de hojas de la faltriquera que había dejado junto a la hoguera, y se lo entregó.

—No las necesito, padre, de verdad.

Mathías hizo con ellas un gurrúño, hasta que extrajo un líquido verdísimo y fresco.

—Trae.

Tomó las dos manos de su hija y comenzó a aplicarle el improvisado unguento.

El conocimiento que ella había adquirido acerca del mundo, del humano ser, se había formado a partir de las historias que contaba su padre, de noche junto al fuego. Era por esto que Micaela sabía que existían cristianos y musulmanes, frailes, señores; siervos abajo y reyes arriba. Hacía ya mucho, además, que su padre le había hecho saber que había guerras, y que siempre las habría; que la vida apenas vale nada.

—La tuya, Micaela —dijo—, es una batalla perdida. La malditísima trinidad ya ha tomado nuestra casa.

Era cierto que la zarza, el helecho y el tojo pretendían arrebatarles su pequeña parcela de tierra y se habían infiltrado en las paredes, agrietándolas; el agua del pozo sabía a verde, corrompida por el musgo que crecía en el fondo; y hasta del suelo de la choza brotaban las malas hierbas. Hacía mucho que él se había rendido, pero la esforzada Micaela, devenida en Sísifo, cada mañana se obstinaba en arrancar la maleza que había crecido durante la noche buscando enseñorearse de su cabaña.

—Hija, por Dios, tienes las manos arrasadas. Aplícate esto a menudo, comadreja chica, o se te abrirán hasta hacerte sangre.

Ya no quedaba espacio en donde le pudieran cortar sus viejas enemigas, las plantas; tenía las palmas cubiertas de cicatrices.

—Son manos de soldado, padre —dijo Micaela, volviendo a su tarea de entablillarle el tobillo—, como las vuestras: torpes para la tierra. —Y añadió, encogiéndose de hombros—: ¿A quién pretendemos engañar? Soy como vos, nunca seré una campesina.

Nada respondió el padre, pues aquella era una verdad evidente para él

desde hacía años, y lo único que hizo fue pensar en devolverle una sonrisa que nunca terminó por asomar a su boca.

—Hecho, padre, ya tenéis entablillada la pierna. ¿Podréis caminar?

—Podré cojear.

—De nada —rio ella.

Otro le habría dado un beso en la frente, aprovechando que estaba arrodillada ante él, pero no el Nuevededos. Se disponía a farfullar una maldición cualquiera cuando un sonido les hizo levantar la vista en dirección al bosque: la voz de un hombre cantando una canción.

*Mi madrecita dijo que los hombres
de las mujeres solo quieren una cosa:
guardarse del frío en la cálida rosa...*

Corrió la chica hasta el sendero sobre sus pies desnudos, sin poder explicarse todavía qué clase de insensato atravesaba el bosque cantando a voz en grito. Supuso que no habría de querer nada bueno, pues nadie se aventuraba hasta allí si no era para negociar con Satanás.

Mathías Nuevededos notó que el miedo le cortaba la respiración. Al reconocer aquella voz se hacía realidad la peor de sus pesadillas; aquella que llevaba temiendo desde hacía diecisiete inviernos.

—Micaela —murmuró aterrado.

Micaela empalideció. Ni recordaba ya la cantidad de veces que él le había augurado este momento.

Nada se dijeron: para no delatar la presencia de la chica ya no debían hablar. Nuevededos le hizo un gesto: no podía perder tiempo. Él, por su parte, ya se había puesto en pie, animado por antiguos reflejos de soldado. A causa del dolor en el tobillo apretó la mandíbula, y, apoyándose en un palo, acudió cojeando. Abrió una trampilla disimulada en la tierra. Ocultaba una oquedad en la que apenas cabía un cuerpo humano: el delgado cuerpo de Micaela.

Lo habían ensayado cien veces; mil. La muchacha bajó a toda prisa, aunque hubiera preferido quedarse a desafiar el peligro.

«Padre —le había dicho Micaela cuando tenía cinco años, bajando a aquel mismo escondrijo—, ¿por qué debemos escondernos del mundo?». La pregunta se repetiría de cuando en cuando, cada vez que escuchaban que un intruso se acercaba al claro. Él, siempre esquivo, procuró evitarle la verdad, y se escudó en respuestas vagas. «El alguacil y sus hombres, mi comadreja chica; tenemos que conseguir que nunca te encuentren». En todas aquellas ocasiones, por fortuna, resultó no ser un amenaza: un buhonero que iba de pueblo en pueblo vendiendo su mercadería, un fraile de camino a no sé qué convento...

Esta vez, sin embargo, eran *ellos*; Mathías Nuevededos reconocía aquella voz.

*Ni de nariz chica.
Oh, doncellica,
ni de bonito pie,
ni de negros ojillos.*

Micaela se acostó en el interior del agujero. Intercambiaron una mirada, y, viéndose quizás a las puertas de la muerte, él le devolvió una mueca triste.

Mathías cerró la trampilla para ocultar a la muchacha, y aún le sobraron segundos para cubrirla de maleza.

Micaela quedó a oscuras. Se había metido allí otras veces, y en todas le angustiaba aquella oscuridad, el olor a tierra mojada. Sabía que a partir de ahora no debía moverse; ni respirar le estaba permitido, había de convertirse en una roca. «Tu vida —le recordaba siempre su padre— va a depender de ello».

Todavía le quedó tiempo al Nuevededos de echarse al gañote un trago de aguardiente casero, agarrar su espada tullida y plantarse cojeando frente al sendero, a esperar al intruso.

El bosque recobró su dominio sobre el silencio, nada se escuchaba. Micaela temía que el corazón le latiera tan fuerte, tan alto, que llegara a delatarla.

Mathías Nuevededos repasó mentalmente los escondrijos donde había

dejado dispuestas las otras armas: el hacha, bajo el banco, junto a la puerta; los dos cuchillos, uno tras una piedra y otro en la cabaña, oculto en el jergón.

Se percibieron los pesados pasos de un caballo sobre la hierba: Beltrán Cuervo estaba cada vez más cerca; casi podía vérselo ya. El Nuevededos se frotó las palmas en los pantalones, para secarse el sudor. «El hacha bajo el banco; los cuchillos, aquí y allá». Se preguntó si vendría solo, si no le acompañarían los otros. «El hacha bajo el banco...».

Los detalles se ahogaron en alguna parte de la mente de Mathías, allá donde acudió a esconderse su espíritu atemorizado, cuando se apartó la maleza y apareció sonriendo un hombre tuerto montando un caballo tordo.

Todavía tardaron un instante en reconocerse.

—Que me lleve el diablo —murmuró Beltrán Cuervo, lanzando una carcajada.

El tiempo se había esmerado en trazar arrugas en el rostro de los dos.

5

—¡QUE ME LLEVE EL JODIDO DIABLO!

Y se dejó caer desde lo alto del animal.

Los años habían pasado, en efecto: el dorado pelo de Mathías estaba hoy jalonado de mechass blancas; aquellos agujeros que marcaban la cara de Beltrán, picada de viruela, parecían ahora más profundos que entonces. Los kilos que perdió uno los había ganado el otro; Mathías lo encontró mucho más gordo.

Cierto que a Beltrán Cuervo le abultaba la barriga sobre el cinto, pero este aspecto no había mermado su apariencia amenazadora. Mathías conocía mejor que nadie las mañas de aquel rufián peligroso.

Beltrán comenzó a acercarse, mientras de la espalda se sacaba su arma preferida, la afiladísima daga árabe, menos dañina que una espada pero más ligera, y en cuyo manejo se había hecho experto con los años.

Al rufián no se le había escapado la espada que el Nuevededos aferraba por lo bajo. La reconoció a pesar de que los años habían ennegrecido la hoja y se habían soltado algunas tiras de cuero en el mango. Ya estaba partida la última vez que Beltrán Cuervo la vio.

El tuerto, rebosando falsedumbre, se echó a reír a carcajadas.

—Bendito sea el culo del niño Jesús, dejadme que os mire bien.

Como la gallina ante el zorro, Mathías no movió un solo músculo.

El recién llegado, acostumbrado a repasar todos los rincones al llegar a un campo de batalla, no cesaba de mirar aquí y allá; entre muchas risas todo ello, como quien no quiere la cosa. Pareciera que la maleza no hubiera osado invadirlas: las ruinas de una antigua ermita se elevaban en medio de aquel claro. De la ermita ahora apenas quedaba una pared, pero los restos de una gran planta rectangular delataban su antiguo esplendor; se alzaba entre los bloques derruidos un dintel coronado por un arco y adornado con inscripciones que simbolizaban el sol y la luna. Tuvo que ser hermosa, en tiempos; tan hermosa como sólida, construida para sobrevivir a aquellos primeros cristianos que la habían erigido. Con los años, abandonada de la mano de los hombres, los restos de la ermita habían adquirido un carácter sombrío: se decía en el pueblo que lo que un día había sido de Dios era ahora posesión del diablo. Nadie atesoraba el coraje suficiente como para acercarse a las ruinas, y de este carácter misterioso se habían servido Micaela y su padre para vivir tranquilos.

—Carajo —dijo el tuerto al ver el huerto y aquella cabaña erguida aprovechando los restos de pared de la antigua ermita—; vos convertido en campesino. Finalmente, este pobre ojo mío llegó a ver lo imposible.

A Mathías Nuevededos no le engañaba tanta cortesía. Preguntó:

—¿Cómo me has encontrado?

—Casualidad, capitán. No estaba seguro de que fuerais vos, fijaos, cuando en el pueblo me hablaron de un leñador al que le falta un dedo.

Mathías se miró la mano enguantada. Ponía siempre mucho cuidado en no dejar verla, para no delatarse; acaso ocurriera que, en un descuido, negra

fortuna, alguien pudo ver que solo contaba con nueve dedos.

—Pero —añadió Beltrán Cuervo— siempre sigo el rastro, cuando, al llegar a un sitio, me entero de que por las cercanías hay alguien al que le falta un dedo. Y, mirad por dónde, tuve suerte esta vez.

Señaló una piedra junto a la hoguera, un enorme tocón labrado con flores de seis pétalos, resto de una antigua columna.

—¿Puedo? —preguntó; y ya se encaminaba para tomar asiento.

A Mathías le supuso un alivio que, para agarrar el conejo ensartado que reposaba sobre el fuego, el tuerto dejara la daga sarracena a un lado.

De labios de su adversario llegó al fin, en efecto, la pregunta más temida.

—¿Dónde está? —preguntó llevándose la pieza a la boca para meterle un buen mordisco.

Nuevededos no pudo evitar palidecer; y también a Micaela, dentro de su escondite, se le fue el color de la cara.

—¡Quedaos tranquilo, coño! —replicó Beltrán riendo—. Vengo solo. Raymundo y el tarado... hace años que nos separamos. Ya no tengo que ver con ellos.

Se acercó, como quien quiere compartir un chisme, y enseñó la sonrisa agujereada.

—A mí, capitán Pero, podéis decirme la verdad.

Escuchar ese apodo de nuevo enfrió la sangre del Nuevededos. Imaginó la sorpresa de Micaela, que estaba asistiendo a la conversación bajo tierra, al escuchar que alguien llamaba «capitán Fero» a su padre. Pero el Nuevededos tuvo buen cuidado de no llevar la vista a otro sitio que no fuera el parche sobre aquella fea cara, de no decir una palabra. Calculó cuántos movimientos necesitaría para atravesar a su oponente; y cuál sería la reacción del Cuervo, hacia dónde llevaría ese peso suyo, para evitar la estocada; lo que tardaría en agarrar la *jambiya*. De pronto, y para su asombro, Mathías se sintió a gusto; después de tantos años, estos pensamientos nacían al fin de su naturaleza verdadera; no tenían que ver con arrancar matojos, con el condenado huerto, con cuidar de Micaela. Eran pensamientos de soldado.

—Entre nosotros —añadió Beltrán Cuervo—, el de padre es mucho papel para alguien como vos. ¿Sí o no? Yo, desde luego, no os habría echado en cara que hubierais terminado ahogándola en un pozo. No la veo por aquí, así que...

Decidme la verdad. ¿La vendisteis a los moros?

—Murió —replicó Mathías muy rápido. La voz, rasposa, pareció surgida de una caverna—. Murió de fiebres.

Se le quedó mirando el tuerto, tratando de averiguar si decía la verdad. Y por vida de Dios que creyó que mentía.

—¿Murió de fiebres?

—Cuando apenas tenía dos años.

El Cuervo se rascó la entrepierna como quien se rasca la cabeza, dudando, confuso.

Su ojillo vivo reparó de pronto en la figura a medio tallar que el Nuevededos había dejado junto a la hoguera.

—Fea sabandija para hacerle una talla. ¿Qué es?, ¿un topo?

—Una comadreja —respondió Mathías—. Viven a su albedrío, y eso me gusta; no son de complacer a nadie.

—Hasta hacéis *frailerías* con la madera, coño. Yo diría que parece un juguete.

—Cuándo has entendido tú de juguetes —replicó Nuevededos temiendo que aquellos malditos ojos descubrieran la trampilla en el suelo.

El Cuervo sonrió de lado, dejando asomar un colmillo. Estaba disfrutando, pinchando aquí, pinchando allá; mil veces había soñado con este momento.

—Enseñadme el cuerpo.

—¿Qué?

—No la tiraríais a un río, ¿verdad?

Extrajo del peto un enorme pañuelo lleno de manchas secas y lo sacudió.

—Disculpad: el condenado ojo. Es muy llorón, el jodido; cada dos por tres me supura alguna porquería. —Sin dejar de hablar, se aplicó aquel paño asqueroso a la cuenca vacía—. Si la niña murió de fiebres como decís, la enterraríais. Enseñadme sus restos.

Mathías Nuevededos lamentó no haber tenido la malicia de haber enterrado un cadáver, en previsión de que alguno de aquellos miserables viniera un día.

Agachó la cara, luchando por ocultar su miedo. Todavía, después de tantos años, sentía picores en el dedo ausente.

—¿Y la vieja? —preguntó cambiando de tema—. ¿La has...?

El tuerto se rio con ganas.

—¡A la Pelleja?! No, no me atrevería con ella; el veneno que guarda en la roña de las uñas le bastaría para convertirme la sangre en cuajo. En Saraqusta sigue, regentando un comercio de perfumes. —Y comentó con repugnancia—: A los moros les encantan *esas cosas*—, ya sabéis lo que les gusta bañarse, cuerpo de Cristo. Ahora la tienen presa.

—¿Presa?

Beltrán Cuervo rebuscó entre los dientes con la uña del meñique; la uña que, precisamente, dejaba larga para esos menesteres.

—La han encarcelado por no sé qué pendencia; a saber. Demonio, *vos* deberíais saber mejor que nadie qué fue de ella.

—Nunca fue santa de mi devoción.

—Tampoco vos para ella; la vieja os guardaba poco afecto: cuando la vi, la reputa me perjuró que renegaba de vos y vuestros asuntos. Carajo —escupió un huesecillo—, tiene un sabor fuerte. ¿Qué le ponéis?, ¿tomillo?

Nada dijo Mathías Nuevededos. El Cuervo proseguía, lenguaraz, masticando con la boca abierta.

—También vos y yo nos distanciamos. ¡Y no precisamente por mi culpa! La noche en que os fuisteis no quedaba nada del Fero que conocí: teníais ya un queso por cerebro, por culpa de las dulces palabras con que aquella putilla de ojos de cierva os había reblandecido los sesos; blablablí, blablablá, blablablí...

Era cada vez mayor la inquietud que agarrotaba al Nuevededos. Temía que, de un momento a otro, el tuerto terminara contando alguno de los detalles que él se había cuidado de ocultar tantos años, y que Micaela lo escuchara. Este miedo había acuciado a Mathías Nuevededos durante todo ese tiempo, y no había transcurrido una sola noche en que no sintiera su amenaza: que Micaela descubriera las mentiras.

—Te pido que no hables de ella —dijo.

—¿De la madre de la pequeña? ¿Por qué no?

—Porque lo digo yo, me cago en la letra de la Biblia.

Dentro de su escondrijo, a Micaela le saltó el corazón al descubrir que, durante todo aquel rato, habían estado hablando de su madre. Acalló el ruido de sus pensamientos para escuchar con atención al hombre tuerto, que,

mientras iba desollando el esqueleto del conejo entre sus manazas, seguía y seguía:

—Era linda, no digo yo que no.

—Calla, te he dicho.

—Aunque —el tuerto se encogió de hombros— me imagino que poca lindura ha de quedar hoy en su cara. Como dicen los curas, *tempus fundit*. Que se lo cuenten a este bicho —y chupó con deleite una patita.

Mathías Nuevededos se puso en pie de pronto, aferrando la espada partida, consciente ya de que más pronto que tarde tendría que matar al bocazas.

—Murió —dijo, y muy claro, para que Micaela lo escuchara—. De fiebres.

6

AQUELLAS PALABRAS DEJARON CONFUSO AL TUERTO; se quedó primero mirando, con la boca abierta. Asomaba un hueso de la patita del conejo.

—¿Que se murió de fiebres? ¿De quién cojones habláis?

—La madre de la niña —contestó Mathías—. Murió de fiebres también, al poco de llegar a este claro.

Beltrán Cuervo se puso en pie también, inquieto, echando un ojo en derredor. Recorría el claro de bosque con la mirada, buscando, buscando entre cada arbusto, tras cada pedazo de ermita derruida.

—¿Para quién habláis? No para mí, vive el diablo. ¿Para quién mierda estáis contando esa patraña?

Un vuelco en el corazón estremeció a Micaela, allá en su escondrijo. Temblaba todo su cuerpo, llevado por la necesidad de saltar del agujero;

luchaban por salir de allí la mitad de sus músculos contra la otra mitad, que la retenían para no delatarse. Si su mandíbula hubiera sido de cristal habría estallado en pedazos.

El Cuervo adelantó dos pasos aquí, otros dos allá, de vuelta, buscando en cada esquina.

—¿Niña?! —exclamó en dirección a todas partes.

Temblaba el brazo del Nuevededos, aferrando la espada.

—Malparido embustero —dijo el tuerto—, ¿eso le contasteis? ¿Que su madre murió de fiebres?

Otra mirada aquí, y otra más allá, como un sabueso, mientras farfullaba para sí: «Dónde estás... Dónde estás, pequeña zorra...».

—¿Le contasteis eso, capitán, para no decirle la verdad?!

Giró la cara hacia el claro.

—¿Niña!, ¿no te contó lo de la playa?, ¿lo de la alegre comunidad de putas que le dieron cobijo a tu madre?

La cabeza de Micaela era un remolino. Apenas podía pensar, y giraban en su mente imágenes de su madre, viva, a la que podría ponerle cara, después de tantos años imaginándola como un desvaído reflejo en el agua; verla y abrazarla, sentir su tacto, sentir su olor. Se amontonaban estos sentimientos con preguntas; tantas, que surgían a la misma velocidad con que el Cuervo aportaba respuestas. Se preguntó por qué le había mentido su padre, y a qué playa estaban refiriéndose, o quiénes eran las supuestas mujeres que habían dado refugio a su madre.

Mathías Nuevededos escupió sobre la hoguera.

—He dicho que te calles.

Apretaba tanto el mango de la espada que le dolían los nudillos.

Si Beltrán recordaba bien, su contrincante siempre fue de genio vivo, y ya debía de estar a punto de saltar. Solo era cuestión de apretar un poquito más.

—¿Por qué? ¿Miento acaso? Vos ya conocéis al alguacil; el día en que el diablo ensarte a los vengativos, Lacruz estará el primero en la cola. Imaginad su humor cuando le cuente esta charlita.

Micaela se estremeció en la oscuridad. ¿Acaso el alguacil y sus hombres irían a por su madre si no la encontraban a ella? Qué poco había durado la alegría de saber que estaba viva; toda esa felicidad mutaba ahora en mil

miedos indeterminados. Micaela solo pensaba ahora en que su madre pudiera estar en peligro.

—¡Es esa playa, pequeña —declamaba el tuerto hacia el claro, muy dramático—, vuelve locos a los hombres!

Arrojó los restos de conejo a la hoguera y, mirando el fuego, sonrió con crueldad e imitó a las brujas que leen el futuro en las llamas.

—¿Sabes qué veo?! Estoy viendo al alguacil mayor don Raymundo Lacruz y a su compañía negra de asesinos, cabalgando hacia la playa; todos relamiéndose, pensando en cómo rajarán a tu madre. ¡Lo veo, sí, como si fuera ahora mismo, sus manos empapadas de rojo hasta los codos y tu madre abierta en canal! ¡Qué gran fiesta, se dicen, destripar a la muy puerca!

No hizo falta más.

Echó a volar la hojarasca. De un salto y apretando los dientes como un animal herido, Micaela salió del agujero apartando la trampilla que la cubría.

Todavía con la boca llena de comida, quedó boquiabierto Beltrán Cuervo.

Se detuvo el mundo para los tres, por un instante, hasta que dijo el Cuervo, en un hilo de voz, admirado:

—Al fin. Te encontré.

La chica no aparentaba más de diecisiete años; sus ojos estaban tallados en fuego, de un tono entre violeta y azul que a aquel rufián le apartó cualquier duda: justo el mismo que el color de ojos de la madre. La brisa hacía ondular aquella melena interminable, aureolada por una capa hecha de oro. Era una muchacha pequeña y esbelta —en otra circunstancia le hubiera parecido una presa golosa—. Estaba descalza y vestía un jubón raído que dejaba ver unas piernas delgadas. Apretaba los puños, roja de furia, toda ella era como un animal salvaje a punto de saltar.

—Perro —le dijo Micaela con la voz cavernosa—, ¿qué hablas tú de mi madre?

Antes de que el Cuervo alzara las cejas, antes siquiera de que pudiera replicar, el Nuevededos se abalanzó sobre su adversario.

NO HABÍA QUERIDO DARLE TIEMPO de agarrar la *jambiya*; Mathías Nuevededos embistió al Cuervo y cayeron ambos a tierra. Era cosa de aprovechar el ímpetu de la caída para tratar de no quedar bajo la mole; y no era fácil, con la pierna entablillada. «Va a despedazarme», se dijo Nuevededos al descubrir que había perdido la espada.

Por vida de Dios que, a pesar de que Beltrán Cuervo estaba desarmado, contaba con una ventaja formidable: era un condenado animal. Tiró él solo del carro de Raymundo Lacruz, en cierta ocasión, cuando había quedado atrapado en el fango; le partió una rodilla a la esposa de un tabernero en Nájera, solo quebrándole la pierna hacia el pecho, igual que una rama; cierta noche, borracho como una cuba y enfadado porque su caballo no se dejaba montar, le arreó tal puñetazo a la pobre bestia que lo mató del golpe. Esa fuerza descomunal se descargaba ahora sobre Mathías; Nuevededos precisaba de todo su brío para luchar contra esos brazos que buscaban estrangularle; y, mientras, procuraba revolverse, ignorando el dolor de su tobillo, rodar sobre sí mismo y sobre su contrincante para no quedar atrapado bajo semejante tonelaje.

—¿Murió de fiebres. Satanás?! —repetía entre dientes el tuerto—. ¿Murieron de fiebres los dos coños?!

Mathías sintió su aliento; el olor a conejo, a vino y tomillo.

A sus manos, venida del cielo, llegó de pronto no la espada, sino una de las ramas que crujían en la hoguera. La agarró con fuerza y con este arma de doble filo, pues era al mismo tiempo palo y antorcha, asestó un golpe tremendo en la cara de su adversario.

Beltrán Cuervo cayó hacia atrás; el estacazo le había partido el pómulo, no le habría causado tanto dolor un perro mordiéndole la cara.

Micaela corrió donde su padre, lo agarró por debajo de los brazos, trató de incorporarlo. Los años no habían perdonado al Nuevededos: su cuerpo, sin más, se negaba a responder, colapsado. Viendo que no podría levantarse y luchando contra aquel tobillo malogrado, a cuatro patas palpaba la hojarasca,

desesperado, buscando la espada.

También el Cuervo trataba de arrastrarse lejos de su enemigo cuando sintió que algo se le movía sobre la mejilla. ¿Serían hormigas? El olor a codillo asado le había despistado, pero enseguida comprendió: habían prendido los pelillos de su barba rala. Beltrán Cuervo se apagó las llamas dándose manotazos, justo donde tenía roto el hueso. Rugió de dolor.

—¡Te voy a sacar las tripas, gran cabrón, y me voy a hacer un cinto con ellas!

Sabe Dios de dónde sacó el valor Micaela; acaso de ese ámbito del espíritu en el que se almacena la inconsciencia. Impulsada por ambos atributos se lanzó sobre el asesino.

—¡Cabron! —gritaba volando sobre los hombros del coloso—. ¡Cerdo!, ¡malparido! —y le arañaba la cara con las manos; las uñas hendían la carne como el arado sobre la tierra blanda. Aquella era una carne que gritaba: todo el rostro era un puro alarido.

Qué diferente esta forma de pelear de la que su padre le había enseñado con tanta paciencia; Micaela estaba perdida antes de comenzar siquiera: para quitársela de encima, al tuerto le bastó aferrar un mechón de aquella melena y tiró de ella; Micaela gritó de dolor, mil cuchillas se le clavaron en la base del pelo. En un movimiento instintivo soltó a su presa y se llevó las manos a la cabellera, lo que Beltrán Cuervo aprovechó para sacudírsela de encima; la chica salió despedida y terminó cayendo a tierra.

Mathías Nuevededos cojeaba ya en dirección a la cabaña. «El hacha —suplicaba el miedo en su cabeza—. El hacha. El hacha». Como ocurre en las pesadillas, no conseguía avanzar lo bastante deprisa: sorteaba los restos de una pared de la vieja ermita, los pedazos de arcos con imágenes de ángeles alados, esparcidos por el claro. Cada vez que apoyaba el pie en el suelo recibía un latigazo en el tobillo; toda su esperanza estribaba en llegar hasta el banco de madera junto a la puerta. Allí tenía escondida el hacha, allí donde Micaela y él habían pasado tantos atardeceres, contemplando el cielo que se iba tornando de rojo a negro.

Un golpe seco en la espalda le hizo caer de bruce, se le llenó la cara de tierra. Cuando intentaba levantarse Mathías descubrió que, atrás, el omóplato le dolía como el demonio; era incapaz de moverse, le costaba respirar. Se

preguntó enloquecido por qué infiernos le costaba tanto respirar. Escupió un salivazo de polvo.

Beltrán Cuervo se le acercaba ya, a zancadas; la cara era una máscara bañada en sangre. Le caían los mocos de la nariz. Se limpió con el antebrazo.

—Llevo muchos inviernos sin sacarte de mis mientes, jodido. Ya no te me escapas más.

Jadeando, Mathías Nuevededos se arrastró por la tierra; seguía notando algo en la espalda, como si le hubiera salido una joroba. Restaban solo unas varas para llegar hasta el banco, hasta el hacha; pero el Cuervo le puso el pie sobre los riñones y le impidió continuar. No pesaría tanto la pata de un buey.

—Quiero que sepas lo que haré con tu niña cuando te haya rematado.

Beltrán se arrodilló y, dispuesto a desmenuzar por dentro al Nuevededos, aferró la daga que le había clavado en la espalda. Apenas necesitó remover un poco la carne con la *jambiya* para que el desgraciado aullara de dolor.

—La tienes muy malcriada, y te salió igual de torcida que la madre. No se la puedo llevar así al alguacil; antes le enseñaré un par de lecciones.

Inmovilizado por el peso y boca abajo, Mathías Nuevededos notó cómo algo líquido y espeso se deslizaba en su interior.

—Luego —añadió el tuerto—, ya bien domesticada, se la entregaré al alguacil para que haga con ella cuanto le plazca. Y tú ya no estarás allí para protegerla, Fero, malparido. Estarás comiendo tierra.

Mathías sintió la sangre subiéndole por la garganta. Tosió un esputo sanguinolento y supo que estaba servido. «De esta no salgo».

—Desde el infierno, capitán, mirarás cómo el Piojo agarra a tu pequeña y se la...

A mitad de frase, dos cosas detuvieron al Cuervo: un golpe en la cabeza, que sonó con un crujido, y un dolor en los sesos. Quedó estupefacto.

Se levantó, mareado, preguntándose por qué apenas podía tenerse en pie. Respiraba con la pesadez de un oso herido. A Mathías Nuevededos le recordó al malhadado Lucifer.

Aún no comprendía el tuerto qué había pasado, cuando la vio, detenida a pocas varas.

Micaela le miraba. En su mano sostenía una piedra enorme, manchada de sangre. Beltrán andaba tan aturdido que, aun teniéndola delante, no fue capaz

de sumar dos y dos.

—Pero qué... —balbuceó.

Micaela temblaba de miedo, igual que debieron de temblar los héroes antiguos cuando se enfrentaron a quimeras y titanes. Tiró la piedra, recogió del suelo la espada rota y, levantando la barbilla, se encaró a Beltrán Cuervo, a pesar de que el monstruo le sacaba dos palmos. Era Ulises frente a Polifemo, David contra Goliat. Blandió el arma en derredor de su cuerpo y se la pasó a la otra mano, pues con la espada era ambidiestra; habían sido muchas las horas que Mathías Nuevededos empleó en enseñarle todos los viejos trucos.

—Deja en paz a mi padre —dijo enseñando los dientes.

Beltrán Cuervo fue a reírse, pero algo viscoso y caliente comenzó a caerle por la cara; temió que la cuenca vacía del ojo se hubiera echado a llorar. El mundo se difuminaba a su alrededor; tampoco podía caminar, todo él parecía haberse vuelto inútil. Qué ganas de correr hacia ella, sin embargo; quería agarrarla, partirla en dos, asarla a fuego lento y comérsela hueso a hueso.

Luego, tal que la llama de una velita, su mente se apagó. Ni siquiera se dio cuenta de que se venía abajo como un castillo de naipes.

8

ANTE SUS OJOS, se movían las nubes en rumbos paralelos.

—¿Estoy en el cielo o en el infierno? —preguntó Mathías Nuevededos.

—Ni una cosa ni otra —respondió una voz—. Callad, reservad fuerzas.

No era el infinito lo que se movía, sino él, que estaba acostado boca arriba. Micaela arrastraba a su padre sujetándolo por debajo de las axilas; atravesaban el claro en dirección al otro extremo. Por encima del rostro de su hija, arriba, en el cielo, una bandada de golondrinas les sobrevolaba. Las

luces del sol les plateaban las alas y encendían la melena de Micaela.

Mathías se descubrió con el pecho vendado.

—He parado la hemorragia de momento, padre.

La dulce voz femenina trajo a Mathías el recuerdo de Beltrán Cuervo derrotado. Qué espléndida le había parecido Micaela, de pie ante el tuerto, enarbolando aquella espada que, aun partida, se convertía en sus manos en el mejor de los instrumentos de muerte. Qué orgulloso se sintió de ella.

También a Micaela se le escaparon los ojos hacia el ogro abatido, que yacía boca abajo.

El ruido de unas ramas movidas por la brisa la sobresaltó, y se apoderó de ella un miedo como no había conocido nunca. Si aquel sicario había llegado hasta ellos, eso significaba que el alguacil podía estar cerca también. Temió que de pronto se abriera el bosque y llegara la más temida sombra, al fin.

Mientras otros niños dormían pensando asustados en el hombre del saco o el sacamantecas, Micaela tenía pesadillas con el alguacil. No había pasado una sola noche a lo largo de su vida que no temiera su aparición. En cada sombra le encontraba, en cada señal del cielo. «Se acerca una tormenta, padre; ¿significa que viene el alguacil?». Si llovía es que venía el alguacil; si tronaba es que venía el alguacil; significaba que venía el alguacil si aquel año había llovido poco y el suelo del huerto estaba reseco. «Padre, ¿debo rezar por las noches?». «Si quieres, hija...». Y Micaela, antes de dormir, rezaba cada noche a las estrellas: «Por favor. Por favor, que no me encuentre».

—Ya no podemos quedarnos aquí —añadió Micaela—, tenemos que irnos.

Esto es lo que él le había enseñado durante todos aquellos años: «Habrás de permanecer escondida en este claro, Micaela, si no quieres perder la vida. Y, si por lazos del demonio, un día se presenta aquí uno de ellos, tendrás que dejarlo todo atrás y huir, siempre huir, para que el alguacil nunca pueda encontrarte».

Se iría, pues, al fin; Micaela abandonaría aquel pequeño claro, la reducida parcela de mundo de la que llevaba un par de inviernos renegando, ahogada bajo las sempiternas cuatro imágenes que Conformaban su hogar: las mismas ruinas, los mismos árboles y matorrales, las mismas hierbas. Cuánto había soñado con el momento de la partida, y qué diferente, sin embargo, de como lo había imaginado.

Un dolor en la espalda hizo retorcerse a Mathías; creyó que se le escapaba el alma por el hueco que la daga había dejado en su omóplato. Resollaba; cada vez le era más difícil respirar.

—Haz un hatillo —dijo— y mete dentro lo más imprescindible. No olvides los cuchillos. Ni la espada, aunque esté rota.

Se lamentó por dentro: eran tantas las cosas que ella no sabía..., tanto lo que debía haberle contado... Le atormentaban los recuerdos, las cosas que hizo y las que no impidió hacer. Cuántas veces se convierten en nuestros, los pecados que cometen otros. Traspasado por el dolor, Nuevededos se aferró a las manos de su hija y buscó consuelo entre sus cicatrices; quiso perderse en ellas, que vinieran a confortarle como a un niño.

—Perdóname, mi comadreja chica —murmuró, desolado—. Perdóname por mentirte.

Iba a responderle ella, pero, rendido a causa de la pérdida de sangre, su padre respiraba a trompicones, desmayado.

9

ESTABA EXHAUSTA CUANDO LLEGÓ AL FIN AL OTRO EXTREMO DEL CLARO. Micaela dejó a su padre en el suelo, a resguardo, y se dejó caer de rodillas para recuperar el aliento.

Echó a correr hacia la cabaña, no era cosa de perder el tiempo. Había que irse, sí, dejarlo todo atrás; los asesinos podrían estar a punto de llegar. Tenía la sensación de que aquello le estaba sucediendo a otra persona, y, convertida en el testigo de su propia vida, asistía al desastre como si fuera una pesadilla.

Tomó un raído pedazo de tela y lo extendió en el suelo de la choza. Encima colocó una muda de ropa, la única que tenía; otra para su padre; los cuchillos,

la vieja espada rota. Dentro de otra tela metió un odre con agua y la comida que halló en la casa: dos pedazos de pan duro y unas tiras secas de venado. Hizo un hatillo con todo y se lo cargó a la espalda.

Al mirarse le oprimió el pecho un sentimiento de desolación: estas eran sus únicas posesiones. No contaba ni con unas botas para enfrentarse al mundo; habría de recorrerlo descalza.

Lloró como no había llorado nunca, aterida de miedo, basta que ya no le quedaron lágrimas. Luego, decidió que nunca más volvería a ocurrirle como con el tuerto: agarró un viejo cuchillo oxidado y estiró un mechón de la inacabable melena. No dudó un segundo: se fue cortando la cabellera que a lo largo de una vida le había acariciado la espalda, y fueron desplomándose los tirabuzones igual que soldados vencidos. En unos pocos minutos la cabeza de Micaela estaba coronada de un pelo corto, cortísimo, que ningún enemigo podría ya aferrar para volverlo en su contra.

Salió al exterior con los ojos enrojecidos; tomó de la hoguera un tronco encendido y regresó a la cabaña.

Miró en derredor, para despedirse de su hogar. La cabaña entera se hallaba inundada del eco alegre de sus voces, de recuerdos: la silla incómoda a la que se le combaban las patas, el arcón que cuando era niña hizo de barco y de carro, el atado de setas secas que colgaba detrás de la puerta y siempre se caía con los portazos.

Aplicó la improvisada antorcha al jergón y este se inflamó en un santiamén. Enseguida, el fuego fue recorriendo el chamizo, comiéndoselo todo.

Cuando Micaela se dio cuenta ya era tarde: no había reparado en que, junto al caldero, se le habían olvidado las figuras que, a modo de juguetes, le había tallado su padre.

Se abalanzó sobre la muralla de fuego, trató de meter las manos para alcanzar las tallas, pero ardían ya, presa de las llamas, los jabalíes de madera, los corzos y tejones, las nutrias.

Hundida, notó cómo, sin que pudiese detenerlas, le resbalaban lágrimas nuevas, mejillas abajo.

Micaela musitó una oración.

—Que mi odio alimente vuestro espíritu, y mi rabia os traiga a la vida. Os ordeno que os quedéis aquí, vigilando a ese ogro malparido de ahí fuera y que

nunca, nunca, permitáis que su alma abandone este claro.

Solo había podido conservar con ella una figura: la comadreja a medio tallar, que se llevó consigo.

Salió al exterior, invadida de una gran tristeza. Se arrodilló junto a su padre. El Nuevededos abrió los ojos despacito. Al ver el pelo recortado de la chica musitó unas palabras: «Dios misericordioso...» Después, vio que estaba ardiendo la casa.

—Padre —dijo ella compungida—, se me han quemado vuestras tallas de madera.

—¿Has cogido la faltriquera?, ¿las plantas para las manos?

—Sí, padre —respondió Micaela—. Estáis ardiendo en fiebre.

Le tomó entonces por debajo del brazo y lo ayudó a levantar. Mathías Nuevededos se vio de pronto en pie, sostenido por su pequeña.

Micaela trató de agarrar las bridas del caballo de Beltrán Cuervo, pero el animal, encabritado, reuló y se puso a bufar enseñando los dientes. «El alguacil —decía una voz en la cabeza de Micaela, apremiándola—. El alguacil puede estar a punto de llegar». Lo intentó de nuevo y el caballo hizo ademán de levantarse para cocerlos.

—¡Penco malparido —gruñó la comadreja apretando los dientes—, ¿qué te importa a ti quién te cabalgue?!

Se pasó el brazo de Mathías por encima.

—Padre, iremos a pie.

La muchacha volvió por última vez la mirada. «Se acabó esta vida —pensó—. Ay, Micaela, ¿no era esto lo que buscabas? ¿Salir al fin del bosque?, ¿ver mundo?».

Cuando aún no alzaba ni cinco palmos ya corría sobre la tierra sembrada, pisoteando berzas, y su padre iba detrás repreniéndola. Ahora las llamas asaltaban el huerto, devorando así aquel recuerdo. Micaela trató de retener tantas noches de verano acostada sobre la tierra caliente, quedándose dormida mientras miraba las estrellas.

Mientras las llamas arrasaban su casa, al mismo tiempo, y para siempre, Micaela grababa a fuego los recuerdos en su mente: las lecciones de duelo a espada entre las lechugas, día tras día, bajo el sol y bajo la lluvia, enfangada hasta las cejas y evitando los mandobles inmisericordes que le daba su padre.

«Más alta la guardia, carajo», «¡Más rápido el contraataque, Micaela, por el amor de Dios!».

—Contempló por última vez las paredes de su hogar, ya ardiendo, levantadas por un hombre que poco sabía de tales labores; el querido tejado, rematado aquí y allá con restos, y lleno de agujeros, que ahora se venía abajo.

También su padre miraba.

—No mires atrás —le dijo en un hilo de voz—. Mejor nunca mirar atrás.

Tal y como le ocurría al resto de sus iguales, Micaela solo necesitaba saber cuándo acababa el invierno y asomaba la primavera, pero no conocía la fecha del día en que vivía; nombrar el tiempo no le había hecho falta a lo largo de su vida. Por esta razón no puede saberse con exactitud cuándo abandonaron su hogar la joven Micaela y Mathías Nuevededos, y emprendieron la huida.

Escapar, marcharse, dejarlo todo atrás, esta era la nueva ley. Huyeron, esto es lo que cuenta la leyenda, y, aunque Micaela nada recordaba, no era la primera vez que huían. Ese secreto, como tantos otros, estaba en poder de Mathías; en ese dedo, quizá, que había desaparecido. Nuevededos se había pasado los últimos años empleado en la tarea de mantenerla a salvo ocultándole aquella y otras muchas verdades. El pasado, sin embargo, incansable, había apretado el paso hasta alcanzarles.

El fuego del infierno acabó al fin por dominar los restos de la ermita cristiana. Si es que todavía quedaba allí algún rastro de Dios, desapareció con las llamas. Creció el fuego, volaron las pavesas; venció Satanás. Ardió entero el claro, incluidas las jodidas malas hierbas contra las que, cada mañana, había luchado Micaela.

CAPÍTULO 2

RASPA, REY DE LOS BANDIDOS



1

MICAELA NO SABÍA CUÁNTAS LEGUAS HABRÍAN recorrido ya en aquella jornada. Solo había comido unas bellotas, con las que se toparon a media tarde, y estaba desfallecida. Su padre no había querido probar bocado.

Apoyado sobre ella y malherido, Mathías Nuevededos caminaba como un títere sin voluntad, boqueando ensimismado.

—No puedo más —murmuraba. Y ella, que no le permitía rendirse, respondía:

—Tenemos que seguir, hay que aprovechar las horas de luz.

Resultaba imposible viajar de noche —la oscuridad era total—, y aun durante el día se desaconsejaban los viajes: el mundo estaba tomado por bandidos. Lo sabía Micaela, aleccionada por su padre, y es por esto que avanzaban todo lo apresurados que permitían las heridas de Mathías. Evitaban los caminos para no tropezar con desconocidos.

Mathías Nuevededos había resuelto que, en su huida, tomarían dirección noreste, pues sus enemigos no la buscarían entre los francos.

—¡No, padre! —protestó Micaela—, ¡no podemos ir a ningún otro sitio que a la playa de la que habló el hombre tuerto!

—La condenada playa —había respondido él— *está* de camino hacia los francos.

Pero Micaela ya no podía estar segura de que esto no fuera otra estratagema para acallarla y que, en realidad, él la estuviera alejando de la playa.

Desde que abandonaron el claro Micaela no había dejado de preguntar por su madre y el porqué de la mentira, pero con la misma insistencia con que ella

preguntaba se reafirmaba Mathías Nuevededos en que su madre estaba muerta. A Micaela, incapaz ya de creer en su palabra, le ardían dentro las preguntas. Ante ella, cuyo mundo apenas había comprendido las pocas leguas que rodeaban el bosque, se abrían de pronto mil caminos.

—¿La playa está en el norte, padre?

—Sí —dijo Mathías Nuevededos evitando mirarla.

Cada cierto tiempo se detenían a fin de que él tomase resuello, y ella aprovechaba para apretar de nuevo el vendaje con que le había rodeado el pecho. Era desolador, no poder fiarse de su padre.

—Prometédmelo. Que la playa está de camino hacia donde viven los francos.

—Rediós, ¿tiene un padre que justificarse ante su hija?

—¡Me mentisteis, padre! ¡Lleváis toda la vida mintiéndome!

—¡No tengo por qué darte explicaciones, carajo! —replicó Mathías Nuevededos apartándola.

Por culpa del empujón Micaela cayó al suelo. Enseguida se abalanzó Mathías a por ella.

—¡Micaela!

La chica, tan orgullosa y tan bruta como él, se apartó para que no la tocara, rehuyendo mirarle.

Mathías dio un suspiro.

—Coño, Cristo bendito —dijo rindiendo las armas—, lo prometo. Lo prometo por tu vida.

Micaela se giró para mirarle.

Prosiguió Mathías Nuevededos, sacudido en parte por la necesidad de desahogar su espíritu y, a la vez, por aquella voluntad férrea de mantener el secreto.

—La llaman la playa de los hombres de piedra —dijo—. Allí habitaba una comunidad de mujeres. Se encuentra en el norte, escondida de todos.

Una punzada en el pecho recordó a Micaela las palabras del tuerto: la comunidad de mujeres, «de putas» había dicho, en donde su madre había tomado cobijo.

—¿Por qué ese matón os llamó «capitán Fero»?

Muchas veces le había preguntado ella; «¿Por qué me persigue el alguacil,

padre? ¿Qué le he hecho yo a ese hombre?»; y, como de cualquiera de aquellos asuntos, poco obtuvo de él más que evasivas. Y si insistía demasiado solo sacaba una reprimenda, pues todo lo que fuera remover el pasado ponía enfermo al Nuevededos. Siempre había sido de este modo.

—Al tuerto lo conocí de mis tiempos de soldado, Micaela, ¿para qué saber más? Tienes que luchar contra ese carácter tuyo, impulsivo y curioso. Cuanto menos sepas, mejor, más feliz. No debes *buscar*. No debes *saber*.

Tomó apoyo en una ladera de tierra, con la intención de sentarse allí mismo.

—Me caigo; ojalá tuviera fuerzas.

—Vamos, padre, bueno sois vos; tenéis de sobra —replicó ella impidiendo que se dejara vencer.

Micaela hizo que le pasara el brazo por encima y le ayudó a seguir avanzando.

No era nada fácil cargarlo. A pesar de que acababa de comenzar la primavera, hacía ya calor: ardía la tierra bajo sus pies descalzos; y eso que las plantas de los pies de Micaela eran callosas, como suelas, acostumbradas a pisar los rastrojos del bosque.

Al cabo de un rato, Mathías volvió a hablar. El suyo era el tono pesaroso de quien necesita justificarse.

—Con los años será más fácil. Cuando seas una mujer aprenderás a dominar tu naturaleza.

—Soy una mujer desde hace un tiempo, padre —replicó ella, sonriendo.

«¡Estoy sangrando!», le había dicho un día, hace unos años, manchada entre las piernas. «Pasó la vida en un parpadeo —respondió él, asombrado—, cogiéndonos por sorpresa». En un parpadeo, sí, había crecido la pequeña comadreja.

—Ya no soy una niña.

—No se trata de eso. Te diría lo mismo aunque fueras una vieja. Es para protegerte.

—¿Y si no necesito que me protegáis, padre? ¿Y si justo lo que necesito es *saber*...?

Un dolor en la espalda hizo doblar al Nuevededos, que apretó los dientes. Se vieron obligados a parar.

—No preguntaré más —dijo Micaela alarmada—. No os sofoquéis. Perdón.

Poco a poco pareció ir calmándose el dolor de su padre. Micaela tuvo el presentimiento de que iba a perderlo. Un ahogo de llanto le subió a la garganta.

—No se os ocurra dejarme.

Mathías se enfrentó a aquellos ojos color añil. Apoyó la frente de la chica contra su pecho.

—Mi comadreja chica, ojalá pudiera retenerte ahí dentro, conmigo. Si algo me pasara, hija, y quedaras sola... creo que me volvería loco en el otro mundo, de la impotencia de no poder ayudarte.

Micaela sonrió; se abrazó a él, con cuidado de no apretarle la espalda.

—Como no os va a pasar nada no tiene mucho sentido torturarse. ¿Eh, padre? Que vos sois mucho de torturaros, ¿a que sí?

El Nuevededos acarició la mejilla de su comadreja chica y, casi para sí, añadió en voz baja:

—Tu madre, por encima de todo, quería protegerte, y yo he actuado siempre en consecuencia. ¿Qué sentido tendría echarme atrás ahora? Había que esconderte del alguacil, y para eso hicieron falta dos sacrificios: mentirte, sí; y vivir una vida nueva, aislados en el claro del bosque. Por favor, no me preguntes más.

Micaela agachó la cara y asintió para no mortificarle. Qué difícil se le hacía armar todas las piezas de aquel rompecabezas; y qué necesario.

Se levantó una brisa que les devolvió al presente; el viento trajo consigo el murmullo de un agua cercana.

—Padre, ¿oís?

Desfallecido, Mathías se vio incapaz de escuchar nada.

—Vamos —dijo Micaela tirando de su mano—, rellenaremos el odre y refrescaremos el cuerpo.

—Muchacha, yo no voy a ningún sitio, no puedo mover ni el alma.

Caminó la chica unos pasos hasta llegar a un alto. Desde allí se oteaba el recodo manso de un río, en donde se detenía antes de proseguir viaje. Nunca vio Micaela tanta agua, ni de tan profundo azul.

La lengua del río había excavado un cañón en las rocas, y no era fácil la

bajada.

—Aguardad aquí —dijo a su padre—; enseguida os subiré un poco de agua.

Lo dejó recostado en una sombra, adormilado por la fiebre. Mathías Nuevededos ni siquiera fue consciente de que Micaela se marchaba sola.

2

AL NIÑO SE LE HABÍA HECHO ETERNO el camino que había compartido con el viejo desde Vigüeta. No quería ni pensarlo: todavía les quedaba la vuelta.

—«A quien con mierda trasiega, algún olor se le pega».

Rio el viejo su propia gracia, con aquella risita de conejo. El niño del sombrero ancho esbozó una sonrisa cortés. Estaba hasta las alas del sombrero de tanta palabrería, y por no se cuantísima vez en aquella semana se mordió las ganas de soltarle al viejo que para cualquier refrancito siempre había otro de significado opuesto. El viejo chocho, en fin, los vomitaba cada dos por tres, creyéndolos perlas de sabiduría.

Resbalaba calle abajo un regato cuyo hedor ofrecía pocas dudas. Apestaba la ciudad en aquella parte por donde entraban, insana y pantanosa. El sol inclemente evaporaba el arroyuelo en las partes menos profundas, acumulando en sus orillas una costra seca. Allí lamían los perros y jugaban pandillas de chicuelos a ahogar un pobre gallo metido en una bolsa, refrescándose y salpicándose entre ellos como si fuesen aguas cristalinas.

La noble capital de Castilla no impresionaba por su elegancia. Se asentaba en la ladera de un cerro, a la sombra de un castillo tan feo como inexpugnable. Pequeñas casucas de construcción rápida, algunas meros chamizos, se apelotonaban apoyadas unas sobre otras, prestas a ahorrarse una pared.

Burgos era todavía una ciudad joven, típica de la Marca fronteriza, que privilegiaba la fortaleza de sus muros antes que cualquier adorno. No hacía ni cien años que una incursión de los moros la había arrasado entera.

El viejo y el niño se pegaban el uno al otro al andar, poniendo su mano sobre la bolsa y mirando a ambos lados con temor. Sudaban de lo lindo, con la boca seca. Viniendo como venían de una villa, tranquila y provinciana, no estaban acostumbrados a moverse entre tipejos de aquella catadura. Los ciudadanos de Burgos, aun los reconvertidos en campesinos, eran gente de milicia y habían acudido a la llamada de la frontera, de las monedas de canto rascado y la sangre fácil. En los rostros abotargados por el vino podía uno aventurar los problemas.

—Pregúntame a esas mozuelas, anda —susurró el viejo al muchacho—. Ellas han de saber dónde podemos encontrarlo.

El niño se acercó a una pareja de prostitutas que hacían guardia a la puerta de un burdel. Una de ellas tenía la piel oscura; el muchacho no había visto una mujer negra en su vida.

El rubor le convirtió las mejillas en dos cerezas. Se quitó de encima el sombrero de alas anchas y, tartamudeando, preguntó:

—¿El al... el agua...?

—¿Quieres agua, mi cielo? ¡Tengo aquí —dijo levantándose la falda— el pozo más fresco que vas a conocer en tu vida!

Rieron las dos el chascarrillo, a mandíbula batiente y muy escandalosas.

—El alguacil mayor Lacruz —soltó por fin el muchacho—. ¿Dónde podemos encontrarlo?

Al sonido de aquel nombre callaron las dos mujeres de pronto, con la expresión congelada.

La negra hizo un ruido áspero con la garganta y escupió en el suelo una flema opaca.

—Ahí dentro lo tienes —dijo señalando el escupitajo—. Búscalo.

Dio la vuelta y se metió en la casa. El niño quedó ensimismado en el lapo, como si en verdad pudiese ocultar dentro a un hombre pequeñito.

La otra, la que era bizca, pareció sentir pena por el joven y tapándose media boca con la mano, le susurró:

—La torre. Allí preguntas por él. El alguacil casi nunca sale.

Había señalado hacia lo alto antes de irse, hacia donde sobresalía sobre las casas bajas el edificio, como un centinela temible.

Detrás, poniéndole una mano sobre el hombro, dijo el viejo:

—Ya ves, muchacho. «Quien de lejanos lugares viene, cuenta lo que quiere; y cuesta menos creerlo que ir a verlo».

—Abuelo —replicó el crío—, me tenéis hasta el mismísimo nardo.

3

LA FILA DE SOSPECHOSOS ERA DESCORAZONADORA. Al alguacilillo, que no llevaba ni dos semanas en el cargo, le estremecía pensar que habría de interrogar uno por uno a esos quince, veinte mataperros, lo peorcito de las calles de Burgos.

Al prelado del obispo le habían habilitado un tendido en medio del patio, a fin de que no tuviera que someterse a los rigores del atardecer. Allí se daba aire con la mano, aguardando sentado. El sudor le caía por la frente, aun refugiado bajo el tendido, y le extendía grandes manchas en el sobrepelliz de lino. Atrás, fuera del palio, pasaban calor tres chicuelos, tres monaguillos que le habían acompañado hasta la torre.

El prelado llamó al ayudante de alguacil, con dos dedos. El joven atravesó el patio hasta donde aguardaba el sacerdote sentado, dándose aire: mano va, mano viene.

—Os ruego mil perdones, señor prelado. Tiene que estar a punto de llegar.

—¿Pero viene o no viene?! Esto, señor alguacilillo, es una urgencia de Fe. ¿El alguacil mayor no se da cuenta? Esa hebilla es pagana. San Iago debe bendecirla cuando antes.

Ssssssss... Sonó de pronto algo arrastrándose por el suelo.

Atraídos por el sonido se volvieron todas las miradas; los rateros, al reconocerle, quedaron estremecidos. Salía a la luz una sombra desde la puerta de la torre, y encaminaba hacia el grupo sus pasos desiguales. Ssssssss... raspaba el pie cojo a su paso por la tierra. Ssssssss...

Parecían de madera uno de sus brazos y una de sus piernas. Era cierto, pues, lo que se contaba del temible alguacil mayor Raymundo Lacruz: le había dado un mal y ahora ya no era dueño de la mitad izquierda de su cuerpo. El rictus, sin embargo... Nunca se vio rictus tan firme; las comisuras de la boca caían hacia abajo y le otorgaban un semblante perpetuo de enojo, pareciera siempre contrariado con el mundo. No tenía un solo pelo sobre la cabeza.

Traía con él una cuerda, cuyo extremo se arrastraba por el suelo a su paso lento, acompañando con su siseo al siseo del pie inútil. Ssssssssss... Ssssssssss...

Cuando Raymundo Lacruz se detuvo ante el joven alguacilillo, este tragó saliva.

—Mi señor, el prelado del obispo estaba ya inquieto. Cuando dispongáis podemos interrogar a los...

Ni siquiera le dejó terminar.

—Quítate de delante, idiota —rezongó el alguacil mayor.

El alguacilillo dio un paso al lado; le temblaban las rodillas.

Raymundo Lacruz se plantó ante la fila de sospechosos. Estaban engrilletados unos a otros por los pies; ninguno de ellos levantaba la cara.

Aquella ciudad fronteriza había ido recogiendo entre sus muros lo más bajo del gran condado de Castilla; morralla que no servía ni para asesinos ni para soldados, y caminaban arriba y abajo la ciudad, maliciando: descuideros, mangantes, robaperas, cofrades de la mala vida; no había uno solo de ellos que hubiera dejado pasar un domingo sin haber entregado la semana al viejo oficio de soplarle sus pertenencias al prójimo.

—La hebilla, miserables —dijo Lacruz con la voz muy calma—. Entregad al que la robó y esta noche cenaréis con vuestras familias. O con la puta que tengáis a mano.

Tosió el prelado bajo el tendido, molesto por el lenguaje.

No era ociosa la razón de su presencia allí, llegado desde San Iago. La hebilla robada era de oro y piedras rojas, herencia de los gloriosos tiempos

visigodos, y adoptaba la graciosa forma de un halcón. Había sido robada a la viuda del rey de León, doña Elvira. Y doña Elvira, que estaba enferma y veía la muerte cerca, quería donar la joya a la iglesia de San Iago para comprar el perdón de sus pecados. Era cosa primordial que aquella hebilla apareciera de nuevo.

Lacruz se apartó de la formación de rufianes y señaló a uno de ellos, al más grande de los bandidos, para que se lo acercaran.

No hizo falta más. Dos guardias de la torre le abrieron los grilletes a la mala bestia y lo condujeron enseguida hasta su presencia.

Lacruz recogió la cuerda que había traído arrastrando y se la tiró al alguacilillo.

—Ata las muñecas de ese miserable al reposabrazos. No te me quedes mirando como un pasmarote, muchacho, haz lo que digo.

Así lo hizo el joven. Quedó el sospechoso sentado, y atado por las muñecas a la silla.

Arrastrando la pierna muerta, *ssssss, ssssss*, el alguacil mayor se plantó ante él. Lacruz era pulcro, iba bien afeitado, y, a pesar de que ya había sobrepasado los cuarenta, llamaba la atención la tersura de su piel, como de niño. De él se contaba que odiaba su propio sudor, y que su siervo Piojo lo bañaba todas las mañanas al despertar, frotándole después con ramas de romero para perfumarle todo el cuerpo.

—¿Sabes quién soy?

—Raymundo Lacruz, mi señor —respondió temeroso el bandido—; todo el mundo os conoce.

El alguacil mayor Lacruz se santiguó y acudió a un relicario que llevaba colgando al cuello. Lo abrió y de él sacó una astilla larga y afilada, que besó con devoción.

—Este es un pedazo de la cruz de San Dimas. ¿Sabes quién fue san Dimas? El robaperas negó con la cabeza, receloso.

—El *buen ladrón* —se contestó a sí mismo el alguacil—. Lo crucificaron al lado de Cristo, por robar; pero, aun así, en su infinita misericordia, Cristo quiso perdonarle y le dijo: «Esta noche estarás conmigo en el Paraíso».

Miró de reojo al prelado, que observaba la escena perdiendo la paciencia y arremangándose las faldas.

—Tú también puedes ser salvado —dijo Lacruz—. Esa hebilla pagana. ¿La tienes?

—No —balbuceó el ratero.

—¿Alguno de esos?

—No-no lo sé, mi señor alguacil mayor...

No había puesto aún el punto al final de la frase cuando tenía ya encima al alguacil y dos guardias lo sujetaban por detrás obligándole a estirar los dedos; al ratero no le dio tiempo ni de pedirle ayuda al Cielo: con la habilidad de un cirujano, y de un golpe, Raymundo Lacruz clavó la astilla afilada bajo la uña del infeliz. El hombretón dio un grito desgarrador, que recordó al del gorrino en día de matanza; el eco se perdió arriba en la torre, testigo mudo que asistía a todo desde lo alto.

Al otro lado de la explanada, atraído por el olor de la sangre, el prelado se puso en pie y dio un paso fuera del palio, por ver mejor lo que estaba a punto de ocurrir.

Raymundo Lacruz se acercó al desdichado, que temblaba de dolor y de miedo.

—La hebilla —preguntó de nuevo.

—¡No sé quién la tiene! ¡Lo juro por Dios y por la virgen!, ¡no sé quién tiene la puta hebilla!

Lacruz lo agarró por la oreja, la estiró y susurró en ella:

—Oh, sí que lo sabes. Vaya que sí.

Nadie vio cómo el alguacil extraía unas tenazas de debajo de su capa. Cuando quisieron darse cuenta, Raymundo Lacruz tiraba ya de la uña del bandido. Tan estremecedores eran los gritos que profería el desdichado que hasta los más aguerridos soldados se encogieron; el joven alguacilillo tuvo que hacer esfuerzos para no apartar la mirada. Lacruz tiraba de la uña larga y amarillenta, desprendiéndola despacio; entre alaridos, el sospechoso daba tales saltos que tuvieron que venir dos soldados más a inmovilizarlo. Proseguía Lacruz la extracción, despacio, sin piedad, despacio, despacio; y no paró hasta arrancarle la uña y dejar el hueco en carne viva.

Todos los presentes, relajándose, dejaron ir un suspiro.

Liberado del tormento, rebufó el desdichado; agachó la cabeza entre temblores, rechinando los dientes. Resoplaba como un buey, con la mirada

perdida en las piedrecitas del suelo del patio. Una peste nauseabunda lo inundó todo de pronto: el vientre se le había vaciado allí mismo, entero.

Gotitas de sudor perlaban la cabeza calva de Raymundo Lacruz; también él jadeaba, observando su obra.

—Que estire la mano —dijo a los soldados, preparándose para acudir al siguiente dedo.

—¡No! ¡No, por caridad!, ¡os lo suplico!, ¡no!

—Estira la puta mano; todavía quedan muchas uñas ahí.

Iba ya Lacruz con las tenazas, cuando, a zancadas, irrumpió de pronto en el patio el capitán de la guardia. Le seguía el niño del sombrero de alas, acompañado del anciano.

El capitán se plantó ante el alguacil mayor.

—Mi señor, estas dos personas vienen del pueblo de Viguera. Solicitan vuestra presencia allí.

—Luego, coño. ¿No ves que estoy ocupado?

Se adelantó el muchacho del sombrero de alas.

—Mi señor, hay una niña. Una niña que vive a las afueras del pueblo ¡y que ha ayuntado con el diablo! Está embarazada del demonio, mi señor.

El capitán de la guardia entregó a Lacruz un legajo de piel de cabra.

—Tenéis aquí la confesión de la niña, Lacruz. Os aconsejo que le echéis un ojo. Os va a interesar, creedme.

El alguacil mayor miró al bandido sin uña, que resoplaba en la silla con la cabeza gacha, temblando, presa de atroces dolores.

—Ten, sujétame esto —dijo Lacruz entregándole las tenazas al capitán—, y ten cuidado no vayas a tirar la uña.

NECESITÓ EXTENDER EL BRAZO PARA LEER EL PERGAMINO DE PIEL; su vista ya no era lo que había sido.

A medida que iba leyendo, en efecto le cambió la cara.

—¿Es cierto lo que pone aquí? ¿Le habéis extraído esta declaración a la niña?

—Sí, mi señor —respondió el muchacho que venía de Viguera—. Ella dice que el diablo no es el padre, claro, pero...

—No pregunto eso, carajo. Aquí dice que la sorprendisteis en el camino, cuando huía de camino *hacia una playa*.

El muchachito del sombrero y el anciano se miraron, confusos, sin comprender qué importancia pudiera tener eso para el alguacil.

Insistió Lacruz señalando el pliego:

—¿Dijo este nombre la niña? ¿Con esas palabras? ¿Que se hallaba de camino hacia «*la playa de los hombres de piedra*»?

Un brillo había nacido en la mirada del alguacil, un brillo entre tanta oscuridad. Parecía de pronto feliz, como un crío ante la promesa de grandes regalos. Pensaba en la playa de los hombres de piedra; en el tiempo que llevaba buscando dar con ella.

Niño y anciano asintieron, perplejos.

—Eso dijo, sí.

Lacruz agarró las tenazas de hierro que todavía sostenía el capitán, negras y pesadas, y, sin decir palabra, se las mostró a los quince, veinte bandidos, lo peorcito de la villa de Burgos.

—¿Quién tiene la hebilla? —dijo.

A la sola vista de la uña sanguinolenta que asomaba entre los dientes de las tenazas se retiraron todos un paso y dejaron solo y expuesto a uno de ellos, flaco, verde de miedo.

—La pensaba devolver —balbuceó espantado.

Satisfecho, Lacruz se volvió hacia el alguacilillo y, poniendo en sus manos las tenazas, dijo:

—El miedo mueve el mundo.

Cogió la astilla, la limpió de sangre en la camisa del ratero y la guardó de nuevo en el relicario, no sin antes hacerse la señal de la cruz con ella y

besarla.

Ssssssssss, arrastró de nuevo la pierna el alguacil, hacia la puerta de la torre. Cuando pasó junto al grupito de rateros apuntó con el mentón hacia aquel al que los demás habían delatado, y dijo a sus soldados:

—Cortadle la mano a este idiota, para que allá donde vaya todos sepan que la metió donde no debía. Y echadle a patadas de mi puta ciudad.

Luego, Raymundo Lacruz entró en la torre y, deseando interrogar a la niña a la que se acusaba de ayuntar con el diablo, se dispuso a partir hacia el pueblo de Viguera.

5

NO PUEDE DECIRSE QUE FUERAN AMIGAS SUYAS AQUELLAS PAREDES DE ROCA, hinchadas de cicatrices; en muchos tramos, el descenso se volvía casi vertical y Micaela hubo de agarrarse con las manos y los pies descalzos. Estas piedras le susurraban historias antiguas, de aquellos que las descendieron antes que ella y de otros que lo harían después de que Micaela llevara siglos enterrada. «Ven, muchacha —le decían con intención de despeñarla y quedarse con su alma—, agárrate a nosotras y te ayudaremos a bajar». El calor le estaba provocando un cierto mareo; sudaba Micaela, por arribar al fin hasta los verdes árboles del cauce, donde esperaba la húmeda, deseable sombra.

El último tramo se convirtió en una pared que descendía sobre el río. Micaela trató de descolgarse hacia su derecha, con un balanceo. Lo intentó una, dos veces. Sin que pudiese evitarlo sus manos resbalaron en la roca húmeda y cayó un trecho largo. Solo por gracia de algún espíritu protector acabó aterrizando en unos matorrales, con las uñas destrozadas; cuando al fin pudo ponerse en pie, sacudiéndose unas cuantas ortigas del trasero, vio que

aquella parte del cauce había estado sumergida no hacía mucho y conservaba un tono más oscuro. Tenía labradas unas palabras, tan profundamente y de tan buen tamaño que podían leerse desde muy lejos.

El trazo agudo de las letras, escritas hace siglos, resultaba hostil. «Tú, que me has visto, llorarás», decían en latín; o al menos esto es lo que Micaela había escuchado contar sobre ellas, pues nadie sabía leerlas. Eran las llamadas «rocas del hambre»; los antiguos habían labrado la advertencia, para ser leída cuando el nivel del río bajara demasiado. Semejante nivel de agua, en efecto, no era buena señal: sin agua, la vida se resiente. Que aquella inscripción quedara expuesta a la vista significaba que la miseria iba a volverse desesperada.

Micaela creyó morir de sed. Avistó un recodo perfecto bajo los árboles.

Pero una vez allí, hubo de agacharse al momento para buscar cobijo: apenas unas varas le separaban de un caballo atado junto a una rama seca. Junto a él, bostezaba un lobo.

Micaela había visto lobos antes; a veces bajaban de las montañas si no encontraban comida y se internaban en tierra de los hombres. Pero este —he aquí lo que sorprendió a Micaela— parecía amaestrado; no movía ni una oreja.

Descansaban los dos animales junto a unas ropas amontonadas: jubón y peto de cuero, dos buenas botas y un montón de armas —desde donde estaba Micaela, pudo atisbar al menos una espada y un par de cuchillos—. Todo hacía pensar que el jinete estaba cerca.

Micaela retrocedía a gatas para no delatarse, cuando cambió el viento. La descubrió el hocico del lobo y levantó el morro hacia donde ella se escondía. Dio uno, dos ladridos; enseñó los colmillos. Micaela quedó inmóvil, agazapada.

Fue entonces cuando un chapoteo cerca de la orilla la obligó a mirar.

Aquel, no le cupo duda, era el dueño del caballo y del lobo; un hombre desnudo se lavaba agachándose sobre el agua, que le llegaba a la altura de los muslos. Aunque el río discurría manso por allí, el hombre ponía cuidado de no alejarse de la orilla; cosa que no extrañó a la comadreja: pocos sabían nadar; y de los que sabían, ningún buen cristiano tendría necesidad de limpiar su cuerpo por entero.

Micaela observó que el jinete llevaba, marcadas en la espalda, grandes cicatrices; el eco de unos latigazos que cruzaron su piel, hace años.

—No te va a morder —dijo el hombre desnudo, sin volverse—, a no ser que te acerques al caballo.

Las mejillas de Micaela se encendieron de rubor, al saberse descubierta.

—No tengo ninguna intención de acercarme —respondió desde la fronda.

El hombre desnudo se giró hacia ella; no ocultó su sorpresa al descubrir allí a una joven. Llamaba la atención aquella postura en una muchacha, el fuego que salía de su mirada; y el pelo, tan corto y rubio.

Micaela estudió sus rasgos. Tenía bigote, y los ojos claros, recuerdo de un antepasado eslavo; llevaba el pelo corto, para evitar estorbos si había que luchar. Acostumbrada a su padre, que era de escasa estatura, a Micaela le pareció un gigante.

El hombretón miró en derredor, receloso, acaso la chica fuera parte de una emboscada que alguien le estaba tendiendo.

—¿Qué quieres? ¿Estás sola?

—No quiero nada más que agua. Y refrescarme. A eso bajaba cuando os sorprendí ahí. ¿Y vos?

—Yo —respondió él— soy un espectro. Me ahogué en este río hace años y estoy condenado a vagar por aquí.

Divirtió mucho al hombretón que Micaela palideciera.

—Muchacha, solo estoy bromeando. No tengas miedo.

Quiso replicar ella que no tenía miedo, pero lo cierto es que no las tenía todas consigo.

El hombre se acercó a la orilla, avanzando contra el agua.

—Salgo para que puedas entrar tú; no seré yo quien te impida rellenar la cantimplora y refrescarte el culo.

Micaela observó con recelo cómo salía del río y se aproximaba a su caballo. El lobo acudió a recibirle, manso como un perrillo.

Ella aferró la espada de su padre, a pesar de que el hombre desnudo no parecía tener ningún interés y se vestía sin mirarla. Micaela bajó con mil ojos hacia el cauce. Temía que la atacara esa bestia, o que se la comiera el lobo.

—Al menor movimiento te-te degüello —amenazó sin mucha convicción.

Sin mirarla y metiéndose el jubón por la cabeza, el hombre ocultó una

sonrisa.

—Líbreme Dios de mover un dedo contra ti.

No le había pasado inadvertida la forma en que la joven se aferraba a su espada rota, como si en ello le fuera la vida.

—¿Qué fue de la otra media? —preguntó.

—¿Qué?

—Solo llevas media espada.

—La partió en dos un malnacido —lamentó Micaela; así se lo había contado su padre.

Él echó unas risas de buena gana.

—Estoy seguro de que te basta y sobra con media.

Al llegar a la orilla, sin quitarle la vista de encima a hombre y lobo, Micaela bebió hasta hartarse, observando de reojo cómo se vestía él; las calzas, las botas. Ella había visto esos mismos movimientos antes, en su padre; este era también un hombre acostumbrado a luchar, le delataban sus gestos, seguros y firmes; sabía dónde acomodar las armas para tener fácil acceso a ellas, y en ningún momento descuidó lo que ocurría a su alrededor, siempre en guardia.

Micaela metió el cuenco de la mano en el agua y se remojó la cara, la nuca. Avanzó hasta entrar casi entera en el río, sin miedo. Había nadado desde niña —así lo quiso su padre—, y no hubo en su camino riachuelo en el que no se metiera a jugar. Se dispuso a rellenar el odre.

Después preguntó:

—¿Qué hay en esa dirección?

El hombre localizó el sol allá en lo alto, entre algunos buitres, habitantes contumaces de esta tierra, y situó los puntos cardinales.

—¿Que qué hay? —En sus ojos hubo un atisbo de preocupación—. Eso es el este, «Mediaespada». Saraqusta, es lo que hay.

—¿Qué es Saraqusta?

—Ciudad musulmana, muchacha. ¿Tú de dónde sales?, ¿de una cueva en el bosque?

—Casi —respondió ella riéndose.

—Queda por ahí —dijo el hombre señalando—, a unas cuantas jornadas. Y es un lugar peligroso lleno de indeseables, contrabandistas y ladrones. No

se te ocurra ir a Saraqusta.

—No he dicho que lo haría.

—Por si acaso —replicó él—. Osma sería mejor sitio para ti. Tierra cristiana, que tampoco es decir mucho, porque también allí abunda la morralla. Yo voy hacia Osma.

Micaela desoyó la invitación velada y él, divertido por la hosquedad de la chica, se rio de nuevo.

Había terminado de vestirse; abrochó el cinturón que cargaba la espada. Era alto, demasiado grande para montar de un salto en el caballo, y subió algo pesadamente.

Desde arriba, volvió a dirigir hacia ella sus ojos claros.

—El mundo —dijo— no es sitio para una joven sola.

Se rebeló Micaela ante el hecho de que todos le dijeran qué parte del mundo le estaba o no reservada.

—No estoy sola —respondió enigmática, saliendo del agua.

También él la analizó ahora, más allá de la primera impresión que le había producido el pelo cortísimo; paseó la mirada sobre sus piernas delgadas y sus formas redondeadas, prietas por una tela bajo el jubón. El rostro le pareció bonito, de formas agradables.

—Me llamo Torres —dijo—; Martín Torres. Y tú, ¿tienes nombre?

Micaela nada respondió; y, como si esta pregunta la amenazara de pronto, retrocedió un paso, aferrando la espada.

Martín chasqueó la lengua en dirección al lobo y le dio una orden con los ojos.

Acto seguido tiró de la brida hacia un lado y jaleó al caballo; se puso en marcha.

Micaela lo miró mientras se alejaba. Este hombre no era solo más alto y fuerte que su padre, sino, en general, más alto y fuerte que los campesinos, cazadores y frailes que Micaela había conocido.

El lobo había quedado atrás, mirándola, tan quieto como antes.

—¡Eh! —gritó Micaela—. ¡Te dejas atrás a esta bestia!

—¡Le gustas, Mediaespada! —respondió Martín alejándose—. ¡Y no suele gustarle nadie, es tan arisco como tú!

—¡Espera, no lo puedes dejar aquí!

—¡Iré a Saraqusta después de pasar por Osma! —exclamó él perdiéndose ya en el camino—. ¡Si me buscas allí podrás devolvérmelo!

Micaela se agachó para coger una piedra y se la lanzó al jinete.

—¡No puedes dejarme aquí a esta fiera! ¡Tú!, ¡vuelve! ¡Eh!

No quedaba ya del tal Martín ni la silueta.

—¡Me llamo Micaela!

El lobo acudió a la orilla, impertérrito, y se agachó para beber un poco de agua.

—Vete —dijo Micaela señalando el camino—. Ve con él. Vete con tu dueño, ¿me oyes? ¡Yo no puedo cuidar de ti!

El lobo bostezó.

6

LE DESPERTARON LAS LLAMAS Y CREYÓ HALLARSE EN EL INFIERNO. Trató de levantarse, pero apenas consiguió ponerse a cuatro patas. Le dolía como si le hubieran aplastado la cabeza con una piedra. Y de hecho así había sido. Al tocarse, Beltrán Cuervo descubrió que, tras el golpe de la condenada niña, la sangre seca le había caído por la cara. Tosió —estaba ahogándose—, y al toser le vino a la mejilla el dolor del antorchazo que le había pegado su antiguo amigo, el dolor inhumano de la piel, desgarrada allá donde las uñas habían trazado su marca. Tenía media cara hinchada, tumefacta.

Ardía todo a su alrededor, en el claro del bosque; la cabaña era ya un amasijo de maderas negras, a punto de colapsar.

Cuando Beltrán Cuervo hubo conseguido ponerse de pie le faltó tiempo: separó las piernas y se bajó las calzas. Rezaba por lo bajo metiéndose prisa. «Venga —se decía—. Coño, venga». Era un remedio que muchas veces había

usado antes, en la guerra, o tras alguna de sus muchas pendencias, pero nunca en unos cortes abiertos en la cara. Nada más empezar a orinar puso las manos debajo para mojárselas. Apretó los dientes. No lo dudó ni un momento: igual que quien se aplica frescas hierbas después del afeitado, Beltrán Cuervo se masajeó los cortes con la orina.

Cayó de rodillas, rugiendo como un jabalí herido. Tanto le escocían las heridas que creyó entrever uno de los tormentos del Infierno, y juró por Dios que, a partir de entonces, nunca jamás volvería a pecar.

Al instante siguiente ya había olvidado su promesa. El calor de las llamas le quemaba el pelo de la nuca; no había tiempo de quejarse. Trastabillando consiguió ponerse en pie de nuevo. Echaban humo sus torturadas mejillas.

Al otro lado del claro descubrió encabritado a su caballo. A pesar de estar suelto no había querido abandonarle. Relinchaba y daba vueltas sobre el terreno, preguntándose acaso qué hacer para socorrerle.

—Voy, Tordo —dijo Beltrán Cuervo—. Voy; estoy bien.

Tapándose media cara con una mano buscó su *ambiya* en el suelo. Nada más encontrarla la devolvió a su lugar, allá en la funda que llevaba a la espalda. No pensaba sino en la recompensa que Raymundo Lacruz le había prometido y que le caería del Cielo cuando le entregara a la niña.

Fue recorriendo el claro y buscando, esquivando las llamas, hasta que descubrió el rastro; dos pares de huellas frescas habían tomado camino.

Beltrán Cuervo sonrió y, loco de dolor y rabia, musitó para sí la canción:

*Ni de bonito pie,
ni de negros ojillos.*

Acudió donde esperaba su caballo y tomó las bridas. El golpe en la cabeza le latía atrás, como si tuviera vida propia; también en la cara, peor que un mal dolor de muelas; y cada latido traía consigo una punzada.

—No me cogerá por sorpresa otra vez, la puta de ella —le dijo al animal, y este respondió con un relincho.

El tuerto elevó su enorme peso agarrado a la silla y montó sobre el

caballo. Luego, emprendió camino, siguiendo las huellas.

Enseñando los dientes y con una cuenca del ojo vacía, si se lo miraba de perfil, el señor Beltrán Cuervo daba la impresión de ser la encarnación de la muerte; una muerte entrada en kilos, que sonreía ensimismado, canturreando para sí, con la cabeza puesta en otro sitio.

*ni de largos dedos,
ni de boca de miel,
ni, claro es,
de muy donairoso
lengüecica.*

Atrás, viendo impotentes cómo escapaba el tuerto, quedaron los pequeños animales de madera que el fuego iba transformando en carbón.

7

—¿QUERÉIS BEBER MÁS, PADRE?

—No más agua, Micaela. ¡Vino es lo que quiero!

Siempre les gustó la soledad —no en vano pasaron años solos en el claro; ella correteando a sus anchas por el bosque mientras él tallaba sus maderas—, pero ese día, a medida que se iba poniendo el sol, cayó sobre ellos un abatimiento. El silencio llevaba un rato oprimiéndolos.

Tras aquellas horas caminando con su padre y sin probar bocado, Micaela

había decidido detenerse. Pasarían la noche al cuidado de un viejo árbol muerto, grande como una colina y hendido en dos por un rayo que acabó incendiándolo hasta convertirlo en una Y renegrada.

—No hagas fuego —musitó Mathías. En aquellas planicies, la luz de una hoguera podía ser vista por los salteadores de caminos a varias leguas a la redonda—. Sabe Dios a quién podría atraer.

Miró en derredor.

—¿Nos sigue el condenado lobo?

Por allí venía, sí, caminando muy cachazudo, con las orejas gachas.

—Sí —respondió ella.

—Se nos quiere comer, el cabrón, te lo digo yo.

—No sé, padre. Si quisiera ya nos habría comido hace lloras.

Micaela ayudó a que su padre pudiera recostarse y luego ella se sentó a su lado, sobre la tierra caliente. Se quitó de la espalda el hatillo y puso cuidado de dejarlo cerca; allí guardaba la espada rota y los cuchillos.

Mientras rebuscaba algo de comida, observó de reojo cómo Mathías Nuevededos apoyaba su cabeza en el árbol muerto, y daba un suspiro largo.

Siendo niña, en cierta ocasión su padre le mostró un viejo pino que estaba enfermo de la podredumbre blanca, aquel hongo que los campesinos llaman «de la miel», y se extiende bajo tierra, engordando a base de savia robada. El hongo, lento e imperturbable, devoraba las raíces del árbol. «¿Por qué permite Dios que el hongo mate al árbol, padre?», le preguntó ella. «Siempre fui un hombre sin Dios, Micaela. Y, si existe, no creo que podamos saber por qué hace las cosas que hace. Quizá sea un jodido caprichoso; o quizá sea cierto lo que dicen algunos: que desde hace tiempo el diablo ocupa su lugar». Durante años, Micaela gustaba en dar un rodeo en su jornada de caza y sentarse al pie de aquel tronco, tan carcomido como este junto al que reposaban ahora.

Pensó en todos los árboles que el viejo tronco había sido: un tallo verde de incierto futuro, un árbol joven henchido de potencia. Se preguntaba Micaela cómo pudo permitir este Dios que, un día, los seres más torpes y degradados devoraran aquella perfecta arquitectura verde. La conclusión se hizo desoladora: no había maestro de obras como el Creador, capaz de planificar algo tan complejo y delicado en detalles; pero, a la vez, tan indiferente, capaz de abandonar su obra a la violencia.

«No le importa —se dijo—. A Dios se le da una higa que mi padre viva o muera esta noche».

Ofreció a su padre una tira de venado, reseca.

—Comed algo, por favor.

—No puedo, Micaela —respondió él cerrando los ojos—, no me pasa nada por la garganta.

—¿Queréis beber un poco de agua?

—¡No!

Resignada y con la espalda apoyada en el árbol, ella sí dio cuenta de la pieza de carne. Masticó aquella materia correosa; pareciera estar comiéndose una bota.

A pocas varas, echado sobre el suelo de tierra, la observaba el lobo, relamiéndose a la vista de la carne seca.

Micaela rehuía su mirada; apenas tenía sustento para ella, no podía permitirse el lujo de compartirlo.

—¡En lugar de mirar como un tentetieso —le espetó—, caza algo para los tres! ¡Eres un condenado lobo!

Nada que hacer; el animal no le quitaba ojo de encima sin mover una oreja.

Micaela resopló. Echó mano al hatillo. Solo quedaban dos tiras de venado. Rezongó y se las tiró al lobo, que las engulló de un bocado, sin masticar.

—Come hasta hartarte, jodido.

Mathías Nuevededos sonrió.

—Eres todo lo contrario a mí; yo siempre fui un egoísta mezquino.

Micaela tanteó la frente de su padre. Ardía de fiebre.

Aún tardó Nuevededos unos instantes en decir nada. Agachó la cara y puso la vista encima de sus nueve tristes dedos.

—Nunca fui un buen hombre —dijo al cabo.

Se iba ocultando el sol. A Micaela le fascinaba aquella hora de la tarde en que la luz baña todo en un contorno dorado. Lo cruel y lo repugnante, desde las espinas de las zarzas a los restos de un animalillo, todo quedaba atrapado en aquella atmósfera, y pasaba a ser parte de una sola belleza. Para ella, que de ordinario había de dedicar sus fuerzas a vivir entre depredadores, era un ritual dejar cuanto estuviese haciendo y asistir a momentos como ese. Solo

entonces era ella misma.

Recordó, con los ojos fijos en el cielo, cómo Mathías y ella se sentaban a mirar, sin más; a mirar cómo desaparecían el cielo y las nubes; cómo cada tarde se iba yendo el mundo.

A pesar de que Mathías seguía con dificultades para respirar, había cesado el dolor; sentía la espalda cubierta de una humedad pastosa.

—Micaela, si me llegara a pasar algo...

—No va a pasaros nada —replicó ella, incapaz siquiera de pensarlo.

Mathías se recostó junto al árbol muerto, dándole la espalda, y quedó en silencio, rumiando, rumiando.

Caía la noche, y todo iba a sumirse en una negrura tal que no podrían ver ni a un palmo. La noche no estaba hecha para la humanidad. Hombres, mujeres y niños corrían a esconderse en cualquier refugio en cuanto comenzaba a irse la luz, no había nada que pudieran hacer en las horas negras: a la oscuridad no se le podía sacar provecho. Los buenos cristianos cerraban las puertas con llave y se echaban a dormir, a esperar que volviera el día. Solo los malvados obtenían beneficio de la negrura; solo los monstruos. El miedo cobraba la forma de los demonios labrados en la puerta de las iglesias, de los *asustaniños* en las canciones de cuna: el hombre del saco, el coco, el sartenero, el alguacil Raymundo Lacruz.

Procurando que su padre no la viera, Micaela sacó de su bolsillo la figurita de comadreja a medio tallar y la apretó contra su pecho. Le temblaban las manos. Se descubrió aterrada, como una alimaña que simula estar muerta.

Cuando era niña y se tapaba hasta la cabeza porque le era imposible dormir a causa del miedo, Mathías le decía: «¿Comadrejita, qué es lo que temes? No hay nada en la oscuridad que no esté cuando hay luz».

El pecho de Micaela se endulzó de melancolía al pensar en su infancia. Su padre, que se ponía nostálgico rememorando su vida de soldado, le contaba viejas historias del guerrero Almanzor, escaramuzas de batallas. De natural era poco delicado, y no ponía ningún cuidado en evitar los lances demasiado terribles, como cuando Almanzor arrasó San Iago, o cuando rellenaron de paja el cadáver del general Galib. La niña le miraba entonces con los ojos como dos huevos duros, y el Nuevededos hacía un giro e inventaba que venían bondadosos animales a salvar la situación: un castor que movía las ramas de

una presa y el río se llevaba nadando a los atacantes, o una bandada de águilas que sacaban volando a los habitantes de la ciudad sitiada. Y al otro día le tallaba al castor o el águila. Su padre seguía contando y contando, hasta que ella se quedaba dormida. Micaela podía jurar que, pese a todo, la suya había sido una infancia entretenida.

La figura del árbol partido en dos recordaba a una garra carbonizada, abierta, implorando al cielo que no la atacara con más rayos. En aquel exterior pedregoso, la noche se hizo más solitaria que nunca.

Lo sintió a su espalda, inmóvil. Micaela se preguntó si su padre estaría soñando ahora.

Lo abrazó por detrás. Se pegó a su cuerpo. Muy fuerte. Inspiró hasta llenarse el pecho. Sintió su olor, el tacto de su ropa, el vendaje que lo rodeaba. Después, cuando pudo comprobar que él seguía respirando, se quedó dormida.

8

NO SIEMPRE SOÑABA, PERO, ESA NOCHE, MICAELA SOÑÓ. Soñó que dormía al calor de aquel árbol; y que, en medio de la madrugada, su padre luchaba por incorporarse.

Soñó que Mathías Nuevededos se arrastraba hasta ella.

Era vivísima la sensación de sentirle respirar muy cerca, en su oído; su padre le hablaba en voz baja, como cuando era niña y, de noche, susurraba cosas bonitas para tranquilizarla.

—No soy un hombre demasiado creyente, Micaela, tú lo sabes, pero... quiera Dios perdonarme si una vez me equivoqué contigo, y durante todos estos años te separé de tu destino.

En el sueño, a ella se le hacía muy difícil hablar; tenía los párpados pegados y la boca pastosa. Mathías Nuevededos recorría con un dedo las cicatrices de sus manos.

—No olvides ponerte el ungüento para los cortes.

—Sí, padre —respondía ella, dormida—. Mañana me lo pondré.

Micaela recordaba, entre nieblas, que él se estremecía.

—Dios —dijo el Nuevededos—, qué bien suena esa palabra.

—¿Qué palabra?

No pareció haberla escuchado.

—Perdóname, Micaela —le dijo al oído—. Perdóname por haber sido un cobarde.

En el sueño, Mathías Nuevededos se agachó para besarla. Unas cosquillas en la nariz hicieron que la muchacha abriera los ojos.

9

AL DESPERTAR DE PRONTO encontró frente a ella la cara enorme del lobo, acariciándola con el hocico; Micaela dio un respingo, braceó asustada. El sobresaltado animal retrocedió un par de pasos.

—¡Qué!, ¡qué! ¡¿Qué quieres?!

Al amanecer, el sol la había encontrado dormida; ya estaba bien entrado el día.

Estaba confusa, destemplada. Creyó que un agua helada la recorría por dentro; tenía frío. Se vio imposibilitada para asegurar si todo había sido un sueño.

—¡¿Por qué me miras?, ¿qué quieres ahora?!

Allí se mantenía plantado el lobo, hasta que Micaela descubrió lo que

trataba de decirle.

Su padre no estaba allí.

A la aturdida cabeza de Micaela vino un pensamiento ridículo: «Se ha ido él solo a por el oso», y no fue hasta que reordeno los recuerdos que cayó en la cuenta, y se le vino todo a la memoria, de golpe.

Cogió el hatillo, preocupada, y, poniéndose en pie, se lo colocó a la espalda. Miró en derredor.

—¿Padre?

Caminó unos pasos aquí y allá, buscando un rastro, pero no encontró señales de Mathías Nuevededos.

—¡Padre! —gritó.

Tuvo náuseas y aun hubo de apoyarse en una roca para echar algo de bilis.

Ahora la sobrecogía la idea de que aquellas palabras de él no hubieran sido parte de un sueño. A medida que rehacía las piezas del diálogo, Micaela iba estremeciéndose.

Ladró el lobo un par de veces, unas varas más allá, y Micaela creyó que llamaba su atención.

Echó a correr hasta él.

Al llegar donde el animal le estaba indicando tuvo que detenerse de golpe, por no caer en aquel abismo.

Quizá llevara siglos abierta aquella enorme grieta, o quizá quiso el diablo abrir el suelo la noche anterior, para tragárselos. El lobo ladraba, inquietísimo, hacia lo profundo; ¿es que trataba de señalarle algo? Un miedo terrible se apoderó de Micaela: que su padre hubiera caído en aquella sima mientras estaba oscuro.

—Dios bendito —murmuró—, que no se lo haya tragado el infierno.

Se arrodilló, y, a gatas, recelosa, Micaela asomó la nariz, con tiento para no caer.

—¿Padre?

A unas pocas varas de profundidad se veía el fondo de la sima, pero no halló rastro de él. Quizás estaba inconsciente en la oscuridad; podía haberse roto la pierna o la cadera. El corazón de Micaela golpeaba de pura angustia imaginando a su padre solo, allí abajo.

Iba a llamarlo de nuevo cuando el lobo reculó, aterrado, y soltó un

gruñido. Micaela no podía saber qué bullía en su instinto de animal salvaje — acaso hubiera percibido un olor, un sonido—; una alerta de peligro le había avisado de que algo malo estaba a punto de ocurrir.

—¿Qué es? —preguntó Micaela—. ¿Qué es lo que te...?

Ya no pudo terminar la frase: un ciclón se la llevó por delante, de repente, y cuando Micaela quiso darse cuenta estaba ya en el suelo, bajo un peso terrible que le impedía moverse.

—‘odemos hacerlo ‘or las ‘uenas —dijo Beltrán Cuervo mordiendo una cuerda mientras intentaba atarle las manos con ella— o ‘or las ‘alas.

—Tenía... —respondió Micaela luchando contra aquellas garras— que haber golpeado ¡más fuerte!

Se rio el ogro. El hueco donde un día hubiera un ojo goteaba su purulencia, las líneas marcadas en las mejillas se habían hinchado y la cara toda era una excrecencia carnosa, abotargada.

—¿Qué te has hecho en el pelo, desgraciada? Ningún hombre te mirará con esos trasquilones, válgame el diablo.

—¿Por qué me persigues?! —le espetó Micaela—. ¿Qué quieres de mí?

—¿Yo de ti? Ni aunque fueras de hojaldre; pero hay alguien que ha puesto precio a tu cabeza.

A la mente de la comadreja vino, inevitable, el alguacil.

Mientras intentaba atarla por las muñecas, Beltrán Cuervo no daba en echar mano a la *jambiya* que guardaba a la espalda.

—Pero antes, perra, te voy a devolver la firma que me has dejado en la cara. A él no le importará, ¿verdad?, que te entregue un poquito estropeada.

—¿Precio a mi cabeza por qué?! —gritó Micaela forcejeando—, ¿qué busca ese hombre de mí? ¡¿Quién es?!

La observó divertido el señor Cuervo, desde su tánico ojo, y respondió, seco:

—El diablo.

Ya pasaba la cuerda alrededor de las muñecas de Micaela cuando una forma gris saltó sobre él. Micaela se vio liberada de su peso, y Beltrán Cuervo comenzó a rodar por el suelo de tierra tratando de quitarse de encima al lobo.

—¿Pero qué cojones...?!

El lobo trataba de morderle la cara, y si no lo conseguía era porque las dos manazas de Beltrán Cuervo lo agarraban por el cuello frenando sus dentelladas.

—¡Ayúdame! ¡Ayúdame, quítamelo de encima!

Micaela se arrastró para escapar, aprovechando que la protegía el mansísimo lobo —bendito de él—, transformado en una bestia rabiosa.

Pero, de pronto, Micaela escuchó un crujido ensordecedor y notó algo insólito: se puso a temblar el mundo, literalmente. Si la Tierra era plana, como decían, alguien en los Cielos celestiales estaba sacudiéndola ahora, como si fuera una bandeja. Tiritaba todo a su alrededor, árboles y montañas.

El suelo se abrió a sus pies, en mil pedazos, y Micaela cayó dentro de la sima.

10

LE DOLÍA LA ESPALDA; toda ella era una magulladura cubierta de tierra. Abrió la boca en busca de aire, envuelta en una nube de polvo, sedienta.

Micaela se revolvió. Estaba dentro de un agujero en el que apenas cabía.

—¿Lobo? —Su voz sonó como suenan los sonidos dentro de una capilla.

Nada escuchó, sino su propia respiración, agitada y reseca.

Cuando la nube se fue disipando echó la vista arriba, de donde provenía un hilo de luz a través de un huequecillo del tamaño de una lenteja. Vio, en la penumbra, que se hallaba en el fondo de la fosa; el suelo estaba alfombrado de piedras y peñascos. Si no se había deslomado en la caída era porque los mismos escombros que caían bajo ella le habían servido de tobogán. Arriba se había cerrado la grieta, tragándosela a ella y dejando fuera al asesino y, que Dios le guardara, al lobo; ojalá hubiera tenido ocasión de huir.

Se revolvió hacia un lado, hacia el otro, temiendo que la presencia del alguacil se le apareciera por la espalda, que la envolviera en un saco y se la llevara consigo. Así le ocurría siempre que se hallaba a oscuras, tan interiorizada tenía su amenaza.

Estaba sola, sin embargo; para bien y para mal.

Cuando hubo superado ese miedo infantil, a Micaela la invadió un temor mucho más prosaico: quedar abandonada en aquel agujero, y morir de sed y de hambre.

Andaba procurando calmarse cuando se le enredaron los pies en un pedazo de tela. Se arrodilló en la penumbra.

—No me lo puedo creer...

Micaela tomó entre sus manos la tela con que un par de días atrás había vendado la espalda de su padre. Allí mismo descubrió un agujero en la pared, que conducía a un pasillo que se adentraba bajo tierra, en la oscuridad.

—¿Padre? —murmuró, temblando—. ¡Padre!

De nuevo reverberó su voz por el interior de la roca; a Micaela le dio la impresión de que aquello conducía hacia una intrincada red de galerías.

Se giró hacia arriba, a la grieta por la que había caído, ocluida ya, que parecía mirarla desde lo alto.

—Tengo que ir —musitó como si el lobo pudiera escucharla—. ¿Lo comprendes? Tengo que encontrar a mi padre.

11

NADA QUE SE HUBIERA CRIADO EN LA LUZ ERA BIENVENIDO. La oscuridad flotaba densa, de una densidad mayor que la de cualquier noche que Micaela hubiese conocido; entraba por los orificios de sus ojos, su nariz, su boca, y se

iba infiltrando suavemente en la sangre, al modo de un vapor. Le pareció que había penetrado en otro mundo, regido por leyes muy distintas.

Aunque al principio los ojos quedaron inservibles, otros sentidos se agudizaron. Las plantas de sus pies se habían vuelto extraordinariamente sensitivas; ecos de pasillos alejados llegaban a sus dedos; vibraciones, distantes no solo en el espacio, quizá también en el tiempo.

Creyó ver una sombra moviéndose, al fondo del corredor.

—¡Padre! —gritó—. ¡Soy yo, no sigáis adelante, voy a por vos!

Anduvo más deprisa, en pos de la sombra, pero pronto tuvo que pararse a descansar: allí dentro le faltaba el aire. La altura del pasaje había ido disminuyendo y hacía rato que se veía obligada a andar agachada.

Estuvo caminando largo rato, encorvada. En varias ocasiones encontró ramales, y tuvo que echar a suertes si doblar hacia la izquierda o hacia la derecha. A medida que avanzaba por aquel laberinto fue perdiendo la consciencia de cuántas horas llevaba andando y, si bien al principio había notado potenciados sus sentidos, todas las percepciones acabaron mezclándose: el oído oía la humedad y el olfato olía a rumores y goteos. Ninguno de sus sentidos era ya fiable.

Buscó en el hatillo que llevaba a la espalda. Se detuvo para abrir la cantimplora, temblando, y bebió unos tragos.

Estiró los brazos y las piernas para medir la anchura de aquel pasillo y topó con las paredes: eran rugosas, pero no como las rocas de la superficie, acostumbradas al beso beneficioso del sol; aquellas tenían un tacto similar a costras húmedas. Creyó hallarse dentro del estómago de un monstruo muerto, en cuyo interior descompuesto bullía una vida desconocida. Un instinto indeterminado advirtió a Micaela de que no estaba sola. Se estremeció al pensar qué tipo de criaturas vivas se podrían desarrollar en aquel ambiente espantoso. Recordó aquel gran hongo de la miel que crecía bajo el bosque, eligiendo con espantosa calma qué árbol devorar.

Las pupilas de Micaela se dilataron para dar entrada a cualquier resquicio de luz. Reverberaba una cierta fosforescencia, avisando del movimiento o los cambios de densidad de las formas con que iba topando. Quizá su vista la inventaba o quizá significaba que en algún sitio de aquella oscuridad, lejos, había luz.

Percibió una sombra al fondo.

—¡Padre! ¡¿Sois vos?!

Unos pasos se perdieron en la distancia. Micaela fue tras ellos.

Pronto hubo de ponerse a gatas; aquel corredor no cesaba de estrecharse. Trató de alejar el vientre del suelo, de la venenosa y fría humedad.

El estómago y los músculos pinzaban con angustiosos espasmos; la falta de aire la estaba debilitando. Boqueó, pero la lucha por respirar se hacía agotadora. Avanzaba empapada, febril, venteando en busca de corrientes de aire.

Micaela giró hacia un lado en una bifurcación, avanzó; giró hacia el otro en otro cruce, avanzó. Bien podría pasarse la vida entera dando vueltas en aquel laberinto, pero la movía la confianza de que en alguna parte tenía que estar su padre; el corazón se lo avisaba, y su corazón acertaba siempre. Avanzó arrastrándose en la repugnancia y el dolor de su cuerpo.

—¡Padre! —llamaba de cuando en cuando, pero nunca obtuvo respuesta.

El aire se convirtió en un seco golpe de brisa. Algo cedió bajo sus codos, la roca húmeda se deshizo en arenisca y Micaela rodó en la oscuridad. Un frío intenso entró en su nariz y le robó la respiración de golpe. Abrió la boca y solo consiguió que un buche repugnante entrase en su garganta.

12

RAYMUNDO LACRUZ TRATABA DE MANTENERSE ERGUIDO. Qué diferencia con aquellos días en los que se pasaba horas subido al caballo, galopando contra el viento. Hoy era incapaz de culminar las más simples tareas: atarse el jubón, ponerse las botas.

A su lado en el carromato cabeceó Piojo, rendido de cansancio.

—Te vas hacia la derecha —avisó Lacruz, y el infeliz dio un respingo, despertó de golpe y azuzó al caballo para volver al camino.

Junto al carro cabalgaba una sombra, un hombre joven vestido de negro, y que había participado ya en más batallas que muchos aguerridos soldados. Era flaco y de gesto adusto; la vida le ofrecía pocas oportunidades para reír. Su apodo era «Sombra», precisamente, pues el alguacil le había dado orden de no separarse de él ni de día ni de noche; y en sombra se convirtió, como el más fiel de los perros.

Delante, a pie, les habían venido guiando el muchacho del sombrero de ala ancha y el viejo de los refranes, que iba rezongando: «Quien con niños se acuesta, meado se levanta».

No les quitaban ojo de encima los habitantes de Viguera, que habían abandonado sus quehaceres para asistir a la llegada del famoso alguacil. El carro atravesó la calle principal, entre el pasillo que habían formado viandantes curiosos y orfebres, herreros, panaderos, que abandonaban sus oficios para echarle un ojo al señor Lacruz. Todo el mundo llevaba semanas hablando de él, se esperaba su venida con impaciencia.

No ocurría a menudo que llegara al pueblo semejante autoridad. Pocos asuntos habían generado tanto horror como el de la cría que había yacido con el diablo.

Los altos riscos que rodeaban la villa se enredaban en la neblina, enganchada a jirones allá arriba. De estos riscos hacia abajo era todo verde, reventado de humedad. En lo alto, les observaba el viejo castillo de Viguera, que mostraba orgulloso las cicatrices de tantas batallas. Tras pasar sucesivamente de manos sarracenas a cristianas y viceversa, colgaba allí el pendón con la cruz cristiana.

Raymundo Lacruz advirtió que los cuervos que les rondaban daban exactamente tres vueltas alrededor de sus cabezas, e hizo un gesto de repugnancia. Acudió enseguida al camafeo en donde guardaba la astilla, lo abrió y tocó madera. Tuvo la impresión de que funcionaba este mecanismo de defensa, pues, de inmediato, los cuervos se alejaron, graznando.

En la plaza del pueblo, bajo un silencio sobrecoigido, se detuvieron los recién llegados.

El señor Sombra no desmontó. A pesar de que adoptaba una postura lacia

sobre el caballo, no apartó ni un momento la mano del machete que envainaba en la cadera, atento a los movimientos de cada uno de los habitantes del pueblo. Piojo bajó de un salto y corrió hacia el otro lado del carro. Ayudó a Raymundo Lacruz a descender; medio Viguera asistía al momento.

El alguacil necesitó de la ayuda de ese desgraciado contrahecho para algo tan simple como bajar del carro.

Una vez se encontró en suelo firme, Raymundo Lacruz paseó la mirada sobre la muchedumbre, y atestiguaron todos otra de las cosas que se decían de él: a pesar de que se encontraba disminuido, infundía temor con su sola presencia.

—Traedla —dijo sin más. El eco de su voz resonó en la plaza.

La mirada afilada del señor Sombra siguió al muchacho del sombrero en su carrera hacia la salida norte de la plaza.

El ambiente se fue tornando festivo. Un grupo de mataperros bullangueros cargaban con un enorme odre, hinchado de vino hasta las patas. Los críos más pequeños notaban el influjo de la excitación general y se perseguían con alborozo. Mujeres y hombres buscaban a codazos el mejor sitio, pues en todas partes hay aprovechados que se cuelan.

Las autoridades acudieron a recibir al ilustre invitado, alguacil mayor de Burgos por la gracia de nuestro señor Jesucristo y por obra del rey Sancho.

Cuando llegaron ante él ninguno de los prohombres se atrevió a darle la mano, quedaron todos sobrecogidos por la espada que le colgaba al cinto. La espada de Lacruz era famosa por las muchas vidas que había segado; *Almawt* la llamaban los musulmanes, que significa «Muerte». A él lo encontraron desmejorado, cansado seguramente por el largo viaje; más alto de lo que esperaban. Asombraba su elegancia; esos guantes de gamuza, la calidad del peto; y solo el borde de su capa aparecía manchado por una delgada línea de barro.

—Señor alguacil, qué alegría verle aquí por fin.

Nada respondió Lacruz, como si no les viera. Avanzó un par de pasos, cojeando; ssssss... ssssss... Colgaba el brazo inerte sobre el costado, no lo movía. Miraba decidido hacia la puerta norte, por donde se acercaba una comitiva. Traían a la niña dos soldados y un sacerdote, musitando rezos. La pequeña venía demasiado aterrada para resistirse. Todavía habría de

descender un escalón más hacia el infierno.

Al llegar ante el alguacil, los soldados obligaron a la niña a arrodillarse, le dieron un empujón. Cayó de hinojos sobre el suelo empedrado, y dejó escapar un quejido.

Al señor Sombra le llamó la atención aquel cuerpecillo desnudo, que asomaba por entre los harapos que habían sobrevivido a la tortura. La chiquilla apenas podía abrir los ojos, hinchados de los muchos golpes. Ya no le quedaban fuerzas ni para quejarse; desde hacía días se encontraba en un estado de sollozo inacabable. También ella conocía la fama que precedía al alguacil; no se atrevió ni a mirarle. Temía que allí mismo, sin cruzar palabra, Raymundo Lacruz desenvainara a *Almawt* y le cortara la cabeza.

—La ramera del diablo, señor alguacil.

Raymundo Lacruz disparó una mirada hacia su siervo, el fiel Piojo. Corrió hasta él el muchacho, agachado bajo su joroba. Había sido el propio alguacil quien le enseñó a hablar, cuando nadie apostaba por que Piojo fuera capaz de decir una palabra; y hasta le enseñó a rezar en latín. Al cinto llevaba encajado un cuchillo, en un lado; en el otro, una campana que sonaba con cada uno de sus movimientos: *nan, nan nan nan, nan, nan nan...*

Lacruz extendió el codo hacia el muchacho, y Piojo agarró su brazo.

—Mecagondiez —rezongó el alguacil—, sin apretar, burro.

Sin apretar. Piojo le ayudó a arrodillarse frente a la niña.

Raymundo Lacruz la tomó de la barbilla e hizo que levantara la cara para enfrentar sus ojos. Había sido bella, antes de ser golpeada, y olía a toda clase de inmundicias. Llevaba semanas encerrada en una mazmorra, su piel no había tocado el agua desde entonces, y las lágrimas y la sangre le habían manchado la cara de churretones.

Lacruz le calculó unos doce, trece años. Los ojos eran de una pureza que Lacruz no había visto jamás.

Enseguida descubrió la abultadísima barriga, embarazada de ocho meses al menos.

—Por Dios todopoderoso —murmuró Lacruz, repugnado.

MICAELA HABÍA ATERRIZADO DE BRUCES EN UN LÍQUIDO ESPESO. Vomitó las asquerosas miasmas que había tragado. Tosió.

Le dolían la cara y el cuello, le dolía hasta la última uña del pie; pero al menos ahora podía ver.

Se hallaba en una oquedad subterránea, iluminada con una luz mortecina. No se trataba de una cueva natural, pues en los techos advirtió arcos labrados.

Se levantó con el cabello y la ropa empapados. El suelo estaba encharcado. No era demasiado profundo: el agua le llegaba por la pantorrilla, y no era un agua muerta: debajo le acariciaban los tobillos sinuosas formas, con la suavidad de cabellos de mujer.

En medio de la caverna, extendidos en círculo, flotaban nueve arcones, mecidos por el suave balanceo del agua. Aquellos arcones tenían el tamaño de un ser humano y guardaban de hecho una vaga forma antropomorfa, como los muñecos toscos de madera con que jugó de niña: la cabecera se estrechaba y luego se redondeaba, aludiendo a unos hombros y cabeza. El pie de cada arcón, en cambio, era recto y solemne, estaba adornado con un enorme círculo labrado.

Dentro de los círculos, esculpidos, había símbolos que Micaela reconoció: cruces, árboles, halcones y águilas, un guerrero con cabeza de lobo. En alguno de sus paseos cerca del bosque, Mathías Nuevededos le había mostrado ruinas de piedra, con imágenes talladas. Visigodos, los había llamado su padre; desaparecidos hacía mucho, aplastados por el curso de la Historia a pesar de que, durante un tiempo, habían sido los dueños de aquel mundo.

Micaela avanzó por el agua, hipnotizada de curiosidad, frotándose los ojos.

A través de las tapas astilladas de los arcones entrevió los huesos de unos dedos llenos de anillos; las blancas calaveras, coronadas de diademas de oro y engastadas con piedras azules, que su padre llamaba zafiros; otras redondas, muy redondas y brillantes, a las que Micaela no supo darle nombre; y otras piedras preciosas, pulidas, rojas y verdes. Las viejas barbas de los esqueletos

se habían solidificado en pergamino; sus mantos bordados de oro y púrpura flotaban, deshechos en el limo del agua; las plantas verdes trepaban hasta el fondo de sus olvidadas cuencas, sin acatamiento alguno a su rango y solemne estado.

Había ido a parar a un mausoleo olvidado por los siglos. No se atrevió a tocar nada; un hondo respeto la hizo retroceder: aquel lugar no estaba permitido a los vivos.

La madera de los sepulcros estaba devorada por hongos, que la abrían aquí y allá de puro deshecha. De ellos provenía la mortecina luz que permitía ver dentro de la cueva. Eran aquellos hongos hundidos en la madera, emergiendo del agua, los que emitían una tenue luz irreal, azulada, casi verdosa.

A Micaela le resultó viscoso al tacto, aquel ser que no era animal ni planta. Era porque devoraba la madera, que gracias a eso daba la luz; y le estuvo agradecida.

—¡Padre! —chilló de pronto al reparar en él.

Allí estaba, inmóvil en una esquina y tendido en el agua, la mirada perdida.

—¡Padre, ¿adónde ibais, en qué estabais pensando?!

Hasta que no se arrodilló junto a él no reparó en que Mathías Nuevededos tenía aferrada la espada rota.

—Tengo frío —dijo tiritando.

Era tan débil su respiración que apenas se percibía. Micaela se abrazó a él. Estaba helado.

—Yo os doy calor, padre; enseguida estaréis bien. Apretaos, así, fuerte, contra mí.

—Ví a la muerte, hija. ¡Ví a la muerte!

Ella frotaba las manos de él, y le echaba su aliento mientras él continuaba, ensimismado:

—Me desperté en mitad de la noche y allí estaba la ramera, rondando; mirándote con ojos golosos.

—Acercaos a mí, padre, no habléis. Se os ha caído el vendaje.

Quedaba expuesta la herida de la daga en la espalda, azulona e hinchada, fea.

—Al verse descubierta me soltó un bufido y se alejó. ¿Ves, Micaela? La muerte se alejó, pero temí que volviera después a cogernos por sorpresa. Agarré la espada y corrí tras ella, dispuesto a darle caza.

—¿Sentís mis manos, padre? ¿Os llega algo de calor?

Micaela miró en derredor, buscando con qué hacer fuego. La humedad bañaba toda la sala; jamás conseguiría prender aquella madera podrida de agua. Las manos de su padre eran dos témpanos, si apretaba mucho se romperían como el cristal.

—Bajé por la grieta sin perderla de vista, Micaela, era escurridiza. Y después la perseguí por los túneles, hasta que di con ella, al fin, aquí.

—Padre, miradme. Miradme, ¿me veis?, estáis delirando. Sería una sombra.

—No, la conozco bien, era la muerte. Me la he cruzado muchas veces, antes; se ha llevado a grandes amigos.

El Nuevededos señaló los túmulos.

—La muerte se escondía de mí detrás de uno de esos. Los que descansan en este panteón eran grandes reyes, muchacha. Visigodos; alguna vez te he hablado de ellos.

Los ojos de Mathías Nuevededos comenzaron a cerrarse, presa de un terrible sueño. Micaela se aferró a él.

—¡Padre! Padre, no os durmáis, quedaos conmigo.

—Estoy helado —respondió él en un susurro.

—Seguid. Contadme. Os enfrentasteis a la muerte, ¿y qué pasó? Padre, seguid.

—Me tragué el miedo y le di un mandoble.

—Seguid. No os quedéis dormido, padre.

Mathías pareció de pronto volver en sí, a sus ojos vino de nuevo la vida, y se descubrió en sus brazos, acunado como un niño. La miró esbozando una sonrisa.

—Micaela... —dijo como si acabara de descubrirla allí.

—Aquí estoy, a vuestro lado, no me pienso mover. Seguid, le disteis un mandoble a la muerte...

—Sí —se rio, medio dormido—. La hice huir, mi comadreja chica. Le dije «Maldita, aléjate de mi hija», y la hice huir.

Rompió a llorar Micaela con él en los brazos, y a Mathías Nuevededos se le fue escapando la respiración, despacio, en silencio, mientras los ojos se le iban vidriando poco a poco, poco a poco, hasta que quedaron inertes.

—¿Padre? —susurró Micaela.

De rodillas en el agua turbia, incorporó el cuerpo y lo zarandeó.

—¡Padre!

Se le escurría mientras iba hundiéndose en el agua. Micaela se aferró a su padre y, sollozando, agachó la cara hasta meterla en el cuello del hombre.

En el transcurso de los últimos días, Mathías Nuevededos había intentado despedirse de su hija varias veces, pero, qué paradoja, cuando llegó al fin su último aliento no tuvo tiempo de dar grandes discursos. A la hora de la verdad no hubo elocuentes parlamentos, pues a la vida le disgusta la palabrería; escribe renglones a la ligera, y muchos los deja inacabados.

Un dolor oprimía el pecho de Micaela; un dolor desconocido hasta entonces; y ella, que se preciaba de resistir cualquier sufrimiento, se sintió frágil. Tiritaba de frío, la ropa mojada se pegaba a su cuerpo. Apretó su mano, para que él la sintiese a su lado en el viaje que estaría haciendo ahora por caminos desconocidos. No quiso separarse de él, acurrucada, abrazada al cuerpo sin vida.

Lloró hasta vaciarse, hasta que no le quedaron lágrimas dentro.

Una de esas lágrimas, la última, escapó del ojo de Micaela, y cruzó su rostro.

Tuvo la impresión de que aquella lágrima recorría un trayecto largo, pasaba mucho tiempo surcando la colina de su pómulo.

Al llegar a la barbilla, la lágrima se detuvo un instante, como en una planicie.

Transcurrió un rato. Una hora. Días, quizá; semanas.

Y, finalmente, la lágrima saltó hacia el vacío.

Sobre Micaela cayeron de pronto hilos de tierra, desprendida del techo. Un nuevo temblor de tierra, mucho más violento que al anterior, sacudía las paredes del panteón. Creyó que todo se vendría abajo.

Transcurridos unos instantes, todo pareció calmarse de nuevo. El mundo volvió a quedar detenido en el infinito, ya no temblaba.

Al elevar la vista y protegerse con las manos, Micaela había reparado en

que, al otro lado de la estancia, en el techo de roca precisamente, había una oquedad circular. No una grieta, sino un agujero, practicado sin duda por la mano del hombre. Tal vez un respiradero.

Se incorporó y acarició el cuerpo de su padre, colocándolo en su regazo. Le separó los cabellos blancos y grises de la frente, ordenándolos con los dedos. Él contaba que un día habían sido rubios.

Micaela le cruzó los brazos y entrelazó las manos. En los ojos le colocó dos zafiros, para que pudiese pagar al barquero.

—Adiós, padre. Este es vuestro sitio: un mausoleo entre reyes.

Y se agachó para besar su frente.

—Cuidad de mí en el otro mundo. Cuidad de mí tanto como me cuidasteis aquí.

Tomó la espada, la guardó en el hatillo y, con las lágrimas calientes cayendo sobre la cara, avanzó a lo largo del agua limosa.

Se subió a uno de los sepulcros y pudo así asomar a la oquedad. En la pared de roca encontró, tallado, el dibujo de una dama coronada con la luna.

Antes de salir se volvió hacia la cripta. Su padre descansaba en la orilla, con las gemas cerrando sus ojos. La luz verdosa de los hongos se diluía en cambiantes reflejos bajo el agua; atravesaban la orilla de lado a lado, dibujando la oscilante sombra de una barca. Micaela sonrió.

—Ojalá —dijo— se acuerde Dios de guardaros. Descansad por fin. Dormid.

Luego se encaramó al respiradero e, izándose con la sola fuerza de sus brazos, fue metiéndose en el conducto tallado en la piedra hasta que sus pies desaparecieron agujero adentro.

TRAS UNA BIFURCACIÓN EL RESPIRADERO acabó situándose en horizontal, y, cuando Micaela creyó que su travesía sería más fácil, el túnel fue haciéndose tan angosto que la comadreja, delgada y estrecha como era, creyó que quedaría allí atrapada. Avanzó como pudo.

Una sola idea le movía, una cadena de pensamientos: la playa de los hombres de piedra, la comunidad de mujeres, su madre. Necesitaba saber si su madre estaba viva; averiguar si había más mentiras en la versión que le había contado su padre. Pero de esta playa solo sabía que estaba en el norte, escondida del mundo. ¿Cómo haría para llegar?, se preguntaba arrastrándose, resoplando.

Apenas tenía hueco para hinchar los pulmones, respiraba con dificultad. A fin de seguir avanzando a lo largo de aquel respiradero tuvo que reptar como una serpiente, ondulando el cuerpo arriba y abajo con los dos brazos extendidos.

De entre las tinieblas surgió un nombre que había quedado dormido en su memoria: su padre y el tuerto habían hablado de una tal Juana, la Pelleja. Ella, sin duda, debía conocer otros detalles de su historia. Micaela se concentró entonces en una esperanza: que la tal Juana le dijera dónde estaba la «playa de los hombres de piedra».

—Padre —dijo en alto Micaela—, no puedo resignarme, o me comerá un fuego por dentro; me es imposible.

No había hecho sino añadir eslabones a la cadena, pero cuanto más larga era esta, cosa curiosa, más claro estaba el camino. Sabía dónde encontrar a la Pelleja, lo había contado el tuerto: estaba retenida en la prisión de Saraqusta, la ciudad musulmana, reducto de indeseables y ladrones. En el este, a pocas jornadas. Los pensamientos concatenados seguían ahora un camino claro: Saraqusta, Juana la Pelleja, la playa de los hombres de piedra, su madre.

Como si esta nueva luz la hubiera atraído, después de un rato vislumbró al fin la luz del exterior, al fondo de aquel canal.

Avanzó, febril, hacia la salida; a salvo.

Entonces comenzó a escuchar las voces roncadas de unos hombres.

—¿CÓMO TE LLAMAS? —PREGUNTÓ EL ALGUACIL.

Tenía la voz grave, calmosa; las palabras pesaban cuando salían de su boca.

—A-Alba, excelencia —respondió la chiquilla temblando.

—El pueblo de Viguera me ha hecho llamar, Alba. ¿Sabes quién soy yo?

Cuando la niña embarazada asintió le cayó una lágrima por la cara, que dejó marcado otro surco sobre la suciedad.

—Yo... yo he contado todo lo que sé, mi señor alguacil, no soy ninguna bruja, sino una mujer temerosa de Dios como la que más.

Lacruz se abrió el peto, apartó el colgante en donde guardaba la astilla, y extrajo la declaración, escrita en una hoja arrugada, de piel de cabra.

—Los habitantes de Viguera te acusan de «fabricadora de sortilegios» y de haber tenido «trato carnal con el diablo».

Intervino una de las autoridades del pueblo:

—¡Mirad la ramera, qué barriga tiene!

«¡Putas!», gritaron desde la multitud. «¡Asquerosa! ¡Bruja!». El muchacho contrahecho que acompañaba al alguacil hizo gestos con las manos para que todos callaran y su amo pudiera escuchar la respuesta de la niña.

—Yo —dijo ella sin atreverse a alzar la vista— solo preparo pócimas, mi señor alguacil. La gente viene hasta mi casa del bosque y me pide una pócima para las fiebres, y yo se la preparo. Me gusta ayudar, solo cobro la voluntad, no lo hago por dineros; a veces me pagan con una docena de huevos. Me piden unguento contra los sabañones y yo se lo preparo, o arrimo el hombro en algún parto si el niño viene de nalgas.

Raymundo Lacruz colocó su mano sobre los labios de la chiquilla, pero no llegó a tocarla, apenas supuso una caricia el contacto del guante de gamuza.

—Alba, por favor, responde solo a lo que te pregunto.

Y con gesto levísimo retiró la mano para permitirle hablar.

—Sí, mi señor, perdón.

—¿Es cierto que te atraparon cuando intentabas escapar? ¿Y que dijiste

encaminarte a un sitio conocido como... —releyó la confesión reflejada en el pergamino— «la playa de los hombres de piedra»?

Una rigidez había atenazado su rostro, el gesto involuntario de una inquietud. Y antes de terminar la frase, la niña ya sabía que a este hombre le daban igual las acusaciones de sortilegio. Había acudido hasta Viguera, hasta ella, en pos de algo mucho más importante.

—¿Es cierto, Alba?

—Yo... No es cierto, mi señor —respondió vacilando—, lo dije por decir. Porque me torturaban. No conozco esa playa.

Tenía Lacruz ese don innato: sabía cuándo mentía la gente. Algo veía en el fondo de sus ojos. Es por esto que averiguó que Alba la curandera, la que llamaban bruja, no decía la verdad.

Acercó la oreja hacia la boca de la chiquilla, igual que haría un confesor. Alba advirtió el intenso olor a romero, a limpio.

—Dime dónde —insistió Lacruz como si no la hubiera escuchado.

—Yo... Yo no...

—El basilisco. ¿Cómo puedo librarme de él?

La chiquilla supo así que el alguacil conocía bien el tema por el que ahora la interrogaba, y tembló de miedo, estremecida.

—No sé de qué me habláis —mintió.

La mano de Raymundo Lacruz se convirtió en una centella. Una bofetada que vino del revés restalló en la cara de Alba como un latigazo.

La niña miró al hombre, confusa, sorprendida; y, en respuesta, él le devolvió estas palabras, con su voz calma:

—No me hagas preguntártelo otra vez, puta. Arrastrada. Dime dónde está la playa. Dime qué he de hacer para librarme del basilisco o te sacaré la piel a tiras, tan dulce y lentamente como si te quitara un vestido de seda.

Del mismo miedo, una arcada sacudió a Alba, y vomitó la papilla asquerosa que le habían dado en la mazmorra. Mantuvo gacha la cara para escapar de aquella mirada beatífica, de aquella piel de alabastro que olía a tomillo y rosas. Le castañeteaban los dientes.

—Hay una mujer —confesó la niña por lo bajo—. Una que llaman Juana la Pelleja, y que hace unos meses fue mi ama y mi maestra. La última vez que supe de ella iba camino de Saraqusta. Quizás ella... Quizá pueda fabricaros

alguna poción contra el guardián de la playa.

Consciente de que la villa entera le observaba, Raymundo Lacruz disimuló el escalofrío que vino a sobrecogerle. Conocía bien a la mala bicha de la Pelleja. Pero solo la perspectiva de acceder por fin a la playa, de encontrar de una vez a la condenada Genoveva la Negra hizo que se le encabritara el corazón.

—Señor alguacil —gimoteó la niña—, no soy ninguna bruja. No me condene usted, se lo pido por caridad.

—Yo, Alba, no soy juez —respondió Lacruz—. Es *Dios* quien va a juzgarte.

Satisfecho al fin, ofreció el codo a su ayudante y Piojo le ayudó a levantar de nuevo, sin apretar, mientras él aferraba a Alba por el brazo y la obligaba a venirse también.

Parecía que iba a hablar a la multitud, y fue el contrahecho Piojo quien sacó la campana que llevaba al cinto y la hizo tañer tres, cuatro veces. *¡Nan nan, nan nan, nan nan, nan nan!* Se acallaron las voces de los presentes en la plaza.

Como quien exhibe un pedazo de carne, Raymundo Lacruz mostró la niña a la muchedumbre curiosa, hacia las autoridades y los soldados.

En la plaza de Viguera resonó la voz grave de la ley:

—¡Por la autoridad que se me ha conferido, ordeno que se me entregue esta muchacha para conducirla hasta Burgos, donde será debidamente sometida a una ordalía!

—«*¡De-Dei iudicium!*» —exclamó Piojo, el muchacho jorobado, pálido de miedo. Hizo sonar la campana. *¡Nan nan!*

Y el señor Sombra, desde lo alto de su caballo, sofocó una sonrisita sádica, refocilándose en el espanto que estaba por venir.

Rugió el populacho, indignado y ávido de una sangre que no iba a poder catar: iban a perderse el procedimiento de la ordalía, nada menos; todo un espectáculo. En el llamado Juicio de Dios, a la *examinatio caldaria* el vulgo la conocía como «Prueba del caldero». Se obligaba a la convicta a introducir el brazo en un caldero de agua hirviendo. Hasta el codo. Se escaldaba la carne en el agua abrasadora, y no se sacaba hasta que la piel se hubiera deshecho como un pergamino viejo. Después, el brazo era vendado y a los tres días

desenvuelto públicamente ante el pueblo: si no había gangrena, es que Dios sentenciaba a favor de la mujer. Si la había, el *Dei iudicium* habría desvelado cuán verdadera era su culpabilidad.

Protestaron los habitantes de la villa y a gritos alzaron los puños. Gritaban: «¡Muerte a la bruja aquí!», «¡Escaldadla aquí!, ¡no en Burgos!», «¡Danos su cabeza ahora!». La soldadesca se vio obligada a contener la marea humana, que amenazaba con llevarse por delante a las magistraturas si no eran capaces de hacer justicia con aquella cría lúbrica y torcida, preñada del demonio.

Ssssssssss. Raymundo Lacruz dio un paso y clavó sobre la gente sus ojos terribles.

Bastó esto para que se hiciera el silencio.

—¡Pueblo de Viguera! —Tronó de nuevo la voz del alguacil—. Os veo ansiosos de hacer justicia. Quizá consideréis que estáis más capacitados que yo en el cumplimiento de mi labor. Quizás —aquí miró a todos uno por uno— queráis probarme por ver a cuántos de vosotros me llevo a Burgos para someteros al mismo juicio de Dios que a la fulana.

Alba nunca antes había tenido tantos ojos pendientes de ella; ojos de niños y mayores clavados en su rostro ido, en la ropa desordenada. En ese mismo momento cayeron a tierra todas las miradas. Nadie volvió a protestar, nadie dijo una palabra.

—Conducidla hasta mi carro —dijo el alguacil.

RAYMUNDO LACRUZ Y SU AYUDANTE ABANDONARON VIGUERA en el mismo carromato que los había traído. También el señor Sombra, que

cabalgaba a su lado con mil ojos, siempre en silencio. Se marchaban sin ceremonia alguna, había terminado su trabajo allí. Nadie acudió a despedirles.

Atardecía sobre el reino de Navarra. Atrás quedaba la villa de Viguera, que en tiempos había llegado a ser reino y hoy era solo un señorío venido a más; como este sol en lo alto, disfrazado de astro rey, que doraba en vano la silueta de los torreones.

—Mi señor alguacil —dijo Piojo en el pescante—. ¿Qué es un ba-basilio?

—Basilisco —corrigió Lacruz—. Un basilisco es una criatura horrenda, muchacho; una aberración de la natura.

—¿Co-cómo la *hárpyia* pestilente?

El mismo Lacruz se lo había enseñado, mostrándole los dibujos de un libro.

—O el temible *gryphos* —respondió asintiendo.

Piojo agachó la cabeza, acobardado, y, en voz apenas audible, repasó para sí.

—¿El basilisco también tiene cabeza de águila y cuerpo de león con alas?

—No.

Piojo levantó la cara hacia su amo.

—Vos, mi señor, ¿vos le teméis al basilisco?

Tomó aire Lacruz.

—Todo cristiano debiera temerlo. Corrompe el aire con el solo poder de su aliento infernal, que seca las plantas, envenena las aguas y mata a todo el que está cerca.

Atrás, el señor Sombra, que lo había escuchado todo montado en su caballo, se permitió intervenir.

—Cuentos de viejas —dijo mordisqueando una ramita—. Por mis cojones que no existe tal cosa.

Y le miró el joven Piojo, deseando que tuviera razón.

Raymundo Lacruz no. Raymundo Lacruz quedó pensativo, contemplando aún el horizonte, y después dijo por lo bajo, igual que si rezara, estas enigmáticas palabras:

—Quiera Dios que no tengáis razón, señor Sombra. Y que esa criatura ignominiosa sí exista.

Piojo se volvió hacia la parte trasera del carromato. Alba, la niña

embarazada, dormitaba allí todavía, ardiendo en fiebre. Se la llevaban con ellos. Al jorobado le pareció más grande el barrigón bajo el vestido de la niña. «Un esfuerzo de más —pensó— y a esa pobre se le saldrá solo el niño».

Viéndola dormir tan profundo y mecida por el traqueteo, comentó Piojo adormilado:

—No veo la hora de llegar a Burgos, y descansar en mi camita de paja, señor alguacil, al calorcito del establo.

—No vamos a Burgos —respondió lacónico su amo.

Piojo le miró, confuso.

—¿No?

—No.

Piojo nunca fue capaz de anticipar los planes del alguacil, pues este era hombre de pocas palabras y casi nunca contaba lo que le pasaba por la cabeza. Tampoco su sombra, y eso que llevaba tiempo trabajando para él. Ninguno de ellos imaginó, pues, que Raymundo Lacruz se había marcado otra ruta, en dirección norte. Estaba resuelto a llegar a la playa de los hombres de piedra, guiado por la niña preñada. Pero antes, debería hacer una parada en Saraqusta, y obligar a Juana la Pelleja a fabricarle una pócima contra el basilisco.

17

EN PREVISIÓN DE LO QUE PUDIERA ENCONTRAR al final de aquel conducto, Micaela evitó hacer demasiado ruido a medida que se aproximaba a las voces y a la luz, hasta que vino a topar con la estrecha salida. Asomó la cabeza.

Daba a una explanada el agujero, situado en lo que Micaela descubrió que era una pared casi vertical en la montaña, y elevado a varias varas de alto.

Allí descansaban, para su asombro, los restos abandonados de una

construcción romana: se elevaban hacia el cielo los inmensos y primeros sillares de un acueducto. Sillares formados por bloques de piedra y distribuidos con precisión matemática. Solo Dios sabía por qué los romanos habían detenido esta construcción magnífica con que un día quisieron dotar de agua a alguna de las ciudades cercanas. El cabecero, pues, del acueducto era un sueño a medio terminar, apenas esbozado.

En aquella vasta extensión de terreno se desplegaba ante Micaela una escena de gran actividad: alrededor de los vetustos sillares de piedra se había levantado un campamento.

El conjunto era pobre y desastrado; los haces de las antorchas iluminaban hombres amontonando sacos de lo que parecía un botín; hombres humildes, vestidos con ropajes astrosos, comidos de tierra. Resaltaban los ojos sobre las pieles, negras de mugre y sol. Alrededor de un par de hogueras levantaban improvisadas tiendas montando mantas sobre cuatro palos. Uno de ellos cantaba una canción de montaña:

*Mi moza serrana tiene el pescuezo chico;
las narices luengas tal que una corneja el pico.
Dientes anchos y mordos, y las uñas no parvas,
las sobrecejas vellosas y asnudas las barbas.*

Micaela calculó que habría estado media jornada dando vueltas en el subterráneo, pues allí fuera brillaban ya las luces cenitales del mediodía.

El estómago vacío protestaba en desesperados gorgoteos, pero los recelos de Micaela todavía estaban por encima del hambre. Su padre la había aleccionado mil veces acerca del peligro que suponía acercarse a desconocidos. En los últimos tiempos, forzados los dos a alejarse en busca de presas, habían avistado partidas de cazadores, y siempre la llenaba de reticencias el encontrar más hombres que dedos en su mano, como era justamente el caso en esta cueva. No obstante, le producía una suerte de curiosidad ver tantas figuras humanas juntas, a ella que se había pasado la mayor parte de su vida en la sola compañía de su padre. Aquellas sombras la

atraían como atraen a las moscas los aromas de las plantas carnívoras.

Se descolgó con cuidado por la pared y cuando llegó al suelo, por fin, vino a ocultarse tras un roquedal donde se hallaban amontonadas varias cestas de mimbre.

A gatas para no ser descubierta, al rebuscar en las cestas la comadreja las encontró repletas de algarrobas. A traguñones y a dos manos fue dando cuenta de ellas. No le daban los carrillos para tanta algarroba.

Mientras comía, allá, al otro lado de la explanada del acueducto, a Micaela le pareció ver un bulto arrinconado contra una esquina: se trataba de un fraile. Un súbito miedo la hizo estremecerse, pues el hombre estaba atado de pies y manos. Solo ahora advertía los alfanjes en los cintos de aquellos hombres; las espadas y cuchillos, las hachas.

—Ay, padre —murmuró Micaela mirando con otros ojos a aquellos zarrapastrosos—, he ido a meterme en la cueva de los bandidos.

No le habría dolido más si le hubieran clavado un clavo ardiendo en la nuca; el mundo se volvió rojo de improviso. Antes de entrar en la completa oscuridad, todavía le dio tiempo a percatarse de que la habían golpeado por detrás.

—¿Qué andabas espiando, tú?! —dijo una voz en la negrura—, ¿eh, puta?!

18

PARPADEÓ.

Micaela notó ganas de vomitar; la cabeza era una sinfonía de pinchazos. La luz era ahora naranja: había llegado la tarde, formando larguísimas sombras, interminables, al pie de los sillares del acueducto.

Le temblaba el cuerpo, cuya presencia fue sintiendo de nuevo, plagado de golpes y cortes.

A su alrededor, la vida parecía haberse calmado en el campamento. Los hombres charlaban sentados junto al fuego. Aquel que Micaela había visto cantando, ahora colgaba una ropa recién lavada en un tendedero improvisado entre dos paredes, y cantaba todavía.

*¡Arriba, canes, arriba!
¡Que mala rabia os mate!
En jueves matáis el puerco
y en viernes coméis la carne.*

Cuando Micaela se dispuso a moverse, descubrió que tenía atadas las manos a la espalda. Tampoco podía tirar de los pies, ligados a lo que parecía un gran peso muerto, que ahora se revolvía.

—No tires, condenada —susurró una voz nerviosa, a su lado—, me vas a masacrar el tobillo.

Micaela se descubrió atada por la pierna a otra persona. Obedeció; quedó quieta. Resultó que la habían amarrado al prisionero que viera antes. El fraile se acomodó muy cerca de ella, sobre el duro suelo. También él estaba maniatado.

—Bendito Dios —murmuró al verle el pelo—, ¿qué te han hecho esos malnacidos?

—¿Quién eres? —preguntó Micaela—. ¿Y quiénes son esos, que nos han inmovilizado?

—Chsss —chistó el fraile—. Más bajo, insensata. Me llamo Veremundo. Tomás Veremundo. Fraile, filósofo, cronista y custodio.

Tenía profundas ojeras, y el aire cansado de los viajeros que vienen de muy lejos; se hallaba cubierto del polvo del camino; los pómulos salidos, del hambre, y la nariz, larga como un gancho, le hacía juego con el gatzate, en donde subía y bajaba la nuez, siempre inquieta.

—Vengo de un lugar remoto —añadió—, llamado Iría Flavia. Me ha sido

encargada una misión de suma importancia.

Acudió con la mirada hacia el otro lado del bosque de sillares, allá donde los bandidos despojaban del cargamento a su mula querida, y se repartían sus pertenencias entre risotadas.

—¡Eh! —les gritó el fraile, indignado—. ¡Cuidado con eso, animales, en esa caja hay un gran tesoro!

Faltó poco para que aquellos bestias se abalanzaran sobre la pequeña caja que cargaba la mula y la abrieran a codazos, con uñas y dientes, ansiosos por ver su interior.

Al descubrir lo que contenía, quedaron pasmados.

—Pero —dijeron los bandidos—, pedazo de fraile cabrón, ¿llevas *una cabeza* en esta caja?!

—¡No se os ocurra ponerle las manos encima, forajidos; es la sagradísima cabeza de Santa Justa!

Se miraron los cabestros, sin comprender nada.

—¡Santa Justa, babuinos —insistió el fraile—, bendita sea la hora en que el Señor la llamó a su seno! ¡Que fue condenada a morir de hambre y sed por no querer renegar de su fe cristiana! Esa cabeza es lo único que queda de su santo cuerpecito, ¡es una reliquia sagrada!

—¿Vale algo? —preguntó uno de los bandidos, sin otro interés.

—No hay oro sobre la tierra que pueda pagarla. Pero, ¡atención! Os advierto: una maldición pesa sobre ella.

Ninguna de las manos de los bandidos tuvo arrestos para sujetar la caja; la dejaron caer ruidosamente, con cabeza dentro.

—¿Una maldición? —dijeron—. ¡Habla!

—La santa cabeza enciende un fuego sacro que quema por dentro a los impuros, del pecho a la lengua. Dicen que en Tulaytula obligó a un mal cristiano a bailar y, sin que pudiera cesar de dar vueltas, se le abrieron siete flores de sangre que lo vaciaron como una fuente. ¡Pocas bromas con la cabecita de Santa Justa! ¡Tocadla! ¡Pero solo si estáis convencidos de ser hombres puros!

Se fueron retirando los bandidos, con miedo a mirarla siquiera, y allí dejaron la caja con la cabeza dentro.

El fraile se giró hacia Micaela, que había asistido al diálogo, prendada.

Algún fraile habían tratado ella y su padre por los caminos, pero ninguno con el hábito así de limpio y la tonsura bien recortada, y que hablase tan docto como este.

—Me dirigía al monasterio de San Pedro de Cardeña —relató—, llevando conmigo la cabeza, cuando me emboscaron estos animales. Tengo que poner la reliquia bajo custodia, llevarla a suelo cristiano. Ya no me queda mucho tiempo.

Por la cara que puso Micaela, se asombró el fraile, y dijo lamentándose:

—No tienes ni idea de lo que te hablo, ¿verdad? *El año*, desde luego; *este año*. Hay señales por todas partes, ¿no has sentido los terremotos?

—No sé qué me quieres decir, fraile.

Y Tomás Veremundo respondió, en un susurro:

—¿No sabes qué año es? El fin del mundo, muchacha. No queda mucho para el fin del mundo.

19

—¿Y A TI? —preguntó Tomás Veremundo—. ¿También a ti te asaltaron en el camino?

Micaela trató de ponerse en pie.

—Estoy perdiendo el tiempo; tengo que hablar con ellos.

—¿Qué haces? —dijo el fraile por lo bajo—. ¡Agáchate, insensata! ¿No estás contenta con lo que van a hacernos que todavía quieres adelantar el momento?

—¿Lo que van a hacernos? Yo no tengo nada: ni joyas ni oro. ¿Qué podrían querer de mí?

—Comida.

—Tampoco tengo comida.

—No me has entendido —se estremeció el fraile—. *Nosotros* somos la comida.

Micaela se giró para mirarlo, incrédula.

—Son los hombres del rey Raspa —murmuró el fraile, igual que si mentara al diablo. Si pudiera, le habría escapado corriendo de terror la barba que le caía de la cara.

—¿Un rey?, ¿aquí?

Micaela jamás había escuchado ese nombre. Raspa, ni sabía de ningún rey de los bandidos. Quizá su padre omitió contarle ese capítulo del libro de la vida, por considerar que en nada pudiera beneficiarle conocer de este grupo de asesinos, que secuestraban a los inocentes viajeros para comérselos.

—¿¡Qué gritas tú?! —gritó desde lejos uno de los bandidos.

Y quedó congelada Micaela, cuando vio que el hombre dirigía sus pasos hacia ellos, caminando a saltitos. Solo de verle, Micaela ya supo que era un zote.

—¿Ya despertó nuestra cerdita? —dijo el bandido— ¡*Piticuic, piticuic!*

Para espanto de Micaela, se refería a ella.

—No tengo nada de valor —replicó enseguida.

—¿De valor?

Y se rio a rebuznos. No parecía del todo humano; más semejaba la burla de un Creador principiante, tallada en tosco barro. Tenía los ojos separados en exceso y la frente en rampa; esto, sumado al pelo largo y hendido en dos, le daba al rostro un singular parecido a un carnero.

Imitando el gesto de cariño que le haría a un bebé, el bandido le estrujó la nariz a Micaela; con tanta fuerza, por cierto, que se la dejó de color morado.

—Ay, cerdita. Me he acordado de un cuento muy gracioso. ¿Conoces el cuento del perro y la culebra Culebrona?

Mientras hablaba desató la cuerda que la unía a los pies del fraile Veremundo. No creía Micaela que pudiera tener tanta suerte; ¿en verdad la iban a dejar libre?

—Trata de un hombre que tiene un perro muy bueno, muy bueno, muy bueno, y viene una culebra. No, espera —se corrigió—, no es así. Primero el hombre deja el perro en casa con su hijo, y se marcha a cazar a la montaña.

Desde el fondo del campamento, exclamó otro de los bandidos:

—¡Banzo! —llamó—. ¡¿La traes ya o no la traes?!

—¡Voy, carajo! Vamos, cerdita, te vienes conmigo.

El rufián iba a agarrarla del pelo cuando advirtió que le sería imposible, y Micaela celebró su decisión de cortárselo. Banzo la agarró del tobillo y tiró de ella como un saco.

—¡Espera! —gritó Micaela—. ¡Espera, ¿adónde me llevas?!

—Y en cuanto el hombre se marcha —el canalla proseguía su cuento—, aparece la Culebrona. Había venido por el olor del crío, ¿entiendes? Porque el crío olía a la leche de la madre. No sé si lo sabes, cerdita: a las culebras la leche de mujer las vuelve locas.

—¡Oye, Banzo! —llamó Micaela mientras era arrastrada—. ¡Te llamas Banzo!, ¿verdad? ¡Hay una mujer! ¡Una mujer presa en Saraqusta; se llama Juana!

—Así que el perro, que es muy bueno, muy bueno, muy bueno, se lanza sobre Culebrona y, para salvar al bebé, la despedaza enterita a bocados.

—¡¿Me escuchas?! ¡Tengo que ir hasta allí, necesito que...!

¡Xas! Ni lo vio venir, el correazo que Banzo le dio en toda la boca.

—No me dejas contar el cuento, cerdita.

Micaela calló al fin, para escupir sangre; quiso taparse la cara con las dos manos pero todavía estaba maniatada; le ardía la mejilla, el labio, notó el sabor de la sangre.

Banzo volvió a tirar de ella. Sonaba el cuerpo de Micaela sobre la tierra y el polvo, sobre las piedras, igual que el larguísimo descosido de una tela.

—En esto que vuelve el amo y el perro le recibe muy contento, ladrando y moviendo la cola, pero con la boca manchada de sangre. ¿Entiendes? ¡Sangre de la culebra!

Arrastrada por los pies, Micaela no acertaba a ver a quienes formaban el campamento; solo escuchó ronquidos y toses de hombre, alguien que salía de una tienda a mear, una discusión amortiguada, pasos, relinchos... Todo un mapa sonoro que crecía a medida que, para su desesperación. Banzo la conducía hasta donde, al fondo, esperaba otro de los bandidos.

—Y el amo, al ver al perro tan ensangrentado, ¡cree que le ha matado al niño! Le dice; «Maldito, maldito, qué has hecho». Mete mano a la azada y de

un golpe, ¡zaca!, le quita la vida al perro. Después, cuando se acerca a la cuna y ve al niño que está bueno y a sus pies la Culebrona muerta, se da cuenta de su error. ¡Tachán! Fin.

Fin del cuento y del trayecto. Banzo el Carnero dejó de malas formas a Micaela junto a los rescoldos de una hoguera. Como una tortuga que busca darse la vuelta, la chica se revolvió en el suelo, maniatada a la espalda.

—Es un cuento gracioso, ¿a que sí? ¡Oh!, ¿te has meado, cerdita?

Micaela se había orinado por el camino, de puro miedo, y había dejado tras ella un reguero, sobre el suelo terroso.

El bandido que estaba aguardándoles apartó a Banzo de un codazo.

—Quita de en medio, coño.

Banzo se retiró en un trotecillo, mansamente; y recordó más que nunca a un carnero.

Se agachó sobre Micaela el otro hombre, un canalla con bigote llamado Fruela Lajusticia, al que conocían como el Griego.

Cuando la vio, negra hasta el pelo, de barro seco, preguntó el tal Fruela:

—¿Qué me has traído, mentecato? ¿Un chaval?

—Igual preferías al fraile —respondió Banzo burlándose.

—Si tiene agujero tanto me da.

—No es un chaval. Griego, mira qué tetas tiene.

Micaela trató de alejarse, arrastrándose, pero el bandido la agarró por los tobillos y le bajó las calzas. Tenía una fuerza terrible y, a pesar de que Micaela se revolvía y pataleaba, aquella bestia no tuvo problemas en colocarla a cuatro patas.

—¡Estate quieta, coño, o será peor para ti!

—¡Suéltame! —gritaba Micaela—. ¡Suéltame, Satanás!

—¡Agárrala, Banzo; que no vales para nada!

El Carnero se adelantó para sujetarla por los hombros. A Micaela le caía de la comisura un líquido espeso con sabor a hierro, recuerdo del correazo. Iba a dejarle una cicatriz, ya para siempre.

—¡Chica, estate quieta! —dijo el Carnero—, si el Griego acaba enseguida. ¿A que sí. Griego, a que no tardas nada?

—Hablas demasiado, imbécil. ¿Quieres sujetarla?!

Para el Griego no era la primera vez: nada le interesaban el oro o las

joyas; lo primero que hacía cuando secuestraban a alguien de los caminos era forzarle, le importaba poco que lucra hombre o mujer. Tuvo que escapar de la justicia, hace años, cuando encontró a su mujer en la cama con otro. Al otro lo degolló; a ella la violó y después la degolló también, y lo mismo hizo con sus hijos. Y, antes de escapar para siempre, también le cortó el cuello a su suegro, solo porque le recordaba a ella.

—Griego, ¿cuando termines con la ramera puedo yo también?

—Cuando termine, Banzo, no quedará de ella nada que puedas aprovechar.

Micaela usó la única arma que le quedaba. Se incorporó y, usando la cabeza como un ariete, con la frente le propinó al griego Lajusticia un golpe tan fuerte en media cara que el desalmado cayó de espaldas contra el suelo.

Banzo quedó boquiabierto. Arrastrándose y berreando, el Griego no comprendía por qué no podía cerrar la boca, por qué sentía que de bigote para abajo toda la carne recordaba a un viejo zurrón. Los ojos se le salían de dolor, pero afortunadamente esto duró poco, porque enseguida vino a desmayarse, y cayó de bruces sobre el suelo duro del campamento. Restalló un crujido, otra vez. La nariz, que había sobrevivido al golpe de Micaela, se partió entonces y, al contacto con la tierra, reventó en un borbotón de sangre.

El campamento entero vio lo que había pasado. Los hombres se acercaron hasta la hoguera, pasito a pasito, asombrados. Nunca se les había enfrentado así ninguna de sus presas, y menos una chica. En el silencio de la noche solo se escuchaba el crepitar del fuego.

Pero este silencio iba a durar poco: se escuchó un bramido desde el interior de una de las tiendas, mayor que las otras.

—¿Qué cojones está pasando ahí?!

Entró corriendo uno de los patibularios a contar lo que había ocurrido, y al poco salió de nuevo, huyendo de una cacerola que le lanzaban desde dentro.

—¡Dejadme en paz, perros! —gritó un vozarrón—. ¡Cansalmas, quiero dormir!

Quienquiera que hubiese allí debía de ser enorme; al ponerse en pie hizo bambolearse la tienda entera.

—¡Me cago en todos vuestros padres!

Al ver al coloso que salía de la tienda, Micaela tragó saliva.

—¿Qué cojones está pasando? —repitió la voz hecha de hielo.

Banzo fue a explicarse, pero, aturdido todavía, no le dieron las palabras.

Micaela se arrastró, trató de alejarse de la imponente figura que se acercaba hasta ella, caminando pesadamente; parecieran dolerle los tobillos. Raspa el bandido, rey de las montañas, traía consigo un odre medio vacío, del que estaba dando buena cuenta.

20

LA ENORME BARRIGA HACÍA PARECER PEQUEÑOS los brazos. Raspa, el rey bandido, estaba tan gordo que, para sostenerse, necesitaba abrir un poco las piernas.

No era suyo el sombrero que llevaba sobre la cabeza, de alas desvencijadas, raído por el sudor y los años; tampoco eran suyas las dagas turcas que cargaba al cinto; ni el cinto mismo, que había sido robado a un rico mercader veneciano. El bandido Raspa le había arrebatado a alguien los pendientes que llevaba en la oreja, los anillos que estrangulaban sus dedos rollizos. Ni las calzas eran suyas; se las había quitado a un judío de Toledo, a cambio de respetarle la vida.

A pesar de que estaba muy bebido, era de esos que, beban lo que beban, nunca pierden cierta apostura natural; había en él una innata majestad, no había más que verlo. Desde su altura imponente, Raspa el Sanguinario paseó los ojos a lo largo del bandido desmayado en el suelo de tierra. De las muchas batallas en las que había participado, Raspa conocía todas las injurias que se pueden infligir al cuerpo humano. Esta era de las más dolorosas, Fruela Lajusticia tenía partida la mandíbula; le colgaba media cara. Sería incapaz de cerrar la boca, sería incapaz de comer; en pocos días se pudriría la herida dentro de la carne y se gangrenaría ese feo rostro suyo.

Después, como ocurre casi siempre, sobrevendría la muerte, inevitable.

—Vive el diablo, Fruela —le dijo Raspa al cuerpo tendido—, menudo inútil estás hecho.

Poco le importaba si vivía o moría, esta es la verdad; nunca le gustó el Griego.

Raspa echó un trago largo del odre; se trataba de un aguardiente que hacían ellos mismos, con mondas, y que llamaban *Matalumbre*. Cuando acabó echó un suspiro; el fuego líquido quemaba la garganta.

Clavó esos mismos ojos de raposo sobre Micaela. Ella se alzó de rodillas y le devolvió la mirada, procurando no dejar asomo al miedo.

—Tú —le dijo el rey Raspa—, ¿es por tu culpa que estos cagalindes no me dejan dormir?

—Señor, yo...

—Cállate. Tienes un rostro bonito, pero no logro identificar si eres mozo o moza.

Con tan mala fortuna escupió sangre Micaela, que el lapo fue a dar a los pies del bandido, tan hinchados como los tobillos.

—¿Qué haces, hostia?!

—Perdón, mi señor. ¡Majestad!

Esa palabra calmó las iras del rey de las montañas, acostumbrado a que sus hombres apenas supieran unir dos palabras para formar una frase.

—Si fuera mujer, alteza serenísima —le dijo Micaela, embaucadora—, ¿acaso tendríais más derecho sobre mí a la hora de injuriarme?

Raspa se rio de buena gana.

—Ah, eres una lianta desvergonzada. Créeme, puedo injuriarte lo mismo seas hombre, mujer o gusano; a mí tanto me da si es mi capricho meterte un hierro al rojo por el culo.

Enseguida la obligaron a postrarse de nuevo los bandidos, a los pies del temible Raspa. Raspa caminaba sobre dos bolas de las que asomaban los dedos. Se vestía con dos sandalias trenzadas con cueros, pues no le cabía ninguna bota fabricada para humanos.

—Tiene demasiado suelta la lengüita, ¿eh. Raspa?

Banzo había agarrado a Micaela por la cara; eran pinzas de cangrejo aquellos dedos; la forzó a sacar la lengua.

—¿Qué te parece si le cortamos la lengua. Raspa? Di. Le cortamos la lengua y nos la cenamos esta noche delante de ella; igual que hiciste con el mesonero aquel, en Viseo.

—Cortadle lo que os venga en gana —respondió el rey, dándose la vuelta para regresar a su tienda—, pero dejadme en paz, malditos.

Iba como rendido por una sombra que le oscurecía el ánimo. No sería hasta el día siguiente que Micaela descubriría la razón de tanta amargura: hacía poco más de dos meses que Raspa el bandido había matado a su propio hijo, al sorprenderle asesinando por la espalda a un hombre desarmado. Tras renegar de él, ordenó que le dieran un cuchillo, para obligarle a pelear como manda Dios, y fue así que el rey Raspa acabó matando al chico, de una cuchillada en el hígado. No había levantado cabeza desde entonces; solo buscaba beber y morir.

Micaela se revolvió, pataleó y brincó hasta zafarse como un hurón y morder la mano del bandido.

—¡Aaaay! ¡Coño!

Banzo se retiró agarrándose la mano ensangrentada.

—¡Bestia jodida; muerde como una comadreja!

Iba a echársele encima, pero Raspa se interpuso y, dándole una patada como a un perro, lo alejó de ella.

—¡Largo! Tiene más arrestos que todos vosotros juntos y no pesa ni cinco arrobas.

A la luz de la hoguera, el rey vislumbró los pechos abultados bajo el jubón, apretados por una tela, y dijo con una mueca que recordó a una sonrisa:

—Peleas como un rufián y tienes tetas, no he visto cosa igual en mi vida.

Uno de sus hombres se acercó y le entregó a Raspa la espada partida de Micaela.

—Se la quitamos —susurró al real oído—. Y varios cuchillos también; iba armada como un jodido sarraceno.

—¿ES VERDAD ESO, CHICA? —preguntó Raspa riéndose—. ¿Eres un pirata islamita?

Raspa examinó el arma rota. Estaba ennegrecida, pero todavía se admiraba el buen temple. Al descubrir el pequeño relieve que adornaba su puño, una garra con cuatro uñas afiladas, pareció reconocerla, como quien reencuentra a una vieja amiga. Echó un poco de *Matalumbre* sobre la hoja y raspó la mugre que ocultaba una inscripción allí labrada.

Leyó:

—«*Ferox*».

Arrugó la expresión. Pareciera que acababa de leer una carta portadora de malas noticias.

Dio un paso hacia Micaela, que le miraba desde abajo, arrodillada, y la agarró de la camisa. Raspa rondaba los sesenta; una barba blanca, al estilo de los patricios romanos, rodeaba su cara redonda.

—Muchacha, ¿qué carajo haces tú con la espada del capitán Fero?

Micaela calló; era la segunda vez que escuchaba ese apodo.

Preguntó el rey, señalando la inscripción:

—¿Sabes qué significa esto? No, qué vas a saber tú, si no eres más que una fierecilla de montaña.

—*Ferox* —respondió enseguida Micaela— significa «fierro» en latín. — Fue su padre quien se lo dijo, cuando ella había preguntado por la inscripción siendo muy niña.

—*Ferox* no significa fierro, válgame el diablo. ¡Significa «salvaje»! Así llamaban al dueño de esta espada, cuando el muy traidor capitaneaba los ejércitos de Abd al-Málik.

—¡Mientes! —dijo Micaela poniéndose en pie, desafiando a la mole—. ¡Mi padre nunca sería un traidor!

—¡«Salvaje», digo, me cago en el diablo, yo no miento nunca! —añadió Raspa respondiendo a la muchacha—. Hablo de lo que vi. A él y otros ciento que rentaban su espada a los moros. Luché contra el capitán Fero, en la batalla

de Cervera, sirviendo yo a los Banu Gómez. Fuimos enemigos, porque ese felón cabalgaba entonces bajo la bandera musulmana, a las órdenes del hijo de Almanzor, maldito sea. Y vi esta espada muchas veces, en la mano del capitán, tan manchada de sangre como lo está ahora, solo que entonces estaba entera.

«¿Cuál era tu oficio antes de ser leñador, padre?», preguntaba Micaela a menudo; y Mathías Nuevededos, evitando responder, murmuraba un escueto «Fui soldado, hija. Soldado». Pero nunca quiso hablar de ello.

A Micaela le ardió en el corazón un fuego frío, cuyo dolor se sentía cerca del hielo. Apretó ojos, oídos y mente para mantener congelada la figura de su padre en el viejo y conocido traje, hecho de recuerdos. Un relicario cuyas cuentas, ya muy sobadas, Micaela repasaba para sí: Mathías joven y poderoso encauzando una pequeña presa hasta forzar una poza en que ella pudiese bañarse; Mathías contando hermosas gestas ante la hoguera, donde él era siempre el heroico defensor de altos y nobles ideales...

No —se decía a sí misma la Micaela niña—, su padre no podía haber sido un mercenario que se tratase con gentuza de la calaña de aquel Raspa. Raspa mentía por despecho, por venganza, o quizá por odio hacia su antiguo enemigo, y trataba ahora de mancillar su memoria.

El bandido apuntó con la espada rota a la garganta de Micaela.

—¿Qué ha sido de él?, dime. Del capitán.

Calló Micaela, de rodillas, exhausta, y agachó la cara.

—Hace poco que dejé abandonado su cadáver.

También quedó en silencio el rey de los bandidos. Raspa el Temible. La muerte inevitable, siempre la muerte. El rey lamentó esta pérdida: no se encontraban a menudo enemigos como aquel capitán traidor.

Raspa echó un ojo a la escabechina: el imbécil de Banzo sujetándose la mano mordida; el reptil del Griego, inconsciente en el suelo y sin cara.

El rey de los bandidos guardó en su cinto el arma partida e inspiró hasta inflar el barrigón.

—Eres digna hija del Salvaje, vive el diablo. Esta noche te has ganado el derecho a dormir tranquila. Pero...

Sus hombres observaban en la oscuridad; la luz de las brasas iluminaba los ojos ávidos de sangre.

—Pero mis hombres también se han ganado el derecho a vengar tu afrenta.

Mañana será otro día, tendrás que luchar de nuevo si quieres salvar el pellejo.

—También él.

—¿Qué?

Micaela señaló al fraile que los bandidos mantenían maniatado al fondo del campamento.

—También él podrá pasar tranquilo la noche. Dadme vuestra palabra.

Raspa la observó desde las alturas, dios todopoderoso de aquellas serranías yermas.

—Mocosa de los cojones, ¿crees que es prudente exigirme nada?

—No os exijo, señor —respondió Micaela—, apelo a vuestra compasión.

Raspa emitió por lo bajo un gruñido, que recordó al de un jabalí.

—Compasión, ¿eh?

Y después, sintiéndose un rey de verdad, dijo:

—Sea. También el condenado fraile. Tienes mi palabra.

Se soliviantaron los bandidos de Raspa, perros a los que les habían quitado las sobras de la boca, y gritaron algunas protestas. La figura imponente de su rey se giró hacia todos.

—Alimañas asquerosas, teneos quietas —dijo—. ¡Poco me importa que un rayo parta en dos al fraile o que lo arrastre un río hecho de mierda! ¡Pero he empeñado mi puta palabra!

No fue necesario más, pues si algo sabían estos bandidos era que la palabra del rey Raspa era una sola, y era ley. Agacharon las caras para no cruzar sus miradas con la de su jefe.

—Señor —dijo Micaela.

Y el rey de las montañas la miró de medio lado, mientras ella preguntaba:

—¿Mañana podré tener vuestra atención? Hay una cosa que me gustaría proponeros. Para mí es muy importante ir a...

—¿Mañana? —la interrumpió el rey, oscurecido de nuevo—. Eso queda muy lejos, muchacha. Quién sabe si estaré vivo mañana.

Y Raspa regresó a su tienda de campaña, arrastrando los pies, bamboleándose como un enorme oso viejo. A cada paso le dolían los tobillos.

—Apartad de mis ojos esa inmundicia —dijo refiriéndose al Griego.

—¿Qué hacemos con él, Raspa?

—Me importa un soberano carajo. Si no nos hubiéramos comido a los

perros, se lo daríamos de comer a ellos.

Se metió en la tienda, echando otro trago de *Matalumbre*. Allí pasaría la noche en silencio y solo. Alejado del resto de sus hombres pensaría en la vieja época, en aquellos jóvenes guerreros, terribles, con los que combatió y contra los que combatió, que hoy no eran sino fantasmas. En lo que hubiera dado porque su hijo fuera como ellos.

Acababa de anochecer. También Micaela tendría mucho en que pensar; había ganado unas horas de vida, hasta que volviera la luz de la mañana. La devolvieron con el fraile Veremundo, que ahora la miraba con los ojos temerosos.

De nuevo quedaron los dos atados por los tobillos.

Calló el campamento. Se echó todo el mundo a dormir, excepto un bandido que hacía guardia arriba, encaramado a lo alto de un sillar del acueducto.

Micaela volvió a tener hambre; le rugió el estómago. Alzó la mirada hacia la luna, dibujada con la forma de un queso pálido.

Nada se escuchaba sino el crepitar de las hogueras, los crujidos de los cuerpos tratando de conciliar el sueño contra el duro suelo. Llegaron ecos lejanos del viento. La grave brisa nocturna trajo olor a pinos y retama, secando poco a poco la herida del labio de Micaela, que, a pesar de que la invadían unas náuseas intermitentes, se concentró en la tarea de morder las cuerdas que les ataban por los pies.

—Válgame Dios —murmuró el fraile—, tenía que haber salido antes de Iría Flavia. Qué poco tiempo le queda al mundo.

Micaela, que había escuchado estas palabras mientras mordía las cuerdas como un hurón atrapado, nada dijo. A un espíritu joven como el suyo le pareció imposible que no hubiera un mañana, que fuera a detenerse el proceso vital que daba por seguro cada día.

El fraile, con todo, le caía bien. Era, como muchas personas, presa de sus responsabilidades, pero también de sus miedos. Se había cargado con una misión imposible, trasladar aquella cabeza a un monasterio lejano; y Micaela se preguntó cuánto de imposible habría también en la que ella estaba llevando a cabo. Si pudiese convencer a los bandidos para que la liberaran y acudir a rescatar a Juana la Pelleja; si pudiese convencerla a su vez, para que la condujera hasta la playa de los hombres de piedra. ¿Cómo saber si el sitio

mismo existía y no era una de tantas invenciones? Micaela pidió a Dios que le diera fuerzas, y también, ya que estaba, que le diera fuerzas al pobre Veremundo. Mucha habrían de necesitar los dos para soportar el tormento que ellos mismos se infligían con tales empeños.

A medida que pasaron las horas, el agotamiento de los dos prisioneros fue ganando al miedo y a la desesperación; aun asaltados por relampagueantes pesadillas, entraron en un estado de sopor. De poco había servido destrozarse los dientes: las maromas que la retenían apenas se habían deshilachado.

En aquel duermevela, Micaela miró hacia el horizonte, más allá del acueducto.

Dedicó una oración a su padre, y lo imaginó abajo, en la caverna, tendido bajo el agua, helado de frío. Cuánto le gustaría a Micaela poder tumbarse a su lado, abrazarle y darle calor.

Una tenue claridad, de un azul casi indistinguible del negro, le indicó que la noche estaba terminando; no había de faltar mucho para amanecer. Tras la pared montañosa temblaba una estrella. La disposición del universo a la belleza resultaba de una indiferencia cruel. Indiferencia que, por otro lado, a Micaela le resultaba consoladora. Los que no tenían nada que llevarse a la boca, los condenados a morir al alba, poseían aquello, al menos: una franja de perfecto azul.

«Mañana —pensó—. Mañana volveré a luchar».

Iba cerrando los ojos, casi ya dormida, cuando, de pronto, un peso enorme cayó a su lado.

—Otro espía —dijo un bandido.

Y se agachó para atar el bulto a los pies de Micaela.

Cuando Micaela se giró para ver de qué se trataba, encontró frente a ella la fea cara de un hombre que se echaba las manos a la cabeza, dolorido por un nuevo golpe.

Micaela palideció al reconocerlo. También él quedó sorprendido, pero echó a reír. Fue primero una risa irónica, y después una carcajada.

—Que me lleve el diablo —dijo Beltrán Cuervo, atado a ella por el tobillo.

LA DESPERTÓ EL RUIDO de algo fangoso estrellándose contra el suelo. Iba a saltar como un gato, buscando la espada, y no fue hasta un instante después que Micaela se recordó atada de pies y manos. El fraile estaba ya despierto, tan maniatado como ella, con la cara en el suelo y comiendo de rodillas las inmundicias que acababan de echarles; también Beltrán Cuervo comía, buscando hacerse un hueco.

Fue ver Micaela al asesino de su padre y encendérsele las tripas. Con la pierna que tenía sin atar se puso a darle patadas en el lomo.

—¡Quieta! ¡Ay! ¡Quieta, bruja! ¡Ay!

—¡Asesino! ¡Cernícalo! ¡Perro!

Y se las devolvía él, a su vez, con aquellas patas suyas, de caballo.

—¡Furcia! ¡Ramera, grandísima guarra! —y añadía la infinita retahíla con que los hombres llaman putas a las mujeres.

No hubo forma de separarlos más que a correazos.

Uno y otro refunfuñaron, compitiendo por ser el más bruto de los dos, y, vencidos por el hambre, se quitaron las miradas y se dieron a comer como posesos aquella inmundicia, alimento para cerdos.

De rodillas, Micaela levantó la cara masticando a dos carrillos y miró a su alrededor. Bullía el campamento; los bandidos recogían las lonas que les servían de tienda, ataban la silla de montar a un penco flaco y desdentado. A la mula que le habían robado a Veremundo la cargaron con pesados fardos: objetos conseguidos en sus trapacerías, y muchas armas, los palos sobre los que montaban las tiendas, hasta una alfombra árabe.

—Algo pasa —dijo inquieto el fraile.

Micaela vio venir a Banzo el Carnero balanceando la correa, y se puso en guardia enseñando los dientes. Al canalla todavía le dolía el mordisco de la noche pasada, no se atrevió a acercarse mucho.

—Vosotros, en pie. Y tú, hurona, si te acercas a morderme otra vez te dejo sin dentadura.

—¿Qué vais a hacernos?

—Nada de momento. Nos vamos, os venís con nosotros; tenemos que huir.

—¿Huir?

—¡Os levantáis u os levanto yo a palos?!

Atados por las piernas, se pusieron en pie como pudieron; el fraile, de tan entumecido, apenas conseguía moverse. El hambre y la fatiga habían hecho su trabajo: tenía el cuerpo agarrotado de la mala noche, se quejaron todos y cada uno de sus huesos; los músculos no daban más de sí.

—Que Dios me asista, ¡¿huir de qué?! —dijo por lo bajo, temblando de miedo, muy consciente de que, si la cosa se ponía fea, él sería el primer bulto del que se desharían los bandidos.

Y no era esto, sin embargo, lo que le afligía, sino que, si moría, ya no podría llevar a suelo sagrado la santa reliquia.

El tuerto le preguntó al Carnero:

—¿Por qué no nos dejáis aquí? Somos un estorbo, no haremos sino retrasaros.

—¿Otro que tiene sueltcita la lengua? —dijo Banzo.

Y le dio un revés con la correa.

—Camina y deja que las ideas las tengamos nosotros.

Les metió un empujón; y si no le soltó después un zurriagazo a Micaela fue por no arrimarse.

—¡Andando, carajo!

—¡Necesito hablar con Raspa! —dijo la chica—. Me prometió que hoy me atendería.

Fue allí que el malhumorado Carnero relató la historia del hijo de Raspa. No estaba para charlas el rey, y tampoco Banzo, que, pendiente de asuntos más prioritarios, gritó cuatro barbaridades a dos bandidos que cargaban la alfombra árabe sobre la mula.

Viendo el fraile que la caja con la cabeza de Santa Justa quedaba abandonada en el suelo, bajo aquel acueducto pagano y perdido de la mano de Dios, exclamó:

—¡La caja! ¡Por favor, no podemos dejarla ahí!

—No vamos a cargar una puta caja con una cabeza maldita, fraile.

—¡La llevaré yo! ¡Por favor, permitid que la lleve yo, señor!

Ya fuera porque en su vida miserable nadie le había llamado «señor» o

porque temió que le cayera encima la maldición de la bruja si la abandonaban en la explanada. Banzo se dirigió a un bandido medio ciego y le ordenó:

—Coge la condenada caja y átasela al fraile a la espalda. ¡Pero no la abras si no quieres que te ardan los huevos!

A saltitos fueron avanzando Micaela, el Cuervo y el fraile.

—Al fin juntos —rió por lo bajo Beltrán, cuchicheando.

—Fantoche —respondió Micaela.

Ya estaban formando la caravana, los hombres del rey Raspa; calculó Micaela que habrían de ser siete u ocho —anoche le habían parecido más—. Resultaban una caterva de desperdicios humanos; evadidos de presidio, campesinos sin tierra, ladrones, asesinos irredentos; no había uno que tuviera la cara bien puesta, todo eran bubas en las narices, bocas desdentadas y orejas sin pareja; cicatrices, muñones.

Al modo en que le había enseñado su padre, años atrás, Micaela ya cavilaba sobre dónde tomaría por sorpresa a uno, a la menor oportunidad, y rebanaría el cuello de otro. También Beltrán Cuervo hacía sus conjeturas: ¿de quién se desharía primero?

Solo el fraile iba pensando en cómo apañárselas sin tener que matar a nadie, para liberarse y llevar la cabeza al monasterio de San Pedro de Cardeña antes de que se acabara el mundo. Cuánto se estarían preocupando los hermanos, allá en lo alto del monte. A fin de animarse, susurraba una y otra vez la querida letanía: *Iudicii signum tellus sudore madescet. Iudicii signum tellus sudore madescet.*

Los bandidos hubieron de convencer a su rey para que les acompañara. El deseo de Raspa no era otro que quedarse allí y esperar a que sus enemigos lo ensartasen como a un perro. No fue sino al decirle que se hallarían desamparados sin él que, llevado por su anticuado sentido de la responsabilidad, el Temible aceptó de mala gana.

Para subir al caballo tuvieron que ayudarle entre cuatro, pues no se lo permitían ni aquellos tobillos hinchados ni la colosal resaca de *Matalumbre*. Al penco le temblaron las rodillas; pesaba menos que su jinete.

—En marcha —dijo cabizbajo y desde lo alto, el rey de los bandidos.

Avanzó la banda, deprisita y con mil ojos. Buscando tierras menos belicosas, iban abandonando aquellas piedras que les servían de refugio.

Micaela cayó de pronto en la cuenta: allá, de un árbol, colgaba el cuerpo sin vida del Griego; la lengua desahogada le llegaba al pecho. Esa noche, sus propios compañeros habían resuelto qué hacer con él.

—El jodido —dijo Micaela— arde ya en el infierno.

23

OLÍA A TRISTEZA. El paisaje se extendía ante ellos, plano y agrietado; era una eterna ladera seca, con destellos de mineral albino, refulgente al sol. Escaseaban los árboles y los pocos que había apretaban las hojas en interminable lucha, ansiosos de retener el alimento. Eran las llamadas Tierras Muertas, a Micaela no le cabía duda. Su padre le había hablado de ellas, hace años. «¿Qué hay al este, padre, pasado el bosque?». «Tierras Muertas, hija; malas tierras. Dios no mira a las gentes de ese sitio».

Se quejaron los músculos de Micaela, ya muy necesitados de energía; en aquella incómoda postura que le ataba las manos atrás le pesaban los brazos. El estómago protestó en un ruido agonizante. En parecidas condiciones iba el fraile Veremundo a su lado, con la lengua fuera; la caja con la cabeza de Santa Justa se bamboleaba a su espalda. Solo Beltrán Cuervo parecía cómodo con las manos atadas, e iba canturreando por lo bajo; acaso estuviera acostumbrado, de ocasiones anteriores.

*Ni de nariz chica,
Oh doncellica,
ni de bonito pie,*

ni de negros ojillos.

Al pasar el Carnero, el tuerto aprovechó para preguntarle:

—Tú, Caradecabra. ¿Por qué huimos, qué es lo que pasa?

—¿Me hablas a mí de la cara, *pedazo mierda* —dijo señalándole los muchos destrozos que adornaban la del tuerto—, que parece que te haya follado un oso?

—Habla. A qué tanta prisa y tantos nervios.

—Hay una patrulla mora de la ciudad de Saraqusta que anda cerca, tenemos que largarnos.

Pensó Micaela que muchos desmanes tenían que haber cometido los bandidos, cuando desde Saraqusta se había ordenado darles caza.

—¿Saraqusta está cerca? —preguntó.

—Más cerca de lo que me gustaría —lamentó el Carnero sin detenerse—. Van a capturarnos, no tenemos escapatoria.

Mala cosa para todos. Ni bandidos ni prisioneros querrían encontrarse con la patrulla musulmana de Saraqusta. Era de sobra conocido que, a aquellos que capturaban, los moros les ataban al suelo formando una equis y que, poco a poco, lo iban desollando a uno, hasta dejar el interior del cuerpo entero expuesto al sol abrasador. Después, acudían las hormigas.

Apretaron el paso, acuciados por el miedo.

El fraile iba murmurando su retahíla, machacón. «*Judicii signum tellus sudore madescet. Iudicii signum tellus sudore madescet*».

Notó que Micaela le observaba y dijo, traduciendo:

—«El día del Juicio, la tierra se empapará de sudor».

Nada dijeron Micaela ni Beltrán Cuervo, que también andaba poniendo la oreja.

—El sudor —respondió el fraile sin que le preguntaran— es por el gran miedo, el miedo inconmensurable que vamos a pasar todos cuando llegue la última hora.

Caminaba Micaela mirando sus pies descalzos sobre la tierra yerma, ardiente.

—No puedo creer —murmuró— que vaya a terminarse todo así como así.

Además, ¿tú cómo puedes saberlo?, ¿eres adivino?

—Fue profetizado en el Apocalipsis —dijo Veremundo—, y la palabra de Dios no miente: «Y cuando los mil años fueren cumplidos, Satanás será suelto de su prisión». En este año de nuestro Señor Jesucristo de 1033 se cumplirán mil años exactos de su muerte.

Beltrán Cuervo escupió en el suelo.

—Calla de una vez, agorero.

Pero el fraile prosiguió:

—El sol perderá su claridad; la tierra entera quedará oscura el viernes santo, que será el último día del mundo, el día del Juicio, en que todos, fieles e infieles, habremos de enfrentarnos con el Creador.

Agobiado acaso por la posibilidad de tener que presentarse ante Dios con tantos crímenes a las espaldas, Beltrán Cuervo apretó los dientes y se le plantó delante al fraile.

—¡He dicho que te calles ya, no me creo una puta palabra de esos cuentos de vieja!

Micaela se interpuso entre los dos.

—Déjale en paz —dijo enfrentándose de nuevo al monstruo.

—¡Ah, qué valiente nos ha salido la niña! ¿Qué harás si no? ¿Me golpearás de nuevo la cabeza con una piedra?

Apartó de un empujón a Micaela para vérselas con el temeroso fraile, y no había dado un paso el ogro cuando ella volvió a interponerse en su camino.

—Que le dejes en paz.

—¡Aparta, he dicho!

Se le vino encima el monstruo. A Micaela le bastó esquivarlo y meter la pierna para que Beltrán Cuervo tropezara y acabara dando con todas sus arrobos en el suelo.

—¡Maldita! —dijo escupiendo tierra—. ¡Te voy a desollar!

Unas varas más allá, les llamó la atención Banzo el Carnero.

—¡Eh!, ¿no tenéis bastante? ¡En pie, tú! ¡En pie, coño, y quietos los dos, no vuelvo a repetíroslo!

El ogro se incorporó como pudo, tragándose la rabia, y cuando estuvo junto a Micaela le susurró muy cerca:

—No te van a servir todas las piedras del condenado mundo, pequeña rata,

cuando te ponga las manos encima y te lleve hasta Raymundo Lacruz.

Echó a caminar, todavía resoplaba polvo; atrás quedaron el fraile y la comadreja.

Veremundo se dirigió a ella y, con una sonrisa, murmuró:

—Gracias.

Pocas mujeres había tratado el fraile, y, sin duda, jamás ninguna tan valiente como aquella joven, capaz de enfrentarse a truhanes y canallas.

24

MIENTRAS MICAELA IBA LEVANTÁNDOSE DEL SUELO, en la cabeza de la caravana el rey hizo detener su caballo. Pararon todos, inquietos por saber qué sucedía.

Elevaron la vista hacia el alto de una colina que les aguardaba delante. Por allí bajaba uno de los bandidos de Raspa, el más joven, al que siempre usaba de avanzadilla para que anticipara los peligros que luego habrían de encontrarse.

A la vista de cómo regresaba el muchacho, a toda carrera. Raspa el bandido tragó saliva. No podían esperarse buenas noticias, y, anticipando lo que estaba por venir, le dijo al Carnero:

—Corta las cuerdas de los prisioneros, las que les mantienen atados los pies.

—¿Qué? Pero Raspa...

—Haz lo que te he dicho.

Banzo el Carnero corrió hasta ellos y, de rodillas, fue cortando la cuerda que ataba los tobillos de Micaela, del fraile y del Cuervo.

—Cariño —dijo el tuerto viendo al Carnero ante él, a cuatro patas—, es

demasiado pronto, apenas nos conocemos.

Qué pequeño consuelo el de Micaela y el fraile, libres al fin de verse atados por las piernas. Compartieron una sonrisa.

El muchacho que venía corriendo estaba cada vez más cerca, vigilado por la atenta mirada de Raspa.

Aprovechó Micaela para dirigirse al rey de los bandidos.

—¿Cumplirás tu palabra?

—¿Qué palabra? —respondió Raspa sin apartar la vista del muchacho.

—Dijiste que hoy escucharías mi propuesta.

—Eres una lenguaraz. Y un jodido dolor de cabeza. Di lo que sea para que no tenga que escuchar más tu puta voz.

Micaela dio un paso hacia él.

—Hay una mujer en Saraqusta. Los musulmanes la tienen presa. Necesito que me dejes ir a liberarla.

Los bandidos dejaron escapar una carcajada. La muchacha era valiente, no les cabía duda, y osada; pero no estaba buena de la cabeza, pobrecita.

La miró el rey montaraz, sin dar crédito.

—¿Quieres que te libere para que puedas entrar en la ciudad mora de Saraqusta y sacar de la prisión a una mujer?

—Sí —respondió Micaela—. Más o menos.

Rio el rey Raspa por lo bajo, y enseguida olvidó lo que acababa de oír, enfrascado en asuntos más importantes.

Llegó por fin el joven, jadeando, reventado de la carrera. Lo recibió uno de los bandidos y el chico tuvo que abrazarse a él para no caer desfallecido.

—No sigáis por aquí, patrón —farfulló mirando a Raspa—. Están al otro lado de la colina. Les manda él: Siad en persona.

Del último de los bandidos hasta el rey Raspa perdieron el color de la cara al escuchar este nombre. Muy encabronados, en efecto, tenían que estar en Saraqusta para haber enviado a por ellos a aquel al que apodaban Siad, «el cazador», capitán de la guardia ben Hud Alanqar.

Acomodó el culo el rey Raspa sobre el caballo, incómodo de pronto.

—¿Estás seguro, chico?

—Lo he visto yo mismo. Raspa. El capitán Alanqar en persona está a punto de aparecer en lo alto de esa colina. Trae con él a no menos de veinte

hombres.

—Veinte soldados islamitas fuertemente armados —dijo el rey como en un lamento— contra mi alegre grupito de despojos.

Un murmullo de miedo y desconcierto recorrió la caravana de los bandidos.

—¡Vamos a morir todos! —gritó alguien.

—Estamos jodidos —murmuró Beltrán Cuervo.

Micaela encontró que había empeorado el flemón que le hinchaba la cara al tuerto, parecía haberse metido un hurón en la boca para ocultarlo en el carrillo.

Preguntó el fraile:

—¿Quién es ese capitán del que hablan?

—El jefe de la guardia, en Saraqusta —respondió el Cuervo—. Si hay algo que el capitán Alanqar odia más que a un bandido cristiano es a un cristiano a secas.

Miró a Micaela y dijo en una carcajada:

—Mira tú por dónde te vas a librar de que te ajuste las cuentas, rata de campo. Alanqar nos empalará a todos a las puertas de la ciudad mora.

Levantó la voz el rey Raspa:

—¡Callaos! ¡Ni una puta voz, cobardes, o seré yo quien os saque la piel, aquí y ahora! Banzo, ¿has soltado las piernas de los prisioneros?

—Sí, Raspa.

—Pues en marcha, coño. —Señaló hacia el lado contrario al que antes se dirigían—. Iremos a refugiarnos en la Fonda de los muertos.

Rezongaron todos por lo bajo, temiendo ir a parar de la sartén al cazo, pero ninguno osó contradecir a su rey.

Como una oruga de mil arrobos, volvió a ponerse en marcha la comitiva. Delante, el rey Raspa; después los bandidos, seguidos por los prisioneros; y en la cola, los ejemplares humanos más estropeados: uno cojo, el medio ciego, otro borracho...

Avanzaron, ahora más deprisa, sabiendo lo que les perseguía en la retaguardia. Parecían seguir rumbo en paralelo a un arroyuelo. A pesar de que todavía se mantenían en fila, se fue disgregando la caravana; los más débiles iban quedando atrás.

Micaela preguntó al Carnero:

—¿Qué es eso de la Fonda de los muertos?

Banzo temblaba de miedo.

—A veces nos guarecemos allí para pasar la noche; o la usamos para esconder alguna mercancía. Raspa quiere que nos metamos en la fonda a esperar a la patrulla, para no enfrentarnos a cielo abierto.

Los prisioneros se miraron, inquietos.

—¿Pero es que da por seguro que vamos a enfrentarnos?

—Como que hay diablo —respondió Banzo el Carnero. Luego les miró, sorprendido—. Carajo, ¿no habéis comprendido todavía? Vamos a morir hoy.

Y apretó el paso.

Ellos le siguieron, caminando a zancadas, con las manos atadas a la espalda y tan rápido como podían.

A Veremundo le embargó de pronto una pena terrible, y apenas un hilo de voz vino a salirle de la boca:

—Debiera Dios impedir que muriera alguien tan joven. ¿Qué edad tienes?

—No lo sé.

—¿No sabes tu edad?

Beltrán Cuervo miró a Micaela, irónico, y, sin detenerse, dijo:

—La chica ha vivido toda su vida metida en un bosque. Apenas sabe nada de nada. ¿No es así, ratita?

Después los dejó atrás, decidido a colocarse en el sitio que juzgó más cubierto: junto al rey.

—Sigue, no te pares —dijo Micaela al fraile, que se había rezagado.

Así lo hizo, y Veremundo volvió a caminar a su lado, a buen paso. Las deslavazadas sandalias apenas le daban para sujetar unos pies enormes, tan huesudos como el resto de su cuerpo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Micaela.

—¿Micaela qué más?

Micaela quedó pensativa y, para su sorpresa, no estuvo segura de lo que responder. Entonces evocó un recuerdo y respondió:

—Mediaespada.

—Micaela Mediaespada —repitió el fraile, como si paladeara algo muy

dulce—. Estoy contento.

—¿Estás contento?

—Me he pasado la vida metido en una biblioteca; esta es la primera vez que salgo del convento, mi primera aventura.

—La primera vez que sales y pierdes la vida, ¿eso te pone contento?

—No, Micaela Mediaespada. Es morir sintiéndome tan vivo lo que me alegra el corazón.

A pesar de que el miedo la tenía encogida, Micaela sonrió también.

De cuando en cuando se giraba, para mirar atrás y comprobar que todavía no se avistaba a la patrulla musulmana. El curso del riachuelo era mayor a aquella altura, contaba al menos con vara y media de ancho.

—¿Y tú, fraile? —preguntó, pero habría preguntado cualquier cosa que entretuviera la mente—. ¿Sabes tu edad?

—¿Yo? Ah, desde luego. Pertenezco a una familia adinerada, que disfruta de un condado, allá en Iría Flavia. Es importante que conozcamos nuestra edad y nuestro apellido, para que el mayor de nosotros disponga de la herencia. Tengo treinta y nueve años.

—¿Eres conde?

—No, eso mi hermano mayor, el primogénito; yo soy el menor de nueve hermanos. No hay en este mundo segundón más segundón que yo, Micaela Mediaespada, nadie está más lejos de la primera fila, ni se tiene menos en cuenta que a mí. Por eso me hice fraile, ¿a qué otra cosa podría haber aspirado?

Caminando, caminando, el fraile echó los ojos hacia la caja que llevaba a la espalda. Y Micaela descubrió que se le humedecían.

—Lo único importante que he hecho en mi vida es tratar de poner a salvo la cabeza de Santa Justa. Y ni eso voy a ser capaz de hacer.

—No todo está perdido —replicó ella—. Algo arreglaremos para salir de esta.

—¿Tú crees?

—Además —rio—, ¿cómo puede importarte morir hoy si dices que el mundo se acabará dentro de poco?

—Ah, porque es muy importante cumplir aquello que uno se ha propuesto. Eso tiene su importancia.

Micaela apartó la cara y miró de nuevo al suelo ardiente.

—Algo arreglaremos, ya verás. Sigue, no te pares.

El más viejo de los bandidos cayó de rodillas poco más adelante, asfixiado por la carrera. Los dos prisioneros rebasaron su posición y lo dejaron atrás, boqueando como un pez.

—¡No te quedes ahí! —le gritó Micaela, sin detenerse—. ¡Levanta, vamos! ¡Camina!

El más viejo de los bandidos les miró mientras se alejaban, como el sediento que ve marchar al aguador con su odre de agua.

Micaela descubrió que había desaparecido ya el bandido borracho; tampoco estaba el medio ciego. Se preguntó cuándo habían quedado atrás, abandonados a su suerte.

Caminaban cada vez más deprisa, todavía en paralelo al riachuelo, que era ahora de medio tiro de piedra; resonaban los aspavientos y resoplidos de aquellos viejos instrumentos; todos a su ritmo, y todos desafinados. Solo Raspa iba descansado, en lo alto de su caballo, a la cabeza de la desperdigada caravana.

—¡Al suelo! —gritó uno de los bandidos.

Algo que zumbaba en el cielo parecía venirseles encima, igual que un enjambre.

25

¡*TCHACTCHACTCHACTCHAC!* a Micaela y al fraile los pilló de pie, pues no tuvieron los suficientes reflejos como para agacharse tras el aviso: un grupo de flechas vino a clavarse en la tierra a su alrededor, por todas partes. Y aún cayeron un par más, rezagadas. ¡*Tchac! Tchactchac!*

A lo lejos, a su espalda, en lo alto de la loma por la que descendían, podía verse ya a la patrulla mora de Saraqusta; un grupo temible de siluetas recortadas contra el sol, que lanzaba sobre ellos otra oleada de flechas.

—¡Corred! —gritó un bandido.

¡Tchactchacpluffttchacpluffpluff! Se plantaron otra vez las flechas en la tierra y en el río, por todas partes. Una de ellas habría atravesado la espalda de Veremundo de no haberse clavado en la caja con la cabeza de Santa Justa.

Micaela se apretó contra el fraile y lo obligó a correr.

—¡No te quedes quieto, corre! ¡Corre de un lado para otro!

Asilo hicieron los dos, como alma que lleva el diablo y en zigzag. Rebasaron a un par de bandidos que yacían en el suelo, atravesados por flechas. Uno de ellos vivía todavía, y trató de agarrarlos cuando pasaron, para que no lo dejaran allí abandonado.

—¡Piedad! —gritó—. ¡Por Dios misericordioso, matadme!

El otro estaba muerto; la flecha le había atravesado el corazón desde atrás, y la punta ensangrentada asomaba saliendo de su pecho.

—¡No te pares! —gritó Micaela—. ¡No corras en línea recta!

Delante se perdía ya la silueta del viejo rey Raspa, que a lomos de su caballo se alejaba del tercer enjambre que les caía encima. El regato era ya riachuelo crecido. *¡Tchactchactchac!* Una flecha impactó contra el tobillo del bandido joven que había hecho de oteador, y su cuerpo rodó sobre la tierra polvorienta, como un pelele. Cuando Micaela y el fraile pasaron junto a él estaba inconsciente, postrado junto a la mula de Veremundo. La pobre bestia se revolcaba en la orilla del riachuelo, desangrándose entre todos los cachivaches que transportaba, con el cuello atravesado por otra flecha.

Respiraban aquel aire caliente en su carrera desesperada, notaban la boca llena de tierra. A cada paso tenían perder el equilibrio, atados como estaban con las manos a la espalda, y caer de bruces. Micaela resoplaba procurando mantener el ritmo.

—¡Corre, Veremundo!, ¡no te quedes atrás!

—¡No... puedo! —exclamó el fraile. Creía que el pecho le fuera a estallar—. No puedo.

Comenzó a detenerse.

—¡No lo voy a conseguir, muchacha! ¡Toma la caja, lleva la cabeza a suelo

cristiano, hazlo por mí!

Micaela se le puso detrás y le dio una patada en el culo.

—No te pares y sigue corriendo; como que existe el diablo que vas a cumplir tu misión.

Y Veremundo echó a correr de nuevo, con Micaela detrás empujándole, obligándole a seguir.

Micaela creyó escuchar un rumor de fondo, un murmullo que, en medio de la carrera, no supo identificar. Sonó una trompeta, a su espalda. Nunca había escuchado Micaela sonido como aquel, que a Beltrán Cuervo le fue tan familiar: la trompeta mora de campaña. Alanqar el Cazador mandaba cargar a sus soldados. Micaela sintió un griterío a su espalda, ensordecedor, y notó de inmediato cómo temblaba el suelo al paso de aquellos caballos que se acercaban al galope.

—¡No mires atrás, Veremundo! —gritó. Y después murmuró, espantada, hablándose ya a sí misma—: No mires, ya están aquí.

Seguía corriendo, cada vez más extenuada, sintiendo cómo perdía el control sobre sus piernas. Delante ya no encontró a nadie, habían desaparecido Raspa y su caballo, también Banzo y el infame Beltrán Cuervo. ¿Le engañaban los ojos o esa muralla que le aguardaba allá al fondo era una cascada? De allí parecía provenir el riachuelo. Si en verdad llegaban al origen del río ya no podrían avanzar más, aquel era como uno de los callejones de Tulaytula, donde tantas aventuras había vivido su padre: un callejón sin salida.

Micaela seguía corriendo pero cerró los ojos. Corrió desesperada sin mirar, aguardando el momento en que la arrollara uno de los caballos, o le cortara la cabeza alguna cimitarra árabe, o una lanza la atravesase desde atrás. Y no podría asegurar cuánto rato estuvo así, escapando a ciegas, hasta que, en un enconronazo, se topó con el rey Raspa, que la detuvo de golpe.

Micaela descubrió que el jefe de los bandidos había desmontado, se encontraban ante la cascada; el rumor atronaba a su alrededor como una decena de tambores.

—Sí —le dijo Raspa—. Todavía estás viva.

Y la agarró por los hombros para traerla consigo hasta la cascada. Juntos pasaron la cortina de agua y se adentraron en la Fonda de los muertos.

—APUNTALA ESAS LANZAS, que no entren los caballos moros —le dijo el rey Raspa, cortando con un puñal las ataduras de sus manos—. ¡Rápido, chica, espabila!

Así hizo Micaela, con dos lanzas caídas que encontró en el suelo. Las clavó en tierra para que, junto con otras mejor fijadas, apuntaran hacia la cortina de agua e hicieran de parapeto. Enseguida la ayudó Beltrán Cuervo, que también había sido liberado; a ella le pareció imposible estar allí con él, trabajando codo con codo. Atrás, Tomás Veremundo examinaba de rodillas el estado de la sagrada reliquia, a salvo todavía dentro de la caja asaeteada por flechas sarracenas.

—Es un milagro —murmuró extasiado—. ¿Habéis visto cómo han dejado la caja? Y ninguna ha tocado su cabecita.

El tuerto y la comadreja colocaron al fin aquellas maltrechas lanzas, desiguales y carcomidas, robadas sabe Dios a qué ejército.

—Esto no los detendrá mucho tiempo —dijo el Cuervo secándose el sudor de la frente con el antebrazo—, pero nos dará un respiro. ¿Contamos con armas?, ¿qué tenemos?

Micaela miró en derredor. Lo más llamativo que encontró fueron varios túmulos de piedra, tan vagamente antropomórficos como los sepulcros que viera en el subterráneo. Labrados, halló los mismos símbolos visigodos: árboles, halcones y águilas, un pájaro con cabeza de fiera. Por un instante le pareció que aquellos primeros habían sido una ensoñación, y que solo estos eran reales.

Por lo demás, no le pareció que aquello fuera fonda ninguna, sino más bien refugio de pastor, oculto tras la cascada.

—Entrarán más pronto que tarde, esto es un muladar.

—¿Qué esperabas, carajo?, ¿la posada del rey Sancho?

Raspa se arrodilló junto a un hombre que, entre la vida y la muerte, se debatía en el suelo. La cabeza de Banzo el Carnero había sido atravesada por una flecha; entraba de arriba abajo, por la sien, y le salía por la nuca. Micaela

creyó un milagro que todavía estuviera vivo.

—¡Raspa! ¡Raspa! —gritaba el desgraciado, llamando a su jefe a pesar de que lo tenía delante agarrándole las manos.

—Estoy aquí, muchacho. No me muevo de tu lado.

Micaela escuchó movimiento en el exterior. Acercó la nariz a un hueco en la pared de agua y echó un vistazo fuera.

Soldados sarracenos, morenos como nunca hubiera visto Micaela, y de barbas recortadas. Cada uno de ellos iba armado con un alfanje tan afilado que parecía cortar el aire a su paso, y también con lanzas, arcos y flechas, dagas. Desmontaban para tomar posiciones alrededor de la cascada, detrás de un montículo o de unas rocas, y apuntaban hacia la cortina de agua con sus armas, dispuestos a mandar al cielo cristiano a cualquiera que asomara la nariz.

Fue entonces que Micaela lo vio.

Llegó el capitán ben Hud Alanqar, montando en el más espigado caballo que pudiera imaginarse. También el capitán sarraceno era delgado, y alto. Todo él era una pura luz; vestía de blanco, con capa del mismo color, sobre el caballo blanco; y un turbante blanco coronaba su cabeza. La piel resaltaba entre tanto brillo, oscura, tersa; no llegaba a los veinte años. La nariz hacía un puente y acababa señalando hacia abajo, sobre unos labios finos y una barbilla saliente, a la que rodeaba una barba perfilada que terminaba en punta. Nunca vio Micaela hombre más guapo ni de porte tan elegante. Tuvo la impresión de que el aire caliente de aquellas tierras yermas se apartaba a su paso, para no mancillar sus ropajes; y que los ojos del joven musulmán, de un negro vivísimo, irradiaban astucia.

El capitán Alanqar desmontó del caballo y lanzó unas órdenes a sus hombres, en un idioma que Micaela no supo descifrar.

Quedaron quietos los soldados árabes, protegidos unos por las rocas y otros por el terreno desigual, pero sin apartar la vista de la cascada, mientras que, con paso firme pero calmado, Alanqar se aproximaba. Se plantó a unas pocas varas de aquella puerta hecha de agua. Levantó la barbilla y tomó aire.

—¡Bandidos! —exclamó por encima del fragor.

Dentro se miraron bandidos y prisioneros, inquietos, preguntándose cuáles serían las condiciones que Alanqar pondría para su rendición, si es que la contemplaba siquiera. Cabía la posibilidad de que irrumpiera allí a sangre y

fuego para mandarlos a todos de cabeza al infierno.

Enseguida añadió:

—¡Cristianos, os habla el capitán de la guardia de Saraqusta! —y Micaela advirtió que pronunciaba «Çaraquşa»—. ¡No quiero derramar más sangre en este terreno sagrado!

Sabía hablar el idioma de Micaela y de los otros; pero en sus labios sonaban más duras las haches y las jotas. Las eses, por el contrario, se endulzaban.

—¿Está entre vosotros el que llamáis «rey de las montañas»?!

Detrás de la cascada, gruñó el bandido.

—¡Estoy, capitán! —rugió.

Alanqar dio un paso hacia la pared de agua.

—¡Raspa el Temible, han sido muchos tus desmanes, llevo semanas siguiendo tu rastro!

Parecía Raspa más interesado en la agonía del Carnero que en atender al capitán sarraceno.

—¡Te doy un momento —exclamó Alanqar— para que tú y tus hombres os entreguéis en paz! Prometo respetar vuestras vidas hasta llegar a Saraqusta, donde seréis ajusticiados con honor.

Dentro del muladar, murmuró Beltrán Cuervo, loco de rabia:

—Ajusticiado con honor. Sus muertos.

Asomó la cara por el huequecito.

—¡Chúpame el culo, Alanqar! ¡Habrás de entrar aquí a por nosotros!

Micaela lo apartó del hueco para que no entorpeciera más las cosas. Creyó que Alanqar respondería enseguida a la provocación, pero cuando Micaela asomó un ojo por el agujero de la cortina de agua, encontró al joven capitán apaciguando a los suyos, y dándoles el momento prometido.

Micaela se giró hacia el interior. El corazón ponía todo su empeño en salirse del pecho.

—¿Qué vamos a hacer?

Raspa apretó las manos del Carnero. La flecha que le atravesaba la cabeza obraba ya sus muchos males, y el muchacho hacía cosas raras con los ojos y ponía muecas; pareciera estar dentro de un sueño, viendo maravillas.

—Raspa —dijo admirado señalando al vacío—. ¿Has visto qué banquete?

Hay pollo. ¡Y gorrinos rellenos de cosas ricas! Y venado, y pasas, ¡y miel!

Raspa miró a sus compañeros de cautiverio, lleno de pena.

—Ya lo creo, Banzo —le dijo al Carnero—. Come, muchacho. Come hasta hartarte.

Banzo se puso a masticar aire a dos carrillos, con los ojos idos; se le iba uno hacia un lado y el otro al contrario. Reía feliz, recogiendo las migas invisibles que le habían caído sobre el pecho, muy ufano, y se las llevaba a la boca para no dejar nada.

—Qué banquete, Raspa. Digno de ti, ¿eh? Digno de un rey.

Una gotita de sangre asomó por el agujero de entrada de la flecha y le cayó por la cara. Raspa colocó su pulgar sobre aquella gota y la borró pasando el dedo.

—¿No hay vino, muchacho?

—Sí. Vino del bueno. ¡Vino de Nápoles, Raspa! Qué rico. ¡Oh!

Puso de pronto cara de sorpresa, pareciera estar viendo algo extraordinario. Una lágrima le cayó por la mejilla, recorriendo el mismo camino que antes había hecho la sangre.

Banzo sonrió arrobado y dijo:

—Es mi madre, Raspa. Ha venido mi madre.

Miraban sobrecogidos Micaela y el fraile Veremundo, abrazado a su caja, de rodillas. Hasta Beltrán Cuervo parecía afectado, a pesar de que trataba de simular que le importaba un comino.

El rey Raspa cerró los ojos muertos de Banzo. Al Carnero se le había quedado una expresión beatífica, de placidez; la cara satisfecha, risueña, del corderillo que ha comido hasta hartarse.

—Siempre le dije que, cuando muriera, me enterrara aquí.

Miró a Micaela y dijo lamentándose:

—Putá vida. Nunca imaginé que mis mejores hombres morirían antes que yo. Nunca.

—¡Raspa el Temible! —tronó la joven voz del capitán en el exterior—. ¡Queda poco tiempo!

Micaela observó la estancia, tratando de encontrar la forma de afrontar la amenaza. Los sepulcros arruinados, hechos pedazos; el techo desvencijado; el suelo de tierra, alfombrado de piedrecitas y excrementos; el rey de los

bandidos en el mismo estado de desolación que la condenada cueva.

—Señor —dijo tomándole del brazo—. ¡Raspa, escuchadme! ¡Tenemos que hacer algo!

Raspa contemplaba el plácido rostro del Carnero, perdido en su derrota.

—Llegó la hora —dijo—. Este es el fin.

Micaela miró hacia los otros dos, buscando su ayuda. Del fraile encontró solo a un hombre aterrado, que farfullaba la condenada letanía abrazado a la caja; de Beltrán Cuervo poca ayuda podía esperar: había recogido del suelo el puñal con que Raspa les cortara las ataduras, decidido a quedárselo para defender su vida.

—Dijeron de él —murmuró el rey Raspa acariciando uno de aquellos túmulos— que era «amigo de delitos, perpetrador de crímenes».

—¡Señor, algo habrá que podamos hacer! —insistía ella cada vez más desesperada.

Pero Raspa estaba ensimismado y solo miraba el sepulcro de piedra. Recitaba de memoria el epitafio que allí rezaba, en raras letras godas.

—«Impío —añadió—, obsceno, oprobioso, indecente, injusto. No existió culpa que no desease cometer, el primero y el mayor en vicios. Nunca deseando lo mejor y defendiendo todo lo peor». Así fue él.

—Señor —imploró la chica.

—Ese querría que fuera mi epitafio; el mismo que el de este rey visigodo.

—¡Señor! —gritó Micaela para que volviera en sí, y le dio una bofetada que resonó sobre el ruido del agua.

El rey de las montañas se llevó la mano a la enrojecida mejilla, estupefacto. No había terminado de golpearle Micaela cuando ya se había arrepentido, también enrojecieron sus mejillas.

—¡Cría de los cojones! —bramó el rey—. ¡¿Es que no vas a dejar que me rinda en paz?!

Micaela lo agarró del jubón con las dos manos y, de puntillas, pegó a su nariz la suya.

—Hoy no —musitó—. Decidme cómo podemos hacer para enfrentarnos al «cazador».

—¡Se acabó el tiempo. Raspa! —gritó fuera Alanqar.

Arrastró un rugido el rey, como una fiera; interminable.

Y apartó la tapa de piedra del sepulcro. Se abrieron como ventanales los ojos de Micaela y del fraile, incrédulos; de Beltrán Cuervo.

Micaela recordó las palabras del Carnero, cuando les explicaba que usaban la Fonda de los muertos para esconder mercancía robada. El sepulcro daba acceso a un pasadizo que se perdía en el subsuelo.

27

MICAELA AGARRÓ AL FRAILE y lo condujo hacia la entrada al subterráneo.

—Vamos —le apremió en voz baja—. ¡Vamos, no pierdas tiempo! ¡Baja ahí!

A codazos se abrió camino Beltrán Cuervo para pasar primero y descender hacia la oscuridad. Le siguió Veremundo, confuso todavía, pero aferrado a su caja.

El rey Raspa sacó de su cinto la espada rota que la noche anterior le había quitado a Micaela y se la entregó como si fuera algo de mucho valor.

Ella la tomó entre sus manos. Raspa el bandido se había pasado la noche limpiándola, afilándola. Ahora mejor que nunca se advertían el dibujo de la garra y la inscripción.

—*Ferox*.

—¡Aprisa! —murmuró Beltrán Cuervo desde abajo—, ¿qué cojones hacéis con la espadita?

El rey suspiró en toda su enorme humanidad.

—Ve con ellos, muchacha; yo les detendré cuanto pueda. Sigue el símbolo de la mujer coronada por una luna y llegarás a la salida.

Algo iba a decir Micaela cuando un sonido en el exterior les llamó la atención.

Un ladrido, dos.

Gritaban los hombres de Alanqar, entre mucha batahola.

—No, por favor —se dijo a sí misma Micaela.

Corrió hacia el hueco y asomó la cara.

—¡No, por favor!

Los soldados del joven capitán habían abandonado sus posiciones para enfrentarse a un nuevo adversario.

—¡No! —imploró Micaela al reconocer al lobo.

Los soldados sarracenos se divertían hostigándole con las lanzas; el pobre animal acorralado no podía hacer otra cosa que enseñar los dientes, ladrarles desesperado.

Se quitó la camisa el capitán ben Hud Alanqar y desenvainó su cimitarra. Ordenó a todos sus soldados que se apartaran y dio un paso hacia el lobo, decidido a luchar contra él, solo.

Micaela lloró apretada contra la vieja pared de roca de la Fonda de los muertos.

—No —dijo por lo bajo.

Raspa no comprendía.

—¿Qué?

—Que no me voy.

—Muchacha insensata, ¿de qué hablas? ¡Baja ahora mismo y sigue los túneles!

—¡Micaela —imploró el fraile desde el subterráneo—, hazle caso!, ¡baja! La chica temblaba, apretaba los dos puños, luchando.

—No puedo irme.

Miró al rey Raspa.

—Me quedo yo, y haré lo mismo que ibais a hacer vos. Entretenerles tanto como pueda.

Todavía tardó un instante el rey Raspa en asimilar esas palabras.

—Pero, coño, ¿es que has perdido el tino?!

Fuera, los perros de la guerra del capitán Alanqar, ávidos de sangre, jaleaban divertidos el espectáculo. El capitán iba acercándose al lobo, que reculaba ladrando a la vista de aquel alfanje terrible.

—No he perdido nada —dijo Micaela muy segura.

Miraban desde el interior del pasadizo el fraile y Beltrán Cuervo, impresionados.

—Chica... —murmuró el Cuervo.

Micaela tomó al bandido por el brazo.

—Estáis perdiendo el tiempo, bajad. Cuidad del fraile, os lo ruego. Y cuidaos vos esos tobillos. Tomad la hierba llamada Cola de caballo: tenéis las piernas llenas de líquido, os vendrá bien.

Balbuceaba el rey, incapaz de atinar qué decir, conducido por Micaela hasta el interior del sepulcro.

Abajo tragaron todos el nudo que les apretaba la garganta, incapaces de decir palabra.

Supo entonces Micaela lo que debió de sentir su padre cada vez que la escondía en aquel condenado hueco, en el claro del bosque.

Les dedicó una sonrisa triste, aterrada.

—Adiós —dijo.

Y cerró el túmulo.

Luego corrió hacia la cascada.

—¡Quietos! ¡Quietos, por favor, no le hagáis daño!

Apartó el agua como un cortinaje, desesperada, atravesó el torrente y, aferrada a su espada rota, salió al exterior.

28

LA LEYENDA cuenta que Micaela Mediaespada salió a enfrentarse con la patrulla sarracena de Saraqusta, y que cuando el lobo la vio salir acudió a ella como un perrito manso, y lamió la mano con que empuñaba la espada rota.

Tan contento estaba de haberla reencontrado que Micaela creyó verle reír;

y, por un momento, se apaciguó la lumbre que traía prendida en los ojos.

Los soldados de la patrulla quedaron lívidos, quietos como columnas, ante aquella visión de una joven armada con media espada, investida por una corona de pelo hecho de oro y acompañada de un lobo salvaje. También su capitán se mantenía congelado en el gesto de que ninguno de sus hombres moviera un dedo.

Enarbolando la espada, Micaela preguntó temblando:

—¿Quién es el primero?

A su lado gruñó el lobo, dispuesto a secundarla.

El capitán Alanqar preguntó, con su singular acento:

—¿Eres Vaélico?

—¿Qué?

El capitán señaló en derredor.

—¿Eres tú quien protege esta tierra?

Micaela no tenía ni idea de con quién la confundía el sarraceno, pero juzgó mejor no decir ni que sí ni que no, por si esto pudiera beneficiarla.

—No quiero luchar, pero si me obligáis me llevaré a alguno por delante.

Uno de los soldados temblaba ante Micaela, agachando la cabeza, y terminó por tirar su arma en señal de rendición. Un compañero le afeó el gesto y con muchos aspavientos le obligó a recoger la espada para que presentara batalla. Discutieron entre ellos, todos los sarracenos, en aquel idioma incomprensible, hasta que el capitán ben Hud Alanqar dio una voz que los hizo callar. A su orden se pusieron todos de rodillas, ofreciéndole la nuca para que los decapitara si es que era su deseo.

Alanqar dio un paso hacia Micaela. En sus ojos astutos había una gran curiosidad, también estupefacción; quizás él no supiera qué pensar, pero no era menos cierto que Micaela tampoco comprendía por qué reaccionaban así él y sus soldados.

—Solo cumplía con mi deber —dijo Alanqar, conciliador—. Soy el capitán de la guarnición de Saraqusta. Los bandidos de Raspa llevan meses atacando a las caravanas que aprovisionan la ciudad. No puedo consentir que nuestros caminos se llenen de bandidos.

—Me parece bien —respondió Micaela—. Es justo.

—Pero tú... —dijo el capitán señalando hacia la cascada—. Vaélico,

¿defiendes a ese criminal?

—Yo defendiendo a mi lobo.

El capitán cruzó una mirada con el animal, que aguardaba un solo movimiento para echársele al cuello.

—Nunca había visto que un lobo respondiera a la orden de nadie.

—Yo tampoco —concedió Micaela.

Viendo el capitán que no quedaba otra, apretó el alfanje, dispuesto a utilizarlo.

—Me temo que debo entrar ahí a capturar al bandido.

—Lo sé —respondió Micaela; le sudaban las manos al contacto con el mango de la espada. Mucho le habría decepcionado el honor de aquel hombre si se hubiera echado para atrás.

—Por eso —añadió el sarraceno— me veo obligado a luchar contra ti, Vaélico. Promete que, aunque acabes conmigo, dejarás vivos a mis hombres.

Micaela no entendía nada. ¿Aquel aguerrido soldado consideraba de antemano que iba a perder contra ella?

—Lo pro... —balbuceó—. Lo prometo, claro.

El capitán clavó la cimitarra en la tierra seca.

—Dame un instante. Quiero estar presentable cuando me encuentre con Allah.

Recogió del suelo la camisa y, ante la temerosa Micaela, se la puso, circunspecto; recolocó su turbante. Cada movimiento en él era armonioso.

Acabada la tarea, el capitán consultó con sus hombres y estos, asintiendo, dieron el visto bueno.

Alanqar desclavó la espada y la aferró con dos manos, apuntando hacia la chica.

—Estoy dispuesto a morir —dijo.

Micaela no cabía ya en sí de extrañeza. Aún tardaría en retirar los velos que oscurecían todo aquello.

Lo cierto es que el capitán ben Hud Alanqar creía enfrentarse a Vaélico, y no contra una desgraciada harapienta y flaca. No titubeó ni un momento, a pesar de que sabía que iba a morir; resignado pero entero, como quien se dirige al patíbulo.

Micaela se volvió hacia la cascada. Supuso que estarían ya lejos el fraile

y el bandido, también Beltrán Cuervo, atravesando el laberinto de túneles.

—No voy a pelear contra ti porque persigas a un criminal —dijo.

Y guardó su espada atrás, en el hatillo. Gruñó el lobo.

—Cállate —le increpó la chica—, ya están a salvo. No voy a enfrentarme a un hombre íntegro.

Los soldados quedaron estupefactos; también el capitán.

Micaela hinchó el pecho ante él, ya frente a frente, y dijo:

—No quiero pelear contigo. Un amigo mío acompaña al bandido, y también uno de mis enemigos. Te he entretenido el tiempo suficiente como para que escaparan los tres por el subterráneo.

Alanqar miró a la chica, confuso, y después al lobo.

—¿Rehúsas pelear conmigo, Vaélico?

—Sí. Y me llamo Micaela. Comprendo lo que estás haciendo; me parece honorable que luchéis contra los bandidos.

—Entonces, dime; ¿vas a impedir que entremos?

—No, ya no. Si el rey de las montañas cumple la palabra que me ha dado ya no lo verás por aquí; nunca más volverá a darte problemas. Te aconsejo que no les persigas o terminarás perdido en los túneles.

Inspiró el capitán, sin saber a qué atenerse con aquel ser que le parecía tan enigmático.

—No eres Vaélico —concluyó Alanqar, al fin.

—No —respondió ella muy serena.

—Pero este lobo es tuyo.

—Sí, bueno. Más o menos. Prestado.

Gruñó el lobo, indignado por que hablaran de él como si no estuviera delante.

El capitán dio orden a dos de sus hombres de internarse tras la cascada para perseguir a los huidos. Micaela fue a adelantarse para impedirselo y Alanqar se puso en medio, con los ojos oscuros llenos de fuego.

—Valoro el sacrificio que has hecho por tus amigos, enemigos, o lo que sean para ti. Pero no me pongas a prueba, Micaela.

Confiado en que habrían tenido tiempo suficiente para escapar por los subterráneos, Micaela decidió apartarse y no oponer resistencia.

Dos de los soldados de la patrulla cruzaron bajo la cascada armados hasta

los dientes. Rebuscaron como perros de presa hasta encontrar la entrada al inframundo. Preguntaron algo al capitán, en su idioma, y este, sin apartar de Micaela los ojos negros, respondió un escueto:

—*Naem*.

Después, los dos soldados se introdujeron en el subterráneo.

—Tú vendrás conmigo a Saraqusta —dijo el capitán a Micaela—. Allí serás presa y aguardarás castigo.

Micaela sonrió de pronto.

—¿Me vas a meter presa? ¿En la misma prisión que una mujer que llaman Juana la Pelleja?

—¿Te ríes?! ¡Diablo, muchacha, ¿acaso no eres capaz de hacer ninguna cosa que sea normal y comprensible?!

Dio una orden y trajeron su caballo blanco. Alanqar subió de un salto en la grupa. Miró desde arriba el cuerpo esbelto de la chica, su rostro de líneas delicadas; el pelo corto le confería no solo una fortaleza llamativa, sino un singular atractivo. Se asombró de no haberse dado cuenta de que era una mujer; ahora le resultaba imposible no quedarse atrapado mirándola.

Ofreció su mano a Micaela.

—Sube.

—¿Ahí contigo?, ¿para que me cortes el cuello desde atrás? Ni loca.

Apretó los dientes el capitán, luchando por no perder la paciencia.

—¿Por qué habría de hacer eso? —y maldijo en árabe.

—Porque odias a los cristianos.

—No odio a nadie —dijo de pronto muy serio—. Mi religión me prohíbe odiar. Solo soy un soldado, y hago lo que hacen los soldados.

Micaela no las tuvo todas consigo, aún.

—Dime, muchacha, ¿alguna vez has ido de caza?

—Muchas. Y una vez cacé un oso.

Rompieron a reír los soldados de la patrulla, y hasta ben Hud Alanqar dejó escapar una sonrisa, pues muy dentro de él admitía que aquello pudiera ser posible, tratándose de aquella chica.

—Cuando te disponías a cazar aquel oso —dijo—, ¿lo odiabas?

—No. Era cuestión de supervivencia.

—Pues yo lo mismo: no odio a ninguno de mis enemigos. Sube al

condenado caballo.

Como la encontró todavía recelosa, miró en derredor a sus hombres y exclamó bien alto:

—¡Doy orden de que si toco un solo pelo de la muchacha vosotros mismos me cortéis las manos! ¡Y la nariz y la lengua! ¡Y que me dejéis abandonado en el condenado campo para que me desangre!

Solo esto apaciguó a Micaela.

Una vez, en los caminos del bosque, un maestro cantero que iba de monasterio en monasterio le había enseñado un hermoso relieve, una muestra de su arte envuelta en paño. La muchacha había acariciado asombrada los músculos tallados en piedra, el rostro alzado, los labios. «Es el caballero Roldán —le dijo el cantero—. Su muerte fue la más magnífica belleza, rodeado de sus hombres caídos y tocando por vez última el cuerno de elefante». Así le pareció a Micaela que lucía el capitán en lo alto de su caballo, esculpido contra el cielo como un héroe sobre el que se compusiesen canciones.

Micaela aferró la mano que Alanqar le tendía y bastó un ligero impulso para que la subiera en lo alto de la cabalgadura. Quedó sentada con él a la espalda; sintió de pronto su respiración, el calor de su cuerpo, el tacto de sus ropajes. Él la rodeó con su brazo para agarrar las bridas.

Alanqar azuzó al caballo y se puso en marcha la patrulla, en dirección al este. A pocos pasos les seguía el lobo.

CAPÍTULO 3

JUANA, LA DE LOS MIL VENENOS



1

CON QUÉ DESTREZA GUIABA EL CABALLO, bestia noble como Micaela nunca había visto, pero tan extraordinariamente inquieto y nervioso que ante cualquier pequeña emoción del camino —una tórtola que levantaba el vuelo— se encabritaba. En un momento dado, una voz fuerte de alguno de los hombres rompió el aire, allá atrás, y el alazán los hizo botar a ambos.

—Lleva dentro un fuego —dijo Alanqar riendo, acerca de su caballo—. Es salvaje y nunca he podido doblegarlo.

Micaela calló un instante. Luego, casi afirmando, preguntó:

—¿Pero os gusta así?

El tono de Alanqar se volvió serio.

—Sí —respondió—. Me gusta así.

Cabalgaban por la estepa polvorienta. A Micaela no le pasó inadvertido que, rodeada ahora de la patrulla de soldados, era la primera vez en su vida que se sentía a salvo de los peligros del camino, pues ni hombre ni bestia se atreverían a enfrentarse a aquellos soldados.

El paisaje se había ido volviendo cada vez más arisco, una planicie desértica. Al principio, la ausencia visible de agua o extensiones verdes generó en Micaela una cierta desazón, pero tras un par de horas cabalgando, se dio cuenta de que aquel horizonte inacabable tenía algo liberador.

Dejó que el viento del este le diese en la cara como a los marineros que, según contaba su padre, miran al mar infinito en cubierta, y que la visión de la tierra roja le llenase los ojos. Nunca había visto el mar, pero Mathías le hablaba de él con entusiasmo en sus atardeceres compartidos. Algunas veces, Micaela imaginó verde y amarillo al océano, como las extensiones de mieses

en época de bonanza; otras era profundo y con nubes. Hoy era rojo.

—Estás cogiendo gusto al desierto —comentó atrás el capitán—. Esta tierra por la que cabalgamos es el Zagr-Alandalús, la frontera que nos separa de los cristianos. Donde vosotros veis un territorio desolado, para nosotros es lo más hermoso de la península. Mi familia es yemení y esto es como estar en casa.

Y para asombro de Micaela comenzó a cantar. Los hombres le siguieron. Era una canción sentida y de notas agudas, que llenó el corazón de Micaela de una rara melancolía.

Micaela miró la línea de sol que se dibujaba en el horizonte, dejándose deslumbrar. En aquel atardecer, la canción había hecho caer sobre ella el recuerdo de la noche. Era una canción de nostalgia. Traía esas imágenes que entran en nosotros antes de que nos venza el sueño.

Era cierto que su infancia había estado llena de miedos, de los perseguidores de pesadilla que tanto temía su padre; pero también había habido muchos momentos de luz.

Cada persona lleva una sola casa dentro, aquella a la que se vuelve una y otra vez en los sueños. Para Micaela era el claro del bosque, el más querido y tranquilizador lugar del mundo. Allí siempre reinaba una luz de tarde. Allí, sin responsabilidad alguna, siempre tenía siete años y era feliz, pues el tiempo se dividía entre este juego y el siguiente juego: difícil de diferenciar de la eternidad.

Era la reina Micaela, dueña y señora de los escarabajos; y su fiel ejército eran los animales que su padre tallaba en madera: el tejón, el jabalí, el águila. No conocía los zapatos y de las madrigueras robaba plumas y frutos, cáscaras moteadas de huevos azules; y se los colocaba como adornos valiosísimos. Tenía varios nombres que inventaba para ella misma: Dama Agujero-Piedra, condesa del Muérdago o doña Pie de Seta. Fisgó, inspeccionó y registró cada rincón del bosque; en su afán de saber, molestó a cuanto pobre bicho se puso en su camino; curioseó entre todos los detalles de aquel mundo fantástico.

Y a pesar de que el papel que ocupaba en el mundo enseguida le exigió cazar, derramar sangre, despellejar..., a pesar de que hacía muchos años que aquella reina de los escarabajos había sido enterrada dentro de Micaela, todavía, a veces, le conmovía cualquier pequeña hoja engalanada de gotas,

temblorosa después de la lluvia, y Micaela quedaba estremecida, encogida de tristeza ante algo que ni siquiera sabía nombrar.

Sintió un vértigo: las sombras tiraban de ella, y trató de sujetarse a la vida en el latido sanguíneo de aquel caballo que, llenándose del calor de la última luz del día, respiraba bajo su palma.

Algo notó él de su ensimismamiento. La nuca de la muchacha se le mostraba inclinada, acariciada por los primeros dedos del viejo dios de la noche, protector de las caravanas. Sintió el capitán que aquel cuello delicado llamaba a sus labios.

—Estos versos de la añoranza, mujer —añadió el capitán, devolviéndola a la realidad—, son de uno de nuestros poetas en Saraqusta y cantan los atardeceres de velo púrpura en el gran imperio de Bagdad. Pasé allí mi primera juventud, igual que muchos de mis hombres.

Le gustaba a Micaela que la llamara «mujer», harta quizá de tanto «chica», y tanto «muchacha».

—Capitán —dijo, dudando de si podía tomarse aquella libertad—, antes os pregunté por alguien a quien retenéis en prisión.

—Juana —asintió él—, *la de los mil venenos*.

—¿Venenos? Creía que regentaba una tienda de perfumes.

—Y lo hace, en efecto, pero no es más que una tapadera. Juana, la que llamas la Pelleja, es la cabecilla de una banda en Saraqusta. Trabajan para ella todos los desechos de la ciudad, los ladrones y desarrapados de la peor ralea. No hay tejemaneje en donde no se halle metida; es una mujer ambiciosa y cruel, y me consta que no ha dudado en envenenar a todo el que se interpuso en sus negocios.

Adelantó la cabeza hacia ella y la miró de medio lado.

—Dime, Micaela, ¿por qué te interesa esa mujer?

—Curiosidad —respondió ella.

—De *la de los mil venenos* quizá pueda hablarte mejor Aisa, la jefa de mis esclavos, pero yo me guardaría de Juana, si fuera tú: es un alacrán.

Micaela no lo pensó dos veces: trataría con Juana, si eso la condujera hasta su madre; y aun con el diablo. Acaso la altivez de la juventud no le dejaba ver los peligros, pero el caso es que no tenía ningún miedo. Solo en una cosa no las tenía todas consigo:

—Capitán —dijo.

—¿Sí?

—¿Qué es un alacrán?

Alanqar se rio con ganas, allá atrás, a su espalda.

Micaela iba a decir algo cuando él tiró de la brida; caracoleó el caballo.

—Hemos llegado —dijo en tono solemne.

Al fondo reverberaba al sol una ciudad.

—Ahí está Al-Madīna al-Bayda'. Saraqusta *la Blanca*.

Era tan hermosa como Micaela jamás hubiera imaginado; y a sus ojos nada acostumbrados, enorme. Relucían varias torres a lo lejos, y un alto alminar la clavaba en el cielo, la torre de la gran mezquita-aljama, orgullo de los reyes tuyibíes.

Un largo sotobosque se extendía a su izquierda, llenando el horizonte.

Cabalgaron a lo largo de interminables extensiones de cereal y cuidadas huertas, atravesadas por ordenadas acequias donde florecían árboles frutales, cargados de ciruelas, albaricoques y manzanas tempranas.

Desde donde estaban todavía no divisaban el río, pero podía olerse su humedad. Era fácil adivinar la extraordinaria benevolencia de sus aguas en el verde reventón de las hojas. Cada botón en flor cantaba las bondades de aquella tierra llena de vida, tan distinta a los yermos campos de la hambrienta Marca cristiana en la que Micaela se había criado. Intuyó que la frontera entre pasar y no pasar hambre radicaba en la capacidad de aquellas gentes de dominar a la naturaleza, de no estar entregados a las fuerzas de la sequía; al capricho de un dios, en definitiva, fuese cual fuese. Escupía riqueza la tierra roja, forzada con hábiles ingenios de agua —canales, norias, albercas y otros muchos mecanismos para ella desconocidos—, y de ella bebía la ciudad.

Micaela permaneció en silencio, sintiéndose pequeña, y, por primera vez, aquella campesina crecida en el bosque conoció la humillante mordida de la ignorancia; no encontraría palabras para nombrar las maravillas que estaba a punto de ver.

AÚN HABRÍAN DE ATRAVESAR EXTENSOS ARRABALES hasta llegar a la muralla de piedra que rodeaba la medina, la Saraqusta primigenia. Aquí y allá alegraban la vista casas de recreo, que ellos llamaban *almunias*, los jardines abiertos, las fuentes y los pozos de agua.

Llamó la atención de Micaela lo grandísimo que era el cementerio, el *maqbara*, pues se alargaba tanto como dos barrios. Caminó el caballo entre las tumbas, todas igual de sencillas, tanto para el pobre como para el rico, pues, ante Allah, todos los seres son iguales.

—Son pequeñas —advirtió Micaela.

—Enterramos a los muertos de costado.

Con todo, qué cantidad inmensa de cuerpos, pensó Micaela. Cómo era posible, se preguntaba, que tanta gente viviese y muriese apretada en aquella ciudad. Ella, que había pasado semanas enteras viviendo en el claro sin ver a nadie más que a Mathías Nuevededos, se vio incapaz de asimilarlo.

Alanqar le informó que aún había un cementerio más, en el extremo este.

Alcanzaron por fin la *al-musara*, una gran explanada en el exterior de las murallas, donde se arrimaban varios centenares de personas vendiendo sus mercancías. Micaela jamás había visto tanta gente junta. Le era difícil percibir dónde acababa una persona y empezaba otra. Ella, que en las tierras yermas de la Marca podía pasar semanas sin cruzarse con nadie, no comprendía cómo podían desenvolverse en tan poco espacio. La muchedumbre iba y venía, comprando los productos de los agricultores que vivían en las afueras. En vano intentó Micaela identificarlos, pues si bien su padre había puesto empeño en describirle las muy diversas razas y vestimentas, su imaginación nunca había anticipado semejante variedad y riqueza de matices. Al fondo de la explanada, un grupo de almogávares entrenaba a sus caballos simulando cortos ataques, huidas precipitadas y un giro brusco con el que interrumpían la huida y atacaban de nuevo. Animales y jinetes se movían unidos como centauros. Le parecieron a Micaela los más hábiles caballeros: esgrimían con fiereza unas jabalinas llamadas *azagayas*, a las que ataban los pañuelos que hermosas

damas les tendían desde el público.

La prosperidad de la ciudad desbordaba a sus afueras. La *al-musara* era también numerosos puestos de artesanos, un bullicioso zoco de sedas y tejidos; era posadas para viajeros, y animales insólitos que Micaela no había concebido ni en sueños, traídos seguramente de lejanos países árabes; animales con forma de personas diminutas, con los morros agrandados, cubiertos de pelo, que en lo alto del hombro de un titiritero sostenían el cuenco donde recibían las monedas de los curiosos; caballos extrañísimos, de largas patas y enormes labios, con dos jorobas peludas en el lomo, cargados de mercancías. El exterior de la muralla bullía de actividad.

Atraída por la llegada del capitán, la multitud vino a rodearles enseguida, mientras ellos avanzaban. A pesar de que entre semejante marea humana no pudo por menos que encogerse, Micaela notó en sus ojos el respeto verdadero, veneración se diría, que el capitán generaba a su paso; y esto la relajó. Niños y mayores, comerciantes, mendigos y muchachas vitoreaban, aplaudían, felices de ver al capitán ben Hud Alanqar de nuevo entre ellos, y le ofrecían todo tipo de regalos: miel, pasas, flores.

Para ella, que venía de un mundo en que cada quien se procuraba su abrigo y sustento, resultaba increíble la cantidad de cosas que aquella gente podía necesitar; todo lo imaginable era susceptible de ser comprado o vendido. Aunque su padre guardaba viejas monedas visigodas, lo habitual era un intercambio de pieles o carne seca; en cambio, allí corrían de mano en mano, brillaba el cobre y la plata. Acostumbrada a la sempiterna austeridad del trigo y la vid de las tierras cristianas, Micaela estaba asombrada; vio verduras y frutos de cien colores y aromas; de algunas adivinaba el nombre solo por habérselas nombrado su padre —berenjenas, de un morado oscuro y forma alargada; o las llamativas *naranjas*—, pero otras le eran totalmente desconocidas: unas parecían apretadas flores verdes; había muchas de hoja.

Llamaron su atención en particular los frutos que un anciano le ofrecía al capitán, unas esferas de asombroso color amarillo.

Él, que la observaba atento desde atrás, dijo:

—Son *laymun*, Micaela; limones. Prueba uno.

Alanqar habló con el vendedor y, cuando quiso pagarle, este declinó la moneda, obsequioso. Agradecido, el capitán respondió unas palabras de

cortesía, se inclinó para tomar el fruto que el anciano le tendía y se lo entregó a Micaela. A ella le pareció que olía a un perfume muy fresco, delicioso, pero cuando lo mordió le supo a rayos: tenía la piel gruesa y amarga, y el sabor ácido le quemó la lengua. Pese al hambre y la sed tuvo que escupir el bocado.

Alanqar rio de buena gana.

—Cuando te acostumbras está muy rico, te lo prometo.

Micaela torció el gesto, pero enseguida rio también; la risa de él le resultaba contagiosa. Lo miró de reojo; brillaban sus dientes blancos sobre la piel morena.

Cuando la multitud vio al lobo quedó sobrecogida. Luego fueron tomando confianza y se acercaron a admirar a la bestia, que caminaba muy digna, como si no los viese. Lo cierto es que estaba agotado del camino, de la lucha, de la falta de alimento y de aquella gente tan pesada que dificultaba su avance. Su pelo de lobo joven, que normalmente relucía, estaba lacio y polvoriento. De mal humor, enseñó los dientes a un crío que se acercó demasiado. El capitán Alanqar dijo algo y todos se alejaron obedientes.

Como el lobo, el capitán se hallaba agotado del camino y la lucha, deseaba llegar a casa, y aún quedaba mucho por hacer. Dio un par de órdenes a sus hombres y los apuró para que se adelantasen a informar de su llegada y del resultado de la expedición contra los bandidos de Raspa. Los soldados azuzaron a sus caballos y se adentraron en la ciudadela. Lo primero que hicieron fue contar a todo el mundo la aventura que acababan de vivir; y, pronto, por toda la ciudad se corrió la voz.

Alanqar y Micaela quedaron atrás, en lo alto del caballo blanco; ella delante, abriendo camino con su mirada llena de asombro; él detrás, a su espalda, sonriendo divertido ante tanta fascinación.

Un olor familiar vino hasta el hocico del lobo, que levantó las orejas, alerta. Más allá de la multitud que se dispersaba, encontró la figura de un hombre que, con la cabeza cubierta por un manto, le observaba divertido. Fue a ladrar el lobo, ansioso, pero el hombre hizo un gesto que lo detuvo, y el animal se mostró discreto todavía.

También Micaela lo vio, al hombre del río que le entregara al lobo días atrás; la miraba sonriendo, apoyado en la pared de la muralla. Cuando cruzaron las miradas también hablaron sus ojos. «Menudo cambio,

Mediaespada —vino a decirle él—. Te dejé hecha unos zorros a la vera del río y te encuentro montada en ese alazán, cabalgando con ese pomposo engreído». «No estoy segura de que haya mejorado mi situación», contestó la sonrisa inquieta de ella. «¿Estás bien?», vino a preguntar él, y los ojos de Micaela respondieron: «Estoy bien, pero no recuerdo tu nombre». El bribón dio una carcajada muda, se señaló en el pecho y silabeó: «Mar-tín-To-rres». Ella asintió; ahora recordaba. «Gracias por haber dejado conmigo al lobo, Martíntorres. En aquel momento fui demasiado soberbia como para entender lo mucho que podía necesitarlo».

Asistía a este diálogo mudo el lobo, aguardando a que su amo le hiciera el gesto por fin, para que se acercara.

Martín preguntó a Micaela con los ojos: «¿Lo sigues necesitando?». «No —respondió ella—. Me pediste que te lo devolviera en Saraqusta. Aquí lo tienes». «Muy bien, Mediaespada».

Martín hizo un guiño al lobo, por fin, y el animal corrió a su encuentro. Lamió sus manos y restregó su cabeza contra las piernas de su amo, llenándose de su rico olor. Luego se giró hacia Micaela, que pocas veces fue capaz de discernir si sonreía. Quizá la miraba aliviado de verse libre de tener que custodiarla. Micaela quiso pensar que la echaría de menos tanto como ella a él.

Todavía hubo una mirada última con Martín Torres.

«Adiós, Mediaespada —dijeron sus ojos y su sonrisa—. Te deseo que encuentres lo que buscas». «Adiós», respondió ella en un susurro.

—¿Conoces a ese hombre? —preguntó atrás el capitán Alanqar.

Micaela quiso negarse el vacío que se le abría dentro, en el pecho. Apartó la vista y miró hacia delante.

—No —respondió ella—. ¿Quién es?

—Un contrabandista; un mercenario. Ha trabajado a veces para mí, como guía en las tierras del norte. No te acerques a él, es un hombre sin escrúpulos que no conoce más patria que el dinero.

—No lo conozco —dijo Micaela, sin entender qué era lo que tanto la apenaba.

REBASARON LA PUERTA SIN CRUZARLA y giraron hacia el norte, rodeando la muralla.

—Nuestra *al-madinath* tiene cuatro puertas —dijo el capitán—. Soy supersticioso y siempre entro por la puerta del puente. Me gusta saludar al río.

—¿Fue en esa *Bagad* de la que habéis hablado donde aprendisteis a hablar mi idioma?

—Bagdad —corrigió él con delicadeza—. No, eso fue aquí. Vine muy pronto a la península. Fui adiestrado en muchas artes, Micaela. Mis tutores me enseñaron idiomas, matemáticas, astronomía.

—¿Astronomía?

—Mira hacia arriba —dijo él.

En el cielo iban ya apareciendo las primeras estrellas, a medida que todo oscurecía. Micaela sintió su aliento cerca, en la mejilla, cuando Alanqar susurró:

—Sé leer en las estrellas.

Sintió ella que algo la turbaba, una inquietud que no supo identificar y que la atrapaba. Por salirse de aquel atolladero cambió de tono:

—Me cuesta imaginaros siendo un niño. No veo en vos más que sangre en las manos.

Sintió que, a su espalda, él dulcificaba el gesto.

—¿Pues qué hay en las tuyas, mujer?

Micaela se las miró. Vino a su corazón la memoria de su padre.

—Cicatrices —dijo con tristeza.

Alanqar no comprendió bien, hasta que se asomó por encima del hombro de Micaela y vio que hablaba literalmente.

La chica sonrió.

—Tengo un ungüento, pero siempre se me olvida ponérmelo.

Se acercaban a la puerta del puente. Cuando vio aquellas caudalosas aguas relucir bajo el atardecer, Micaela pudo entender a qué se había referido él antes. Sintió a su espalda hincharse el pecho del capitán, orgulloso; y él

advirtió cómo, cerca, muy cerca, se dibujaba el cuerpo de la chica contra el suyo.

—Es magnífico, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué río es este?

—El Ibrū. Los griegos lo llamaban Iber, que significa «ribera». Es tan largo y tan grande, Micaela, tan poderoso, que, en su honor, muchos nombran «ibérica» a la península donde nos hallamos.

Micaela había conocido ríos, pero aquella dorada extensión de agua era tal como imaginaba que sería el mar. La luz se deshacía en cientos de vidrios que se sumergían y volvían a rehacerse, en un vaivén rizado. Cerró los ojos un momento para tratar de apresar aquella visión. Ciertas imágenes le proporcionaban un bienestar que parecía anterior a ella misma. Trataba de aprender qué era lo que las diferenciaba de otras, pero nunca había podido definirlo. Quizás el río tuviera una cualidad eterna y, a la vez, imposible de atrapar.

Cuando abrió los ojos de nuevo distinguió cómo lo navegaban grupos de barquitas y, para sorpresa de Micaela, un barco de velas rojizas. Jamás había visto barco alguno; le recordó a un pájaro gigante con las alas plegadas.

—El estandarte de los Ibn Hud —dijo él señalándolo.

Las velas rojas llevaban bordados dos leones en oro que devoraban cada uno un ciervo. A Micaela le sorprendió que fuera el mismo símbolo que, grabado en la silla del caballo, llevaba el capitán Alanqar.

—Ese es el barco de mi primo de Lārīda, Abú Yaáfar ibn Sulaymán. Limpia la nave para las fiestas de primavera en el río. —Refunfuñó al ver el reciente calafateado—. Van con retraso, faltan solo un par de días.

Despertaba la admiración de Micaela la muralla de alabastro, sólida y blanca. Refulgía aun en la tiniebla; quizá por eso llamaban «blanca» a la ciudad. En lugar de almenas, Micaela halló postes de madera, en donde los sarracenos habían montado sus escudos, para crear una línea de parapetos.

El puente hacia el que se aproximaban había sido construido por los romanos —de quienes el capitán Alanqar dio cumplida información a Micaela—, pero los musulmanes lo habían rehecho en infinidad de ocasiones, cada vez que el todopoderoso Ebro luchaba por recuperar el terreno que le habían quitado.

Ante ellos se mostró esplendente *Bah al-Qantara*, la puerta del puente, tan alta que Micaela hubo de alzar la vista para contemplarla en toda su magnificencia. Fuese a propósito o de forma inconsciente, el capitán irguió el cuerpo al atravesarla.

Era ya noche cerrada cuando accedieron a la medina, intramuros: el corazón de Saraqusta.

4

—PIOJO, ¿SABES QUIÉN FUE PLINIO?

—No caigo, mi señor alguacil. ¿El panadero de Calahorra?

Raymundo Lacruz miró de reojo a su siervo fiel, contrahecho y tartamudo.

Se hallaba el carro detenido ante aquel río caudaloso e irregular, largo, muy largo; acaso el más largo de la cristiandad. En la parte de atrás todo lo observaba Alba, temerosa, acariciándose aquella barriga suya, enorme ya.

El señor Sombra se alejó por el camino, en dirección al molino que se vislumbraba desde lejos, acodado a la vera del Ebro milenario. Se trataba de una construcción antigua de las que abundaban en la península, apenas unas ruinas; hacía poco que alguien había reparado el techado, y, a pesar de que las piedras se hallaban comidas de enredaderas, la madera era buena y las palas empujaban el agua todavía.

Mientras ascendía por la vereda, el señor Sombra miraba en derredor, a la búsqueda de posibles amenazas. Como piezas tácticas de un ajedrez, situó el molino en su mente, allí, a tantos pasos. Aquí el río, a tantos otros. Al fondo, la vieja Saraqusta, poderosa y musulmana; cuanto más lejos mejor.

Había dejado atrás a la niña Alba, al alguacil Lacruz con Piojo. Aguardaban estos junto al carro. Lacruz se apoyaba para no caer, pues a

aquellas horas de la tarde-noche ya le flaqueaba la pierna mala.

Sintió mareos. De pronto, le invadió el miedo.

—Gayo Plinio Segundo —dijo tratando de contener el pánico— fue un historiador del tiempo de los romanos. Lo apodaban el Viejo. También él, en sus escritos, dijo haber visto nereidas, varadas en las costas de Finisterrae. El mar devolvía sus cuerpos muertos, llenos de escamas hasta en la parte en que eran humanas.

Al fondo, el señor Sombra había llegado ya a las puertas del molino. Tocó en la puerta y aguardó.

El agua se volvía allí más ruidosa, pasaba por debajo de la rueda, y a medida que circulaba, arrastraba los canjilones.

Lacruz esperaba también el resultado de la gestión del señor Sombra, pero seguía sin salir nadie a la puerta.

Un sudor frío le recorría la espalda; se aferró al carro, temiendo desplomarse como un cristal.

—¿Vos las habéis visto? —preguntó Piojo—. ¿Habéis visto a las nereidas?

—Verlas no, por desgracia. Pero a lo largo de mi vida he interrogado a muchos que sí las vieron.

Mientras Alba reacomodaba la postura en el interior del destartado carromato. Piojo rio como un chiquillo; le encantaban estas historias con que el alguacil Lacruz, tan listo y tan leído, amenizaba los largos viajes.

Raymundo Lacruz fue a desplomarse de pronto; y si no lo hizo fue porque lo sujetaron raudos los brazos de Piojo. El muchacho estaba alarmado.

—¡Mi señor, ¿qué os pasa?! ¡¿Otro ataque?!

Lacruz se aferró a su brazo. El contrahecho hizo que se apoyara contra el carro, allá donde asomaba Alba, que estaba deseando que al alguacil le diera un pasmo que lo mandara al infierno de cabeza.

El alguacil trató de sonreír y dijo, procurando calmar a su pupilo:

—Piojo, me castiga Dios por la vida pecadora que he llevado.

—Debería... veros un físico —balbuceó persignándose una vez y otra vez—. Un físico. No vaya a daros otro mal de esos vuestros.

Raymundo Lacruz detuvo la mano con la que el chico se persignaba, como quien corrige a un niño que anda hurgándose en la nariz.

Todavía hubo cierta dulzura en la voz del alguacil.

—¿Un físico? Me estoy muriendo, muchacho, eso lo sabe hasta el último diablo del infierno.

—¿Os estáis mu-mu-muriendo?

Piojo apartó la cara, desolado, y se dio golpes en la frente.

Sonrió el alguacil.

—No hagas eso. Escucha: se muere mi cuerpo, que no tiene solución. Y de haber sido un hombre piadoso confiaría en la salvación de mi alma, Piojo, pero...

Se detuvo. Suspiró.

—Veremos —dijo—. Veremos si finalmente Dios me abre las puertas del cielo. De momento no puedo confiar en eso; necesito salvarme aquí, en este mundo, ahora; no puedo arriesgarlo todo a la otra vida.

Se giró entonces hacia Alba, que había sido testigo mudo de este diálogo, y acaso adivinando lo que ella pensaba. Lacruz murmuró sin quitarle los ojos de encima:

—*Necesito* curar esta condenada enfermedad mía.

Allá ante el molino, se disponía el señor Sombra a echar la puerta abajo de una patada cuando gritó en el interior una voz femenina. Sombra detuvo su ataque; la puerta se abrió. Salieron al umbral un hombre y una mujer; él la apartaba a ella, para que no interviniese, y ella lloraba, implorando algo al señor Sombra. Cruzaron unas palabras; el hombre de negro permanecía impertérrito, machete en mano. Nada se oía desde donde estaban Lacruz y Piojo, pero se les veía discutir.

Al poco salió otro hombre, de pelo corto y rubio, apartando al primero y a la mujer. Habló con el señor Sombra, parecieron saludarse, se conocían de antes.

El hombre rubio comenzó a bajar por el camino. Traía con él una espada envainada al cinto. El señor Sombra le siguió, dejando atrás al molinero y a su esposa, que miraban preocupados desde la puerta.

—Desenvaina el puñal, Piojo —dijo el alguacil Lacruz con la voz grave.

PIOJO SE REVOLVIÓ, NERVIOSO; obedeció: brillaba el arma cuando salió de su funda.

El rubio llegó hasta ellos, se detuvo a pocas varas, sin apartar los ojos del puñal de Piojo. Bastó un centelleo para que se percatara también de la niña Alba, en la trasera del carro, y de su barriga prominente. No le pasó inadvertida la variedad de formas, tamaños y calidades humanas que integraban aquel extraño retablo.

Sombra quedó junto a él, inquieto por la presencia de la espada, y dispuesto a enfrentársele a pesar de que, no hacía tanto, habían luchado codo con codo.

Raymundo Lacruz hizo como pudo para erguirse; nadie podría decir que hace un momento había estado a punto de venirse abajo.

—Me alegra ver —dijo refiriéndose al recién llegado y al que había quedado en el molino— que estáis vivos los dos. Había oído que os ahogasteis donde las Muelas del Estola. ¿Cuál es tu nombre ahora?, dime.

—Miguel —respondió el rubio—. Llamadme así y ya está. Miguel Cirueña.

—Miguel Cirueña —repitió para sí el alguacil, recordando quizá los otros nombres con los que le había conocido.

Luego señaló a la campesina de ojazos negros que miraba desde la puerta, parapetada tras el molinero.

—Una hermosa pieza. ¿Tu mujer?

—La mujer de mi hermano. Se casaron hace unos meses. ¿Qué queréis?

Raymundo Lacruz ofreció el codo al fiel Piojo y este le ayudó a avanzar.

—Mi siervo —dijo presentándose—; fiel como un perro y tonto como un perro. Lo llaman Piojo, que es un nombre que él detesta. Cargo con él como una cruz que me haya impuesto el Creador, por no haber tenido hijos, pero he de sentirme agradecido: Piojo se ha convertido en mis piernas y mis manos. El día que su cabeza piense mejor que la mía, os doy a los tres permiso para cortármela.

Cuando el rubio vio renqueando a Lacruz, dijo:

—Bien cierto que os castigó Dios al fin, Raymundo, por vuestros muchos pecados.

Atrás amagó una sonrisa burlona el señor Sombra. También disfrutó de este pequeño correazo la niña Alba, agachando la cara.

El alguacil hizo caso omiso del comentario, y fue directo a separar el grano de la paja.

—Miguel *Ciruela*...

—Cirueña.

—Cirueña —se corrigió el alguacil inclinando levemente la cabeza—. Ando embarcado en una *misión*, otra vez. Quizás —añadió ladino— no quieras saber nada de ella, ahora que te has hecho molinero.

—El molino es de mi hermano. ¿Qué misión?

—Necesito hombres dispuestos a todo; se trata de guardarme las espaldas. Habrá que pelear, seguramente; rebanar algunos cuellos. Nada a lo que tú no estés ya acostumbrado.

—Hubiera preferido desacostumbrarme —respondió el joven rubio.

Y como si esto le importara un bledo, continuó Lacruz explicando su misión.

—Me dirijo hacia el norte, hasta una playa que llaman «de los hombres de piedra».

—¿La comunidad de mujeres? —preguntó el malencarado Miguel, burlón—. No seréis tan necio. No existe tal cosa.

A Lacruz no parecieron enfurecerle esas palabras, pero despuntó un relámpago en sus ojos, un brillo que duró un instante.

Y comentó atrás el señor Sombra:

—Ya le he dicho yo que eso son cuentos de viejas.

—A mí me gustan los cuentos —replicó Lacruz—. ¿A ti, Piojo?

—¡Mucho!

—¿Y a ti por qué no. Sombra? ¿Cómo es que no te gustan los cuentos?

—A mí, patrón —respondió el sicario—, me gusta lo que vos digáis.

Raymundo Lacruz se apoyó en el hombro de Piojo y dio un paso hacia Miguel.

—Mira, Piojo. Este que tienes aquí es el menor de los dos hermanos.

¿Comprendes? ¿Tú tienes hermanos. Piojo?

—No lo sé, mi señor alguacil.

—No importa —siguió hablando mirando al rubio, que trataba de permanecer firme—. Miguel nació después que su hermano, muy poco después, unos minutos; pero —y aquí le nació el amago de una sonrisa— eso lo convirtió en el hermano menor. Esos solos minutos de retraso en el parto lo relegaron a un papel secundario para el resto de su vida, hasta el punto de que, si el desgraciado de su padre hubiera tenido fortuna, habría sido su hermano mayor el que lo heredara todo. ¿Puedes imaginártelo. Piojo? Que, por unos miserables instantes de diferencia, tu opinión nunca prevalezca ante la de tu hermano, que tu palabra nunca cuente.

Consciente de que a su espalda vigilaba la sombra del alguacil, Miguel Cirueña inspiró un trago largo de aire para no saltar encima de su antiguo patrón.

Todavía no estaba satisfecho Lacruz, y avanzaba, despacito, sin dejar de hablar.

—Llegaron un día al viejo molino, para establecerse aquí y dejar atrás una vida llena de crímenes. El hermano mayor; su esposa, la bella campesina de ojos negros; y Miguel, que iba detrás, siempre detrás, como la cola de un asno comida por las moscas. Aquí han vivido un tiempo, Piojo, fíjate; el matrimonio en la parte alta del molino, ¿verdad, Miguel? Imagínatelo, muchacho, el hermano y su esposa durmiendo vientre contra vientre, y el segundón, el hermano menor, en la parte baja, cerca de la vieja rueda, solo y donde hay más humedad.

Miguel Cirueña, firme todavía, se aventuró a decir estas palabras:

—Tenéis demasiada imaginación.

—Ella —siguió el alguacil— colmaba de caricias a su esposo mientras Miguel observaba escondido entre los arbustos. ¿Te lo imaginas, Piojo? Aquí, en ese mismo molino, Miguel ha permanecido callado, viendo vivir a su hermano una vida que él envidiaba. Aquí les vio Miguel concebir el hijo que ella está esperando ahora.

Iba a reaccionar el rubio dándole un guantazo cuando Lacruz dio un paso hacia él. Pareciera imposible un movimiento tan rápido, aún en un hombre que no estuviera impedido, pero en cuestión de un parpadeo ya lo tenía

apuntándole a la garganta con un cuchillo que Cirueña nunca le vio sacar. En los ojos del alguacil brillaba el infierno; ojerosa representación de la muerte, de piel alabastrina. Tan cerca estaban uno del otro que Lacruz pudo contar las pecas de la nariz del rubio; y este oler el aroma que despedía Lacruz, a niño pequeño.

—¿Me has llamado necio? —murmuró el alguacil apretando los dientes.

Lacruz hizo una seña con los ojos a Alba, y, asomando al carro temerosa, la niña dijo:

—La playa de los hombres de piedra existe. La comunidad de mujeres existe. Yo estuve allí, fui una de ellas.

El alguacil apretó el cuchillo contra el gaznate hasta cortar la finísima primera capa de piel. Miguel creyó que si se movía para respirar le atravesaría hasta la nuca; contuvo el aliento.

—Vendrás —murmuró Lacruz con aquella voz pastosa— o no vendrás a la playa de los hombres de piedra, Miguel *Ciruela*. Pero nunca jamás, en tu reputísima vida, vuelvas a burlarte de mí o te sacaré la jodida garganta para tocar la flauta con ella.

Atrás se tapaba la boca Piojo, moviendo los hombros de risa. «*Ciruela*», decía por lo bajo.

El señor Sombra conocía a su patrón; le había visto cortar lenguas por menos. Pero no parecía muy acertado acabar matando allí a un hábil espadachín después de tan largo viaje y ante tan incierto camino. O la cosa se apaciguaba o iban a terminar chapoteando en sangre; y ya otras veces había tenido que aplacar las iras de Lacruz; iba en el sueldo.

—Patrón —dijo el guardaespaldas—. No digo yo que no hagáis lo que os salga del mismísimo, y que no solo le cortéis el cuello, sino que también le metáis un palo de escoba por el culo, pero...

—¡Qué! ¡Habla! Pero qué.

—Nos vendría bien otra espada.

Solo después de pensárselo dos veces pareció calmarse Lacruz, y se fue acallando la lumbre que le crepitaba en las pupilas.

Retiró poco a poco el cuchillo, y Miguel Cirueña dio al fin un paso atrás, con la mano en la garganta.

—*Multa narrantur* —farfulló Lacruz— *atrociora quam sint*.

Todavía tardó Miguel un momento en recuperar el resuello, le temblaba todo el cuerpo tras la terrible tensión.

Lacruz envainó el cuchillo en la funda que escondía en los riñones y se atusó la capa, el pelo que no tenía; estiró la barbilla para recomponerse.

Luego, le dijo al menor de los hermanos:

—Cuando acabe con esta misión te pagaré tal cantidad de oro que podrás comprarle a tu hermano no solo el molino, sino también la mujer y los bastardos que hayan tenido mientras.

Sonrió, buscando tender un puente amable; aquella sonrisa era una espina.

—¿Y bien? —dijo el alguacil—. ¿Nos acompañarás?

Miguel Cirueña miró hacia el molino, donde su hermano y la esposa observaban preocupados la escena. El hermano mayor la abrazó, la atrajo hacia sí y juntos entraron en el molino. Cerraron la puerta dejándolo fuera.

Esa fue la última vez en su vida que Miguel la vio.

No hubo reacción en el rostro de Miguel Cirueña, solo el semblante duro de quien no tiene nada que perder, ni clavo ardiendo en donde agarrarse. Fue tan grande el desgarrón que sintió en su pecho, tan inmenso el vacío por dejar allí al amor de su vida, que tuvo que hacer esfuerzos por contener las lágrimas.

—Contad conmigo —dijo mirando hacia la puerta cerrada.

—Supongo —respondió Lacruz dándose la vuelta— que es mejor el cretino de los dos hermanos que ninguno. Coge tus cosas.

Miguel enfundó su espada al cinto.

—*Estas* son mis cosas.

El señor Sombra le apartó a Miguel el polvo de los hombros, y este murmuró:

—Gracias por la ayuda. ¿«Meterme un palo de escoba por el culo»?

El amigo Sombra rio entre dientes.

—Bienvenido. Me alegra que estemos juntos en la batalla, de nuevo.

EL REPIQUETEO DE LOS CASCOS DEL CABALLO extendía su eco en el silencio de Saraqusta.

Las calles de la medina resultaron mucho más anchas que las de la ciudad exterior. A aquella hora las gentes iban ya retirándose, y a Micaela, agotada del exceso de estímulos, le tranquilizó encontrar esta calma en las callejuelas.

Cuando los musulmanes recogieron Cesaraugusta y otras ciudades romanas de manos de los godos, de los edificios emblemáticos apenas quedaban ruinas; habían sido expoliados como canteras por los aldeanos. De qué mejor sitio sino de allí, para tomar las piedras con que construir sus caseríos. Así, a su libre elección, pudieron los árabes instaurar su forma de entender la arquitectura: construyéndolo casi todo a partir de un mundo en cenizas.

Como el niño ilusionado con la visita de un extranjero, el capitán Alanqar iba contando a Micaela las maravillas de aquella estructura, de aquella casa y aquel arco. Los oficios se repartían por calles y hasta por barrios; fabricantes de material de labranza y herreros siempre cerca de las puertas de la ciudad; curtidores y alfareros cerca del agua; y no era raro que en alguno de esos distritos hubiera más de un zoco.

El apagado rumor de conversaciones, al pasar bajo alguna ventana, bañaba la calle en una suerte de intimidad. De algunos patios invisibles, ensordecidos por la distancia, llegaban sonos de laúd.

Tropezaron con la guardia nocturna, que, a su paso, iba encendiendo antorchas cada tantos metros, a fin de mantener las calles iluminadas.

A Micaela, la oscuridad, rota aquí y allá por el palpitar de las luces, le pareció por primera vez cálida. Dentro de las casas temblaban las llamitas de velas y lámparas de aceite. Le dio pena recordar las noches de las casas cristianas, tan oscuras: ningún campesino de la Marca se hubiese permitido semejante dispendio.

En la medina, el centro de la ciudad, se proyectaba la construcción de varios palacios nuevos. Presidía la mezquita, la más antigua del Al-Ándalus, cuyo *mihrab* era famoso en todo el orbe. La ambición secreta de Saraqusta era

convertirse en una nueva Córdoba, ahora que los tiempos gloriosos del califato habían terminado y este moría descompuesto en poderosas familias, atrincheradas en pequeños reinos de taifas: Ishbiliya, Balénsiyah, Saraqusta, cuyos nombres cristianos serían años más tarde Sevilla, Valencia, Zaragoza. Todos guerreaban contra todos. A veces abiertamente, con sangre y espadas; pero era otra la guerra definitiva, más sutil, y se libraba pagando su peso en oro a los mejores poetas, constructores, astrónomos, matemáticos, geómetras y calígrafos.

A todo asistía embobada Micaela, acostumbrada a moverse en un mundo de escombros. A lo largo de su infancia, su ambiente fueron las ruinas, apenas había visto otra cosa que restos, restos, restos; vestigios de civilizaciones desaparecidas mucho antes de que ella llegara al mundo. Saraqusta, sin embargo, representaba el hoy, el presente en todo su esplendor. Cada detalle de la ciudad parecía a punto de florecer, lleno de promesas: no había ruinas en el futuro de aquellas casas, de esa calle, del zoco, sino una casa más grande, si acaso, calles más amplias, mercados más prósperos.

Para Micaela era todo mágico, irreal; tan embriagador que ni siquiera le importaba acabar en la prisión de Saraqusta.

—¿Dónde encierran a los prisioneros aquí? —preguntó al jinete.

—En la torre.

Allí se la advertía, si uno miraba por encima de los tejados: la torre de Saraqusta, bastión negro, motivo de temor para cualquiera que hubiera quebrantado la ley. Era un mamotreto, anclado a los gruesos muros de la muralla como una mariposa que no pudiese escapar.

—La construyó Muhammad el Tuerto, el primero de los tuyibíes, para acongojar el corazón de sus enemigos.

Una esperanza burbujeaba en el corazón de Micaela: creía a pie juntillas que sería fácil rescatar a Juana de la torre, y salir victoriosa. Fácil, rápido, cómodo. Amoldaba así la realidad a sus deseos, como los niños. Ya se encargaría la vida, con toda su crudeza, de hacerle ver lo equivocada que estaba.

—HEMOS LLEGADO —dijo él deteniendo el caballo.

Se encontraban ante una casa de dos plantas, mucho más grande que las de alrededor, bajas y de adobe.

Alanqar bajó del caballo. Los soldados del capitán habían avisado de la llegada del amo, y del zaguán de entrada salieron dos siervos a recibirles. Uno de ellos ofreció su mano a Micaela para ayudarla a descender de la grupa, pero fue Alanqar en persona quien, tomándola de la cintura, la ayudó a bajar del caballo.

—Ven. Baja.

—¿Esto es la prisión? —preguntó ella, confusa.

—Vaélico —respondió él, riéndose—, sé bienvenida a mi casa.

Hizo ademán de invitarla a entrar, pero ella quedó parada en el sitio. Alanqar la miró a los ojos y leyó sus dudas.

—Te preguntas si puedes confiar en Khamal ben Hud Alanqar.

—¿Puedo? —respondió ella.

Él sonrió muy tranquilo. Y esa vez, como tantas otras veces cruciales en su vida, Micaela decidió seguir el juicio del corazón.

—Confiaré de momento, capitán.

—Khamal —respondió él—. Khamal es mi nombre. No capitán, ni Alanqar, ni Siad; no esta noche. Khamal.

El exterior de la casa, de paredes encaladas, tenía un aire sobrio y hasta humilde, pero en cuanto traspasaron la puerta y entraron al zaguán, a Micaela le pareció haber cruzado a otro mundo. Vino a recibirles un patio; en él, centrada, había una pequeña fuente octogonal, rodeada de fragantes árboles.

Acostumbrada a su choza del bosque, Micaela miró en derredor, admirada.

—Qué cantidad de habitaciones...

—No es gran cosa; caballerizas, horno para el pan, despensa, las habitaciones de los siervos... Lo imprescindible.

—¡Lo imprescindible!

Micaela elevó los ojos hacia la segunda planta; arriba se hallaban las

estancias de la familia.

No es que nada llamase la atención por suntuoso, pero a los ojos de Micaela era todo como salido de un sueño. La forma de la fuente —que inscribía un círculo en un cuadrado—, las pequeñas losetas gastadas por el limo, el equilibrio entre plantas de frutos y de hoja, las celosías de las lámparas; cada adorno parecía haber pasado un exigente filtro. Micaela tuvo la sensación de que hasta el rumor del agua había sido elegido con cuidado. Y si había hojas caídas sobre los azulejos se debía a que también la imperfección era necesaria.

—Todo está en su sitio —dijo cautivada, sin querer.

Sonrió Khamal y añadió, apoyándose en una columna:

—Hasta lo que no lo está. Cada uno construye su jardín tal como imagina que será el paraíso. «Allah es bello y ama la Belleza».

Al decir estas palabras, se quedó mirándola con tal descaro que hizo ruborizar a Micaela.

Una silueta salió del patio de columnas y se acercó hasta ellos.

—Khamal, *As-salāmu ‘alaykum*.

Se trataba de una mujer de ojos azules, Micaela nunca los había visto tan pálidos, y de pálida piel también. Micaela sabía por su padre que, en el norte, abundaban estas pieles blancas, pero no había imaginado que relucieran así. Llevaba el pelo recogido, y también rubio; esto último le sorprendió: no solía ver gentes de pelo tan claro como el suyo. Un lunar muy negro resaltaba en el cuello, albo y espigado.

La mujer salía a su encuentro con una bandeja.

—Aisa —respondió el capitán—. *Wa-‘alaykumu s-salām*. Micaela, esta es Aisa, mi sierva más fiel, la luz que guía mi camino de vuelta al hogar. Mi padre la capturó en los mares del norte; lleva en casa desde que yo era niño, fue ella quien me crio.

Sonrió Micaela, y la mujer la saludó haciendo que se alegraran sus ojos pálidos. Llevaba una *jubba*, una túnica color teja de tejido humilde; la única concesión al adorno era un discreto bordado en las mangas. Esto y un pañuelo en el cabello le daba aspecto de venerable matrona; era claro que buscaba ocultar su belleza.

—Aisa, ella es Micaela —dijo Khamal riendo—, pero la puedes llamar

Vaélico.

—Micaela está bien —zanjó ella, turbada.

Khamal tomó su mano.

—Esta noche es mi invitada, Aisa, y debemos cumplir todos sus caprichos. Mañana, si Allah no lo remedia —añadió con un guiño—, será mi prisionera.

La llamada Aisa era una mujer altísima, más que Alanqar y ya es decir. Parecía moverse sin esfuerzo, todo en ella era grácil, de una elegancia tal que cuando caminaba se diría que flotaba.

—Mañana, amo —replicó sonriendo, con la confianza que le otorgaban los años—, si Allah no lo remedia, es muy posible que seas *tú* su prisionero.

Palabras que, de nuevo, ruborizaron a la invitada, para regocijo de los otros dos.

Aisa cambió el tono y se dirigió a Micaela adoptando el lenguaje de respeto de una anfitriona:

—*As-salāmu 'alaykum*, Mikayila, que la paz sea contigo.

Dijo Khamal:

—Tienes pinta de haber pasado hambre, criatura.

Y, a un gesto suyo, Aisa le ofreció a Micaela la bandeja, con leche y dátiles, símbolos corteses de que era bienvenida. Micaela consultó con el capitán, que la miraba divertido, y no pudiendo creer todavía que aquellas bendiciones existiesen sobre la tierra y le fuesen ofrecidas, preguntó:

—¿Para mí?

Khamal asintió, encantado.

—Claro.

Micaela tomó un dátil con dos dedos, casi temblando.

En su mente relampagueó un torbellino de imágenes: su padre tendido sobre la fría agua, entre viejos reyes godos; el lobo mirando la grieta; la cabecita de Santa Justa botando en la caja y Veremundo cargándola a sus espaldas como el más pesado de los deberes; Raspa bebiendo el aguardiente infecto, soñando con rendir la vida al fin, y mirando el horizonte salpicado de sillares de acueducto; Banzo con la estúpida flecha atravesando su cabeza y una sonrisa en los labios. Qué bien sonaba su nombre, pensó Micaela, en el idioma de los musulmanes: Mikayila. Qué hermoso era todo. Tanto le ahogaban el pecho todas estas cosas, buscando salir, que al fin rompieron en

forma de llanto.

Khamal se alarmó.

—¡Micaela!

—¿Efe hecho algo malo? —preguntó Aisa, consternada—, ¿te he ofendido de alguna manera?

Micaela negó varias veces, pero lloraba y lloraba, sus ojos eran una fuente abierta. Hipaba como una niña pequeña, tratando de explicarse, hasta que, por fin, se fue apaciguando el llanto y, sujetando un dátil, murmuró:

—¡Gracias!

Rio Khamal, más aliviado.

—Ah, pero no seas tonta. Trae, sécate esas lágrimas, no debes dejarte llevar por la tristeza. ¿Verdad, Aisa?

—Claro que no, muchacha —respondió la sierva—. Alegre, Mikayila. Siempre alegre.

Micaela amagó una sonrisa.

—No es tristeza, sino todo lo contrario.

—¿Se te ha pasado?

—Sí.

Desesperada del hambre, se abalanzó sobre la bandeja con tanto ahínco que casi se bebió los dátiles y se comió la leche. Y aún se habría zampado otra bandeja, si se la hubieran traído.

Aisa y Khamal reían de buena gana.

Algo desvió la mirada del capitán Alanqar, y su rostro se volvió de cera.

—¿Otra vez? —preguntó a la esclava.

Aisa asintió, mirando en dirección a las caballerizas. Allí, en una pared de piedra, alguien había grabado un signo que Micaela no supo identificar. Recordaba a un pez esquemático.



El capitán pareció disgustado.

—Ordena que lo borren de inmediato. Este asunto ha durado demasiado. Si no encuentras tú al culpable, Aisa, tendré que ocuparme yo en persona.

—Volveré a interrogarlos a todos, amo.

Alanqar se volvió hacia Micaela, señalando el pez en la pared.

—Es un símbolo cristiano. Aquí, en mi propia casa, me traiciona alguno de mis esclavos, que se ha convertido al cristianismo.

Enseguida se le pasó el enfado. Fue verla comiendo a dos carrillos y le volvió la alegría a la cara.

—Hambre atrasada de siglos, desde luego. Toma. Bébete la leche, necesitas líquidos.

Con la boca llena de dátiles, Micaela se bebió el vaso sin respirar, hasta apurarlo.

—¿Está rico? Dinos, ¿te gusta?

—Sabe regular —respondió Micaela.

—¿Regular?

—Asqueroso.

Khamal ben Hud Alanqar soltó una carcajada y la esclava Aisa reprimió una sonrisa. Micaela resultaba un soplo de aire fresco; muy placentero, escuchar risas de nuevo entre aquellas paredes.

8

AL FONDO Y SOBREVOLADA POR UNA BANDADA DE PÁJAROS, PARECÍA ESPERARLES LA COLINA; despuntaban sobre ella cinco postes en el atardecer, de tan buena altura como altos árboles.

—¿Para qué sirven esos postes? —preguntó Piojo.

Nadie en la comitiva le respondió; iba cada uno ensimismado en sus cosas, sombríos; anticipando quizá los avatares que aguardaban.

Desde el pescante, se dirigió a Miguel Cirueña el alguacil.

—Cuando llegemos a la playa, lo más importante será vigilar a la Negra.

Nada respondió el hombre rubio, montado sobre su caballo. Él y el señor Sombra iban flanqueando el carro; sin hablarse, a pesar de que podían haber compartido muchos de los recuerdos que les unían, cuando uno y otro servían a los mismos señores. El poco tiempo que llevaban sin verse había cambiado los olores de uno y de otro; estos dos perros ya no se reconocían.

Lacruz parecía nervioso; hablaba para sí, y repetía:

—La Negra es la más peligrosa; maldita sea mil veces. La Negra Genoveva.

Al paso lento de los caballos, al lento avance del carromato, iban acercándose a la colina. Aquellos postes misteriosos parecían cada vez más altos.

Fue muy comentado, en tiempos, el juicio en el que el alguacil Lacruz hizo pasar tormento a Genoveva la Negra; y no menos celebrada fue la posterior huida de la mujer. Eran ya muchos los años que Raymundo Lacruz llevaba persiguiéndola, preguntando por ella aquí y allá; se había gastado buenos dineros pagando a informantes, a cambio de una buena pista. Capturarla a ella, sin embargo, no era lo que más le interesaba, sino dar con el endiablado basilisco.

—Esos postes —insistió el Piojo escrutando la lejanía—, ¿qué son?

Absorto, Lacruz pensaba en las alas de dragón del basilisco, en las plumas de su torso, en el pico apuntando a los ojos de sus víctimas.

—Fue ella, al parecer —musitó de pronto—. La Negra; alimentándolo de su propio seno. Fue ella la que crio al engendro.

Siendo niño, allá en las montañas de su tierra asturiana, contaban que tenía cola de serpiente; el cuerpo, de gallina, estaba cubierto de escamas negras y amarillas, que avisaban de su peligro. «Si lo miras a los ojos —le decía siempre el fraile— te quedarás allí para siempre, transformado en una pura roca». En su afán por saberlo todo sobre este enemigo terrible, Lacruz había leído a los autores antiguos: su tan querido Plinio contaba que esta criatura

infame nacía cuando el huevo era incubado entre el estiércol por un sapo.

El Piojo detuvo el carro, de sopetón; en la parte de atrás, se agarró a las maderas la niña Alba.

Elevaron todos la vista, sobrecogidos. Habían llegado a la base de la colina.

Arriba, en aquellos cinco postes enormes clavados en la roca, que se erguían hacia el cielo, se había empalado a cinco desgraciados. Así aparecían sus cuerpos: desnudos, exhibidos para dar ejemplo a la plebe. Las puntas habían penetrado por sus anos hasta desgarrarlos y, después de abrirse paso en sus entrañas, de abajo arriba, salían por la boca. Ya no tenían ojos los ajusticiados; se los habían comido los cuervos.

Encogida en la trasera del carromato, la niña Alba quedó boquiabierta.

—¿Qué venimos a hacer aquí? ¿Habéis perdido todos la cabeza?

Allá se divisaba la ciudad blanca, al fondo; superada la colina donde se llevaban a cabo las ejecuciones.

—Dejadme ir, por favor —suplicó echándose a llorar—. Yo no quiero ir a Saraqusta. Os lo pido por lo que más queráis, os lo ruego; ¡no me hagáis entrar ahí!

Agarró a Lacruz por la manga de la camisola.

—Os dibujaré un mapa para llegar a la playa, os daré explicaciones y detalles para que no podáis perderos.

Lacruz tiró para quitársela de encima.

—Suelta, coño.

No tenía ninguna intención de entrar en la ciudad, pero un secreto deleite hizo que reservara esta información, y no se lo dijo a la niña.

—¡Por Dios misericordioso —lloraba ella, a gritos—, tened compasión de mí, estoy a punto de parir; no me hagáis acompañaros!

—¡Que me sueltes he dicho, carajo!

Fue tan desafortunado el empujón que Alba se cayó desde lo alto del carro, a peso contra el duro suelo de piedra. Piojo se puso en pie, alarmado, y Miguel Cirueña saltó del caballo. Ya daban por perdido al bebé.

Alba llevaba en la cara la expresión de las ovejas que son conducidas al degüello; todavía no había reparado en que se hallaba en el suelo. Trató de incorporarse, dolorida, con los dientes repiqueteando. Fue porque había caído

de costado que no acabó reventada allí mismo.

—Eres un hombre malvado —dijo mirando a Lacruz, llorosa—. Malvado y cruel. Te vas a quemar en el infierno.

Había ido anocheciendo mientras se acercaban a la colina y el mundo estaba a punto de ser una tiniebla. Brillaban los ojos de Lacruz en la penumbra iluminada por la luna llena, cuando se incorporó despacio, despacio, en el pescante.

Viendo Miguel Cirueña aquellas dos lumbres, se adelantó hasta ponerse delante de la niña.

—Mi señor alguacil, ¿pensáis de verdad entrar en la ciudad blanca?

—Ni por todo el jodido oro del mundo —respondió Lacruz, desabrido; mirando todavía a la pequeña—. Pasaremos aquí la noche —dijo—; ahí mismo, junto al río, mientras Piojo y tú, *Ciruela*, entráis en Saraqusta.

Solo esto pareció tranquilizar a Alba. Se acariciaba el costado, molida toda ella a causa de la caída, y sollozaba.

Preguntó sombrío Miguel:

—¿Para qué nos mandáis, pues? ¿Qué tenemos que hacer allí?

Raymundo Lacruz llevó la vista hacia más allá de los cinco postes, donde se recortaba la silueta de la ciudad.

—Necesito un veneno; un veneno entre los venenos, capaz de enmendarle la plana a Dios; capaz de arrebatarse hasta el último jodido hálito de vida al basilisco. Encontrad a Juana la Pelleja.

Al escuchar este nombre, Miguel Cirueña palideció.

9

LA MADERA DE LOS TECHOS ESTABA TAN RICAMENTE LABRADA que a

Micaela le despertaban mareos solo de mirar.

—Está caliente —dijo entrando en la alberca—. Nunca me había dado un baño.

Aisa se escandalizó, muy divertida.

—¿Nunca?! No te creo.

—Así no, desde luego. Solo en el río, o con agua de lluvia.

De la alberca llena de agua se elevaban volutas de vapor que olían a densos perfumes. Estaban en una habitación de techo bajo; en vez de ventanas tenía pequeños lucernarios con forma hexagonal.

Aisa recogía del suelo el jubón astroso que Micaela acababa de quitarse, las calzas ennegrecidas.

—Desde niño, al capitán le gustaron los ingenios mecánicos —dijo señalando las tuberías y el horno que daban calor a la piscina—. Son ingenios heredados de los romanos, pero el propio capitán los mejoró con algunos trucos de su cosecha. Ponía muy nerviosos a sus tutores —recordó entre risas—, pues rehuía de la poesía y la música, pero le fascinaban la geometría y las matemáticas, cualquier cosa relacionada con la ingeniería.

—Aisa, ¿qué vas a hacer con mi ropa?

—Quemarla —rio la esclava—. Querida, no quiero hacerte llorar más, pero he de confesarte que huelen a... En el nombre de Allah, ¿huelen a vaca?

Micaela le dejó hacer: que la quemara, no importaba, era todo maravilloso, tan bonito...

A medida que iba metiéndose en el agua vaporosa, notó que su cuerpo se fundía con el amable calor; escuchaba el susurro de cada uno de sus músculos agradecidos. Se puso de rodillas en la piscina termal; el agua le llegaba al pecho, ondulando sobre su cuerpo desnudo. ¿Cómo es que los cristianos se habían sustraído a este placer del agua caliente? Al contacto de aquel bálsamo creyó imposible haber vivido sin semejante maravilla; su mundo le pareció a Micaela más pequeño que nunca. Ensimismada en todo cuanto la rodeaba, chapoteaba como una cría.

Aisa se acercó con una bandeja. Traía en ella botellitas de perfume, esparto y esponja, una extraña piedra negra, porosa.

—Acércate aquí al borde, por favor —le dijo Aisa, y se colocó a su espalda—. Voy a enseñarte varios rituales que realizan las mujeres del Al-

Ándalus.

Cuando frotó con esparto y piedra pómez la piel de Micaela, la suciedad de tantos días, de tantos años, se fue deshaciendo en un polvo añejo.

La voz de Aisa parecía haberse convertido en un vapor, también.

—Cuando te bañas con agua caliente —dijo— se marcha no solo la suciedad, sino toda la tristeza, porque es en la piel donde la vamos acumulando. Y es por esto que envejecemos.

Preguntó Micaela agachando la cara:

—Aisa, ¿encuentras mucha tristeza... ahí?

—Mucha. Pero ya estoy librándote de ella.

Aquel día no acababan las maravillas. Aisa recorrió su espalda con aquella piedra que apenas pesaba. Nunca una piel se vio regalada con tanta suavidad como la de aquellas manos, tan diferentes a las agrietadas manos de Micaela. Se iban, era cierto, las tristezas diluyéndose en el agua; incluso algunas que Micaela ni sabía que tenía.

Entrecerró los ojos. Terminaba al fin por creer que le había tocado en suerte una noche en el paraíso de Allah.

Tras unos momentos de silencio, dijo al fin la esclava, pudorosa:

—Mikayila.

—¿Sí?

—Nunca había conocido a nadie como tú. ¿Eres una mujer soldado?

—¿Yo? ¿Lo dices por mi pelo?

—Por tu pelo —respondió la esclava—, y por tus maneras.

—No, Aisa; peleo porque me he visto obligada, pero no soy ningún guerrero.

La mujer recogió un poco de agua en la palma de la mano y acarició con ella la cabeza de Micaela.

—Fui capturada siendo niña —dijo—, apenas recuerdo nada de mi hogar; unas montañas blancas, el frío... ¿Querrás...?

—Sí, dime, Aisa, pregúntame lo que quieras.

—¿Querrás contarme... cómo es el mundo, ahí fuera?

Enrojeció Micaela, incapaz de expresarle que ella, entre todas las personas, era de las que menos mundo había visto.

—Con mucho gusto te contaré, Aisa, aunque me da miedo decepcionarte.

También yo he vivido casi toda mi vida un poco enclaustrada.

Micaela se encontró hablándole de algunos recuerdos íntimos de su vida en el claro del bosque, del oso Lucifer, de Mathías y sus nueve dedos; de bandidos y de frailes; de su peregrinar por Tierras Muertas hacia la playa de los hombres de piedra, donde ponía tantas esperanzas.

Descubrió que, al decirlas en alto, algunas ideas tomaban nueva claridad. A la vez que mencionaba la playa se preguntó también por qué deseaba ir allí, y si era solo por un sueño que Mathías le había dibujado al final del camino.

Halló una respuesta en la voz de Aisa, que, al oír hablar de aquel lugar, brilló al compás de sus ojos.

—Ah, la playa de los hombres de piedra —murmuró para sí la esclava, paladeando aquellas palabras, que se le hicieron tan dulces—. He oído a otros esclavos hablar de ese sitio. Es una comunidad de mujeres libres.

—¿Mujeres libres?

—Mujeres que fueron perseguidas, Mikayila, o que por cualquier razón prefirieron escapar del mundo. Ningún mercenario u hombre de guerra es bienvenido en esa playa, ¿sabes? El sitio está vedado a aquellos que tienen las manos manchadas de sangre, y se cuenta que si uno de ellos pone los pies allí acaba convertido en piedra.

Micaela creyó estar soñando. Le llegaba la voz de Aisa como a través de una gasa.

—¿En piedra? ¿Cómo es posible eso?

—Las mujeres de esa playa, según dicen, cuentan con un guardián, una criatura ancestral que llaman el basilisco, que es capaz de convertir a los hombres en piedra con su sola mirada.

En cuanto a las mujeres, señaló Aisa que ya habían sido recubiertas en una costra de pesada piedra, que, presas de las paredes del hogar, apenas las dejaba moverse. Árabes, judías, cristianas... Si en algo coincidían las tres religiones del Libro era en tenerlas atadas en corto:

—Ir a los baños o al mercado significa la única posibilidad de salir de casa.

Y siempre bajo estrecha vigilancia, culpables de antemano de mil pecados, pues aún las más sumisas tenían la mancha de Eva y eran amigas de la serpiente. Concilios cristianos, amonestaciones de rabinos y sentencias del

Islam habían ido tejiendo redes de leyes que apartaban a la mujer de la vida pública. Como si una extraordinaria conspiración hubiese ido forjando un acuerdo más allá de las disensiones sobre la divinidad.

—¿No lo sabes, Mikayila? Los hombres prohibieron el matrimonio de los sacerdotes, consintieron el repudio de aquellas que no pudiesen darles hijos, permitieron la corrección de las desobedientes a zurriagazos.

Aquella costra de piedra valía su peso en oro. Las leyes de las tres culturas, menudo asombro, coincidieron: despojarían a las mujeres de la gestión de su herencia o de cualquier otro patrimonio.

—Nos impidieron acceder al dinero, Mikayila. ¿Pero es que no lo sabes? Toda nuestra riqueza debe pasar siempre por manos del marido, del padre, del hermano. Nada de dineros propios o habitación propia. De esta forma, hayamos nacido nobles o campesinas, libres o esclavas, una amenaza se cierne sobre todas, a nuestro pesar: fuera del redil de los hombres nos espera la miseria.

Ocuparan el lugar que ocuparan y contasen con las armas que contasen, era difícil ser mujer. Alguien, ya fuera Dios o Allah, les había colocado en este mundo sobre una barquichuela; las mujeres se veían obligadas a remar siempre a la contra.

—A veces, ¿verdad? —murmuró Aisa—, el viento sopla tan fuerte que una solo quiere rendirse a la tentación de dejarse hundir. ¿Existirá de verdad, Mikayila?, ¿una tierra de mujeres libres?

Ambas callaron, pensativas.

Advirtió Micaela que, en una de las paredes del fondo, se había corregido el labrado de otro símbolo clandestino; el resultado era desigual, todavía podía apreciarse la forma del pez cristiano, a pesar del cuidado con que se había rellenado el surco. Allá donde uno quisiera buscar, la casa entera presentaba, corregidas, estas pequeñas muestras de rebeldía: tras una cortina, bajo la mesa... Como si una infestación de ratoncitos se hubiera adueñado de ciertos rincones para dejar recuerdo de su secreta presencia.

—Aisa —dijo al poco Micaela—, ¿te suena el nombre de una mujer que llaman la Pelleja?, ¿la de los mil venenos? El capitán me dijo que quizá tú podrías contarme más acerca de ella.

—Oh, sí, hablas de Juana, la perfumista. Una mujer peligrosa; aquí son

muy temidos sus venenos: tiene comprados a la mitad de los esclavos de Saraqusta y a través de ellos ha envenenado a mucha gente para conseguir sus propósitos. Ni sé la cantidad de veces que ha intentado pagarme para que envenene a Khamal.

—Según escuché —añadió Micaela—, esta Pelleja tiene o ha tenido trato con el alguacil mayor de Burgos, un tal Raimundo Lacruz, ¿te dice algo el nombre?

—No el nombre, pero me consta que el alguacil de Burgos es muy odiado, su fama de hombre cruel le precede.

Micaela quedó callada un instante. Trataba de averiguar qué relación pudiera tener la tal Juana con el alguacil Lacruz, pero ese camino le estaba vedado todavía.

—¿Crees —preguntó a la esclava— que Juana conocerá el paradero de la playa de los hombres de piedra?

—Ese es un secreto muy buscado, Mikayila, no conozco a nadie que sepa dónde se encuentra la playa. ¿Por qué quieres ir hasta allí? ¿Quieres unirte a esa comunidad de mujeres libres?

—Puede que lo haga —respondió Micaela—, pero tengo una razón mejor: es posible que en la playa de los hombres de piedra se encuentre mi madre.

Cerró los ojos dejándose hipnotizar por las llamas de las velas, respirando el tenue olor cítrico del perfume en cera que Aisa le tendía.

De niña, echada en su catre allá en la cabaña del claro, Micaela se dejaba envolver en esa misma bruma de ensueños que ahora la calentaba; en el duermevela, las viejas piedras de la ermita le susurraban lugares misteriosos que no había visitado nunca. Quizá los caballeros y monjes que dormían allí, bajo la tierra, luchaban por recordar esos ambientes de su vida pasada, aprovechando el paso de Micaela por el tenue mundo situado entre la tierra y el espíritu. Unas veces eran anchos bosques, de árboles viejos y retorcidos que morían en una playa de arena blanca; otras, visitaba en sueños una enorme extensión de agua, de un azul oscuro y tenaz, bajo la que Micaela se hundía sin angustia, mecida por una penumbra acariciadora.

Se respiraba en esos lugares el aroma de la aventura, de la batalla y el sudor; de la tierra ensangrentada; tierras lejanas hacia donde habían tenido que cabalgar aquellos caballeros y héroes: infanzones despojados de herencia,

hijos bastardos sin apellido que defender, hombres que habían dejado atrás toda raíz. «Este es tu mundo, Micaela —le susurraban a la vista de aquellos desiertos y montañas—. Eres de los nuestros, y te llamamos a que cabalgues con nosotros a través del más solitario de los caminos: el de los héroes». Sola; siempre sola, pero, ah, mecida en los brazos de la gloria.

Micaela rechazaba con ardor esa soledad. En sus sueños, una sola cosa siempre se repetía: una mano cálida que le peinaba el pelo, que le hacía trenzas. La mano de su madre.

No era fácil haber crecido sin ella. Siempre que tenía ocasión, Micaela espiaba a las mujeres campesinas que andaban por esos caminos cargando al rorro, infatigables. Le fascinaba la expresión de ellas cuando miraban a su pequeño; el arrobo en los ojos, el consuelo presto en los labios, y la seguridad con que la manita de los niños se aferraba a la de sus madres, confiando en que todo estaba bien en el mundo. No anhelaba aventuras; o no solo. No lugares exóticos ni peligros, o no solo; sino, por encima de todo, la mano de su madre.

—A veces —dijo Aisa en un suspiro—, creo que nosotras, las mujeres, no probamos más dulce que ese, en este mundo: nuestras madres. Lo que yo daría por volver a encontrarme con la mía. Cómo te entiendo.

No quiso ponerse triste y se esforzó por sonreír de nuevo.

—Si lo que cuentan de esa comunidad de mujeres es verdad, Mikayila, esa playa parece un buen lugar para ti. El mejor de los lugares.

Sorprendía el entusiasmo de su voz, cualquiera diría que Aisa hablaba también para sí misma.

Micaela se dio la vuelta y contempló aquellos ojos azules, tan pálidos; la blanca piel.

Tomó la mano de Aisa y, estremecida por el descubrimiento que acababa de hacer, Micaela murmuró:

—Nunca, en toda mi vida, había tenido una amiga.

AL CONTEMPLARLA, KHAMAL SE PUSO EN PIE.

No hacía mucho había visto llorar a Micaela; ahora, sin embargo se mostraba ante él sonriendo esplendente.

La cubría una túnica del color del lapislázuli, recamada con pequeños bordados en oro, que describían letras cúficas —moda que había impuesto entre las clases más altas la famosa Wallada de Córdoba—. Micaela se había negado a aceptar joya alguna, pero, ante la insistencia de Aisa, accedió a llevar una fina diadema azulada, que resaltaba sobre su pelo claro. La esclava había pintado algunos adornos en sus brazos, con alheña roja y esmerando cada detalle. Todo estaba en su sitio. Dios es bello y ama la Belleza.

—*¿Pertenece al mundo de los ángeles o al de los hombres? Dímelo* —dijo el capitán evocando un poema—. Por Rabi'a al-Adawiyya, estás impresionante, Micaela. Déjame que te vea.

Tomó su mano y ella se ruborizó. Metida en aquel vestido, no sabía cómo colocar los brazos. Se sentía disfrazada, como si no fuese ella misma; esto, sin embargo, le resultaba divertido.

—Mi cuerpo —dijo— nunca había vestido algo tan... *vivo*.

Respiraba aquella seda, en efecto, buscando envolver su piel.

—Esta tela, Micaela, es lo que paga estas paredes y el resto de mis vicios. El hilo lo echa un gusano blanco, que llamamos *duz al-qazz*. ¿Tienes frío? He pensado que te gustaría cenar aquí.

En la azotea soplaba una brisa ligera. Desde allí se veía toda la ciudad. Aún reverberaban algunas luces dispersas y pálidas, y, más lejos, en el río, se reflejaban sobre el agua las lámparas de los pescadores nocturnos.

—No tengo frío, todo es muy bonito.

Quedaron callados un instante, mirándose sin saber qué decir. El aire estaba cargado de perfume; las flores se enviaban mensajes, unas a otras, aprovechando la brisa nocturna. Micaela sintió cómo el vello de su piel se erizaba con tales mensajes: despertaban en ella añoranzas que desconocía. Notó que la piel de Khamal también los recibía.

Khamal trató de refugiarse en las pautas del anfitrión, le señaló una mesita baja y unos cojines.

—Ven —dijo sin soltar su mano—. Mi cocinera está enfurruñada porque ha tenido que recalentar la cena, lo que repercute en su estricto sentido de cómo debe servirse. Aquí, entre tú y yo, es de armas tomar; la muy dictadora es quien manda en esta casa. No la hagamos enfurecer y cenemos.

La costumbre en Saraqusta era comer así, sentados ante una mesita baja sobre almohadillas y suntuosa alfombra. Un esclavo catador, de pie, iba probando un pellizquito de cada plato, en previsión de que pudiera estar envenenado. Había guiso de pescado con una pasta de coriandro y jengibre, una bastela de pajarillos de caza, además de una cazuela de carne de cordero con azúcar, almendras y vinagre, que el gastrónomo Ziryab recomendaba para casos de convalecencia. Pero también dulces de ajonjolí, pistachos y piñones; dátiles y frutas de colores llamativos y nombres desconocidos.

—Tu cocinera —dijo Micaela admirada— es un prodigio.

A la mirada de Khamal, el catador dio su aprobación a cada uno de los manjares y bebidas dispuestos en la mesa. Un gesto del capitán y el esclavo desapareció escaleras abajo, tan silenciosamente como había venido.

Khamal sirvió un *sherbet* de esencia de azahar y hielo.

—Es una cordobesa de cierta edad. Aprendió sus artes en el tristemente desaparecido califato, enseñada en una tradición que da valor a que los alimentos no solo estén sabrosos, Micaela, sino que sienten bien al cuerpo y la mente.

Le ofreció el vaso con la bebida.

—Ten. *Sherbet*. Está fresquito.

Al probarlo, entendió Micaela que, esa noche, aún quedaban regalos por descubrir.

—Delicioso —dijo relamiéndose sin recato.

Probó de todo. Se llenaban su lengua y su paladar de sabores sorprendentes, de texturas prodigiosas. Impelida por el Vaélico que llevaba dentro, Micaela se reprimía para no devorar aquellos manjares de una sentada. Él, que la observaba divertido, cuidó de que comiese sin atragantarse y en una cantidad que no le hiciese daño.

—Cuando desaparece la necesidad, Micaela, empieza el arte. Aquí no

solo comemos para aplacar el hambre.

A Micaela le llamó la atención que él bebiera un vino blanco, frío, pues había oído que los musulmanes no podían tomar vino.

Advertido de esto, Khamal se levantó del asiento para alcanzar la jarra.

—Suelo tomar vino en la intimidad, dentro de casa. Hay muchas cosas que hago y que otros consideran reprobables; si tuviera que preocuparme de todas...

Sirvió a Micaela en una copa de cristal, en vez de usar el grueso metal habitual entre los cristianos.

—Aunque he de ser discreto; nunca se sabe por dónde atacará un enemigo. Una pequeña estupidez puede destruirte. Pruébalo. ¿Qué tal?

—Está rico, pero creo que prefiero el *ser... servete*.

Khamal rio. Se quedó mirando a Micaela unos segundos, como embobado.

—*Sherbet* —dijo enseguida—. Claro, ten, bebe cuanto quieras.

—Eso que dijiste... ¿De verdad puedes leer las estrellas?

—Depende de si ellas se dejan —sonrió Khamal—. Ven.

Toda la casa dormía ya. Acudieron juntos hasta el borde de la azotea. Una luna muy delgada, como un filo, permitía vislumbrar las estrellas, incluso algunas muy alejadas que casi había que adivinar.

Khamal sacó de su bolsillo un objeto redondo, hecho todo él de oro. Aquel aparato de historiados grabados y ruedas que giraban ayudaba a encontrar las estrellas.

—El cielo es un reflejo de la tierra, Micaela, pero mucho más perfecto. En los cielos lo que hay es un gran bosque.

—¡Yo me crié en un bosque!

—Pues parecido; y también lleno de animales.

Señaló un pequeño conjunto de luces en el cielo negro.

—Aquella es la osa pequeña, *ad-dubb al-asghar*, y aquella otra la osa grande, *ad-dubb al-akbar*. Ahí está el cabritillo, y aquellas son dos terneras.

Siguió mostrándole diversas figuras: las camellas que acaban de parir, los lobos, el pez, el toro, el gran águila.

—Mi preferida es aquella —dijo el capitán—, al final de la gran osa.

—Brilla mucho.

—¿Ves que está como apartada?

—Sí.

—Es porque está triste y desea estar sola. Es *Alkaid*, la doncella de luto.

Micaela dio un suspiro.

—Qué sola debe de estar.

—Es fuerte —replicó él—. Fuerte y solitaria.

Bajó la mirada Micaela. Él la observó.

—¿Tienes frío ahora?

—Un poco.

Khamal se quitó su capa blanca y se la puso a ella sobre los hombros. Micaela no supo qué hacer; y él, que advertía su rubor, le dijo:

—No estás acostumbrada a que te cuiden. Hasta el más terrible luchador necesita un descanso. ¿No?

Ella sonrió.

—Sí.

Al envolverse se acercó la capa a la nariz: estaba perfumada de alguna esencia especiada, pero sobre todo olía a la calidez de la piel de Khamal.

—Cuando te veo —dijo él— se me viene siempre un poema a la cabeza.

Le tomó la barbilla y ella respondió mirándole a los ojos con intensidad.

—¿Qué poema?

Los ojos negros de él le sonreían, enormes; eran de miel. Sus labios, un vino que la emborrachaba.

Khamal murmuró:

*Una leona soy
y nunca me agradaron los cubiles ajenos,
y, si tuviera que escoger alguno,
nunca contestaría a un perro, yo
que tantas veces los oídos cerré a los leones.*

Deseó Micaela ser tan elocuente como él, encontrar palabras para susurrarle algo nuevo, que nunca antes le hubiese dicho ninguna mujer sobre la tierra.

Ya no sentía más timidez. Fue ella la que acercó sus labios a los de Khamal.

Aunque la piel del capitán no era suave, ni era suave su barba perfilada, a Micaela le resultó más agradable que la dulce seda.

—Micaela *allabawa* —murmuró Khamal—, «la leona».

Sus manos se movieron solas, deseaban tocarle, y las de él hicieron lo mismo.

Una vez roto el sortilegio que les había estado separando, solo buscaban apresar cada uno el cuerpo del otro. Micaela quería comprobar la piel que hasta ahora solo habían visto sus ojos, entregada a la curiosidad primero y pronto a una ardiente sed.

Él la siguió y enseguida la arrimó con suavidad contra la pared. Pero ella no se dejó apresar, se escurrió de entre sus brazos y le tomó de las manos, separándole de sí hasta obligarle a mirarla y sumergirse en sus pupilas. Dentro de ellas había un fuego.

Se sonrieron los dos, solo mirándose, disfrutando de no tocarse y desearse. La brisa les agitaba hacia atrás el pelo de la frente, y las estrellas, osas, camellos y muchachas, les espían allí arriba, en lo oscuro.

No aguantaron más y volvieron a besarse, esta vez con pasión.

«Ven aquí», dijo él; o tal vez no dijo nada y solo fue un deseo en la mente de Micaela. Khamal la levantó, con extremada gentileza, y la llevó entre sus brazos a otra parte de la azotea, donde no daba la brisa. Allí, varias prendas tendidas en cuerdas formaban un dosel improvisado que les protegía del aire nocturno y de miradas curiosas.

Juntaron los labios una y otra vez, mordiéndose, dejando que las brasas les incendiaran por dentro. Bebía Micaela de la boca de Khamal, y cuanto más bebía más se iba emborrachando de él. Cada hueco en su piel —su cuello, su nuez, sus comisuras, el valle en sus clavículas— era un vino embriagador.

Supo que guardaría en su corazón cada uno de los detalles que les rodeaban: el encofrado de la azotea, los frutales en macetas, los manteles húmedos que colgaban secándose. Un día los recordaría, cuando hubiesen pasado muchos años. Se vio niña y se vio vieja, ya escrito entero su destino, como si su vida hubiese acabado hace mucho. Y era extraño, porque a la vez estaba viviendo el presente, con total intensidad, cada tacto de Khamal.

Sus dedos aprendían de los dedos de él, que tan pronto entraban en su piel, quemándola, como se retiraban al exterior de la seda solo por hacerse esperar. Micaela entendió pronto este juego y fue ella la que encendió el roce de la tela sobre el cuerpo, para provocarle con la breve violencia del arañazo y enseguida hacerse perdonar con la caricia.

Se envolvieron en una de las telas que colgaban, llenos de susurro, cuando de pronto todo pareció temblar a su alrededor. Un nuevo movimiento de tierra, como aquel que la había hecho caer en la gruta visigoda días antes, sacudió Saraqusta. Las jarras y vasos se estremecieron sobre la mesa; ladraron los perros en la distancia, hasta que, tan súbitamente como había empezado, el mundo se aquietó otra vez, y quedó en paz.

Se miraron, todavía sorprendidos, envueltos en la tela, apretados el uno contra el otro, y descubrieron que ninguna corriente podía molestarles, ningún temblor o mal sobre la tierra: estaban a salvo. Echaron a reír como niños, rodaron por el suelo de la azotea envueltos en el lino.

Cuando se detuvieron ella estaba a horcajadas sobre él. Lo miró ardiendo y Khamal sonrió. Agarró Micaela su cabello negro, ensortijado, y se inclinó hacia sus labios.

—Háblame, Khamal —le dijo—. Háblame con poemas.

Las últimas velas de Saraqusta se fueron apagando en las ventanas y la ciudad entera quedó dormida, en total silencio. En algún viejo pergamino de la casa estaban escritos unos versos sueltos del poeta Ibn Hazm, que había caído en desgracia y al que apenas ya nadie leía:

*Mientras el ala de la tiniebla nocturna
se abría suavemente,
yo, ella, la copa, el vino blanco y la oscuridad
parecíamos tierra, lluvia, perla, oro y
azabache.*

—Al NOROESTE: EL REYNO DE LEÓN —dijo el muladí.

Y, con el vino que había caído sobre la madera de la mesa, dibujó la península Ibérica.

—En el norte: el reyno de Navarra; al noreste: el condado de Barcelona. Pero por debajo y hasta Qadis, toda Hispania es musulmana.

Piojo se estremeció.

—¿Toda?

La taberna había sido una curtiduría, años antes, y una indeterminada peste flotaba todavía bajo los vapores fermentados del vino. Las paredes estaban encajadas sobre los restos de un arco, y la mitad del espacio estaba absurdamente ocupada por pilas de piedra que habían servido para contener tintes y que ahora estaban hasta arriba de cachivaches. Era mejor no preguntarse de qué eran las manchas en la madera de mesas y banquetas, como también era mejor no saber con qué enriquecía su vino el tabernero. Con todo, era la única taberna en Saraqusta donde se podía beber alcohol, y en aquel tugurio secreto recalaban borrachos de todo pelaje.

El bribón del muladí puso la mano sobre la joroba de Piojo, riendo.

—Muchacho, tengo malas nuevas para ti: el cristianismo ha perdido. ¡Allah todopoderoso impera sobre vuestro débil Jesucristo!

Acodado en la mesa junto a Piojo, torció el gesto Miguel Cirueña.

—Piojo, no escuches a este renegado, no hará sino calentarte la cabeza. —apremió—: A lo que íbamos.

Puso un incentivo sobre la mesa. El muladí recogió las monedas.

—Conozco a todo el mundo en Saraqusta —dijo jactancioso—; dime a quién quieres encontrar.

Miguel Cirueña agachó la cabeza y, adelantándose, susurró:

—Juana la Pelleja.

El muladí devolvió las monedas a la mesa.

—No puedo ayudaros.

E hizo ademán de levantarse. Piojo fue más rápido y lo agarró de la

muñeca, para obligarle a que tomara asiento de nuevo.

—¡Ay, me haces daño!

—Siéntate, renegado —dijo entre dientes Miguel Cirueña, y le sirvió más vino de la jarra—. Ten, bebe un poco más.

Por todos los muertos del mundo creyó el muladí que la espada que ese diablo cargaba al cinto aconsejaba no llevarle la contraria; de modo que obedeció, receloso, y, procurando no soliviantar al rubio, volvió a sentarse.

—¡Contadme más! —rogó el Piojo—. ¡Contadme historias de lo que hay más allá del mar!

—Piojo —replicó Miguel—, nadie sabe lo que hay más allá del mar.

—Oh, sí que lo sé —respondió el muladí dirigiéndose al chico—. El infierno.

Miguel contestó entre dientes:

—Al infierno voy a mandarte yo si sigues metiéndole miedo al chico.

—Señor —replicó tratando de apaciguarlo—, yo solo hablo de lo que he visto.

—¿Has visto el infierno?

—Bien, yo...

—¿Lo has visto?

El muladí tragó saliva.

—Porque yo —murmuró Miguel— sí lo he visto. Y tú no estabas allí.

El muladí era de Burgos y, amén de buhonero, había sido cristiano fervoroso, pero hacía ya cierto tiempo que se había convertido al Islam. Era de cuerpecillo enclenque, poca cosa. Se había pasado la vida en los caminos, viajando de pueblo en pueblo vendiendo pescados medio podridos, carcasas y bicho para pescar. Este peligroso oficio de buhonero no le había traído más que disgustos; en unos pueblos lo recibían a pedradas, en otros trataban de robarle. En más de una ocasión, los bandidos de Raspa le habían perdonado la vida a cambio de quedarse con toda la mercancía.

Un día, harto de recibir patadas y de vivir a salto de mata, el buhonero abjuró de Cristo ante la catedral de Burgos. Lo persiguieron. Se vio obligado a salir por piernas de la ciudad.

Ahora se movía entre musulmanes como uno de sus iguales. Seguía viviendo a golpe de patada, pero en Saraqusta, más rica que cualquier otra

ciudad cristiana de la península y, a base de trapicheos, comía caliente todos los días. Odiaba tanto a Cristo que no dejaba pasar ocasión para abjurar de nuevo, pero en una cosa continuaba siendo cristiano: en su intenso, eterno, amor al vino.

Para calmarse un poco bebió de la jarra, temblando. Miguel le acercó de nuevo las monedas.

—Dime dónde puedo encontrar a la Pelleja.

—Si quieres ver a la Pelleja, cristiano, dos monedas son pocas.

Y estampó la jarra en la cara de Miguel Cirueña. Volvió a salir por piernas el buhonero, tal era su costumbre. Gritaron todos los parroquianos ante la jarana mientras el muladí se subía en lo alto de una mesa. Cayeron al suelo vasos y cántaros; se quejaron los borrachos. De una mesa saltó a la siguiente y de ahí a la otra, con asombrosa agilidad, hasta que alcanzó las escaleras que conducían a la segunda planta. Todavía estaba Piojo ayudando a levantar del suelo a Miguel cuando el mercachifle accedía al piso de arriba con intención de escapar por el tejado.

A codazos se abrieron paso Piojo y Miguel Cirueña, entre borrachos y putas; subieron de dos en dos los escalones, y cuando llegaron al segundo piso de aquella madriguera comenzaron a dar patadas en las puertas cerradas, a la busca del buhonero. Dentro, gritaron las mujeres que entregaban su cuerpo a algún cliente; también hombres, que prestaban idéntico servicio. De una de las habitaciones salieron corriendo varias gallinas, cacareando.

—¡Está aquí, señor Miguel! —gritó Piojo al descubrir al muladí intentando escapar por la ventana de uno de los cuartos.

El chico lo agarró por los tobillos, cayeron los dos al suelo. Tratando de zafarse, el buhonero le dio un par de patadas al joven contrahecho, justo en la joroba; y por primera vez en su vida, el antiguo buhonero descubrió el goce del que da, de no ser el que recibe. Se entretuvo tanto en este placer que dio tiempo a Miguel Cirueña a llegar hasta la habitación y echársele encima.

Atrás quedó Piojo, acariciándose la joroba, adonde habían ido a parar la mayor parte de las patadas, mientras que Miguel agarraba por el cuello al muladí y lo arrinconaba contra la pared.

—Mira, renegado —le dijo poniéndole en el cuello la hoja de su espada—. ¿No lo encuentras gracioso?, será con un arma cristiana con lo que voy a

degollarte.

—Suéltame —suplicaba el hombrecillo luchando contra lo imposible, estremecido a la vista de esa vena que latía en el cuello del hombre rubio; olía como huelen los perros antes de lanzar la dentellada.

—¿Dónde puedo encontrar a la vieja?!

—¿Si hablo no podré volver a probar el vino; viviré temiendo siempre que la Pelleja me lo haya envenenado!

Piojo, desgraciado de él, aún quiso defender al muladí.

—No le hagáis daño, señor Miguel, maldito sea Dios, os lo pido por favor.

El rubio agarró la mano del hombrecillo.

—A mi amigo le caes bien, no me deja rebanarte el cuello, pero...

Y, como quien monda una naranja, se puso a cortarle un dedo con la espada.

—¡Aaaaaaaaaaaaah! —gritó el muladí.

Pero no gritaba de dolor; el dolor vendría luego, enseguida. Gritaba de miedo, al ver cómo colgaba su dedo meñique, de un hilo de carne.

—Jijiji —murmuró Piojo tapándose la boca—, ¡*Ciruela!*, ¿qué le hacéis?

—Juana —insistió Miguel Cirueña—. Habla.

Y, sin dilación, como una grulla echando pescados por el buche, el buhonero vomitó la información acerca de la astuta y escurridiza Pelleja.

12

MICAELA TUVO LA IMPRESIÓN de que aquella ciudad nunca quedaba a oscuras. Era de noche todavía, y brillaban los puntitos luminosos de las velas repartidas por la estancia.

Habían bajado al dormitorio de él. A su lado en la cama, Khamal le daba la espalda.

A lo largo de una de las paredes se habían dispuesto, como adornos, viejas piedras visigodas, ruinas de buen tamaño. En cada una de ellas se hallaban, labradas, unas figuras: héroes; espíritus; dioses antiguos, quizá, que en tiempos remotos vagaron por el mundo de los humanos. En uno de estos pedruscos aparecía un personaje que recordaba a un lobo armado con una espada. «El espíritu visigodo relacionado con el paso al otro mundo —le había dicho Alanqar—, guardián de todo lo que existe bajo tierra». Vaélico.

Como llevada por un instinto, Micaela quiso besar los omóplatos de Khamal, la línea de su columna; pero le dio pudor despertarlo y, a cambio, se recreó en acariciar las sábanas de seda. No estaban acostumbradas aquellas manos suyas —manos de soldado, padre—, llenas de cicatrices, a sentir tactos como aquel.

—¿No duermes, Micaela? —preguntó él sin darse la vuelta.

—No puedo, me tiene todo demasiado impresionada.

Y entonces sí, viendo que había despertado, Micaela acercó sus labios a aquella espalda lánguida.

Khamal se levantó. Acudió hasta la ventana y allí, de una bandeja de oro, tomó una pieza de fruta y se la fue comiendo con piel, mirando la noche.

Le observó la chica, para conservar el recuerdo de aquella estampa poderosa; la figura del joven se dibujaba contra las cortinas del ventanal. Todo él era una escultura. Los músculos parecían cincelados sobre la delgada estructura de su cuerpo. Micaela preguntó:

—¿Estás preocupado? Te noto inquieto.

Khamal mordió la pieza y algo en la fruta pareció disgustarle, igual que si hubiera encontrado un sabor que no esperaba. Con una mueca echó la pieza por la ventana.

—Estoy bien.

Viéndole mirar el cielo sonrió la chica. Sintió de nuevo aquel cosquilleo en su vientre, cálido y placentero. Retiró las sábanas para exhibirse desnuda ante él.

—Léelas para mí —dijo sonriendo.

—¿Qué?

—Las estrellas. Léelas para mí, ¿qué dicen?

Llamaron a la puerta del dormitorio y Micaela dio un respingo, se cubrió con las sábanas de seda.

Asomó Aisa; creyó Micaela que vendría a dar parte de algún incidente, pero Khamal la miró, frío, mientras la esclava aguardaba sin decir palabra, y finalmente dijo:

—Dicen que es tarde, Micaela. Debes irte.

Micaela se incorporó en la cama.

—Khamal —murmuró sin comprender.

Se retiró Aisa tan silenciosa como había venido.

El capitán acudió hasta una mesa en donde se amontonaban decenas de rollos de piel, pluma y tintero.

—Tengo mucho trabajo; Saraqusta es un monstruo absorbente y necesito resolver algunas cuestiones.

Micaela creyó que había llegado el invierno de improviso. Miró incluso hacia la ventana, esperando ver la ráfaga de aire frío que acababa de congelarla.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No me pasa nada —replicó él sin mirarla, escribiendo en uno de los documentos.

—No entiendo; hace un momento estabas aquí conmigo, y ahora..., ¿me dices sin más que me marche?

Pero Khamal no añadió más.

Tapada todavía con las sábanas, Micaela buscó sus ropas con la mirada, desperdigadas por el suelo de la estancia. Salió de la cama y recogió del suelo el vestido de seda, los zapatos, pero sus movimientos eran confusos; iba, venía, perdida. Poco a poco fue atinando a ponerse la ropa; notaba que temblaba.

Cuando acabó por fin de enfundarse el vestido él no la había mirado; no le dirigió la palabra. La sorpresa de Micaela dejó paso a la indignación y en dos zancadas se plantó ante la mesa del capitán.

—¿Estás borracho? ¿Es eso? ¿Te ha sentado mal tu jodido vino blanco? ¡Haz el favor de mirarme cuando te hablo, Khamal!

Resonó el palmetazo que Khamal ben Hud Alanqar dio sobre la mesa.

—*Mujer* —dijo apretando los dientes—, no se te ocurra hablarme en ese tono.

Fue el matiz con que había dicho esa palabra, lleno de desprecio, que la hizo tan diferente a como había sido pronunciada antes.

—Eres un instante en mi vida —añadió el capitán—, el grano de arena de un reloj. Mira esa cama. ¿Cuántas crees que han pasado por ahí antes que tú? Cuántas. Quizá no tan putas, pero sin duda *mejores* que tú.

Ella le cruzó la cara de una bofetada.

Por un momento quedó él sorprendido, incapaz de reaccionar, pero luego Khamal le devolvió el golpe, tan multiplicado por diez que la hizo tambalear.

Micaela, asombrada, se llevó la mano a la mejilla. Y viendo, tras un segundo, que ella quedaba digna, impertérrita, aún dio un paso el capitán y volvió a abofetearla con la misma fuerza que antes.

Si acaso estaban espiando las figuras de los dioses godos, se volvieron otra vez de piedra.

Había quedado marcada la mano que, un rato antes, había acariciado su cuerpo. Micaela notó el sabor de la sangre en la boca; la bofetada había reabierto la herida que le hiciera el Carnero en la gruta de los bandidos. Pero nada dijo, no se quejó; solo apretó los dientes; contuvo las ganas de llorar, clavando la vista sobre él.

Como buscando una excusa para lo que acababa de hacer, Alanqar se tocó la cara, en busca de sangre.

—Sangre por sangre.

—No hay sangre en tu cara, Khamal —replicó ella.

Khamal caminó hasta el otro lado de la habitación. Agarró el hatillo de Micaela, la espada rota. Y con el mismo desprecio con que antes se había deshecho de la fruta amarga, tiró por la ventana las cosas de Micaela.

—Largo de aquí —dijo—, me aburres.

Micaela creyó que le quemaban aquellas lágrimas incontenibles que escapaban de sus ojos, ardiendo. Temblaba de rabia. Creyó de pronto hallarse sucia; más sucia aún que estando bañada del polvo de las Tierras Muertas o de la tierra de su bosque. En toda su vida se había sentido tan desprotegida. Apretó las sedas del vestido contra su cuerpo.

—Ahora entiendo el apodo —dijo en un susurro—. Siad.

Khamal tomó otra fruta, y respondió sin mirarla:

—No quiero volver a verte nunca.

Una oleada de sentimientos tembló en el pecho de Micaela; había creído identificar una ira salvaje, incontrolable, pero enseguida descubrió que no se trataba de eso. Era una pena, lo que la había anegado por dentro; una tristeza profunda.

Apartó los ojos de él, se dio la vuelta despacio. Acababa de perder algo; algo que ni siquiera sabía que estaba dentro de ella, pero que ahora había dejado un hueco en carne viva. Se desmoronaban paredes que había cimentado en la infancia sobre lo que la vida iba a ofrecerle: cierta idea del amor y del futuro, su íntimo orgullo. No solo el mundo era inhóspito, cruel; también las personas, cuyo contacto ella había anhelado desde siempre, se mostraban en su verdadero ser, traicioneros y egoístas. Y a medida que Micaela trataba de cauterizar aquel horror, más sangraba; tenía la impresión de que fuera a despertar de pronto de una pesadilla.

Pero no despertaba, no, y su mano abrió la puerta ante el silencio de Khamal. Y su cuerpo dio un paso para salir, ante el silencio de Khamal.

Todavía en el último momento, creyó Micaela que él la llamaría para pedirle perdón; y que todo volvería a arreglarse, pues algún gigantesco malentendido le estaba haciendo actuar como si fuese otro hombre. No podía él ser los dos a la vez, se le hacía imposible. Y un deseo, pueril pero intenso, de borrar aquellos últimos minutos y volver al estado de felicidad anterior, en la azotea, mágico y perfecto, retornaba una y otra vez en inútil resorte.

Todavía creía Micaela que podía despertar cuando cerró la puerta y dejó a Khamal ben Hud Alanqar solo en la habitación.

MICAELA HABRÍA IDO CORRIENDO a través de la casa, en busca de su amiga Aisa, para echarse a llorar en sus brazos, pero no tuvo necesidad. Allí estaba Aisa, en el pasillo, esperando al otro lado de la puerta, con la mirada gacha, avergonzada, incapaz de poner sobre ella sus ojos pálidos.

Micaela tragó saliva, aterrada. Junto a Aisa aguardaban también dos soldados de Saraqusta.

—¿Qué... qué es lo que...? —fueron las únicas palabras que acertó a pronunciar.

Aisa dio un paso hacia ella, incapaz todavía de mirarla.

—Mikayila, los hombres...

Buscó las palabras.

—Los hombres son como niños, caprichosos y egoístas. A veces, como los niños, también son crueles. Khamal no es un malvado. Solo es un hombre.

Micaela creyó que le fallaban las piernas, sentía náuseas al recordar el *sherbet* o la carne de cordero con azúcar.

—¿Qué es lo que...? —repitió, balbuceando.

—Me temo que quiere que le devuelvas el vestido.

Se apoderó del corazón de Micaela un dolor agudo, frío, tan intenso como nunca había sentido antes. Aisa extendía su mano hacia ella mientras, atrás, aguardaban los dos soldados con los ojos encendidos.

Micaela inició el camino hacia su cuarto.

—Muy bien, ahora te lo...

—Por favor, Mikayila —replicó Aisa, evitando mirarla aún y sin retirar la mano—. Lo quiere ahora. Te lo ruego, dame el vestido.

Apretó los dientes Micaela, roja hasta las orejas de indignación y de vergüenza; roja de pena.

Asintió. Levantó la barbilla procurando no llorar y asintió.

Se fue quitando la seda maravillosa de encima hasta que quedó desnuda delante de Aisa y los dos soldados.

Le entregó el vestido a Aisa, que lo apretó contra sí. Micaela notó que temblaba.

—Lo siento —dijo la esclava evitando mirarla.

Todavía, era verdad, le quedaban maravillas por descubrir aquella noche:

Aisa se apartó y los dos soldados dieron un paso hacia Micaela.

—Sé fuerte, pequeña —dijo la esclava—. Te llevan a la prisión. Por orden de Khamal.

Las palabras cayeron sobre Micaela como pedradas sobre su espíritu; inmensas, pesadas, hasta aplastarlo. Quedó sin fuerzas, inerte. Ya no sentía dolor en el corazón, como si se le hubiera roto. Ahora su pecho eran las Tierras Muertas, una vasta extensión yerma, arrasada.

Los dos soldados la agarraron por un brazo cada uno e, impidiendo que pudiera taparse, la obligaron a exhibir su desnudez. Khamal ben Hud Alanqar los había escogido a propósito, grandes y fuertes, sabiendo que Micaela Mediaespada no se entregaría fácilmente.

Ella, sin embargo, no reaccionó. No trató de soltarse entre gritos e insultos, como Alanqar pensó que haría, sino que, hundida en la desolación, se dejó apresar.

A empujones y desnuda fue conducida pasillo afuera, hasta las escaleras; tuvo la impresión de que la vida había abandonado su cuerpo; no le quedaban fuerzas, ni ganas. La llevaron casi en volandas por toda la casa, ante la mirada de los otros siervos, que salían al pasillo.

Allá al fondo, apretando el vestido de seda y acaso buscando un consuelo al que pudiera aferrarse su amiga, dijo Aisa estas palabras:

—Quizá mañana, Mikayila, o pasado, cuando él vuelva a desear tu cuerpo, se transforme otra vez en el hombre que conociste esta noche, y te llame de nuevo. Quizá, digo, si no ha conocido a *otra* en ese tiempo.

Por primera vez no la sostenía su voluntad; era un cuerpo sin espíritu. La había abandonado toda aquella fuerza indómita, la esencia de su ser. Sin llorar, sin decir palabra, Micaela se dejó arrastrar hasta el patio. De allí pasaron al exterior. Así, desnuda y devastada, la llevarían hasta la cercana torre de Saraqusta.

Eso cuenta la leyenda que pasó, con más o menos detalle. Y que, a lo largo de ese triste calvario, Micaela Mediaespada iba pensando que, a veces, una solo quiere rendirse a la tentación de dejarse hundir.

ATRAVESARON DOS O TRES ARCOS que tenían la forma de una herradura y eran colosales, como si hace siglos hubiese vivido allí una civilización de gigantes que usara desmesuradas puertas.

Las paredes apestaban a una alquimia de orines, sudor y sangre. Era el olor de los atormentados. En el suelo, alguien había extendido paja, para no tener que limpiar las muchas repugnancias que un hombre excreta cuando sufre. Las plantas descalzas de Micaela habían ido recogiendo inmundicias por las calles y ahora, en la torre infame, acumulaban también las secreciones secas de otros prisioneros.

Uno de los soldados iba delante, como abriendo paso. El soldado que seguía a Micaela le clavó el puño de la lanza en la espalda, por haberse detenido.

No le habían dado nada para cubrirse, ni tenían intención de hacerlo. La vergüenza del desnudo correspondía bien a la de la mujer que se ha entregado al enemigo. ¿Qué de bueno podría esperarse de una cristiana que se da al musulmán? Entregada a uno: entregada a todos. Está el mundo lleno de mujeres así, las que se acostaron con sus conquistadores; mujeres consideradas sucias, capaces de la mayor bajeza, a las que se les rapó el pelo, una vez terminaron las batallas. Por haber intentado salvar la vida acaban despreciadas no ya por los vencedores, sino también por los vencidos.

Recorrieron algunos pasillos, a su paso fueron abriéndose y cerrándose las puertas. Entraban y salían almorávides, arqueros turcos y francos, mercenarios bereberes, esclavos del lejano norte —de tan rubios casi albinos—, un alto cargo sirio vestido de seda, almohades de la feroz guardia negra. Micaela trató de no cruzar la vista con nadie, aunque la mayoría la insultaron, gritándole obscenidades en mil idiomas; y hasta hubo quienes la manosearon entre risotadas, para escupirle después; solo de haber traspasado aquellos arcos había adquirido el estatus de un animal. Suplicó a Dios que la encerraran ya, en lo alto de la torre, sola con los cuervos y el sonido del viento.

Pero entonces comenzaron a bajar hacia el infierno.

Un rato antes, qué ironía, había estado en el paraíso. Él había sido su paraíso, y ella, Micaela, había sido parte de las estrellas, arriba en el éter. Masticó su nombre repitiéndolo obsesiva: «Khamal, Khamal, Khamal».

Terminado el descenso por las largas escaleras, llegaron a una sala de grandes dimensiones, presidida por una inmensa jaula que lo abarcaba casi todo, hecha de cientos de barrotes de hierro. En el interior de esta jaula, en la penumbra, se percibía una gigantesca masa informe; Micaela creyó que allí remoloneaba un dragón.

Uno de los soldados que custodiaban a Micaela se acercó a cruzar unas palabras con un funcionario. Judíos había muchos en Saraqusta, y habían colaborado en su bonanza; tras ser muy perseguidos en la época visigoda, ahora vivían en su propio barrio, la judería, entregados sobre todo a labores comerciales y políticas. El funcionario judío, sentado a una mesa y al calor de un hogar, departía animadamente con un hombre de fuerte acento, un germano de grandes mostachos.

Tras ese diálogo, el funcionario miró a Micaela con gran curiosidad, y lo mismo hizo el germano. Susurraron algo entre ellos y rieron. Imaginó Micaela cuánto se habría solazado Khamal en contar vergonzosos detalles privados a la soldadesca, como a amigos de taberna. Le pareció vivir una de esas pesadillas en la que todos te observan desnuda; solo que esta vez era real.

El funcionario judío desenrolló un papiro y escribió algo en él. Advirtió Micaela cómo se escribía su nombre en árabe; o quizás aquellas palabras reflejaran solo su castigo.

Como advirtiera el judío que Micaela se quedaba mirando, tuvo a bien traducírselo, sonriendo, y dijo:

—«Decapitada al amanecer».

Luego dijo algo al soldado, en árabe, y señaló la jaula: podían pasar.

El soldado de atrás le había cogido gusto a machacarla, y no desaprovechaba la ocasión de darle un golpe. Micaela no se quejó. Borearon una especie de tarima redonda, muy estrecha, y el germano de grandes bigotes abrió la enorme puerta de la jaula.

Chirriaron los goznes, acuchillando el silencio.

A través de la puerta abierta y los barrotes, Micaela miró hacia el interior;

era la entrada a una pesadilla, nada se veía, solo una forma colosal, moviéndose sinuosa como el agua de un río negro. El dragón.

15

LA EMPUJARON DENTRO y cerraron la jaula tras ella. El monstruo del interior se quejó con diferentes voces en forma de murmullos. Micaela no se movió, desnuda entre la amalgama de sombras y bultos. Unas manos la tocaron, tanteando en un solo repaso si tenía dineros encima; Micaela dio un respingo, echó a caminar para escapar de las zarpas. Codos y brazos se le clavaron en las pantorrillas, la empujaron, le sobaron entre quejas y protestas. Micaela atravesaba, a duras penas, una apretada masa de cuerpos tendidos en el suelo.

Aterrada, se refugió contra los barrotes de la celda, tratando de alejar a cualquiera que se aproximase. Boqueó varias veces, ahogada de angustia.

Poco a poco se fue apaciguando el dragón y sus mil bultos se aquietaron de nuevo.

La rodeó un murmullo de voces, quejidos, toses.

Los ojos de Micaela se fueron acostumbrando a la penumbra y pudo ver a los hombres y mujeres allí hacinados. La jaula de la sala subterránea de la torre estaba al triple de su capacidad. La mayor parte de los bultos dormía; había muchos echando una cabezada con las piernas sobre las del de delante y a la inversa. Allí cerca, a su derecha, una muchacha daba de mamar; al otro lado, un grupo apostaba, entre susurros, jugándose un hatillo de lino manchado de algo. A unos pocos pasos fornicaba una pareja entre los cuerpos, sin pudor alguno. Un hombre le susurró a Micaela una obscenidad y otros dos se pelearon con él, quizá por ella.

Micaela asistía a este desvarío arrasada por dentro, sin fuerzas. Se sentó con las piernas muy juntas, tapándose con los brazos, hundió la cara y se hizo pequeña en la reja.

Se preguntó qué había hecho tan equivocado; repasó los detalles, esos que antes había guardado como un tesoro, y que ahora revisitaba para buscar dónde estuvo el error. Imaginó otras versiones de sí misma hace un rato, llegando a la casa, sentándose a comer en la azotea: en una, era una Micaela más elegante; en otra, más recatada; o su contraria, más ardiente; otra más indiferente; o tan alegre e ingeniosa que Khamal no podría sino amarla para siempre.

A pesar del contacto con los otros cuerpos, tiritaba de frío, desnuda contra los barrotes helados. Se rodeó con los brazos, tratando de darse calor.

Lloró de rabia, indignada consigo misma, pues todavía deseaba recuperar el amor de Khamal. Qué débil era. Dónde estaba la mujer que miraba a los hombres desde arriba como a oseznos peleando. La voz de Mathías, en que tanto había confiado, estaba apagada. Solo la suya propia le daba respuestas, despreciándola: «¿Sabes dónde está esa mujer, Micaela? —se dijo—. A los pies de un estúpido, pretencioso capitán de la guardia».

Se tapó la cara con las manos. Las lágrimas, redondas y calientes, caían en la oscuridad.

En medio de ese maremágnum de sensaciones, vino a topar con el recuerdo de su padre, al que de pronto culpó de todas sus desgracias. Qué diferente habría sido todo de no haberse inmiscuido él en su vida; si Micaela hubiera podido llevar una existencia normal. El odio acerado que sentía hacia sí misma fue transvasándose a otro compartimento de su alma; aquel que dedicaba al recuerdo del Nuevededos. Aborreció al que otrora había considerado su héroe, llena de rabia.

El traje con el que Micaela había vestido a su padre se descosía; no le entraba ya en los codos, estallaba en pedazos. Quedó Mathías Nuevededos desnudado ante sus ojos. Ya nunca más sería joven, como cuando ella lo admiraba de cría, sino ya siempre un Mathías viejo, de canas amarillentas, en harapientos calzones, con el cuello hinchado y la sangre lenta de los últimos años, adornado de músculos fofos. Un viejo miserable, homicida sanguinario, débil de espíritu, violento.

El familiar fuego frío ardió en el torso de Micaela, donde torpemente imaginaba de niña que estaba el corazón. Ardía ante aquel Mathías que, con los ojos húmedos y las sienes surcadas de venitas azules, la miraba desde lo profundo. Aparcado en un rincón, el viejo roía los huesos del cariño que una vez brilló entre ellos. Pensó Micaela que ella le respondía, henchida de desprecio: «Padre, me miras como un perro que suplica las sobras. Y yo, cobarde maldito, ya no tengo nada para ti».

Si era Micaela quien lo había alzado rey, ¿no era razonable que fuera ella quien, ahora, lo relegara donde los esclavos? De lo más alto a lo más abyecto. Nuevededos había sido maldecido por la reina Micaela, debido a sus culpas: sus muchas mentiras y sus muchos pecados. La reina no quería ya ni bajar a verlo a los sótanos de la memoria.

16

—¿TIENES ALGO DE COMIDA? —susurró alguien a su lado.

Micaela golpeó casi a ciegas: la mano que le había revisado los huecos de su cuerpo se retiró, rápida como un insecto.

—¡No! —gritó alguien—, ¡no me pegues, por favor!

La voz era la de un niño, pero cuando Micaela miró, encontró a un hombre obeso, de rostro y papada redondos, con las orejas anilladas.

—No tienes nada que temer de mí —dijo riendo el hombre—. ¿Por qué crees que me han metido aquí, alma de cántaro? A mí las mujeres se me dan un rábano.

—¿Qué? —replicó Micaela, confusa.

—¿Seguro que no tienes algo de comida?

Ella negó con cara de perro, sin ganas de hablar.

—No sé si lo has notado —murmuró retirándose—, pero estoy desnuda. No tengo comida ni tengo armas. No tengo nada; déjame, por favor.

—No se me había escapado, no. Ah, tu cuerpo es un regalo, una bendición de la naturaleza; no como el mío, que es gordo y deforme. Hace tiempo, cuando aún conservaba mi taller, habría cosido para ti el más soberbio de los trajes. En un cuerpecito como el tuyo luciría, sí.

Agarró el jubón que llevaba puesto y que, por el tamaño, recordaba a un gran mantel. Tiró de un extremo hasta rasgar la tela.

—Bernardino Talentura —dijo, presentándose—, alfayate y maestro sastre. «Buena hechura, gracia y compostura». Muchas han entrado aquí con comida oculta en su interior. Incluso armas. ¿No tienes un arma? Aquí la vas a necesitar, créeme.

Le ofreció el pedazo enorme de tela que había arrancado de su ropa.

—Ponte esto, vas a coger frío. Tengo buen ojo para las tallas, yo creo que te valdrá.

Micaela tomó aquel retal entre sus dedos; era, a sus ojos, la más fina seda.

—Gracias —murmuró.

Sonrió el sastre quitándole importancia.

—Tengo ropa de sobra cubriendo este cuerpo feo mío; podría forrar a un ejército. Vestirte, querida, es un regalo.

Con un cordón que Bernardino extrajo de una de sus calzas, y ayudada por él, que hasta consiguió darle una gracia especial, Micaela se fue atando la tela alrededor, ocultando así sus formas. Primero se cubrió el torso; después, antebrazos y pantorrillas. Con tiras de cuero retiradas de su propia ropa, el sastre fue rodeando el cuerpo de la chica aquí y allá. La indumentaria que se fue conformando, tan ceñida como una segunda piel, daba la impresión de recrear una suerte de armadura.

Algo llamó la atención del sastre Bernardino y la tomó de la muñeca.

—Ay, pequeña, pero qué horrible quemadura. Y qué pena, entre tanta perfección; es como la tara que uno encuentra en el más bello tejido.

—Ahí ha estado siempre, maestro —replicó ella sonriendo, mientras acababa de ajustarse un retal—. Me he pasado la vida jugando en un bosque, tengo el cuerpo lleno de cicatrices y marcas.

Una sombra salió de entre las sombras, y apartó al hombre gordo para

acercarse hasta Micaela y mirarla de cerca.

—¿Cómo te llamas?! —le preguntó una anciana, alarmada—. ¿Cuál es tu nombre, muchacha?!

Micaela se soltó de la mano que la apresaba.

—¿Qué te importa a ti? Déjame.

—¿Te llamas Micaela?

Micaela nada dijo, sorprendida; y la mujer insistió:

—¿Te llamas Micaela?!

Viendo a la chica tan azorada, acudió al rescate el sastre Bernardino.

—Pelleja, ¿te importa? La señora y yo estamos hablando.

Micaela miró a la vieja y un escalofrío recorrió su cuerpo. Allá en la cripta de los reyes visigodos se removió en su tumba de agua el cuerpo de Mathías Nuevededos.

—Soy Juana —dijo la mujer—, me dicen la Pelleja, y también la de los mil venenos. Y si tú te llamas Micaela, sé quién te hizo esa quemadura en la muñeca, en el momento de nacer.

Nada acertaba a decir Micaela, sobrecogida y confusa. La mujer había tomado su muñeca de nuevo.

—Yo conozco tu pasado —dijo la Pelleja—; y conozco tu destino.

17

LA PROSTITUTA MOVIÓ UNA MADERA DE LA PARED; ocultaba un hueco. Todavía quiso asegurarse de que ningún inoportuno fuera a entrar en el reservado.

Cuando pareció sentirse a salvo, metió la mano en el escondrijo y buscó en el interior.

—Llevo meses ahorrando —explicó—. Sisándole al patrón una moneda aquí y otra allá, de cada servicio.

Martín Torres observó las formas que se insinuaban bajo las sedas. Bebió un trago, no dijo nada.

El burdel estaba pegado al río; y al terroso hedor a humedad que jamás lo abandonaba se unía hoy un intenso olor de fritanga —un cliente muy querido en la casa había traído, de regalo, un atado de codornices—; el tufo se pegaba a los techos y subía lento, perdiéndose en las paredes enteladas de damasco púrpura.

En el reservado, una cortina les separaba del corredor. De la planta baja llegaban las voces de los clientes, que bebían y reían como si no hubiera un mañana. Las mujeres estaban dando buena cuenta del regalo, los pajarillos partidos por la mitad se tostaban sobre un par de sartenes en la chimenea y, según iban saliendo, eran recibidos con alborozo. De cuando en cuando, alguna de las chicas colocaba los chupados huesecillos en la palma de la mano y se acuclillaba, ofreciéndolos a los muchos gatos que rondaban hambrientos. A la casa se la conocía como «la de las primitas de los gatos», y se decía que, en ella, el cliente podía acariciar gatos y mujeres de todas las razas.

—No soy barato —advirtió él sonriendo.

Después de mucho rebuscar, la prostituta sacó la mano del hueco en la pared. Puso encima de la mesa la bolsita que había encontrado y se la ofreció a Martín Torres.

—Confío en que será suficiente.

El hombre del lobo dejó la jarra y abrió la bolsita para desparramar el contenido sobre la mesa. Brillaron las monedas a la luz de la vela. Martín las contó una a una. La prostituta le miraba con los ojos anhelantes.

—¿Hay suficiente?

Martín Torres volvió a meter de nuevo las monedas en la bolsa, pero una parte se la quedó él.

—La mitad ahora —dijo devolviéndosela—, y la mitad cuando te haya puesto a salvo.

La mujer suspiró, aliviada. Se apretó la bolsita contra el pecho, igual que si fuera a darle la vida.

Martín estableció sus condiciones:

—Ofrezco protección y una comida al día. Puedo escoltarte hasta donde me digas con tal de que no esté más allá de una semana de viaje. Pasada esa semana cogeré mis cosas y me iré con viento fresco aunque no hayamos llegado a tu destino. Dispongo solo de un caballo; si quieres un carro puedo conseguir uno por una cantidad razonable. Viajo con un lobo, si eso es problema para ti te devuelvo el dinero ahora mismo.

—¿Un lobo? —preguntó la mujer tragando saliva.

—Solo acepto oro —prosiguió él— y no cambio mis condiciones; nada de pedirme favores a cambio de darme sexo. Solo oro, ¿estamos? Si enfermas y mueres a mitad de viaje, o te matan a mitad de viaje, o abandonas a mitad de viaje, tengo derecho a quedarme el resto del pago.

La mujer dijo que sí a todo.

—Me parece bien. ¿Cuándo partiríamos? ¿Podría ser esta misma noche?

Iba a contestar Martín cuando tocaron en la pared, fuera. Otra prostituta apartó la cortina y asomó la cara.

—Oye, ¿está contigo...? —Al verlo se detuvo—. ¿Te llamas Martín Torres?

Martín se recostó contra la pared; sus botas dejaban pequeño al cojín que hacía las veces de reposapiés.

—¿De quién más pudiera ser —dijo sonriendo— este hermoso bigote?!

Ella, que hacía mucho que había perdido el sentido del humor, respondió seca:

—Abajo, en la puerta, hay dos mujeres que te buscan.

Martín abrió las contraventanas del segundo piso. A la luz de una antorcha aguardaban en la calle dos mujeres vestidas con *burkas* que ocultaban cuerpos y rostros. Una de ellas, que era enorme, parecía calmar a la otra, que, más nerviosa, iba y venía alrededor de la antorcha, comida de impaciencia.

Martín se dirigió a ellas desde la ventana.

—¡He oído que queríais hablar conmigo!

La mujer más grande, inquieta por que apareciera la guardia nocturna, le mandó hablar más bajo chistándole; y no hacía sino mirar a un lado y al otro.

—¿Eres Martín Torres? —preguntó con una voz aflautada, impropia para

aquel cuerpo tan redondo.

—¿Qué queréis?

—¿Eres tú al que pagaron los habitantes de Osma para librarse del bandido otomano que andaba esquilmandolos?

A Martín Torres le parecían cada vez más extrañas aquellas dos, y nada dijo, prudente. Tenía muchos enemigos, no era cosa de confiar en cualquiera.

Viéndole recelar, la mujerona levantó el velo que le cubría la cara. La que parecía más nerviosa hizo lo mismo.

—Me llaman Raspa —dijo con la voz cavernosa. Y señaló a su acompañante—. Este es el hermano Tomás Veremundo.

—Fraile, filósofo, cronista y custodio —añadió el hombrecillo temblando de miedo.

—Queremos contratar tus servicios para que nos ayudes a rescatar de la prisión a una chica.

18

—¿CÓMO SABES QUIÉN SOY? —preguntó Micaela.

Juana la Pelleja, la de los mil venenos, era una mujer aceitunada, con pómulos marcados; de incierta edad, a pesar de que la piel recordaba a la de un viejo pergamino. Llevaba el cabello oculto bajo una cofia apretada y tocado, en un estilo ya muy pasado de moda. Sobre el cuello rígido formaba una cuchilla la boca, de labios muy finos; pareciera que jamás hubiese aprendido a sonreír. Una gran mancha en la cara, como un mapa, la cubría desde la base del ojo hasta la comisura.

En la respuesta de Juana la Pelleja hubo un eco de nostalgia.

—Alguien, hace años, me contó con detalle cómo te hicieron esa marca,

Micaela.

Su voz suave infundía una suerte de frío, un cierto miedo.

Tomó el antebrazo de Micaela, señaló la cicatriz en la muñeca.

—Escucha; la mujer que te hizo esta quemadura unió tu destino al del hombre que habría de matarte. Su vida y la tuya están unidas por un hilo invisible.

—No entiendo nada de lo que me dices, Juana.

—Digo que un hombre malvado y cruel, un asesino llamado Raymundo Lacruz, quiso llevarte con él hace años.

Ese nombre puso en guardia a Micaela.

—Y que ese camino —añadió la vieja— no ha terminado todavía. Vuestros destinos están unidos. Está escrito que habréis de encontraros, ¿me comprendes, Micaela? Así se resolvió, para salvar tu vida, precisamente: que solo tú podrías salvar la vida de Raymundo Lacruz.

Micaela retiró su mano, estremecida.

—Creo que te confundes —balbuceó—. Ese Lacruz me persigue desde niña, pero para hacerme daño.

—Ya sé, niña, ya sé; llevas toda la vida escondiéndote de él.

Cuando hablaba, las manos de Juana recordaban a dos serpientes crispadas, prestas a atacar. Micaela quedó muy extrañada, no sabía qué pensar.

—Vine hasta Saraqusta buscándote, Juana.

—¿A mí?

—Escuché cómo te nombraban mi padre y un sicario de Lacruz. No tengo a otra persona a quien acudir para preguntarle: tal vez tú puedas conducirme hasta una comunidad de mujeres que se llaman a sí mismas «las libres».

Juana suspiró, emocionada, y murmuró para sí, recordando.

—La playa de los hombres de piedra.

Un escalofrío recorrió a Micaela.

—Entonces conoces el sitio.

—Claro que sí; ¡fui una de las que ayudó a fundarlo! Dime, ¿cuándo te soltarán?, ¿a qué te han condenado?

Micaela advirtió que, a través de un ventanuco en el techo, se veía cómo comenzaba a abrirse camino la luz del amanecer.

—Cuando salga por esa puerta —dijo— será para que me corten la cabeza. Órdenes del capitán Alanqar.

Poco más tuvo que añadir para que la Pelleja atara cabos y comprendiera qué crimen la había conducido hasta la prisión.

—Ese joven zorro —dijo por lo bajo—, incorregible...

—No me queda mucho tiempo, Juana —replicó Micaela amagando una sonrisa triste—. Van a cortarme la...

—No me has escuchado.

—¿Qué?

Juana la Pelleja, la perfumista de los mil venenos, que había preparado pócimas que mataron a hermanos de reyes y enemigos de obispos, que había llegado a aquella ciudad oprobiosa con una mano delante y otra detrás, tomó la de Micaela y la acercó a su corazón.

—Llevo muchos años visitando el puente de piedra, Micaela; acudo allí cada vez que necesito contratar a un sicario que realice ciertos *actos*. Actos que a mí se me hacen penosos porque soy —aquí sonrió— cobardona. Sé que un día habré de morir en ese puente, a manos de alguno de esos mismos que he protegido bajo mi ala. La vida me condujo por caminos oscuros; igual que a ti, hoy, te conduce por otros, quizá poco luminosos también. Pero una cosa es segura, ya te lo he dicho: tu destino está ligado al de Raymundo Lacruz.

Viendo cómo resplandecía una débil luz naranja sobre el azul y que se iba marchando la oscuridad de la noche, la apremió el sastre Bernardino, que asistía a este diálogo sin comprender demasiado pero muy entretenido.

—Si va a ser al amanecer, Micaela, quizá sea momento para que saques el arma que llevas escondida.

—No tengo armas ocultas, maestro sastre, te lo dije antes —respondió Micaela, ensombrecida. Lo que iba a decir ahora le pareció una broma patética—: Tuve una espada una vez. *Media* espada. Ahora ya no la tengo. — Y, sintiéndose vacía, añadió sabiendo muy bien lo que quería decir—: No llevo *nada* en mi interior.

Algo cambió en la oronda cara del sastre Bernardino; también en la de Juana.

Pronto, una corriente de susurros se extendió en derredor; Micaela pudo verla avanzar en una gran onda, lenta y plástica. Se inclinaban las cabezas de

los allí hacinados, hacia las bocas; corrían rumores en los distintos acentos y dialectos de la península, en las más diversas deformaciones del árabe, el hebreo y el latín. «Así de cerca no parece tan gran cosa», decían unos. «Pensaba que sería extranjera: germana, o franca». «¿Cómo ha acabado encerrada en la prisión?». Al fin, por encima de todas las demás palabras, se oyeron, cien veces repetidas, cuáles eran las dos que volaban de un prisionero a otro:

«Micaela Mediaespada».

Los ojos del sastre brillaban de emoción.

Destacó el murmullo de un niño, por encima de las voces, que fueron todas acallándose:

*A la mañana, cuando el primer gallo cantara,
¡Micaela, en buena hora ceñiste tu media
espada!*

*Dióle tal espadada con el su diestro brazo
que cortó a Lucifer la testa en medio del
campo.*

—El oso —murmuró Micaela, asombrada.

Volvieron a rechinar los goznes de la puerta: el germano abrió la jaula.

Juana la Pelleja miraba a Micaela, ensimismada.

—Eres tú entonces, *esa* Micaela de la que todo el mundo habla; vive Dios, qué cosas tiene el Destino.

Había corrido la voz, desde el primer día en que llegó al pueblo un joven cazador contando la hazaña. Circulaban mil versiones distintas —con y sin guerreros, con encantamientos, con ayuda de magos o argucias, en algunas matando al oso y en otras domesticándolo—, cuyo centro sin embargo era siempre uno, y uno solo: el momento que recreaba a una muchacha hermosa y sola frente al enorme oso demonio. Luego fueron otras las voces que añadieron detalles: los juglares, que al cabo habían de ganarse la vida

cautivando a su público, mejoraron la historia o inventaron partes que no habían sido contadas. El rumor de su llegada a Saraqusta la Blanca posiblemente viajaba ya hacia el norte.

Desde la puerta de la jaula, y en su idioma extranjero, el germano dio unas voces llamando a alguien. La llamaba a ella, sin ninguna duda; tenía una forma de hablar que hacía parecer furiosas todas sus palabras, ya fueran insultos o las más dulces palabras de amor.

—Ya ha salido el sol —dijo el sastre compungido, mirando al germano—. Ese animal viene a por ti, Micaela.

«¡No, no te lleves a la chica! —decían las voces al germano, intentando protegerla—. ¡No te la lleves!».

«Mediaespada». «Mediaespada».

El guardia sacó el látigo y repartió correazos a diestra y siniestra, abriéndose camino para encontrar a la muchacha. La gente chillaba a su paso; imploraba.

—¡Tú! —dijo una voz de mujer; y el germano se detuvo de golpe.

Entre la multitud de reos hacinados se puso en pie la figura delgada de Micaela Mediaespada.

—Deja de golpearles, malparido; estoy aquí.

El sastre agachó la cabeza, se persignó espantado y murmuró:

—Que sea lo que Dios quiera.

Y quiso Dios que, desde la distancia, amortiguado por las paredes de piedra, llegara un bullicio hasta aquel sótano. Poco a poco fueron alzándose los bultos de las decenas de personas que se hacinaban en la jaula, atraídos por el ruido. También el germano se volvió, extrañado.

Se escuchaban gritos en el complejo de la torre, voces dando la alarma. El judío acudió hasta la puerta de la sala, la abrió. Escaleras arriba, los alaridos parecían estar cada vez más cerca, como si la amenaza estuviera caminando hacia ellos.

El judío miró a su compañero, tragó saliva a punto de decir algo como «Cierra la jaula» o «por ahí se acerca alguien que viene a matarnos», pero no le salieron las palabras de la boca reseca. Se disponía a cerrar el portalón cuando, de una patada, lo empujaron hacia dentro y un hombre, en efecto, irrumpió en la sala.

Micaela se puso en pie; apenas podía creer lo que veía.

En la puerta, armado y manchado desde el pelo hasta los pies de la sangre de la guardia mora de la torre, el tipo enseñaba los dientes amarillos.

—¡Rata de campo! —exclamó llamándola Beltrán Cuervo.

19

CREYENDO EL JUDÍO QUE LO DE «RATA DE CAMPO» IBA POR ÉL y que aquel sayón venía a matarlo, se puso a chillar; y en verdad que sus grititos recordaban a los de una rata.

Salió de la jaula el germano, desenvainando el alfanje sarraceno que se había convertido en su defensa predilecta, y se le vino encima a Beltrán Cuervo. El tuerto agarró una silla, y se valió de ella como escudo. Chocaron los dos titanes: la cimitarra contra la madera, y, como en un baile, echaron a dar vueltas alrededor de la sala cargando uno contra el otro, y viceversa, el otro tratando de degollarlo con la *jambiya*.

Micaela aprovechó que había quedado abierta la puerta de la jaula y escapó de su prisión, mirando en todas direcciones. Traía de una mano a la vieja Juana y de la otra al sastre Bernardino, encogido ante tanto mandoble y tanto guerrero sanguinario.

Tuvieron que echarse a un lado los tres cuando pasaron los dos ciclones y, en su batallar, golpearon la puerta de la jaula cerrándola de golpe. Dentro quedaron las decenas de presos agolpados; en su desesperación, sacaban las manos por entre los barrotes, suplicando por su libertad.

Se había metido el judío bajo la mesa, a fin de protegerse, y viendo que escapaban los prisioneros pensó en salir a dar la alarma, pero cuando Micaela pasó junto a él le dio tal puntapié en la cara que lo dejó durmiendo el sueño de los infelices.

Micaela apartó, desesperada, los platos con restos de comida, un viejo cinturón, dos botas, cientos de legajos.

—¿Qué buscas, insensata?! —exclamó la vieja—. ¡Hay que salir de aquí cagando leches!

Allá seguían dándose mandobles el guardia y el tuerto; luchaban arrasándolo todo: el germano como luchan los germanos, imparable, y procurando entrarle al tuerto por el lado del ojo malo; Beltrán Cuervo como hacen los truhanes: no había truco sucio del que no se valiera, ni ardid tramposo; entre golpe y golpe trataba de pisar al germano, le escupía; para distraerle le insultaba en todos los idiomas que conocía, procuraba empujarlo o meterle la zancadilla. Luchaba, en fin, como, años antes, le había enseñado Mathías Nuevededos: a la desesperada.

Viendo que en la mesa no estaba lo que buscaba, Micaela miró en derredor, en el suelo, en el cuerpo desvanecido del judío.

—Las recontrajodidas llaves de la jaula —exclamó en un agobio al verlas colgar del cinturón del germano.

Y se dirigió hacia los dos hombres que peleaban, dispuesta a enganchar las llaves en medio de los mandobles.

Por la escalera se escuchó acercándose un tropel: los pasos de la guardia que bajaban.

—¡La puerta, Juana! —gritó Micaela—. ¡Cierra la puerta!

La vieja corrió hasta allí y la cerró de golpe, cruzó un madero para trancarla. Los soldados daban golpes al otro lado, intentando entrar.

—¿Qué vamos a hacer?! —chilló Juana—, ¡no podemos salir por aquí, está lleno de guardias!

A lo que Micaela respondió:

—¿Quién ha dicho que vamos a salir por la puerta?

Y señaló con el mentón hacia la chimenea.

Era insensato, un plan desesperado, pero, entre toda aquella vorágine, al sastre no le pareció del todo imposible. De la chimenea gigantesca, ya solo la embocadura era más alta que un hombre, labrada en piedra y flanqueada por dos enormes leones de alabastro.

Cuando Juana se hizo a la idea de lo que pretendía la chica murmuró un escueto «La madre que la...» y comenzó a apartar del hogar que daba calor a

aquella estancia los maderos que crujían encendidos.

—¡Estáis locas! —gritó el sastre Bernardino, pero hasta él ayudaba retirando leños ardiendo.

Beltrán y el germano, entregados a su batalla, resoplaban como viejos osos; los golpes eran cada vez menos certeros, los movimientos más pesados. Resonaban las armas al chocar, como campanadas. Pronto caerían extenuados, lo sabían los dos, y el adversario más tenaz aprovecharía esta debilidad para asestar el golpe definitivo; pero de momento ninguno de ellos daba el brazo a torcer. Tras cada uno de los ataques de uno o de otro, probaba Micaela de meter la mano y agarrar las llaves que colgaban del cinto del guardia.

—¡Condenada, ¿qué buscas?! —le espetó Beltrán Cuervo—. ¡Aparta de ahí, coño, me estás estorbando!

También el germano le gritaba, en su idioma. Los dos contrincantes intentaban apartarla a patadas mientras, con la espada, buscaban atravesarse. Y en tanto ellos seguían a espadazo limpio, Micaela no cejaba: estiraba el brazo y los dedos, en su lucha por robarle las llaves al guardia.

Cuando Juana hubo retirado el último tronco, Micaela se giró para ordenarle que subiera por el hueco. Le faltaron segundos, sin embargo: ya se había metido la muy bruja, en pos de su libertad, y ascendía y ascendía por el interior de la chimenea, como una lagartija; solo le faltaba la cola.

Quizá fue la imagen de la vieja escabullándose lo que distrajo un instante al guardia germano, pero bastó esto para que Micaela le arrancara las llaves del cinturón. Si el guardia quiso reaccionar no pudo: ya venía, enseguida, un nuevo ataque del tuerto.

Micaela corrió hacia la chimenea, y, en el camino, lanzó las llaves hacia aquellas manos desesperadas que suplicaban libertad.

Volvió a agarrar a Bernardino.

—¡Maestro!, ¡arriba!

—¡Sube tú primero, Micaela; soy demasiado pesado, no te quiero retrasar!

Micaela se asomó al interior del tubo de la chimenea. Por allí subía la vieja Juana, flaca y escurridiza.

Al fondo, los presos peleaban por ver quién abría la cerradura de la jaula y el Cuervo y el germano seguían dándose hachazos y espadazos.

—¡Sube —le dijo el sastre Bernardino—, no pierdas tiempo!

Él mismo ayudó a Micaela a entrar en el hueco e ir ascendiendo. Resultó bastante fácil para ella, acostumbrada a encaramarse a todos los árboles del bosque, ir poniendo el pie aquí en este ladrillo saliente, y luego allá en el otro. Pronto se vio inmersa en el tubo.

—¡Maestro! —gritó mirando hacia abajo. Quiso asegurarse de que el sastre la seguía.

Y sí, ya se advertía, unas varas más abajo, la oronda figura de Bernardino, subiendo tras ella con algo menos de fortuna y mucho más esfuerzo. Resoplaba la mole abriéndose hueco en aquel espacio angosto, pero el buenazo de él, quién iba a decirlo, iba consiguiéndolo poco a poco.

—¡Sube, Micaela! ¡No esperes por mí, sigue subiendo!

—¡Rata de campo!

Había resonado la voz de Beltrán Cuervo en el hueco. También él se había asomado al interior, desde la entrada de la chimenea. Se deshizo de la cabeza del germano, que tenía agarrada por los mostachos, y gritó a través del hueco:

—¡Tú y yo no hemos terminado, furcia!

—¡Maestro! —gritó Micaela espantada—, ¡no mires abajo! ¡Sube!

Ella se aferraba a cada saliente. Arriba se había perdido ya la silueta ligera de la vieja Juana. Rezó Micaela para que no restaran demasiadas varas para salir al exterior, pero en el fondo de su corazón recordaba lo larga que era la torre; aún había de faltarle un buen rato.

—¡Micaela! —gritó allá abajo el sastre Bernardino—. ¡Micaela, socorro, no puedo subir, me he quedado encajado!

Resopló la muchacha y comenzó a bajar para deshacer el camino y llegar donde el sastre.

—¡Aguanta, maestro, voy a tirar de ti!

—¡Socorro! ¡Socorro, no puedo avanzar!

Luego llegaron el dolor y los gritos.

Desde abajo, el canalla de Beltrán Cuervo, metido ya en el tubo, tajaba con su daga el cuerpo embutido del sastre.

—¡Deja pasar, vaca!

Bernardino aullaba de dolor con cada hendidura; sentía cómo le fileteaban las piernas, los pies, el culo, el vientre.

—¡Piedad! ¡Piedad, no puedo moverme, estoy atascado, no me deis más

tajos!

Al tuerto le caía en la cara, a chorros, la sangre que iba derramando el sastre con cada tajada.

—¡Paso, coño!

—¡Tuerto, no! —gritaba Micaela tirando del sastre—. ¡Por favor! ¡Por favor!

El desgraciado de Bernardino daba alaridos, asaeteado por debajo. Uno de los golpes de daga, el que lo rajó entero, fue el que lo dejó callado de sopetón, mirando muy fijo a Micaela, muy serio.

Una lágrima de ella, manchada de hollín, escapó de su ojo y cayó por el tubo hasta dar con la mano extendida del sastre, que sonrió de pronto, exhausto. Parecía muy feliz.

—Bernardino Talentura —dijo mientras se le iba la vida por la boca—, alfayate y maestro sastre. Diles que fui yo quien vistió a Micaela Mediaespada.

Luego, Beltrán Cuervo tiró de él hacia abajo, y el sastre desapareció a los ojos de Micaela, como si se lo hubiera tragado un sumidero.

—¡Ratita, ya subo!

Reaccionó de golpe Micaela, mordiéndose los labios. Volvió a ascender desesperada, dejándose las uñas en los ladrillos y pisando a ciegas aquí y allá. Un solo pensamiento se había grabado a fuego en su espíritu; sobrevivir. Sobrevivir. Sobrevivir.

Pronto, más pronto de lo que había previsto, vino a darle en la cara la brisa de la noche. Asomó la cabeza, asfixiada del hollín y del esfuerzo, y se encontró en el exterior, en lo más alto de la torre.

Juana la Pelleja asomaba por el borde de aquella azotea, mirando hacia el abismo. A sus pies se contemplaba todo Saraqusta.

Se giró hacia la chica y dijo en un murmullo aterrado:

—¿Cómo haremos, Micaela, para bajar de aquí?

TAMBIÉN MICAELA SE ASOMÓ AL BORDE DE LA TORRE. La brisa hacía ondear el andrajo de ropa y se llevaba volando el hollín que cubría su cuerpo; parecía estar ardiendo.

Abajo se movían las figuras de animales y hombres, tan pequeñas que le recordaron las maderas que Mathías tallaba para ella. Qué temible colección, aquellos soldaditos que acudían en tropel a la torre, a la llamada de la alarma.

—Fue una buena idea —dijo la Pelleja lamentándose—, pero ahora estamos atrapadas.

—Siempre queda una salida —respondió Micaela buscando en derredor.

El ruido del ogro ascendiendo por el tubo llamó su atención.

Juana se asomó al interior de la chimenea.

—¿Lo conoces?

Micaela tomó del suelo un buen pedrusco y lo dejó caer por el hueco.

—De vista, solamente.

«¡Aaaay!», se escuchó abajo la voz de Beltrán Cuervo a mitad de chimenea, y luego siguieron una sarta de insultos propios de la más rancia soldadesca.

—Yo sí lo conozco —dijo la Pelleja—; aunque hacía muchos años que no lo veía, y ha cambiado desde entonces. Trabajaba a sueldo de Lacruz. Fue de sus garras de quien te arrebataron, Micaela. Es una máquina de matar. No se detendrá hasta conseguirte; y si no te consigue es porque se habrá dejado la piel en el empeño.

Eran tantas las preguntas que Micaela tenía que hacerle y, a la par, tanta la premura por encontrar una vía de escape, que no era capaz de atender ni a una cosa ni a otra.

—Ayúdame a mirar por dónde podemos bajar, Juana.

Buscaron entre las dos una cuerda, un saliente al que agarrarse para descender por la pared, pero estaba muy alto, resultaba demasiado arriesgado.

Un estruendo lejano les hizo estremecerse; elevaron la vista buscando la procedencia de aquel trueno, acudieron corriendo al borde de la azotea.

A lo lejos, al otro lado de Saraqusta, una bola de fuego ascendía hacia el cielo. Enseguida llegaron los gritos de los vecinos. En el azul del alba se distinguía claramente el rojo fuego de un carromato ardiendo contra la muralla, como una tea.

Otro respingo, causado por otro trueno; esta vez en el lado contrario de la ciudad, y una nueva bola de fuego. Corrieron Juana y Micaela hasta el extremo opuesto de la azotea. En la muralla ardía otro carromato, envuelto en llamas.

Miraron hacia abajo: un buen número de soldados salían a la calle confusos, sin saber adónde acudir. Enseguida llegaron algunos vecinos, les dieron razón de lo que había ocurrido y las patrullas de soldados se disgregaron, unas a un lado y otras al otro, en pos de los dos fuegos.

—Un cebo —murmuró para sí Micaela, recordando a su padre ante el oso Lucifer.

—¿Qué?

—Los soldados abandonan la torre. Alguien les ha hecho morder un cebo para distraerles.

—¡Rata de los cojones! —rugió atrás Beltrán Cuervo asomando por el hueco de la chimenea.

En dos pasos se le puso en frente Micaela; agarró otra piedra por el camino y con ella le arreó a Beltrán Cuervo, de revés y en el carrillo malo. Enseguida se vino abajo el rufián, cayendo por el hueco, y fue la pura angostura de la chimenea la que detuvo su caída. Quedó él también aprisionado a mitad de tubo.

—¡Ramera! ¡Jodida! —decía el eco de su voz allá, en lo profundo—. ¡Maldita, me voy a hacer un abrigo con tu piel, furcia!

Juana la agarró de la muñeca y la atrajo hacia la cornisa.

—Micaela, mira. ¡Mira!

Al asomarse vieron cómo, abajo, al pie de la torre, se detenía un carromato destartado. Micaela no fue capaz de reconocer a los que iban en él, pero enseguida le parecieron familiares las figuras: una de ellas, la más grande de todas, luchaba por bajar del carro como si tuviera de cristal los tobillos; la más pequeña prefería quedarse y no bajar. Solo la tercera, la más dispuesta de las tres, acudía hasta la puerta y se enfrentaba con los dos soldados que salían a su encuentro.

—Martín Torres —dijo Micaela sonriendo—. ¡El rey Raspa!, ¡fray Tomás!
Y gritó de alegría; pocas veces en la vida se había sentido tan contenta.

—¡Me cago en el diablo —gritó el fraile, de lo más enardecido—, con cien ojos a esos guardias!

Llegaron hasta lo alto de la torre los ruidos de la escaramuza que se desarrollaba abajo; las espadas y las lanzas, los escudos. Martín enarbolaba la espada como un demonio.

Por fin consiguió bajar del carro el bandido, y, llevado por aquellos malogrados tobillos, se vino hacia los soldados caminando despacito. Fue cosa de ver: le bastó un golpe para dejar en el sitio a su enemigo, ni siquiera necesitó de un arma. Desde el pescante les arengaba fray Tomás, dirigiendo la pelea como un director de orquesta.

—¡A vuestra espalda. Torres!

Al soldado que restaba, Martín Torres lo mandó de cabeza al quinto sueño, de un puñetazo.

—Tienes buenos amigos —dijo la Pelleja.

Micaela sacudió la mano desde lo alto, a fin de hacerse ver.

—¡Martín! —gritó—. ¡Raspa, Veremundo!, ¡aquí!

Miraron hacia arriba.

—¡Muchacha! —exclamó el bandido—. ¡¿Qué cojones haces ahí?! ¡¿Tú no estabas encerrada?!

Hubo mucho contento en sus rostros, pero también gran desconcierto: ¿cómo hacerlas bajar de aquella altura?

Llevado por una idea feliz, Martín corrió hacia el carromato.

—¡Mediaespada! —gritó—, ¡apártate del borde!

—¿Qué ha dicho? —preguntó la Pelleja.

Micaela tiró de su mano, se alejaron por la azotea de la torre.

—¡Al otro lado! —respondió, adivinando lo que se proponía—. ¡Va a disparar una flecha!

Se ocultaron tras la chimenea, aun temiendo que de un momento a otro fuera a asomar Beltrán Cuervo, quien de seguro habría recommenzado la subida.

Una flecha pasó zumbando sobre sus cabezas, llevando con ella el extremo de una cuerda, pero fue a perderse en el aire sin topar contra nada. Martín se vio obligado a tirar de la cuerda y traer de nuevo la flecha.

—Rata maldita... —farfulló Beltrán Cuervo entre resoplidos, asomando por la chimenea.

Micaela cogió una piedra y fue a repetir la operación que tan buenos resultados le había traído, pero en esta ocasión, más avisado, el tuerto la agarró por las muñecas.

—Ni se te ocurra —dijo forcejeando con ella.

El golpe que Micaela acababa de darle en la mejilla del flemón lo había convertido en una pesadilla; ese lado de la cara estaba tan hinchado que la amalgama de bultos azules y rojos comenzaban a ocluirle el ojo sano. Todo él, de pelos a pies, iba empapado de la sangre del sastre Bernardino, que le había llovido encima.

Ahora pudo Micaela comprobar lo que su padre sabía tan bien: la fuerza proverbial de Beltrán Cuervo. Micaela creyó que el monstruo le aplastaría las muñecas.

Solo una cosa hizo que el tuerto se detuviera: la flecha que Martín Torres volvió a disparar desde abajo lo traspasó por la espalda y fue a salirle por delante, a un palmo de la cara de Micaela.

Se miró el señor Cuervo y, al descubrir media flecha saliéndole del hombro, ensangrentada, la agarró con las dos manos y dio un rugido de dolor. Micaela cayó al suelo, libre de nuevo.

—¡Vamos, Juana! ¡Por la cuerda!

Duró un instante el momento en que la Pelleja y Beltrán Cuervo se miraron a los ojos, reconociendo en aquellos viejos a los que fueron hace años.

Ella le saludó en un murmullo, le llamó por su nombre verdadero. Luego se rompió el bajo del vestido y arrancó un pedazo de tela.

—Con las manos no —le dijo a Micaela—, te las quemarás. Usa esto.

Aprisionado en la salida de la chimenea y atravesado por la flecha, el asesino trataba de retorcerse para agarrarlas, pero era tanto el dolor y tan terrible la postura que solo conseguía removerse la madera dentro de la carne. Si tiraba para sacársela, malo, se atravesaba él mismo; si no tiraba y la dejaba allí, peor. Rugía, como rugió el oso Lucifer, y también eran las mismas las brazadas desesperadas. Las insultaba, babeando, amenazaba con matarlas.

Las dos mujeres se asomaron al borde de la torre. En un extremo: la maroma traspasando a Beltrán Cuervo. Al otro, abajo, fray Tomás Veremundo

ataba la cuerda al carromato. En medio había quedado una línea de escape, tensísima, por la que quizá pudieran descolgarse Juana y Micaela.

—Tú primero.

La vieja lagartija pasó el retal de tela sobre la cuerda y agarró los dos extremos.

—Micaela —le dijo antes de lanzarse al vacío—, si vas a la playa de los hombres de piedra encontrarás allí a Lacruz; es tu destino.

Y antes de que Micaela pudiera reaccionar, Juana la de los mil venenos se tiró al abismo agarrada al pedazo de tela. Al sentir el tirón, el tuerto dio un alarido, agarrando la flecha con las dos manos, a fin de que no hiciera el camino inverso y le travesara el pecho hacia detrás para salirle por la espalda.

Martín, el fraile, Raspa, contuvieron todos la respiración a lo largo de la bajada imposible. Unos metros antes de llegar, el rey de los bandidos se estiró para frenar la caída de la mujer, y Juana la Pelleja vino a caerle justo en sus brazos.

—Raspa —dijo ella sonriendo.

—Veneno —dijo él.

Y juntos, pero sin decirse más, recordaron tiempos mejores.

Cada poco miraban todos hacia el fondo de la calle; de un momento a otro verían aparecer a la guardia nocturna.

Martín gritó hacia lo alto de la torre, con el estómago en un puño.

—¡Micaela, deprisa!

Arriba, también ella estiró el retal por encima de la cuerda; se dispuso a saltar.

—Antes prefiero perder el hombro —dijo atrás Beltrán Cuervo.

Y decidió partir la flecha. La cuerda fue destensándose mientras removía venas y músculos.

—Así te mates, jodida.

«Lánzate, comadreja —dijo la voz de Mathías dentro de Micaela—, solo son unas pocas varas». «Maldito —respondió ella sonriendo desesperada—, vos estáis muerto, no sabéis lo que impone». Y dio un salto hacia el vacío, agarrada a la cuerda por el retal. No pudo evitar chillar cuando el estómago se le vino a la boca, y fue cayendo. Perdido cualquier control sobre su cuerpo se deslizaba a toda velocidad, pataleando en el aire.

Martín saltó al pescante y azuzó al caballo a fin de hacer avanzar el carro.

Un esfuerzo definitivo y sonó la madera partiéndose, un dolor lacerante y, enseñando los dientes como un coyote, Beltrán Cuervo se quedó con la punta de la flecha en las manos. Dio un grito: llevada por el peso de Micaela y, sin punta que hiciera de tope, se le salió la madera por la espalda hasta caer, cuerda incluida, al suelo de la azotea de la torre; fue resbalando hasta el borde. Micaela sintió que se aflojaba, que no había nada sosteniéndola allá arriba. Se la tragaba el abismo, caía a plomo; iba a morir estrellada contra una calle de Saraqusta, a las puertas de aquella prisión infame.

Pero fue en el carromato donde, con gran bulla, rebotaron sus huesos, encima del cargamento de ropas que Martín Torres había recogido para el viaje de la prostituta.

Corrieron todos a ver cómo se encontraba.

—¡Muchacha! —dijo el rey Raspa—, ¿cómo estás?!

—Estoy bien —dijo Micaela dolorida. Feliz.

El fraile Veremundo la tomó de la mano.

—Cristo revivido, qué susto nos has dado.

Martín Torres y Micaela compartieron una mirada; preocupada la de él, huidiza la de ella. La valiente Mediaespada se veía incapaz de volver a mirar a un hombre.

—Me he partido todos los huesos, pero estoy bien.

—¡Arriba ahora, cabrones! —gritó el fraile, muy metido en su nuevo papel de heroico guerrero.

Entre Martín y la vieja subieron de un empujón a Raspa. Luego montaron ellos.

—¡Hora de partir, a mayor gloria de Dios! —gritó el fraile entre grandes risotadas, poseído, sintiéndose tan vivo como cuando era niño y jugaba a bárbaros contra romanos.

Solo él vio al soldado sarraceno que, desde el suelo e incorporándose, se disponía a lanzar su daga.

—¡Micaela! —chilló Tomás Veremundo.

Solo él vio la daga que surcaba el aire en dirección a la espalda de la chica. Solo él pudo interponerse en ese camino.

Quedaron todos estupefactos, al descubrir que al fraile le atravesaba el

pecho una hoja traicionera. Vino a caer a los brazos de la sorprendida Micaela. Martín Torres le cruzó la cara al soldado con el mismo látigo que azuzaba al caballo; y el rufián se arrastró por los suelos, huyendo.

Un tropel de pasos llamó la atención de todos: por el fondo de la calle se acercaba la patrulla nocturna, con cara de pocos amigos y a caballo.

—¡Ya vienen! —gritó la vieja.

Allá dejaron los restos de su incursión, los cuerpos en el empedrado, la cuerda. Espoleado el caballo por Martín Torres, el carro salió de estampida en dirección contraria a aquella por donde se aproximaba la patrulla nocturna.

21

SENTADA SOBRE LAS TABLAS EMBARRADAS DEL CARRO, Micaela sostenía entre sus brazos al desdichado fraile Veremundo. A su alrededor, bamboleándose por la carrera, Raspa y la vieja observaban afligidos. En el pescante, Martín luchaba por no descontrolar el carro en la huida, mirando de tanto en tanto para comprobar si les seguía la guardia mora.

Yacía Tomás Veremundo, aferrado a su caja de madera.

Temblaba de fiebre, muy pálido. Le asomaba por el pecho una mancha roja y espesa.

—Me has salvado la vida —repetía Micaela, conmovida hasta el espíritu.

Al verla junto a él, abrazándolo, al fraile se le encendieron los ojos de alegría.

Fue a decir algo.

—No hables, fraile —dijo Raspa sin poder evitar un tono apenado.

Tomás Veremundo hinchó el pecho ante Micaela, orgulloso.

—He participado en una batalla, Micaela, ¡y sin acobardarme!

Una lágrima le cayó a la chica por la cara, y enseguida se la apartó con la mano.

—Eso he visto, Tomás —respondió ella—. Con mis propios ojos.

Sintió Veremundo que, al llamarle Micaela por su nombre, le subía una vaharada de calor al pecho. Se tenían ya una confianza; ¿acaso no eran compañeros de aventuras? Quizá le convendría hacerse con un caballo propio, e incluso con una espada.

—Te ha sentado bien este calvario, Tomás —dijo ella—, tienes... como otro porte.

Tomás Veremundo se dio entonces cuenta de algo y encogió el gesto.

—Vamos a tener que separarnos, Micaela. Al menos por un tiempo. No quiero decirte adiós, pero, recuerda, tengo una misión.

El fraile abrazó su posesión más preciada: la cabeza de Santa Justa, metidita en su caja.

Le reveló su plan: regresaría al monasterio siguiendo el curso del Ebro hasta Logroño, eso le permitiría esconderse de los salteadores; y después buscaría pastores que le camuflasen al atravesar la sierra, para llevar la reliquia a sus hermanos. Debían de estar muy preocupados, y, faltos del consuelo espiritual de la santa reliquia, era fácil que languidciesen en su fe.

Micaela miró a Martín, que conducía al caballo a la carrera. Aun atento a la callejuela por donde avanzaba el carromato, el mercenario analizó de refilón el agujero en el pecho del fraile. Luego negó a Micaela con la cabeza, pesaroso. Estaba desangrándose, no había nada que hacer.

—Tengo que llevar a Santa Justa con ellos —dijo Tomás investido de una gran responsabilidad—. Es mi misión. Mi misión.

Micaela tomó su mano entre las suyas.

—Siempre batallando, Tomás.

Tomás Veremundo tragó saliva. Para atreverse a hacer la pregunta necesitaba reunir más valor que para afrontar las dagas de la guardia.

—Mi querida Micaela, dime. ¿Crees que soy un hombre valiente?

—Claro que sí, Tomás —respondió ella temblando—. Qué coraje, amigo; pocas veces he luchado junto a alguien con tanto valor.

Una felicidad pura brilló en los ojos de Veremundo; nunca se vio un hombre más bendecido.

—No me queda mucho para cumplir este servicio, Micaela. Apenas falta una semana para el viernes santo. Solo tendré tiempo hasta entonces.

—Seguro que lo consigues.

El fraile apretó la mano de la chica.

—Seguro —dijo— que juntos lo conseguiremos.

Notó Veremundo que le acudían lágrimas a los ojos, de la emoción; la alegría le estallaba en el pecho. Temeroso de que ella le viera llorar, sonriendo como un niño pequeño y más feliz que nunca, se murió despacito ante Micaela.

Tomás Veremundo ya nunca podría llevar hasta San Pedro de Cardeña la sagrada reliquia de la cabeza de Santa Justa.

Sin soltar las manos del fraile, la comadreja agachó la cara, apretó los dientes.

—Qué le pasa a Dios —masculló—, que no distingue a quién se lleva... ¿Está ciego, acaso, o es que en realidad es un malvado?

Aferrada todavía a las huesudas manos del fraile, Micaela dejó escapar por fin las lágrimas que había retenido en la despedida. En silencio, sin hacer ruido, lloró por Tomás Veremundo.

22

—SOY MÁS DE IR POR MI CUENTA. Marchaos.

Martín había detenido el carro en medio de un callejón oscuro, para que la vieja pudiera seguir camino.

Iban todos con mil ojos, deseando salir de la ratonera cuanto antes. Allá, separados por algunas calles, se escuchaba el trote de los caballos de la guardia nocturna, buscándolos por la ciudad.

Micaela bajó de un salto.

—Te acompaño, Juana. Tengo muchas preguntas para ti.

—¡Muchacha! —terció Raspa—, ¿qué haces?, ¡sube!

—Mediaespada, tenemos que salir de aquí ahora mismo.

A esto replicó Micaela:

—Nos veremos en el cementerio del este.

Le dio una palmada en los cuartos al caballo y el animal salió al galope, introduciéndose en las tinieblas de Saraqusta. Mientras se alejaban. Raspa y Martín Torres la miraron desde el carro, muy preocupados.

Juana voló a esconderse tras una esquina; Micaela fue tras la Pelleja; se agazaparon entre las sombras. Pasaron junto a ellas las monturas de la guardia, a la carrera.

Corrían por el empedrado. Micaela sentía la halitosis de mil demonios de Juana, a la que le costaba avanzar; ya no estaba para esos trotes, y casi para ningún otro. Aquella breve huida hacía temblar el mapa de su cara. Hasta que no llegaran al río, sin embargo, más allá de las puertas de Saraqusta, no habrían de sentirse a salvo.

Subieron por unas escaleras buscando alejarse de las calles, donde eran presa fácil. Cruzaron estancias que olían a sudor y comida —en algunas dormían cuerpos que protestaban a su paso—, y Micaela aprovechaba para preguntar sobre lo que pudiera saber la vieja acerca de su madre.

—La conocí bastante bien —contó la Pelleja resoplando—. A pesar de enfangarse, era como si la mucha porquería de este mundo no pudiese tocarla; una persona de corazón limpio. Quizá fue eso lo que finalmente la alejó de mí. En eso te pareces a ella. Y en los ojos, también.

Fueron a dar bajo un largo y angosto techado de toldos. Asomaba la tenue luz del lejano cielo entre las telas, que todavía filtraban, en gotitas, la humedad de la noche. Estaban al aire libre de nuevo.

Micaela perdió pie de pronto, y a punto estuvo de hundirse en el vacío. Bajo ellas se extendía un gran pozo lleno de ¿agua naranja?! El agua aparecía cubierta de una natilla de algas que la luz jugaba a atravesar, deshaciéndose en irisaciones. Micaela no entendió nada hasta que avistó los otros pozos de arcilla, iguales a aquel y llenos de aguas verdes, violetas, rojas. Entre fosa y fosa se acumulaban algunas pieles a medio teñir.

Gruñó Juana.

—Cuerno quemado, esta peste es la que usa Satanás para perfumar el infierno.

Avanzaron haciendo equilibrios; el borde de los pozos estaba resbaladizo, goteaban mezclas de químicos y pigmentos que rezumaban aquel hedor mareante.

—Mi padre —dijo Micaela— siempre me contó que ella había muerto siendo yo muy niña, de unas fiebres.

—Mintió —replicó Juana.

—Sí, ahora lo sé. ¿Por qué mentiría?

—Por la misma razón que todos los padres mienten a sus hijos, Micaela: para protegerte.

Micaela pensó que habían pasado demasiados años. Ninguna lógica la animaba a creer que su madre pudiese estar todavía en aquella playa esperándola; ninguna. La sola posibilidad, sin embargo, era suficiente. «De corazón limpio», «Te pareces a ella». Su madre no era, no podía ser, de las que abandonan.

Se había detenido la vieja a recobrar aliento; Micaela tomó su mano y tiró de ella.

—Sigue, Juana, por tu vida, si no quieres acabar de nuevo en la torre.

—¡Ay! ¡Me vas a matar, jodida!

Salieron de la curtiduría y bajaron por el cauce de un regato adónde iban a encontrarse aquellas aguas de mil colores. Toda la porquería que vaciaban los pozos vertía en él, para bajar después, directa al gran Ebro.

Micaela se hallaba por completo desorientada en las tortuosas callejuelas; en su bosque podía moverse con los ojos cerrados, llevada por los olores y los sonidos, las indicaciones en forma de musgo, de árboles muertos. Pero aquí sus sentidos se embotaban por culpa del exceso, era incapaz de encontrar matices para identificar rincones o formas de edificios.

Iba Micaela a encaminarse calle abajo cuando Juana la detuvo.

—Ni se te ocurra ir por ahí, chorlito; los guardias vigilan siempre las puertas de la ciudad.

—¿Entonces? ¿Cómo saldremos?

—Mira; ven.

Seguida por Micaela, la Pelleja se dirigió hacia un desagüe lateral que se adentraba bajo un puentecillo.

—Ayúdame a flotarlo, vamos a intentar montar en eso.

Agarraron una barrica a medio construir, semienterrada en la orilla, que unos críos le habían robado a un tonelero para jugar en el agua. Entre las dos la arrastraron al cauce.

Montaron en la barrica; la corriente del colector las hizo introducirse en la oscuridad, bajo una hondonada de casas. Por no enemistarse con Dios ni con Allah, se encomendaron a la diosa Fortuna.

—Ahora —murmuró la vieja—, silencio. Vamos a cruzar la ciudad por debajo.

23

AQUEL ERA EL DÍA en que la nariz de Micaela iba a comprender todos los matices y maridajes del hedor. De la peste de los curtidos pasaron a la de los deshechos humanos; era la cara oculta de las maravillas y elegancias de Saraqusta. Todas aquellas gentes, de diversas razas, creencias y grados de éxito social, habían de coincidir, antes o después, en enviar sus deposiciones al Ebro.

Al menos el barril flotaba sin hundirse. Llevadas por la ligera corriente, las dos mujeres se acomodaban en él como podían, mirando a un infinito oscuro.

—Hubo un sabio griego —evocó la vieja—, Diógenes el Perro, que pasó toda la vida metido en una tinaja como esta.

Escupió en el agua pestilente.

—Los hombres y su estúpida necesidad de demostrar algo.

La voz de Micaela pareció acompañarlas sobre el río, flotando.

—Juana, antes dijiste que... que sabías que llevaba toda la vida escondiéndome de Lacruz.

—Fui yo misma, Micaela —respondió la vieja, y el eco en su tono resultó de una ternura insólita—, quien aconsejó que se te escondiera del mundo, en un bosque. Estabas recién nacida, apenas, y ya te perseguían.

Al torrente de preguntas de Micaela sobre el porqué de aquello, sobre su nacimiento, sobre la muerte de su madre, la vieja opuso un empecinado silencio; no la ablandó ningún ruego, quizá por eso la llamaban la Pelleja.

—Cuanto hayas de saber está en la playa. Esos secretos, niña, no me pertenecen. Yo tengo mi propia deuda con —aquí se detuvo un instante, y se fue la mirada— el hombre de los nueve dedos.

Micaela imaginó a su padre corriendo con ella entre los brazos, atravesando el bosque, desesperado, mientras buscaba un lugar donde ocultarla.

Le subió un ahogo a la garganta. Temió que, después de haber luchado por olvidarle, el rostro de su padre hubiera comenzado a desdibujarse en su memoria. Quiso atrapar los pequeños detalles; las arrugas en los párpados de abajo, los pelos grises y alargados en las cejas.

Se reflejaba la sombra de la Pelleja en el agua, mientras contemplaba las aguas opacas. En el fondo de aquel universo vislumbró un recuerdo muy antiguo, con el rostro de Mathías Nuevededos. Fue como pescar una moneda de oro en lo más oscuro de un pozo.

—Esa —dijo Juana— fue la última vez que le vi. En aquel momento tuve la impresión de que no volveríamos a encontrarnos. No es que él me dijese mucho, siempre fue de pocas palabras. Se había enamorado.

Micaela se quedó sorprendida.

—¿Enamorado? Nunca había pensado en mi padre *así*.

—¿Así?

—Como un hombre...

—... con vida propia —dijo Juana terminando la frase.

—Sí. Capaz de enamorarse.

Como si rezurciera poco a poco el jubón que ella misma le había descosido, Micaela volvió a vestir al Nuevededos de una cierta dignidad.

Quizá, se dijo la comadreja, no fuera tan torcido, ni tan cobarde, ni tan sanguinario. O, qué importante este matiz, puede que quizá lo fuera, sí, pero no solamente.

La vieja sonrió en la oscuridad.

—Ningún hijo —murmuró— repara en la secreta vida interior de sus padres; no advierten que tienen sus secretos, sufren, desean... Se enamoran. Tienen hacia los padres una eterna ceguera.

Ella, que había conocido la maternidad, sabía esa verdad cierta, incontrovertible. La sabía a pesar de que siempre se mostró más preocupada de satisfacerse que de entregarse: nunca fue una buena madre —cuidó de sus hijos apenas lo justo para que pudieran valerse por sí mismos; y, previendo que un día volarían, decidió volar ella primero.

—¿Qué fue de él, Micaela?

No hubo respuesta; quedaron largo rato en silencio. Nada más hizo falta para que Juana comprendiera.

—Está muerto —dijo mirando hacia el agua turbia.

Flotaban las dos en un vacío negro y lleno de texturas repugnantes, de modo que no pudo saber Micaela cómo afectaba esta noticia a la Pelleja; la oscuridad les impedía verse.

—¿Tienes algún santo al que rezarle, niña? —susurró de pronto la Pelleja—. Esto no será como cuando un pájaro te caga encima; que Dios nos asista. Chsss, no hables ahora. Estamos bajo las letrinas del puerto.

Pasaron por debajo, en efecto. Las tales letrinas no eran más que unas tablas en el muelle, con agujeros. Micaela distinguió con horror un par de sombras, arriba, que se interponían entre la luz de la mañana y los agujeros.

Micaela miró a Juana, espantada. Oyeron caer las deposiciones en el agua, muy cerca, y cómo, arriba, en el muelle, charlaban dos desconocidos de esto y de aquello, mientras vaciaban el vientre uno junto al otro, ignorantes de que bajo ellos pasaban las dos fugitivas de la torre de Saraqusta.

Allí, en el lugar más repugnante de la ciudad, la esperanza le pareció a Micaela inasequible, tan delicada como el hilo de seda de los gusanos de Khamal. Supo con certeza que toda su vida habría de ser esto: navegar a lomos de una frágil barquichuela a través de aguas negras, temiendo siempre perder todo asidero; sin luz, sin salida, a punto de sucumbir en cada instante. Ante el

hecho irrefutable de que el pobre ser humano apenas tenía capacidad de reacción frente a los avatares de la vida, una pizca de ilusión se le hizo a Micaela tan necesaria como la salud o el oro, como la juventud y el vigor. Una mínima esperanza.

En ninguna de estas cosas había reparado la comadreja, pensado siquiera, mientras tuvo una vida regalada en el claro del bosque, donde todas las responsabilidades recaían sobre su padre. Desde que había comenzado aquel viaje, Micaela solo se había conocido en las circunstancias adversas. No le costó nada, de pronto, comprender al griego que vivía en un barril, en el último y asqueroso reducto del mundo. Solo donde ya resta el más absoluto vacío se puede entender el brillo que desaparece. Es donde ya no queda nada de uno mismo, que se puede encontrar algo. En aquel lugar, el más repugnante de la ciudad, sintió una belleza delicada y singular. Trató de retenerla, como quien envuelve una perla en el puño.

24

DIVISARON UNALUZ AL FINAL DEL TÚNEL. Se acercaban al exterior.

Una corriente que entraba atrapó la improvisada barquita como si fuese el juguete de un crío.

—Atiende —dijo la vieja, presurosa—. No es fácil llegar a la playa.

Cuenta la leyenda que fue entonces cuando Juana la Pelleja susurró a Micaela los detalles sobre cómo llegar a la playa de los hombres de piedra.

De nuevo a la luz del día, flotaban las dos bajo la mañana azulada. A su alrededor un ciento de barcas atadas entre ellas esperaban dispuestas para la fiesta del río, adornadas con flores y velas sin encender. Irás aquí, le explicaba la vieja; y luego allá; a la derecha, después; allí tendrás que bordear

la montaña a través de un camino estrecho; luego, en el cruce...

Cuando terminó se iluminaron los ojos de la Pelleja.

—Detrás está la playa, a la que solo puedes acceder por un caminito que practicamos nosotras mismas.

La barrica quedó frenada por una de aquellas cuerdas que ataban las barcas. Micaela se inclinó y trató de remar con los brazos hacia la orilla. El reflejo del sol se columpiaba en la superficie y allá abajo les seguía, fiel, la sombra de la barrica acariciando los sargazos oscuros. Sobre aquella sombra se dibujaban, asomadas, las de las dos mujeres, la joven y la vieja.

Pronto alcanzaron la orilla. La barrica quedó encallada en el limo.

Juana tendió su mano a Micaela para ayudarla a bajar.

—La guardia no nos buscará en el puente —dijo—, pero aun así, haremos bien en escondernos.

Micaela apretó su mano, pero no se bajó de la barrica.

—Aquí nos separamos, Juana. Tengo que volver.

—¿Volver? ¿Volver adónde, insensata? ¿Vas a meterte otra vez en la medina?

—Por donde hemos venido, sí. Todavía tengo una cosa importante que hacer.

En los ojos de Micaela flotaba la incertidumbre del porvenir. Qué va a ser de mí, parecía preguntarle la muchacha con los ojos. ¿Cómo voy a armar una vida?, ¿cómo construirme a mí misma, Juana, si ni siquiera sé quién soy?

Impelida por las preguntas de esos ojos, cuya respuesta ni siquiera estaba segura de conocer, Juana la Pelleja acarició la cara de la comadreja.

—Tienes los condenados ojos de tu madre. Micaela, ¿no sería mejor quedarte en Saraqusta? Puedo enseñarte mi negocio. Piénsalo: ¿no sería mejor abandonar?

Micaela observó con dulzura el mapa de aquella mejilla, los viejos caminos que surcaban la piel de la Pelleja.

—Abandonar sería más fácil, Juana, pero no mejor.

La de los mil venenos no pudo sino agachar la cara y asentir, vencida al fin. Rio de buena gana.

—¿Recordarás las instrucciones para llegar a la playa?

—Sí. Tengo buena memoria.

—Es un lugar muy particular —dijo Juana, melancólica—. En fin, no es más que una playa, pero... es cierto lo que dicen de ella; vivir allí fue lo más parecido que he conocido a sentir la plena libertad.

Aquí le clavó los ojos fríos, de vieja rata avisada.

—La libertad suele cobrarse un precio, Micaela. Y nunca un precio barato. Y mirándola aún, forzada a revelarle una última verdad, añadió:

—Es posible... que no te guste lo que encuentres cuando llegues a la playa.

Micaela sintió un vacío en el estómago, el vértigo del miedo.

Puso su mano en el delgado brazo de la vieja.

—Gracias.

Y dio la vuelta para volver de nuevo a la ciudad, río arriba, decidida a zanjar un asuntillo que tenía pendiente.

25

LA CASA DEL CAPITÁN KHAMAL BEN HUD ALANQAR PERMANECÍA EN SILENCIO, a pesar de que los esclavos se habían levantado con el primer canto del gallo. Procuraban no hacer ruido en sus quehaceres, la noche había sido movidita y el amo dormía todavía. Había corrido la voz, «¡Qué aventura la de anoche!». A la muchacha que el capitán había traído se la habían terminado llevando los soldados, de madrugada. Ninguno de los esclavos se extrañó demasiado. «Vaya con el capitancito», decían envidiosos. «Caray con los fuegos del joven Khamal». No había mujer hermosa en Saraqusta que no hubiera pasado por aquella cama, pero nadie recordaba que ninguna hubiera tenido que pagar con la vida. Bien, de una cosa estaban seguros: no sería la última.

Aisa se hallaba en las cocinas, conciliando el menú con la cocinera cordobesa, cuando los criados vinieron a avisarla.

Khamal dormía, boca abajo y desnudo sobre las sábanas de seda, cuando Aisa tocó en la puerta de sus aposentos privados. Dio un gruñido el capitán.

—¡Dije que no me molestaran!

La pésima noche se cobraba ahora su precio, le dolía la cabeza. Solo de pensar en el condenado cordero le revolvía el estómago.

Aisa abrió la puerta y entró.

—Khamal, han venido unos soldados. Tienen noticias para ti, y traen a un prisionero.

—¿Un prisionero?

Volvió a renegar el capitán, revolviéndose en la cama, mientras ella se dirigía a la ventana abierta.

—La noche estuvo fresca, cogerás un resfriado.

—¿Qué quieren? ¿Por qué traen un prisionero a mi casa?

Aisa cerró la ventana.

—No lo sé, al alba hubo mucho escándalo. ¿No oíste los ruidos?

—No oí nada —dijo él estirándose—. Hazles pasar.

La esclava inclinó la cabeza y regresó hacia la puerta. Khamal notó que apenas le había dedicado una mirada.

—Aisa.

Ella se detuvo antes de salir, y él dijo:

—Colaboró con Raspa el bandido. Lo dejó escapar.

—¿Esa —respondió ella rígida, sin volverse— es la excusa que te has contado a ti mismo?

El capitán levantó el mentón, orgulloso.

—Es la verdad.

Pero en alguna sílaba de aquellas palabras vino a escapar un ligero, casi imperceptible temblor.

Todavía sin mirarle, Aisa añadió:

—No soy quién para juzgar tus actos, Khamal. Solo Allah puede. ¿Tú crees que Allah aprobaría lo que hiciste anoche?

Alanqar se levantó de la cama, agarró el orinal y se puso a orinar delante de ella.

—Tienes razón —dijo—, no eres quién. Diles que pasen.

Aisa cerró tras ella.

Terminó Khamal de aliviarse. Fue hasta la ventana, tomó un limón y dio un mordisco mirando hacia los tejados de Saraqusta. Una nube ocultó de pronto el sol.

¿En qué momento, pensó para sí, se había ablandado su corazón? Lo de la muchacha del lobo le había afectado, no podía negarlo; pero ¿acaso un águila debía sentir remordimientos cuando se abalanzaba sobre un ratón? Él, no obstante, que conocía mejor que nadie la necesaria sumisión de la mujer a los deseos del hombre, no se sentía satisfecho. Se sabía por encima del leopardo enjaulado al que se alimenta, y que solo debe abrir las fauces para recibir carne matada por otros. ¿Acaso no le llamaban el Cazador? ¿No hacía él, sin más, aquello que mejor se le daba?, ¿aquello para lo que Allah le había facultado? Y creía en verdad que con esta actitud le daba placer a Dios.

Entonces, volvió a preguntarse el capitán Alanqar mirando los tejados, ¿por qué tenía aquel peso sobre el corazón? ¿No es verdad que esto mismo que le había hecho a la joven Micaela se lo había hecho a decenas, a otras tan inocentonas como ella? Cumplía con su papel en el mundo y a ellas las hacía cumplir con el suyo.

Entonces, ¿por qué no le había dejado dormir aquel sentimiento pesaroso? Pensaba y repensaba dónde pudiera estar el problema, y no le daba respuesta.

La nube que atravesaba el cielo siguió su camino y el sol volvió a iluminar la ciudad blanca. Khamal ben Hud Alanqar levantó la barbilla y enfrentó la mirada que, desde la lejanía, le enviaban las estrellas, ahora invisibles. ¿En qué condenado momento, se preguntó, había dejado que los ojos dulces de una jovencita apesadumbraran su corazón de hombre? «Me hago viejo», pensó con una sonrisa.

El sol se enseñoreaba de todo, subía despacito. Seguramente a aquella hora la cabeza de Micaela hubiera ya caído en la cesta del verdugo, y Khamal ben Hud Alanqar agradeció que hubiera desaparecido por fin la única persona que había sido testigo de esta momentánea debilidad suya.

Respiró hondo. «Vendrán otras —se dijo— que borren este recuerdo».

Sintió, como de costumbre, que era suya la ciudad. El rocío disolvía las sombras de la noche y empezaba un mundo nuevo. La luz del sol declaraba limpio al hermoso Alanqar, el cazador, que, con el beneplácito divino, ocupaba el escalón más alto. Todo tornaba a su lugar: era joven y poderoso, el mundo le pertenecía.

Para recibir al soldado como reciben los reyes, se sentó, masticando indolente.

Iba a darle otra mordida al limón cuando sintió en la espalda la punta afilada de un cuchillo.

—No te muevas o te ensarto —dijo una voz de mujer detrás del sillón.

A Khamal le costó un instante reconocer la voz de Micaela.

Cuando hubo superado la sorpresa, replicó:

—¿Crees que un cuchillito en la espalda puede retenerme aquí sentado?

—Prueba, Khamal —dijo ella apretando la punta contra el omóplato—.

Prueba a moverte, a decir algo ante tus soldados, y te atravieso el corazón.

Nada dijo el capitán, no se movió; tragó la amarga saliva, atenazado por un miedo al que estaba poco acostumbrado.

Llamaron de nuevo a la puerta y asomó Aisa. Hizo pasar a tres soldados; dos de ellos traían consigo, maniatado, a Beltrán Cuervo.

El primer soldado se plantó ante Khamal ben Hud Alanqar. Era un joven imberbe, recién llegado a la guardia; no contaría ni quince años.

—Mi capitán, tengo malas noticias.

Aisa cerró la puerta para dejarles solos.

Khamal estaba a punto de hacerles una seña acerca de su situación cuando sintió que Micaela apretaba la punta del cuchillo contra su espalda. Quedó en silencio, mirando al prisionero. La cara de Beltrán Cuervo, hinchada por el flemón y los golpes, era la de un fenómeno. Daba la impresión de que, si alguien le pinchaba con un alfiler, iba a reventarle la mejilla.

—Allah misericordioso, ¿quién es este imbécil?, ¿y qué le habéis hecho en la cara?

—No hemos sido nosotros, mi capitán.

Comenzaba a temerse Alanqar *quién* pudiera estar detrás de aquello, y suspiró pensando en Micaela, a punto de perforarle los pulmones.

—Creemos —prosiguió el joven soldado— que, ayudado por otros, este

hombre incendió anoche dos carrromatos, uno en cada extremo de la ciudad, mi capitán. Se trataba todo de un plan organizado para sacar de la prisión a la chica que encerrasteis anoche.

Rugió Beltrán Cuervo.

—Yo no sé de ningún carrromato incendiado. Fui a sacar de la jaula a la rata de Micaela, pero valiéndome solo de mis cojones. Me metí en vuestra prisión de mierda abriéndome paso como se abren paso los hombres.

—Cállate —interrumpió Khamal, poco atento a las palabras y muy pendiente del cuchillo en su espalda.

Khamal preguntó al soldado:

—¿Es cierto eso que cuenta?

—Lo de meterse en la prisión sí, mi capitán. Se abrió camino a espadaos hasta el sótano; tenemos a varios heridos, y ha matado al germano. Han huido algunos presos de la jaula; ahora mismo estamos peinando la medina.

Khamal apretó los dientes.

—Llévate a esta escoria que tan orgullosa está de sus huevos y córtaselos. Luego haz que se los coma y empálalo vivo, quítalo de mi vista.

Se cuadraron los guardias.

—Vos... —preguntó el joven soldado, extrañado—. ¿no venís?

—Iré... —aquí se revolvió en el sillón, atento al cuchillo— en cuanto pueda.

Agarraron a Beltrán Cuervo y lo empujaron hasta la puerta. El canalla iba a decirle al capitán lo que podía hacerle en el culo cuando Khamal les llamó.

—¡Soldado!

Se volvieron los hombres.

Khamal arqueó las cejas, sintiendo que iban a dejarle solo con aquel cuchillo en la espalda, desamparado. Les hizo gestos con los ojos.

—Mi capitán, ¿estáis bien?

Micaela apretó la punta contra la espalda de Khamal. El desgraciado tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por disimular.

—Estoy... —dijo apretando la mandíbula— perfectamente.

Volvieron a saludar los hombres, firmes, y acabaron por llevarse al asesino.

Salieron y cerraron la puerta.

Agarrado a los brazos del sillón, temblaba Khamal, de furia y de miedo.

—Micaela, yo...

Asomó ella por detrás, le puso el cuchillo en la garganta. Qué fácil sería degollarle, bastaba con deslizar el cuchillo y abrirle el gaznate para dejar escapar toda aquella sangre infecta.

—Khamal —murmuró Micaela en su oído—, antes de que te corte el cuello, dime por qué.

—¿Por qué? —balbuceó él sin comprender.

—No fue lo peor que me abofetearas, malparido; que ordenaras que me condujeran desnuda por esta ciudad podrida; que me encerraras, que ordenaras mi muerte.

Le fue imposible contener todo aquel dolor que se le escapaba de la boca.

—Anoche... Me engañaste.

—Micaela, escucha...

Ella apretó el cuchillo, le costaba horrores no acabar ya, no matarle allí mismo. A pesar de que se había pasado la noche llorando por él, volvieron a salir más lágrimas.

—Confíe en ti —le dijo furiosa—. Creí en tus palabras, ¡en tus miradas!

—¡Y no mentía! —replicó él—. Todo lo que te dije era cierto, todo lo que sentía por ti era cierto, Micaela.

Micaela quedó espantada; parecían tan reales sus palabras, tan ciertos sus sentimientos... O era el mayor mentiroso que hubiera pisado bajo el cielo, o en verdad este hombre egoísta y mezquino creía lo que decía.

Qué triste, qué asquerosamente triste le pareció de pronto a Micaela el corazón de Khamal ben Hud Alanqar. El maldito de él creyó amarla durante un rato, y, durante un rato, se entregó a ella en cuerpo y alma; con tanta intensidad, al menos, como luego se afanó en despreciarla. Tembló dentro la herida de Micaela, todavía en carne viva. ¿Era acaso esta, se preguntó asqueada, la forma en que entendían el deseo los hombres, capaces de entregarse durante un instante al amor; y, en la misma medida, capaces de hacerlo caer todo en el olvido nada más desahogarse?

El corazón dolido de la comadreja creyó tan grande la brecha entre un hombre y una mujer que no parecían pisar el mismo mundo; y aunque la razón de Micaela trataba de negarlo, se había corrompido sin remedio no ya su idea

del amor, sino la posibilidad de interpretar esa otra parte de la humanidad que eran los hombres. Llevada por su dolor los juzgó egoístas e ingratos; conducidos por el celo, como las bestias, verdaderos animales incapaces de entender nada, mentirosos; y todavía les hubiera despreciado más de no haberse quedado corta de adjetivos.

Micaela rabiaba. No imaginó las mujeres que de seguro habían pasado por aquella cama, sino las que vendrían luego. A cuántas engañaría Khamal con poemas y estrellas; cuántas lágrimas estaban destinadas a verterse en aquel dormitorio. Y estimó que podía ser aún peor: cuántas lágrimas estarían derramándose a lo largo del mundo ahora mismo, por culpa de otros tantos mentirosos.

Le temblaba el pulso, iba sola la mano empuñando el cuchillo, decidida. Este mundo, estaba segura, sería un sitio mejor sin alguien como Khamal en él.

—¿Por qué lo hiciste?! —gritó Micaela a punto de degollarlo.

Y él, viendo quizá que no tenía ya sentido mentir, que la hora de su muerte estaba próxima, dijo sonriendo:

—Porque podía.

Como si las palabras la hubieran abofeteado, Micaela tuvo que contenerse para no apuñalarle mil veces. Temblaba de rabia y de pena; de asco.

—Sigo viva, Khamal —le dijo al oído—. Seguiré viva cuando tú seas solo un despojo.

Y levantó rugiendo la otra mano, con la que estaba sujetando el orinal lleno, y se lo estampó en la cabeza al capitán Alanqar.

Cayó al suelo, inconsciente y bañado en su propia orina.

Detrás fue el orinal de oro, abollado en un extremo.

Micaela lo miró desde arriba.

—Allah es bello —dijo— y ama la Belleza, pero tú ya no podrás verla, Khamal.

Se arrodilló y, aferrando el puñal, le agarró por el pelo y le sacó los ojos.

NADIE DIRÍA, A LA VISTA DE AQUEL CIELO, que la madrugada anterior hubieran ocurrido tales tragedias. En el jardín, al pie de la ventana del dormitorio de Khamal, Micaela miraba hacia arriba, donde, pocas horas atrás, lucían las estrellas. Las nubes se deshilachaban sobre el azul celeste; era todo tan hermoso...

Nada más cumplir su venganza se había descolgado por la pared la comadreja, en busca de su hatillo y su media espada. Él los había tirado allí anoche; pareciera que de eso hubieran pasado cien inviernos.

No los halló al pie de la ventana, para su desgracia; se los habría llevado cualquiera. En contra de lo que ella misma hubiera esperado, no lo sintió tanto por la espada rota, única defensa con que contaba, sino por la figura en madera que le estaba haciendo Mathías antes de morir.

Recordar la comadreja a medio tallar la devolvió a los días del claro, en su infancia, y eso dulcificó el rencor que ahora sentía por él. Quizá, se dijo, pasaran así todos los odios, todos los malos recuerdos, al alejarse de la verdad que representaron. Convertidos de negros a gris merced al paso del tiempo, acabarían un día tintados de blanco, idealizados. Quizá, se dijo Micaela, fuera eso envejecer: ir apaciguando los recuerdos hasta convertirlos en mentiras.

Se disponía a encaramarse de nuevo y acceder al tejado para irse por donde había venido, cuando una voz a su espalda la hizo detenerse.

—¿Lo has matado?

Micaela encontró a Aisa. El pelo rubio de la esclava refulgía al sol de la mañana. Sus ojos, en cambio, estaban mortecinos, ensombrecidos por la pena.

—No lo he matado —respondió Micaela—, pero le he hecho algo peor. Está arriba, inconsciente; deberías llamar a un buen físico.

Aisa agachó la cara. Era de una dignidad tal que las lágrimas no quisieron romper su decoro, y se negaron a salir.

—Supongo —dijo— que si Dios ha permitido que ocurriera, es porque era inevitable.

Traía con ella el hatillo de Micaela, la espada rota.

—Recogí tus cosas anoche, cuando te llevaron. Creí que no iba a volverte a ver nunca más y me dio pena no conservarlas.

Micaela metió la espada en el hatillo y se lo echó a la espalda.

—Gracias.

Pensó que había tenido mala suerte aquella mujer hermosa e inteligente, dignísima. En otra vida, con mejor fortuna, Aisa no habría desentonado como reina.

—Voy a la playa de los hombres de piedra, Aisa —le dijo.

La esclava la miró por fin, conteniendo las lágrimas todavía.

Micaela añadió, como si insistiera.

—En ese viaje hay sitio para ti.

Aunque el rostro de la esclava seguía aparentando que no ocurría nada, se le vidriaban los ojos. Suspiró largamente, miró hacia el cielo y, aunando fuerzas, cerró los párpados.

—Sería bonito —dijo.

—Vente, Aisa. Ven conmigo. Este mundo es pequeño para ti, cualquiera podría verlo.

—¿Pequeño? —respondió Aisa, extrañada—. Y qué grande me resulta a mí, en cambio.

Micaela la tomó de la mano. Retrocedió trayéndola consigo.

—Vamos. Solo hay que dar un paso. Un paso, Aisa, y estarás caminando el resto de tu vida.

La esclava no se movió. Se amontonaban las lágrimas en sus ojos, luchando por no caer mejillas abajo. A Micaela le pareció más alta que nunca; enorme. Resaltaba el lunar negro sobre la piel, tan blanca.

—¿Aisa? —dijo Micaela, llamándola como si quisiera hacerla venir de ese otro mundo en que ahora se debatía.

—Es tarde para mí, Micaela.

—¿Qué dices?, ¿qué bobada es esa? ¿Tarde para qué?

—Tarde para empezar nada.

—Eso es una tontería, Aisa —dijo Micaela tirando de ella otra vez.

Pero era una estatua; inamovible. No conseguía que diera un solo paso. La mirada de Aisa estaba llena de miedo; era tan incapaz de moverse como el

pajarillo acostumbrado a la esclavitud, al que le abres la puerta de la jaula y no se permite salir volando.

Micaela quedó quieta, mirándola desde abajo.

—No sabes lo que eres en verdad —le dijo, apenada.

Y Aisa replicó:

—Soy una esclava.

Cayó por fin una lágrima, la roca pesada que se llevaba con ella a las otras lágrimas.

Aisa tomó la mano de Micaela y, estremecida por el descubrimiento que acababa de hacer, murmuró:

—Nunca, en toda mi vida, había tenido una amiga.

Sonreía. Luchaba por no llorar y sonreía.

—Te deseo la mejor de las suertes, Mikayila.

No parecía una reina, no; era una diosa.

—Lo mismo te deseo a ti, Aisa.

La esclava se dio la vuelta y, como flotando sin prisa, investida de una gran majestad, regresó al interior.

Se disponía Micaela a escalar el muro cuando recordó algo. Fue a preguntarle a Aisa si era ella la que, en un pequeño acto de rebeldía, grababa los peces cristianos en las paredes de su amo, pero ya había desaparecido, perdida en los pasillos.

Micaela suspiró.

Ya no volvió a mirar atrás. La más hábil de las comadreas trepó hasta lo alto del muro.

En la casa, mirando a través de la ventana, Aisa creyó que se le rompería el corazón. Cerró los ojos para no contemplar cómo Mikayila escapaba por el tejado, en dirección a una nueva vida.

EL ALMINAR SE PERDÍA EN LA NEBLINA, y su silueta azul sombreaba la Bab al-Qiblath, la puerta que daba nombre al cementerio del este. Aquel era un gran campo, lleno de vegetación y pequeños árboles. Solo se diferenciaba de un labrantío cualquiera en que, cada poco, un montoncito de piedras señalaba dónde descansaba un cuerpo.

Era allí donde habían quedado en reunirse, pero en la neblina era difícil ver a pocas varas de distancia. Avanzaba Micaela, pegándose al muro como una sombra más, cuando algo la obligó a detenerse al resguardo de un árbol.

Asomó la cara, sin dar crédito todavía. Las pupilas de Micaela se fascinaron; pensó que serían espectros.

Pequeñas llamaradas de color azulado flotaban sobre las tumbas; desaparecían y volvían a aparecer. Cuando, sin querer, se tocaban entre sí, temblaban y rebotaban hacia atrás.

La niña que Micaela llevaba dentro deseó tocarlas y avanzó con la mano extendida. Las luces dieron una pequeña espantada y se alejaron unos pasos; algo tenían de libélulas. En su intento de apresar a una de ellas, la comadreja tropezó y acabó rodando colina abajo, hasta que dio con la cabeza en uno de aquellos pequeños túmulos.

Quedó desconcertada por un momento; se llevó la mano a lo alto, dolorida.

Acordándose de los muertos de todas aquellas luces, Micaela trataba de incorporarse cuando alguien la ayudó a levantar.

—No hay que seguirlos —dijo el fraile en un susurro—. Son peligrosos.

Al verlo vivo, Micaela tropezó de nuevo y dio con sus huesos en la tierra.

—¡Veremundo!

El fraile señaló las luminarias azules.

—A los fuegos fatuos les gusta dirigir a los caminantes hacia un mal paso; pero no hay en ellos verdadera maldad, lo hacen solo porque se aburren.

Micaela temblaba, desconcertada; pues si bien le había visto morir ante sus ojos, no era menos cierto que ahora estaba allí, respirando ante ella. Su rostro se veía más ojeroso y pálido que de costumbre, pero había desaparecido la herida en el pecho; ni siquiera se advertía el agujero que le había hecho la daga mora.

—Son almas bajas —añadió—. En vida solo se ocuparon de los placeres y jamás miraron a lo alto, por lo que han quedado prendidas de sus cuerpos. Nunca podrán despegarse de la tumba que ocupan.

Como si hubiesen notado que estaban hablando de ellas, las ofendidas luces se alejaron hasta un par de *qubbas*, dos sepulturas gemelas techadas con una pequeña cúpula.

El fraile le hizo una señal.

—Ven.

Veremundo se dirigió hacia las criptas, espantando el corro de fuegos fatuos como si fuesen un enjambre.

—Ahí duermen los espectros de dos *Taābi'un*, hombres santos. Se dice que vinieron de Oriente y fueron compañeros de Mahoma; gente de todo el Al-Ándalus viene en peregrinación a visitar este sitio. Es lugar sagrado. ¡Micaela!, ¿vienes o no?

Agachando la cabeza, accedió a una de las *qubbas*. Micaela no estuvo segura de querer ir tras él, recelosa; hasta que la curiosidad fue más fuerte que la inquietud e hizo lo que la prudencia le desaconsejaba a gritos: entró.

28

PARECÍA DE SENCILLA CONSTRUCCIÓN; en el centro estaba la sepultura, solo adornada con una discreta columna triangular.

Olía a perfume.

—Son flores y ungüentos —dijo el fraile señalando en derredor— dejados aquí para obtener el favor de los *Taābi'un*. La gente les trae muchos regalos, por la cuenta que les tiene.

La sepultura estaba llena de objetos, botellitas, vasijas; también había

comida dispuesta sobre ricas alfombras y paños de lino.

Micaela observó cómo, de la nada, caían sobre las ofrendas unas gotitas oscuras. Miró al techo, extrañada, pero no encontró su origen.

El ojeroso fraile acercó su cara hasta ella. Su voz adquirió un inusitado tono grave; murmuró:

—Cuando entierran a alguien en este cementerio, Micaela, los *Taābi'un* acuden y le muestran a la persona muerta dos visiones: en una, se está quemando en un infierno de fuego; en otra, descansa en el paraíso. Durante un instante, el muerto está en ambos, en el mejor y en el peor de los destinos. ¿Comprendes? Al mismo tiempo en el Cielo y en el Infierno.

Cayeron más gotas al suelo, tintándolo de rojo. Micaela se sintió mareada. No fue hasta que se palpó que descubrió que el golpe le había abierto una brechita en la frente.

—¡Muchacha! —exclamó Raspa, el bandido.

—¡Mediaespada! —masculló Martín Torres.

Las voces de dos hombres hicieron dar un respingo a Micaela; se volvió hacia la puerta, por donde ahora entraban sus amigos.

Rieron. Al verse por fin reunidos se vieron invadidos de gran alegría. El rey de las montañas hubo de contener el impulso de tomar a la chica por los brazos.

—Nos dejaste preocupados. Rediós —dijo examinándole la frente—, ¿estás herida?!

—Estoy bien, majestad. —Sonrió Micaela quitándole importancia.

Su mirada tropezó con la de Martín Torres.

Fue ver al hombre del lobo y sintió que un inesperado buen humor le asaltaba el corazón.

Este, sonriendo también y con las manos en jarras, disimulaba la mucha felicidad que le provocaba verla a salvo. De buena gana la habría besado.

—Te vimos entrar aquí, dando tumbos, y te seguimos. Me alegro de verte, Mediaespada. ¿Arreglaste tus asuntos pendientes?

Sentía ella vergüenza de lo que había ocurrido con el capitán Alanqar, y fue incapaz de responderle. Martín, que tenía el poder de verla por dentro, advirtió que había algo diferente en Micaela. Y no era solo que la huida de la prisión y las peleas la hubiesen cubierto de hollín o moratones; ni que tuviera

roña desde la uña del dedo meñique hasta los párpados. Una luz se había perdido allá, en el fondo de los ojos añiles de Micaela.

Ajena a esta reflexión, se giraba Micaela buscando al fraile, que había desaparecido tan misteriosamente como había venido.

Resonó la voz de Raspa, haciéndola volver.

—Me cago en san Miguel, san Gabriel y las demás putas, ¡qué festín!

Había descubierto la comida, las ofrendas que la gente había dejado para los *Taābi'un*. Apartó vasijas y frascos; cogió uno de los paños de lino y lo sacudió en el aire, dispuesto a meter en él todo lo que fuese comida.

Micaela le detuvo con el solo tono de su voz.

—Majestad.

Y añadió, implorando:

—No.

Quedó perplejo el bandido.

—¿Qué? ¿Por qué no? En cuanto abandonemos la prosperidad de Saraqusta volveremos a sentir la mordedura del hambre, muchacha. La comida es para los vivos. ¡Los muertos no la van a echar de menos!

—No es comida, señor —replicó Micaela—. Esas son las esperanzas de mucha gente.

Martín Torres nada dijo, pero ladeó la sonrisa: quizá no se hubiera apagado del todo la luz en los ojos de Micaela.

—Esperanzas —murmuró el rey—. Las esperanzas no alimentan a nadie.

Les metió prisa Martín; tenían que marcharse.

Raspa echó un rugido por lo bajo; resopló e imprecó a todos y cada uno de los miembros del santoral mientras, de mala gana y aun sabiendo que en el futuro maldeciría este momento, devolvió la comida a donde estaba.

LA LUZ DEL SOL ORILLABA EL CONTORNO DE LOS ÁRBOLES cuando atravesaron el prado lleno de pequeños túmulos. Bajo sus pies, en la profundidad de la tierra, los cuerpos de hombres y mujeres envueltos en finas capas de lienzo dormían todos girados hacia donde nace el sol cada mañana, en dirección a la Meca. Arriba, en el mundo de los vivos, caminaban las tres siluetas. Los hinchados tobillos de Raspa no les permitían ir más rápido, y Micaela ofreció su hombro para que se apoyara en ella.

—Con ese golpe, muchacha, soy yo el que debiera ayudarte a ti.

Martín le había practicado a Micaela una cura improvisada, envolviéndole la cabeza con un pedazo de su camisa. Olía a él; dulce e intensamente.

—Otras veces me he abierto la cocorota, majestad, y aquí sigo.

El rey le devolvió una mirada tristonera. No iba el hombre demasiado ufano: desde que habían enterrado al fraile había vuelto su humor torcido; y, si alguna vez sonreía, era para no transmitirle a Micaela este desánimo.

A medida que iban acercándose al río iba humedeciéndose el terreno que pisaban.

El sueño o no sueño que acababa de tener todavía desconcertaba a Micaela; sentía que el universo había tratado de mandarle un mensaje.

De improviso la alertó el cabalgar de un monstruo, y una sombra gris se le echó encima hasta dar con ella en el suelo, por tercera vez en la mañana.

—Quita —gruñó Micaela alegre, acariciándole la cabeza al lobo—. ¡Quita, maldito, me estás llenando de babas!

Sonrió Martín, viendo cómo festejaba la fiera el reencuentro con Micaela.

—No puedo entender por qué le caes tan bien, Mediaespada —dijo.

Allí cerca esperaba el carro, oculto tras la arboleda. Junto al carro, Micaela descubrió que les observaba una mujer.

Ea prostituta llevaba los cabellos sujetos con una pequeña cofia, que dejaba asomar un par de rizos decolorados en las puntas, pues, en Saraqusta, llevarlo de dos colores era la última moda. Apretaba su cuello una gargantilla de cuentas. Adornaba sus manos un dibujo de *henna* con pájaros y flores, realizado aquella misma mañana, en no menos de hora y media, por una esclava del burdel.

—La dama —dijo Martín señalándola con el mentón— ha contratado mis servicios durante una semana. Quiere que la conduzca lo más lejos posible de este caldo de corrupción.

Cruzaron una sonrisa, Micaela y la mujer, que al reparar en la frente vendada, dijo:

—Chiquilla, ¿qué te han hecho? Trae para acá —añadió haciéndole sitio en el carro— que te arregle ese vendaje. Ven.

Se dejó hacer Micaela. Tan cerca de ella, desprendía un calorcito agradable.

—Gracias.

El lobo se encaramó de un salto al pescante y, buscando también el calor de las mujeres, se pegó a las dos. La prostituta temblaba, espantada ante su presencia, y Micaela le preguntó si tenía frío.

—Canguelo es lo que tengo. Lobo *del coño su madre*. ¿A quién se le ocurre?

Martín se agachó junto al riachuelo que los musulmanes llamaban *Bhat Warba* y los cristianos El Huerva y comenzó a llenar varios odres con el agua del río.

Arriba, sobre los árboles, una suavidad azul anticipaba la siguiente fase de la mañana, tornándose gris. Amenazaban unas nubes en el horizonte. Las ramas parecían haberse congelado en algún momento del tiempo, sin avanzar ni retroceder. Micaela se estremeció: andaban todos recogiendo, con la intención de abandonar la ciudad lo antes posible. Ya se iban, cada uno por su camino. Al marcharse el rey Raspa, y en cuanto partiesen Martín y la prostituta, ella iba a quedar sola en aquel camposanto. «Sola otra vez», se dijo.

En estos últimos días, sus aventuras la habían hecho conocer la constante compañía humana, pero Micaela se había criado muy sola, a su albedrío. Trepaba a los árboles en busca de algún huevo en los nidos; se escondía durante horas al pie de una trampa para liebres, procurando ser no solo invisible, sino también inaudible. Eran lentas estas esperas, aunque ella jamás se aburría. Le bastaba estar consigo misma, y era muy capaz de ensimismarse. En estas ocasiones su cabeza podía quedarse prendida en un detalle; en las infinitas y repetidas hojas fractales de un helecho, por ejemplo. Mucha gente no comprende bien el alejamiento voluntario de los ermitaños o las religiosas

que eligen la clausura, pero Micaela tenía algo de esto en su corazón: una tentación de soledad. Si de algo tenía miedo es de que la soledad acabara gustándole demasiado, convertida en un rasgo tan suyo como las cicatrices de sus manos.

El rey de los bandidos pasó junto a Martín, en dirección a su caballo.

—Torres, esto es un cementerio. Los islamitas entierran sus cadáveres directamente en la tierra, sin caja ninguna: las aguas que tan alegremente recoges están mezcladas con jugo de moro muerto.

Martín refunfuñó entre dientes y vació los odres que acababa de llenar.

Al pobre caballo del rey Raspa, que sustituía al perdido en batalla, le entraron sudores fríos al ver acercándose el corpachón del bandido con toda la intención de cabalgarle.

—Hora de irse de este sitio de mierda, no veo el momento. Cada mochuelo a su olivo.

El agua que había derramado Martín volvía a filtrarse sobre las tumbas.

30

SE ESTABA PRESENTANDO FRÍA LA MAÑANA.

Un carro tras otro iban atravesando el viejo puente de piedra que daba acceso a aquella puerta de la ciudad. Se aproximaba a Saraqusta una caravana de mercaderes, encabezada por un grupo de persas ataviados con lujo; transportaban tesoros de perfumería, tal que el ámbar gris o el aloe. A esos les seguían comerciantes de ojos rasgados, con exóticos condimentos venidos del lejano Oriente, como cardamomo, canela o pimienta negra. Cerraban la caravana humildes cultivadores de las taifas del sur, desdentados y con la piel quemada por el sol, cargando sacos de azafrán y ajonjolí. Un sastre cristiano

iba en último lugar. Flaco, hambriento; acudía a Saraqusta en su atestado carromato como tantos otros: a la llamada de las ricas sedas damasquinas. Anhelaba, como todos ellos, una vida mejor, llena de oportunidades en la rica zona mora.

Bajo uno de los arcos, en el lado contrario al de la puerta de la ciudad, que llamaban arrabal de Atabahas, se movían los cuerpos destemplados de los otros habitantes de Saraqusta. Eran los despreciados, toda ciudad tiene los suyos, que habían pasado la noche arracimados a la sombra del puente; deshechos varios, huérfanos, enfermos, ciegos, sordos, mudos; antiguos soldados mutilados. No podía saberse cuáles serían sus esperanzas, ni si alguna vez las habían tenido, pero se alquilaban al mejor postor a cambio de unas monedas. Podía contarse con ellos para llevar unos paquetes al otro extremo de la ciudad o limpiar de escombros una casa que se había hundido. Para vaciar una fosa séptica, también; darle una paliza al socio que debía una importante suma, o degollar al competidor molesto.

Era allí adónde Juana acudía siempre que necesitaba de manos poco escrupulosas.

Antes, no hacía mucho, también ella había alquilado sus saberes, allí mismo. «Quiero hacer desaparecer a mi marido», le decían. «Échale estos polvos en la sopa y por la mañana estará muerto». «Quiero darle un susto a un empleado mío —le decían—, está acostándose con mi hermana». «Dale este bebedizo y perderá la vista durante tres días». La llamaban Juana, la de los mil venenos, y, tan maltratada por la vida, había elaborado un ponzoñoso sistema moral; pontificaba que en el mundo de los perfumes todo lo que olía a maravilla provenía de sustancias repugnantes —el almizcle se obtenía de la glándula de un ciervo, seca al sol, y el ámbar gris era una secreción del intestino del cachalote—. Era, por tanto, de pura lógica colegir que, para obtener cualquier cosa provechosa de este mundo, uno debía llenarse las manos de mierda. Levantaba un pequeño imperio, pues, con sangre, sudor y lágrimas. De otros.

El dorado del sol lamía las alfombras apolilladas que habían sido aprovechadas a modo de tendales. Entre cuerdas tirantes secaban pescado y objetos que habían estado mucho tiempo en el fondo del río. Relucía el nuevo día, tras una noche que había sido terrible; Juana acudía al puente agarrotada,

rendida de cansancio.

Entre los harapientos que se hacinaban al calor de una miserable hoguera buscó a cuáles escoger para que echaran de algunos comercios a sus dueños, pues pretendía quedarse con todos los negocios de perfumes de Saraqusta.

Y en ello estaba cuando escuchó los cascos de un caballo aproximándose. Conocía al jinete.

Mientras se acercaba, Juana permaneció quieta, fría.

—No voy a decir que me alegre de verte —dijo, y lo llamó por su nombre verdadero—, porque siempre que apareces es para complicarme la vida. ¿Cómo está tu hermano? Oí que andabais apañando el viejo molino, aquí cerca.

—Está bien —respondió Miguel Cirueña deteniendo el caballo ante ella—. Se casó. Va a tener un hijo. Quizás un día se pase a saludaros.

Miguel venía solo; había ordenado a Piojo que volviera con el alguacil, a fin de facilitar las cosas, pues aunque el pobre muchacho le ponía mucho entusiasmo, no hacía sino enredarlo todo.

El jinete no se anduvo con rodeos.

—Me envía Lacruz.

Si el nombre afectó a la vieja solo ella lo supo; hizo muchos esfuerzos por permanecer imperturbable.

—¿Por qué no me visita él mismo, en vez de mandarme a un criado?

Se mantuvo tranquilo Miguel: Juana era Juana; y, por otra parte, Miguel era consciente de que tenía razón: ¿o es que no se había convertido en un lacayo?

—Teme que lo envenenéis solo con respirar el mismo aire que vos. Todavía se acuerda de aquella vez, en Briviesca.

Echó una risita Juana, justo antes de que Miguel Cirueña soltara el mazazo:

—Lacruz está decidido a viajar a *la playa*.

Juana miró hacia el lodo, pensativa. Su desapegado corazón dejó escapar un quejido.

—Qué me importa —dijo sin levantar la mirada.

El rubio echó una reluciente moneda a los pies de la vieja y añadió:

—Hemos hecho un alto en Saraqusta por vos. A Lacruz le dio un mal y tiene medio cuerpo inútil. Cree que la sangre del basilisco podrá curarle.

—Que pruebe.

—Probará, está más que decidido; pero necesita que le deis alguna pócima para enfrentarse al monstruo. Un «veneno entre los venenos», dice.

Los ojos de Juana acariciaban la moneda embarrada a sus pies.

—¿Cómo hará Lacruz para encontrar el camino hasta la playa?

Miguel bajó del caballo y caminó unos pasos hacia la orilla.

—Nos guía una niña. Dice que fue discípula vuestra, que vos le enseñasteis las artes de pócimas y plantas. Se llama Alba.

El viento erizó la piel de la envenenadora.

—Alba —murmuró.

Habían abandonado juntas la playa, la vieja y la niña; a Juana se le había quedado pequeña aquella vida. A pesar de que Alba hubiera preferido quedarse allí, la acompañó, sedienta de los conocimientos que Juana estaba transmitiéndole. No pasó mucho tiempo antes de que, tras conocerla mejor, la luminosa Alba abandonara a la Juana de los mil venenos, incapaz de aceptar sus tinieblas. Tras recorrer juntas muchos caminos, inciertos todos ellos. Alba marchó un día sin despedirse. No habían vuelto a verse desde entonces, ni a saber la una de la otra. De eso hacía siete meses.

La Pelleja apretó los dientes.

—¿Está bien?

De cuclillas, Miguel se lavó las manos en el agua.

—Sí —mintió, por no detallar los mil cardenales que adornaban el cuerpecito de la niña—. Embarazada; si no ha parido en el rato que estamos hablando poco le queda. Es valiente, pero no muy lista. Así hizo Dios con los que tienen coraje: nunca les dio demasiado entendimiento para usarlo. Ha comenzado a enfrentarse a Lacruz, a contestarle. Terminará matándola.

También la Pelleja se agachó, y con aire cansado recogió del suelo la moneda.

—Condenado hijo de su puta madre —farfulló para sí; más irritada consigo misma, quizá, por aceptar el dinero, que con el alguacil por miserable.

Miguel Cirueña notó que a la vieja le temblaba la barbilla mientras miraba el oro, pensativa.

—Os conozco —dijo Miguel, y volvió a ponerse en pie; sacudió las manos mojadas—. ¿Qué andáis tramando?

La vieja tomó la mano del hombre. Estaba húmeda y gélida, como la de los

mueritos.

—Le dirás esto a Lacruz; que solo existe una cosa en este mundo que pueda destruir a esa criatura horrenda: la voluntad de su madre, la que llaman la Negra. No es posible un veneno, pues, pero sí un remedio.

Fue a replicar Miguel y le cortó la Pelleja:

—Tú dile eso, carajo; y que te he dado una receta para repeler al basilisco. Alba es la única que sabrá prepararla. Así el jodido alguacil no podrá librarse de ella hasta llegar donde las «libres».

Miguel asintió.

Juana la Pelleja enumeró al detalle plantas y proporciones para preparar el ungüento. Miguel se esforzó en memorizarlas, e iba repitiendo, palabra por palabra, todo lo que ella le decía.

—Lo tengo —dijo él al fin.

La vieja continuó:

—Mira bien lo que te digo. Cuando lleguéis a la playa, y Alba le prepare a Lacruz la pócima para repeler al basilisco... El perro cabrón de él ya no la necesitará: no le temblará el pulso para degollarla.

Juana apretó la mano de Miguel Cirueña.

—Tú... —dijo, y volvió a llamarle por su verdadero nombre— ¿la protegerás entonces?

Miguel se dio la vuelta sin responder. Subió otra vez al caballo, que bebía en la orilla.

Ella insistió:

—Jura que la protegerás.

Miguel tiró de las bridas, hizo girar al caballo. Comenzó a deshacer el camino, de regreso adonde esperaban Lacruz y los otros; y, mientras se alejaba, respondió al fin:

—Haré lo que pueda, madre. Haré lo que pueda.

RASPA ACARICIÓ AL TEMBLOROSO ANIMAL.

—Se lo afané a un hojalatero —lamentó chasqueando la lengua—; no tiene temple.

Micaela y el mercenario lo ayudaron a subir a la grupa.

Martín se dispuso a regresar al carro.

—Voy a terminar de preparar la partida —dijo.

Raspa y él se despidieron con un breve asentimiento; no hubo más.

Micaela miró desde abajo al viejo y enorme jinete. Sonrió.

—Raspa, el rey. ¿Qué vais a hacer ahora?

No hacía mucho que de buena gana hubiera respondido el Temible: «¡Morirme!». En esta ocasión, sin embargo. Raspa infló el pecho; una pequeña luz había comenzado a nacerle dentro, y, dándose palmadas en el barrigón, respondió:

—Echarme a los campos, vive el diablo. Buscaré algunos canallas que todavía tengan dientes, y reavivaré mi mala reputación.

Desde el carromato cercano, la prostituta contempló enternecida la figura de la comadreja, tan flaca y pequeña, junto al rey descomunal, que le preguntaba:

—¿Y tú, Micaela? ¿Qué piensas hacer?

—Iré hacia el norte. A una playa que llaman de los hombres de piedra.

—¿Ea comunidad de mujeres? —replicó Raspa—. La ayudó a fundar la Pelleja hace años.

—Sí.

—En la playa serás bien recibida, y podrás encontrar la paz; he oído que, nada más pisar la arena, acaban convertidos en piedra los hombres que tienen las manos manchadas de sangre.

Al bandido se le vino algo a la memoria.

—¡La espada! —exclamó—. No habrás perdido la espada del capitán.

—No, la llevo aquí atrás, en el hatillo.

Raspa sonrió. En sus ojos cabalgaron durante un instante los guerreros de

antaño; iban los hijos de Almanzor enarbolando lanzas empapadas en sangre; y los caballeros de Sancho García, con sus espuelas doradas.

Conmovido de pronto, y mirando a la comadreja, dijo el rey:

—Carajo, Micaela, tú hubieras sido un buen... —se detuvo.

—Qué.

—Nada —respondió Raspa quitándole importancia—. Cuídate mucho, hija de Fero.

Sacudió la brida y, pasito a pasito, el caballo emprendió su penoso tormento.

Así fue perdiéndose entre la niebla su figura.

—¡Fera! —exclamó al poco, cuando ya no se le veía, contento de haberle encontrado un nombre.

Poco más cuentan de él las crónicas; su recuerdo se perdió entre aquella neblina. Al no haber constancia, se tiene por cierto que no terminó colgando de un árbol, ahorcado por la justicia, ni fileteado en ninguna pendencia. Quizá cambió de vida y se dedicó a vivir tranquilo los últimos años que le quedaban. O quizás no llegó muy lejos y murió al poco, aquejado de aquel corazón enorme, que obligaba a su cuerpo a retener líquido y convertía sus piernas en odres atiborrados de agua.

—¡Cola de caballo! —gritó Micaela.

Y entre la bruma gris, ya lejos, se escuchó la risa de Raspa el bandido, el Temible, rey de las montañas.

PIOJO CHAPOTEABA EN EL AGUA, feliz. A pocas varas, en la orilla. Alba se lavaba como los gatos: por partes.

—Allí —continuó Raymundo Lacruz— se junta la peor estofa. Piojo.

El alguacil se había bañado ya —jamás desperdiciaba la ocasión—, y ahora se afeitaba mirándose en un cazo bruñido que había colgado de un árbol. No le resultaba fácil con una sola mano sana, pero jamás habría ofrecido el cuello para que nadie le colocara un cuchillo.

Solo el señor Sombra permanecía alejado del agua, echado sobre el verde. Aunque se había tapado la cara con el sombrero y parecía dormir, a Alba le daba la impresión de que aquel zorro estaba despierto y muy atento.

A un par de leguas, parecía mirarles desde la distancia la silueta blanca de Saraqusta.

Piojo preguntó:

—¿Qué es «estofa»?

Lacruz apuraba el afeitado.

—«Estofa» es... Es como... No lo sé, muchacho, qué tonterías preguntas.

Y siguió por donde iba:

—«Libres». Libres mis cojones. Piojo. Una recua de rebeldes peligrosas es lo que son las pécoras de esa playa: una manada descontrolada, que ha roto las vallas de su corral y amenaza con contagiar a las bestias que sí son mansas.

Piojo advirtió que Alba se acariciaba el vientre abultado y que, dándole la espalda al alguacil, se echaba a llorar.

—No es verdad —dijo la niña—. Yo estuve allí. Estuve en la playa, con esas mujeres. No quieren más que vivir en paz.

Lacruz limpió la hoja en el agua de un cuenquito y se rio.

—¿Qué habrías de decir tú, si eres igualita que ellas?

Mirando a Piojo, que estaba sentado en medio del afluyente, con el agua a la altura del ombligo y desnudo, Lacruz cayó en la cuenta de algo.

—Ven, te voy a rapar otra vez, te está empezando a crecer el pelo y se te va a llenar de bichos.

Pasó junto a Alba y la apartó.

—Quita.

La niña se encogió temiendo que le hiciera cualquier maldad, pero Lacruz entró en el agua y fue cojeando hasta Piojo.

El joven exhibía sin recato la joroba, los bultos que se repartían por su

cuerpo; uno de los brazos recordaba a una rama torcida. El día que Dios había repartido el pudor. Piojo no había acudido a la cita, por fortuna para él. De haber sido consciente de sus numerosas deformidades jamás habría podido alcanzar una mínima paz de espíritu.

Apuntalado en el agua sobre la pierna buena, Lacruz fue pasando despacio la navaja sobre la incipiente pelambreira de Piojo, afeitándolo en seco.

—La peor estofa, no te quepa duda —prosiguió el alguacil—. Putas y brujas, que escaparon para juntarse como una piara allá donde la ley no pudiera encontrarlas.

El muchacho se dejó hacer, cabizbajo. A Alba no le pasó desapercibido que temblaba de miedo ante Lacruz. Como todos.

El alguacil volvió a poner cara de asco.

—«Libres». ¿Libres de qué? Eso no es libertad, sino libertinaje. Todo el mundo debe responder ante la justicia. Créeme si te digo, Piojo, que esa semilla peligrosa amenaza con pudrir toda la jodida cosecha. O se ataja el mal de raíz o acabaremos obedeciendo sus leyes, que serán dictadas no en beneficio del bien común, sino al albur de sus caprichitos, pues no conocen ni la inteligencia ni el criterio.

—Mi señor, ¿nadie ha intentado buscarlas?

—Sí, claro, muchos —respondió Lacruz. A menudo le hablaba como a un niño pequeño—. Pero el mundo es demasiado grande, Piojo, y bien se guardaron ellas de ocultarse. Requiere demasiado esfuerzo encontrar a esas *rebelonas*. No valen la pena.

Piojo se giró hacia Lacruz.

—Nosotros estamos haciendo el esfuerzo.

—Sí, Piojo. Nosotros sí.

Desde la orilla, enrabieta. Alba se secó los mocos con el antebrazo. Le caían los lagrimones.

—El señor alguacil. Piojo, necesita de la sangre del basilisco porque... porque...

En la orilla, el señor Sombra levantó el sombrero que ocultaba su cara.

—Niña —le dijo—, es mejor que te calles.

Lacruz la miraba sin decir nada; no pudiera decirse si estaba encabronado, porque la expresión de su boca le hacía parecer permanentemente

encabronado.

Alba continuó la frase.

—Los reyes de Navarra y los califas de Córdoba pagan cada gota de la sangre de basilisco con cien de oro fundido, pues es como un milagro. El alguacil Lacruz cree que, en cierta dosis, la sangre del basilisco puede curar su *enfermedad*, lo único que puede devolverle su cuerpo. Él... Él...

Se incorporó el señor Sombra, esperando la tormenta. «La va a degollar —pensó—. Va a degollar a la niña con la misma navaja con que está afeitando al Piojo».

La barriga le pesaba a Alba como un saco de piedras, estaba dolorida por las torturas; dolorida también por dentro y llena de rabia; pero era de la vergüenza de donde sacaba fuerzas.

—Al señor alguacil Lacruz le atormenta no ser un hombre *completo*.

Pareció detenerse el curso del río, acallarse el mundo.

Como si quisiera saltarse esa parte del capítulo. Piojo cerró los ojos para no ver lo que iba a ocurrir.

Lacruz comenzó a caminar hacia Alba. Nada decía su rostro; allí seguía el rictus grave de costumbre, impasible, pero en la mano aferraba la navaja. Ella no corrió, ni se inmutó, de rodillas junto al río. Se quedó a esperarlo, aterida. Todavía con los ojos cerrados. Piojo se abrazó a sí mismo, espantado ante la idea de que Lacruz iba a destripar allí mismo a la niña, y que el agua en que ahora estaba sumergido iba a volverse roja.

Al llegar junto a Alba, Lacruz se detuvo. Tragó saliva, incapaz de agacharse, pues aquella condenada pierna suya le había abandonado hacía meses.

—Ponte en pie.

No fue por no obedecerle. La niña tenía tanto miedo que se quedó quieta, de cuclillas.

Lacruz la agarró del pelo y la obligó a levantarse.

—En pie, coño, he dicho.

Llevada por aquella garra que tiraba de su cabeza. Alba se vio obligada a mirarle. Notó arcadas ante el olor del tomillo que desprendía Lacruz de cerca.

—Di eso otra vez —le retó él.

Y le puso la navaja en el vientre abultado. Alba dio un respingo, se aferró

a la barriga, espantada.

—Por favor —dijo llorando.

—Dilo. Que no soy un hombre completo; dilo.

—Tengo el remedio contra el basilisco —dijo una voz.

Se giraron todos, alarmados, por si pudiera ser alguien de la patrulla de Saraqusta.

A pocas varas, Miguel Cirueña ataba el caballo a un árbol, ya de regreso.

—La vieja me ha dicho cómo conseguiréis repeler al basilisco.

Miró a la niña Alba, que tiritaba a la orilla del río.

Resulta inexplicable de qué modo pudo el alguacil, impedido y todo, llegar hasta Miguel en dos zancadas.

—¿Y bien? —dijo con los ojos apremiantes—. ¿Te dio el veneno?

—No existe en la tierra veneno que pueda entrar en la sangre de esa bestia.

Esas han sido las palabras de Juana.

El alguacil palideció.

Miguel disfrutó unos instantes de verlo amarillo de ira y desconcierto, antes de proseguir:

—Sin embargo... Me ha dado la receta para un unguento hecho de varias plantas, que alejará al basilisco de vos.

—Qué plantas, di.

—Hay varias, y la cosa requiere de una cuidada elaboración —dijo, y señaló a Alba—. La vieja dice que su antigua aprendiz sabrá prepararlo. Ahora se las diré a la niña, me he aprendido la receta de memoria.

Todavía tardó Lacruz unos instantes en asimilarlo todo. Dio un par de pasos sobre el terreno, sin mover la pierna mala, cavilando los próximos movimientos.

Después se fue donde Alba. La niña retrocedió, aterrada, pero él la agarró por el brazo, la atrajo hacia sí. Todavía tenía la navaja en la mano; creyeron todos que iba a destriparla.

—¡Lacruz! —gritó Miguel.

Pero el alguacil se limitó a pegarse a la niña, asegurándose de que ella tenía presente la navaja. Y todavía la obligó a acercarse aún más, para susurrarle:

—Cuando lleguemos a la playa, sacaré a ese niño de tu vientre con *esto*.

Meteré a tu puto hijo en un caldero y me haré una sopa con él.

Luego la soltó como si le diera asco. La niña cayó sentada al agua, del empujón.

—Busca esas jodidas hierbas y prepara mi ungüento. Levantad el campamento, nos vamos.

Allí la dejó, y se marchó a recoger las cosas de su afeitado, que guardaba en un estuche de cuero, limpias y ordenadas.

Miguel Cirueña acudió donde Alba.

—¿Estás bien?

Ella no respondió, ensimismada; ni siquiera se dio cuenta de que la ayudaba a levantarse.

Mientras Alba luchaba por no llorar, Piojo la observaba. Piojo nunca había visto unos ojos tan hermosos; cómo le llamaban la atención aquellos ojos.

—Alba —dijo agachando la voz—. ¡Psst! Alba.

Ella levantó los ojos hacia él, vidriosos.

Casi implorando, le dijo el muchacho:

—No llores.

Alba trató de sonreír, aterrada, y respondió:

—La estofa es un tipo de seda, de mala calidad. Por eso se dice «de la peor estofa».

33

MICAELA FUE HASTA EL CARRO, PARA DESPEDIRSE.

Martín estaba preocupado por los soldados y quería aprovechar la neblina y abandonar Saraqusta cuanto antes.

—Dejaré a la dama en Pamplona y volveré, Mediaespada —dijo desde el pescante—. ¿Estarás en Saraqusta todavía?

—No lo creo, Martín, me marcho ya. Voy a ir hasta esa playa cueste lo que cueste.

—Esas preguntas sin respuesta —dijo él sonriendo.

—Esas.

La prostituta preguntó con aire ensoñado:

—¿Es verdad, Micaela? Lo de esa comunidad de mujeres, la playa de los hombres de piedra.

—Eso me han dicho; se hacen llamar las «libres», pero yo no puedo asegurar que lo sean. Viajo hasta allí para...

Iba a decir «para tener un sitio donde esconderme», pero en su lugar salieron de su boca otras palabras.

—Para descubrir quién soy.

Se iluminó el rostro de Martín.

—Te deseo que tengas buen viaje, Mediaespada. Y que encuentres tus respuestas. Te dejaría al lobo, pero no sé si volveremos a encontrarnos.

El lobo levantó las orejas, en guardia por si acaso.

—No, Martíntorres —dijo Micaela acariciando al animal—, no hace falta. Voy a estar bien.

A la prostituta se le dibujó un gesto dulce cuando observó la forma en que Martín contemplaba a Micaela: simulando no estar interesado en ella. La prostituta había visto muchas veces esa expresión en los hombres, de autosuficiencia. «No me importa esa chica —decían en voz alta—, soy dueño de mi vida: mejor solo, no necesito a ninguna mujer». Pero por dentro, ajenos quizás a su propia conciencia, les delataba esa mirada, que ninguno de ellos era capaz de disimular.

Las palabras salieron solas de sopetón, de boca de la mujer:

—¡Ven con nosotros! —le dijo a Micaela—. Te llevaremos hasta la mitad del camino. Podrás bajarte en el cruce antes de que nosotros continuemos hacia Pamplona, así no tendrás que ir sola.

Micaela miró a Martín, que sonreía de oreja a oreja.

—Ella paga —dijo encogiéndose de hombros—, ella manda.

Ladró el lobo, apremiando a Micaela; se hacía tarde y no era cuestión de

echar el día.

Apercibida por un instinto primario, la comadreja creyó percibir una amenaza que se cernía sobre ellos. Por no encontrarse con su pasado no quiso darse la vuelta, y de un salto montó en el pescante.

—Gracias.

Martín había atado su caballo a la parte trasera. Para tirar del carromato se valían de un penco negro y flaco, más acostumbrado que el lindo corcel a vérselas con arados y carros. El mercenario sacudió las bridas y se puso en marcha el armatoste. El lobo bostezó detrás, en un deje elegante; nada en este mundo parecía inmutarle. A su lado se había aposentado la prostituta, viendo que, a la fuerza, tocaba acostumbrarse.

Hacia rato ya que, en lo alto, el sol de la mañana había hecho palidecer la estrella polar. En aquel entonces ocupaba otro sitio en el cielo, y no servía para señalar el norte. Pero hacia allí se dirigían los ocupantes del carro, eso cuenta la leyenda; al norte y lejos.

Micaela calculó que viajaría cinco, seis jornadas con el mercenario y la prostituta. Luego tomarían caminos distintos; Micaela hacia la playa de los hombres de piedra, donde la esperaba su destino y, seguramente, su más antigua pesadilla: el alguacil Lacruz; pero quizás, y esto la hacía estremecer, quizás allí también aguardara su madre, con todas las respuestas. Ellos hacia Pamplona, donde la prostituta quería empezar una nueva vida, bajo otra identidad.

—Por cierto —dijo atrás la prostituta—. Tengo un nombre, hostia; no soy «la prostituta». Me llamo Muniadona.

CAPÍTULO 4

ALBA



1

LA PLAYA DE LOS HOMBRES DE PIEDRA ERA UNA CALA bordeada por colinas de buen tamaño y riscos pedregosos que la protegían del mundo.

Geno la Negra temió que, si parpadeaba, pudieran aparecer de pronto los intrusos; no apartaba los ojos del sendero que bajaba hasta la arena, único acceso que conducía a la playa.

Una de las «libres» se acercó por detrás y vino a colocarse a su lado.

—¿Qué andas mirando. Geno, así tan fijo?

Era fácil advertir que la Negra estaba inquieta. Tan inquieta que, observando el camino, respondió:

—Anoche tuve un sueño. Venían unos hombres a la playa. Estaban bañados en sangre.

La otra mujer se encogió de hombros, y replicó por tranquilizarla:

—Solo es un sueño, Genoveva.

—¿No es así como empieza todo lo que importa? —murmuró sonriendo la Negra—. Con un sueño.

Aspiró por la nariz.

—Puedo olerlo —dijo—. Esta tormenta que no llega, este viento... Se respira en el ambiente que algo está a punto de pasar.

Poco a poco fueron uniéndose las otras mujeres, al verlas allí, tan interesadas en el sendero, y sus miradas se añadieron a la de Geno la Negra. No hacía frío aquella mañana, pero sobre el fragor de las olas soplaba una brisa ligera que anunciaba tiempo desapacible. Ninguna de ellas hablaba, nadie se movía. Si en aquel momento hubiera aparecido una cabra en el camino habrían dado todas un salto.

A la que estaba junto a la Negra, regordeta, la tiña la había dejado apenas sin pelo; ella fue la primera que rompió aquel silencio tenso.

—Tenemos al basilisco —dijo para confortarlas—, nadie se atreverá a venir. Son unos cobardes.

Sonrieron todas, muy de acuerdo. Solo la Negra permaneció seria, e insistió:

—Vienen hombres, os digo. El que los lidera es igual de cobarde que todos los hombres, pero lo mueve una fuerza imparable: lleva encima una maldición.

A lo largo de aquellos años, habían ido llegando a la playa mujeres desde todo un abanico de lugares; de Briviesca, Leire, Ribagorza, Béarn. Eran todas muy distintas: algunas monjas, otras viudas, esposas huidas o prostitutas; las había campesinas y también de origen noble, pues ni siquiera poseer un señorío era garantía de salvaguardia.

La mujer regordeta y sin pelo encontró preocupación en los ojos de todas. Se llamaba Regina, y la apodaban la Mayor, pues era la mayor de catorce hermanas. Catorce hermanas que habían muerto todas.

—¿Cuándo —exclamó— ha sido fácil nuestra vida?!

Su voz rebotó en los acantilados que rodeaban la cala.

—No puede decirse que vivamos en la abundancia: solo tenemos cuatro casuchas, algo de ropa, un caldero... ¡gallinas!

Las mujeres rieron por lo bajo.

—Poca cosa —prosiguió Regina la Mayor—. Pero hasta que llegué aquí yo no había conocido lo que era un hogar; y sé que vosotras sentís lo mismo.

Asintieron las «libres».

—Si vienen hombres y quieren guerra los combatiremos. Será difícil porque es lo mejor que saben hacer, los cabrones, pero combatiremos.

Si Regina la Mayor hubiera tenido pelo habría ondeado a la brisa de la mañana, magnífico.

Las miró con íntimo orgullo. Conocía la historia de cada una; la historia de aquella cicatriz, de la quemadura que asomaba en el escote y de esas mejillas marcadas con dos trazos en cruz. No siempre les era fácil entenderse a estas mujeres que se autodenominaban «libres», ni mucho menos vivir juntas. Pero desde que llegaron se emborracharon de aquella ambrosía que jamás habían

probado. Y una vez que la saborearon estuvieron perdidas: por la libertad estaban dispuestas a darlo todo, y ese *todo* incluía la vida. No había más que mirar en sus ojos, encendidos por el brillo del sol.

—Ya cuento con una edad, no soy ninguna niña; y este es el primer sitio en que me he sentido segura. Este es nuestro hogar, del que nadie nos puede echar. Somos todas unas supervivientes, ¿o no es verdad? Ya lleguen diez o lleguen ciento, hay algo que tengo por muy cierto: sobreviviremos una vez más. Ni Dios ni el diablo que vengan nos van a sacar de esta jodida playa.

Aquel bálsamo pareció calmar la inquietud de las mujeres; se sonreían unas a otras. De reojo, sin embargo, ninguna apartaba los ojos del camino.

Regina dio el asunto por zanjado.

—Volved a vuestros quehaceres. Y tú, Genoveva —le dijo a la Negra—, por favor, prepara al basilisco por si acaso.

Así lo hicieron las «libres», acudieron de nuevo a sus trabajos cotidianos; allá, cosiendo las nasas, pelando pescados o serrando maderas.

Cuando la Negra pasó junto a la regordeta Regina, le dijo al oído:

—Toda esa palabrería no es más que un discurso bonito, tú y yo lo sabemos. Voy a preparar *el* basilisco, Regina, pero si no quieres que el hogar que fundamos se convierta en un cementerio, mañana ten listas a las «areneras».

El nubarrón que cubría el cielo abrió un resquicio y asomó el naranja, oculto debajo; una línea de luz que recordaba a una culebra encendida.

Geno la Negra encaminó los pasos hacia la gruta situada en el centro del acantilado. Atrás quedaba Regina, mirando el viejo mascarón que apuntaba hacia el camino, desprendido desde el día que llegaron a la playa, cuando gritaron algunas de las mujeres.

Así se cuenta que ocurrió: habían apartado un instante la mirada del camino, pero cuando, atraídas por el grito de las «libres», Regina y Genoveva volvieron a mirar vieron que una niña bajaba el sendero a trompicones, caminando igual que si estuviera herida. Levantaba uno de los bracitos solicitando ayuda, exhausta, a punto de venirse abajo. No estaba herida, sin embargo, todas las que acudieron corriendo en su auxilio pudieron comprobarlo enseguida, sino embarazada.

—Soy... Soy Alba —dijo antes de caer en los brazos de las mujeres—,

¿os acordáis de mí? La aprendiz de Juana la Pelleja.
Luego perdió la consciencia y quedó desmayada.

2

—LA PLAYA DE LOS HOMBRES DE PIEDRA ESTÁ AHÍ DETRÁS —dijo Alba a Lacruz.

Hacía días que el cuerpo de la pequeña se le había rebelado, como si hubiera dejado de ser suyo. Tenía los tobillos hinchados; la barriga pesaba como un saco de piedras. Alba creía no llevar en el vientre a un niño, sino a una docena, como en el cuento del lobo repleto de cabritillos. Bajar del carromato y acudir al margen del camino para aliviarse le suponía un esfuerzo casi imposible.

Lacruz miró hacia delante, alargando el cuello en dirección adonde señalaba la niña.

—¿La playa por fin? ¿Estás segura?

Alba apretó los dientes, en medio de uno de aquellos retortijones.

—Segura. Cuando doblemos ese recodo, el camino lleva a un cruce, y ahí ya está cerca la playa.

Bordeaban una montaña a lo largo de un viejo paso de cabras convertido en sendero, tan estrecho que apenas cabía el carromato. A medida que avanzaban miraban de reojo por no resbalar y caer al abismo. En el armatoste viajaba solo Alba, atrás; el Piojo tiraba del penco, a pie. Miguel «Ciruela» y el señor Sombra habían desmontado de sus caballos y caminaban junto a las bestias, con mil ojos. Con su cojera y su medio cuerpo muerto, Raymundo Lacruz era quien marcaba el ritmo, lentísimo. No podían correr, de todos modos: en el borde de aquel precipicio, cualquiera podía ser un mal paso;

hasta los animales estaban inquietos.

Al saberse cerca de la playa, al fin, Lacruz apretó el ritmo. Sssssss... Sssssss... Avanzaba renqueando, renqueando, apoyado en el carro.

Un cuervo llamó su atención. Sobrevoló por encima de sus cabezas y acabó por cruzarse en su camino. A Lacruz le pareció un mal fario y acudió a tocar madera en la astilla de San Dimas.

—¡Aprisa, señores! —dijo—, ¡no desfallezamos! Tenemos cita con el diablo.

Fue doblar la curva y detenerse todos.

Unas varas más allá, media ladera se había derrumbado sobre el sendero, dejándolo ocluido por piedras de buen tamaño; estaba impracticable. Lacruz creyó que, de nuevo, el destino se confabulaba en su contra.

—O peor aún: Dios me da la espalda.

Atrás, echó una risita el señor Sombra.

—Nunca llegaremos a esa puta playa.

Avanzaron hacia el derrumbamiento y encontraron a dos hombres, detenidos como si aguardaran un milagro que dejara franco el camino. Uno de ellos vestía con harapos y se hallaba encadenado al segundo. Este segundo, soldado de la guardia de Pamplona, se alertó cuando vio llegar al grupo de Lacruz.

—A la paz de Dios, señores —saludó, cuidando de dejar bien a la vista su mano sobre la espada; mientras, por su parte, no quitaba ojo a las armas que Sombra, Lacruz y Miguel Cirueña cargaban al cinto. Hasta el chico jorobado llevaba un cuchillo.

—Soldado —dijo Lacruz—, ¿qué ha pasado aquí?

—Un derrumbe, ya lo veis. Llevo a este reo de camino a Pamplona, pero nos hemos quedado aquí varados, sin poder ir hacia delante y sin querer volver atrás. ¿Puedo preguntaros vuestras intenciones, señores?

Lacruz le hizo un gesto al Piojo, y este acudió solícito al carro. Rebuscó en un cofre, allá en la parte de atrás, donde la niña Alba se retorció.

Repitió Piojo, a buen ritmo, la aprendida cantinela:

—Somos la comitiva de don Raymundo Lacruz, alguacil mayor de Burgos por la gracia de nuestro señor Jesucristo y por obra del rey Sancho, que Dios le otorgue larga vi-vi-vi... —aquí se trabucó.

—Vida, coño —apostilló Lacruz—, larga *vida*—, siempre te enredas en el mismo sitio.

Al fin encontró Piojo lo que buscaba, y sacó del cofre un pergamino enrollado que entregó a Lacruz; este, a su vez, se lo dio al soldado, que miró el documento sin saber qué hacer con él.

—No sé leer.

Intervino el presidiario, mirando de reojo las palabras escritas en la carta.

—Es una carta de jurisdicción. Otorga al caballero poderes en todas las tierras del rey Sancho; desde Roncal a San Millán.

Lacruz elevó la barbilla, jactancioso.

—Su majestad en persona me invistió en Pamplona.

Y, sorprendido de encontrar convicto a un hombre ilustrado, preguntó al reo:

—¿Sabes leer?

El reo agachó la cara.

—Sí, señor. Yo era maestro tutor.

Intervino el soldado.

—No he terminado lo que iba a decir, carajote. No sé leer, pero reconozco el sello real. Estoy a vuestras órdenes, mi señor alguacil.

—Hay que despejar el camino —dijo muy sereno Lacruz señalando el derrumbe.

Quedaron todos perplejos.

—Mi señor —terció el soldado—, quizá debiéramos avisar atrás, en Yarte o en Larrasoaña, y volver con una cuadrilla de hombres.

—Sois cuatro, ¿no es así? ¿Qué más cuadrilla quieres, muchacho? Y el reo puede ayudar también. *Cinco* hombres.

El joven soldado palideció.

—Al reo no puedo soltarlo, mi señor. Tengo órdenes de no quitarle las cadenas hasta llegar a Pamplona.

Lacruz miró al convicto como si estuviera leyéndolo por dentro. El cuerpo del desgraciado, encostrado de cabeza a pies, llevaba semanas sin ver el agua. Había sufrido tortura y las cadenas en las muñecas y tobillos habían llagado la carne.

—Tú —dijo Lacruz—. ¿Cuál fue el delito que cometiste?

—Me casé con dos mujeres, señor; con una en Navalmoreno y con otra en Calaphel.

—¿Das tu palabra de honor de que no intentarás huir si te soltamos los grilletes?

—Doy mi palabra, señor.

Lacruz se dirigió al soldado, y también a sus hombres.

—Revoco todas las órdenes que tengas, muchacho, y me cago en ellas. Suéltale los grillos al reo y poneos todos a quitar piedras del camino hasta que podamos pasar el jodido carro. ¿Hablo claro o no hablo claro?

Para allá que se fueron el soldado, el reo —libre al fin de sus cadenas—, el señor Sombra y Miguel Cirueña, compitiendo unos con otros por ver quién ponía peor cara. Solo Piojo parecía ilusionado; no tanto con la tarea de apartar los pedruscos como con cumplir la voluntad de su amo, aspiración que guiaba cada paso de su vida.

Lacruz se apoyó en el carromato, a observar cómo se desarrollaba la operación. Pese a que el señor Sombra era el más fuerte de todos ellos, el muy zorro se hacía el remolón.

—Sombrita —dijo Lacruz llamándolo al orden—. ¡Más brío!

Alba se había bajado del carro, agarrándose el vientre y pasando muchos trabajos. Acababa de ver el último de los ingredientes que necesitaría para preparar el ungüento contra el basilisco; un cardo, la más miserable y común de las plantas.

—Una de las llamadas «plantas benditas» —dijo enseñando los dientes, reventada de dolores—. Bueno para el asma, para la gota y los dolores de huesos. El basilisco —mintió— la odia, le produce mucho rechazo.

Lacruz había vigilado que la niña recogiese plantas a lo largo del camino, para el ungüento contra el basilisco.

La observó acuclillada, torpe y barrigona.

Qué misterioso le parecía el proceso del parto. A él, que no soportaba una mácula bajo las uñas, le daba la impresión de ser sucio. No sucio de indecoroso, que también, pues ¿qué puede haber más indecoroso que una mujer abierta de piernas? Sucio de nauseabundo. A lo largo de su infancia había visto parir vacas y cabras, y siempre le repugnó el parto, con sus líquidos asquerosos.

Solo María, madre de Dios, había salido limpia del trance.

El fraile que cuidó a Lacruz de pequeño le obligó a memorizar todos los dogmas, y mucho hablaron sobre este tema por las noches, en el *scriptorium*. De María había afirmado el concilio de Letrán: «Concibió por obra del Espíritu Santo, sin semen, y dio a luz sin corrupción; permaneciendo también después del parto su indisoluble virginidad». Virgen antes, durante y después del parto; única madre en verdad inmaculada. El alumbramiento de Cristo, dirían los siglos, sucedió «como un rayo de sol atraviesa un cristal: sin romperlo ni mancillarlo».

Dios era sabio: nadie como una mujer para llevar a cabo proceso tan inmundo como dar a luz, pues, esto era bien sabido: ¿acaso no son indivisibles fémica y corrupción? Solo la constante vigilancia masculina salvaguardaba a la mujer de la inmundicia.

—Te hallas sin un hombre —comentó Lacruz.

—Siempre ha sido así —respondió Alba sin mirarle, ensimismada en guardar los cardos en una faltriquera.

Replicó Lacruz señalando la barriga con el mentón:

—La gente de Vígueta aseguraba que el padre es el demonio.

—No es el demonio, mi señor. —Aquí palideció solo de recordarlo—. Pero como si lo fuera.

Esto llamó la atención del alguacil.

—Pues ¿quién es el padre?

Alba agachó la cara.

—¿No dices nada? —insistió el alguacil.

Comoquiera que la chica rehusara responder, Lacruz se volvió hacia donde los hombres despejaban el derrumbe y le espetó sin mirarla:

—¿Has recogido todas las hierbas que necesitas?

—Me faltaba solo esta, mi señor.

—Pues en cuanto paremos, coño, preparas el unguento.

La niña se dobló, estremecida por las contracciones, y Lacruz se enervó solo de verla.

—Dios todopoderoso —dijo—, no se te vaya a ocurrir tener ahora al jodido bastardo; ten un poco de decencia. Sube al condenado carro.

3

ASÍ FUERON PASANDO LAS HORAS; dos, tres, hasta que, descamisados y bañados en sudor, los hombres consiguieron despejar al fin una parte del camino.

—¡Se escapa! —gritó de pronto el Piojo.

Antes de que lo volvieran a engrilletar, el convicto echaba a correr sendero abajo, a la desesperada.

Bastó una mirada de Lacruz para que el señor Sombra saltara a la grupa de su caballo. Hincó espuelas y salió al galope, en pos del evadido.

Quedaron todos expectantes, pues reo y perseguidor se perdieron tras la curva y ya no se pudo ver qué era de ellos.

Se hizo un silencio espeso, a medida que iba aposentándose el polvo que, con su carrera, había levantado el caballo.

Viendo que el soldado temblaba de preocupación preguntó el Piojo:

—¿Cuál es el castigo por perder a un convicto?

—Me cortarán la nariz —respondió el soldado tragando saliva—; o una oreja, con suerte.

Volvió los ojos hacia Lacruz.

—Quiera Dios que vuestro hombre encuentre a ese canalla.

—Sí —respondió el alguacil—, que él haga bien el trabajo que tú no has sabido hacer.

Piojo escuchó a Alba quejándose en el interior del carro.

El muchacho contrahecho asomó la cara por encima de los tablones.

—¿Cómo te encuentras? —susurró.

Alba le miró, tiritando, y también le respondió en voz baja.

—¿Por qué estás con él? —dijo señalando a Lacruz con la cabeza—. Tú no pareces un mal muchacho. ¿Por qué sigues con él?

Piojo revolvió el interior del carro con los ojos.

—Es un hombre importante —dijo encogiéndose de hombros—. La gente le tiene miedo, le respeta.

Se puso a dibujar con el dedo en los nudos de la madera, y dijo en una voz

apenas audible:

—Cuando voy con él, también me respetan a mí.

—¡Ya vuelve! —gritó alguien.

Apareció en el recodo el reo, a trompicones. A su espalda venía el señor Sombra sobre el caballo, arengándole con el machete. Acudió corriendo el soldado; le dio un mamporro en la cabeza al convicto y del golpe lo tiró al suelo.

—¡Rufián! ¡Embustero! ¡¿No te da vergüenza haberle dado palabra al alguacil y luego salir corriendo?!

—¡No quiero ir a galeras! —gritaba el desgraciado, rehuyendo las patadas que le iban a las costillas—. ¡Piedad! ¡Perdón por haberme escapado; no quiero morir!

—Es normal tener miedo —dijo el alguacil con la voz melosa—; sobre todo ante un destino como el que te espera.

—¡Piedad, señor, apiadaos de mí, por caridad!

—¿Yo? Yo no voy a juzgarte, maestro tutor.

Se dirigió al soldado, que ya engrilletaba de nuevo al infeliz:

—Este hombre ha faltado a su palabra pero es cierto que nadie es dueño de su miedo. Acaso sea inocente, yo no tengo potestad para saberlo. Por eso vamos a dejar su castigo en las manos del Altísimo.

Alzaron todos la vista hacia Lacruz. Solo Miguel Cirueña permaneció mirando al reo, afligido por la pesadumbre. Hacía mucho que se preguntaba en qué parte de su vida se torcieron los caminos para conducirlo hasta allí.

Proseguía Lacruz:

—He aquí lo que vas a hacer, soldado. Seguirás camino con este presidiario, pero no le darás de beber hasta llegar a Pamplona.

Palideció el reo; también el soldado, que, no creyéndoselo del todo, soltó una risita.

—Pero... Si no bebe hasta Pamplona... Caminando y en su estado...

La cara de Lacruz no afectó reacción alguna.

—Morirá, señor alguacil —insistió el soldado—. ¡Pensaos bien este castigo! ¡Mirad que son varios días! ¡No llegará vivo!

El reo temblaba, a cuatro patas en el suelo. Imploró incluso al demonio, viendo que Dios le había desamparado. Estaba tan apabullado que le fue

imposible suplicar clemencia; era el soldado quien continuaba intercediendo por él.

—¡No hay cristiano que aguante tantos días sin agua!

Lacruz se le acercó. El alguacil apestaba a romero, a piel de recién nacido, pero en sus ojos había dos cavernas.

—Si es inocente, aguantará tanto tiempo como haga falta. Dios cuidará de él, no tengas pena: podrá resistir sin beber agua. Pero las cartas han de jugarse limpiamente, soldado, y te advierto: si me entero de que le diste de beber, entonces no habrá Dios ni diablo sobre la faz de la tierra que te libre de mi castigo.

Y se encaminó de nuevo al carro, en donde volvió a tomar asidero.

—Vámonos.

La comitiva negra atravesó el hueco entre las piedras caídas, como si cruzara entre las paredes de mar que les conducían a la tierra prometida. Atrás, dejaron al soldado y al desgraciado maestro bigamo, que, como es natural, murió de sed antes de llegar a Pamplona.

La dirección del camino que iba marcando Alba fue intrincándose y perdiendo claridad, mientras los miembros de la caravana mascaban sus animosidades en silencio. Aún hubieron de echar el resto dando unas cuantas vueltas entre los pinares, pero todo llega en esta vida y, cruzado un recodo, Raymundo Lacruz abrió los ojos, admirado. El camino bajaba y conducía hasta el cruce. Al fondo se distinguía una cordillera de colinas; y tras ellas, en el horizonte, flotaba el mar.

—Ahí está —dijo Alba sosteniéndose el barrigón—. La playa de los hombres de piedra.

Cuando llegaron al cruce, en el camino que supuestamente llevaba hacia la playa encontraron una tosca estatua.

—Obra del ba-ba-basi... —murmuró el Piojo, sobrecogido.

La estatua representaba a un hombre despavorido que, mirando hacia atrás como si le persiguiera algo espantoso, hubiera sido de pronto convertido en piedra.

Estremecido y mirando a la niña, Lacruz apretó los dientes.

—Encuentra la planta que falta. ¿Me oyes?

Asintió Alba, con la cabeza gacha.

—¿Qué... qué pone ahí? —preguntó el Piojo.

Había encontrado una inscripción, labrada en el suelo de granito, a martillazos.

SOLVIT FORMIDINE TERRAS

Después de leerla, Lacruz bajó la barbilla, pensativo.

Intervino el señor Sombra:

—Piojo. Harías bien en servirnos de avanzadilla: ¿Por qué no te acercas esta noche a la playa, a ver qué encuentras?

—¿Por qué el chico? —preguntó enseguida Miguel.

—¿Por qué no? —respondió Sombra.

Hacia ya tiempo que Miguel Cirueña se había hecho consciente de que hombre, mujer o monstruo que le esperara en la playa no iba a ser peor que aquello a lo que ya tenía que enfrentarse día tras día, cuando se veía reflejado en el agua de un río.

—Puede ser arriesgado. Debería ir yo.

Quedó el señor Sombra un tanto sorprendido.

—¿Vos? —replicó—. ¿No sería mejor reservaros para cuando haya que rebanar algunos cuellos?

Intervino el Piojo, candoroso.

—No me importa ir a mí, señor Ciruela.

—No irá *nadie* a la dichosa playa —terció de pronto Lacruz, que había estado haciendo planes durante aquel ratito.

—Yo lo decía por...

Lacruz le hizo burla con la cara.

—Sombra; *Sombrita*; deja en mis manos la estrategia. No quiero que si os descubren, esas rebeldes nos organicen una bienvenida con el basilisco. Nadie pondrá los pies en esa arena hasta que yo lo ordene; y eso, por desgracia para ellas, malditos sean sus jodidos culos, será un momento antes de dejarnos ver.

Piojo tiró de la manga del alguacil; y, señalando el granito con la inscripción grabada, le insistió:

—Que qué pone ahí.
Raymundo Lacruz tradujo para él.
—«Libera a la tierra del terror».

4

—ODIO LA PUTA LLUVIA —comentó el señor Sombra echando hojarasca sobre la hoguera recién nacida.

Y Miguel Cirueña no pudo estar más de acuerdo.

Habría tormenta esa noche, en efecto; iba a tocar mojarse. Nada le molestaba más. Miguel Cirueña había recorrido medio mundo luchando contra toda clase de hombres; arriesgó el pellejo tantas veces a lo largo de los años que la piel se le había vuelto insensible, como de cuero. Estaba, pues, hecho a todo, pero nada como la lluvia para sacarlo de quicio.

Mirando el cielo negro, Cirueña rechazó pensar en la razón verdadera de este aborrecimiento: siempre era más fría la lluvia, más áspera, no teniendo a su lado a una mujer con quien compartir el frío.

Pasó a su lado el alguacil Lacruz.

—Antes de sentarme, mira bien debajo —le dijo al Piojo.

Tal y como hacía cada noche, el jorobado examinó el tronco en el que se iba a aposentar Lacruz, no fuera que hubiera debajo diablos del bosque, diañinos o torollinos, a los que el alguacil tanto temía.

Piojo lo ayudó a sentarse cerca del fuego benefactor; crepitaba la fogata al relente de la tarde.

—Qué frío —dijo el muchacho—, maldito sea Dios.

—Esa boca —replicó el alguacil.

Lo reprendía como a un crío; pareciera ser hijo suyo, y un espectador no

avisado así lo creería cuando les viera juntos. El Piojo veneraba al alguacil. Cuando Lacruz hablaba, para el chico era palabra de Dios, y jamás le llevaba la contraria.

Se contaba que Raymundo Lacruz lo había rescatado de la hoguera, cuando al Piojo estaban a punto de quemarlo vivo por hereje en la cercana Vizcaya, donde el condado de Castilla. Otra versión de la historia detallaba que fue Lacruz quien, buscando un pupilo que le sirviera de ayudante, sacó a Piojo de un hospicio para niños abandonados. Incluso se contaba entre ciertos círculos afines a Lacruz, tan crédulos como ignorantes, que al muchacho lo había creado a su capricho el alguacil, insuflando vida al barro modelado valiéndose de artes nefandas; y que esta era la razón por la que aquel joven golem redivivo no se apartaba de Lacruz, pendiente de satisfacerle cualquier necesidad: si moría el amo, moría su criatura.

Sea como fuere, lo cierto es que el alguacil trataba al chico con cierta deferencia, a pesar de que, igual que sucede con los demonios, Raymundo Lacruz era incapaz de amar a nadie. Hacía mucho ya que el sol no entraba en su corazón.

—No blasfemes —le insistió en tono paternalista—. ¿Qué tengo que hacer contigo para que dejes de blasfemar?, ¿cortarte la lengua?

Piojo se tapó la boca con las dos manos, riéndose. Luego, llamo su atención un gusano que reptaba sobre un tronco y, con la rapidez de un pájaro, lo atrapó con dos dedos y se lo llevó a la boca.

Al otro lado de la hoguera, el señor Sombra, muy moroso, pasaba una piedra por el filo de su machete. *Riiis, raaas. Riiis, raaas.*

—A fe —comentó Lacruz— que le sacáis brillo a la peinilla, de tanto afilarla.

Sonrió el amigo Sombra, acariciando al arma.

—No es peinilla, don Raymundo, que mire qué buen tamaño. Y es porque lo cuido bien, que cuando lo lanzo él solito se esfuerza en acertarme el tiro. Porque lo cuido bien.

—¡Maldito sea Dios —exclamó el Piojo riendo como un crío— que es verdad que siempre acierta!

Lacruz le dio un cogotazo.

—¿Qué te he dicho? Y no comas porquerías.

Miguel Cirueña miraba hacia el fuego, ajeno a todo. *Riiis, raaas*, sonaba la piedra sobre el machete. *Riiis, raaas*. Llevaba un rato encontrándose mal, tenía el estómago revuelto, pero era en el corazón donde más sufría. No se le quitaba de la cabeza la mujer de su hermano; sus rizos, sus formas redondeadas bajo aquellos ojos negros inmensos. A Miguel le repugnaban sus compañeros de la comitiva negra; apenas toleraba ya las peroratas de Lacruz, las risitas de su antiguo compañero de armas, el amigo Sombra. Hasta las simplezas inocentonas del Piojo le molestaban. Qué no hubiera dado por estar lejos, en el molino, junto a la mujer que tanto amaba. Pensó, lleno de vergüenza de sí mismo, en la felicidad que le daría el Cielo si borrara a su hermano de este mundo.

Por alejarse de sus compañeros de fogata, Miguel se levantó a inspeccionar que fuera todo bien allá en el carro.

Encontró a la niña Alba, boca arriba sobre las maderas asquerosas, con las piernas abiertas y el barrigón más grande que nunca. Resoplaba a trompicones, sudando a mares.

Miguel le preguntó si se encontraba bien. La niña apenas fue capaz de asentir; reservaba las fuerzas para su hijo, que empujaba ansioso por nacer.

En la hoguera, Lacruz tomó entre sus dedos el frasquito con unguento que, no hacía ni media hora, la niña Alba había preparado para él. *Riiis, raaas. Riiis, raaas*. Observó la pastosa mezcla.

Por el camino, desde el cruce hasta aquel claro, habían encontrado más estatuas; en todos los casos representaban a hombres que escapaban o que gritaban de terror, perseguidos sin duda por el basilisco. A todos ellos el monstruo los había convertido en piedra; eran no solamente los testigos mudos de su poder, sino exhortaciones palpables, terroríficas. A cada tantas varas se topaban con uno de aquellos petrificados, que recordaban a los visitantes lo bien que harían en retroceder.

La evocación del monstruo encogió el pequeño corazón del alguacil.

—Solo se le puede matar al nacer —dijo, ensimismado.

Se detuvo el *ris ras* de la piedra sobre el machete. Piojo y Sombra le miraron sin comprender, y el viejo Lacruz añadió, pensativo:

—Solamente se le puede matar al nacer. Quemándolo; pues cuando nace es apenas un gusano colorado, y tarda un año en hacerse basilisco.

Se lo había contado el fraile, muchos años atrás; era niño todavía.

La infancia de Raymundo Lacruz en el monasterio fue la de un arbolillo en un invernadero, criado por viejos que le arropaban entre sábanas de lino. No vayas por ahí, no cojas eso, no te acerques a esa cueva, no tomes ese camino. El niño Lacruz creció amedrentado por mil monstruos: el Burru San-gráu, que echaba sangre por boca y ojos, y se llevaba a los pequeños que no querían dormir; el busgosu, mitad hombre mitad cabra, cuyo beso causa la enfermedad; el güercu, que anuncia la muerte; los tragus, xanas, dríades, los hambrientos grumantes... Qué infinito ejército de sombras, sorprendente abanico de engendros; uno para los bosques, otro para las fuentes, para los sótanos de la casa, para las noches en vela... Cada movimiento del niño Raymundo estuvo acompañado de su correspondiente monstruo.

—Con solo mirarlos —añadió Lacruz en voz baja, tan estremecido como cuando era niño—. Vuelve de piedra a los hombres con solo mirarlos.

Tragó saliva, rehuendo el miedo, y hasta aferró el tarro con unguento.

Por la mañana se untaría aquella porquería, cuando bajaran a la playa.

Llamó su atención ver a Miguel unas varas más allá, apoyado en el carro y hablando con la niña. El alguacil detestaba que nadie cruzara dos palabras con Alba, que alguien le diera una muestra de afecto.

—*Ciruela* —dijo Lacruz en voz alta—. Quítate de ahí.

Miguel asintió.

Pero se quedó mirando a la niña, tan desvalida, tan sola.

¿A quién de todos ellos le tocaría finalmente cortarle el cuello? ¿Se lo ordenaría a él Lacruz? ¿Al Sombra? ¿La degollaría el alguacil mismo? Quizá, pensó, fuera mejor no acercarse mucho. Miguel sabía, igual que sabía Lacruz, que cuanto menos cariño tomara a la pequeña, más fácil sería librarse de ella llegada la hora. Y la hora estaba muy próxima; en cuanto recogieran la sangre del basilisco y ya no hiciera falta más unguento.

Viendo que Miguel no le obedecía, Lacruz fue a soltarle una fresca. A mitad de camino, mientras levantaba la mano, de pronto no le respondió el brazo bueno. Se quedó sin fuerzas, tan aturdido que ni siquiera fue capaz de hablar. El alguacil supo que iba a caer de nuevo víctima de uno de los ataques de su mal y musitó para sí, aterrado: «Cristo bendito, te lo suplico. No me castigues más».

Allá en el carro, Miguel fue a decirle algo a la pequeña; algo como «Avisa si te ves muy mal» o «Verás, Uxia, que todo sale bien». Pero sabe Dios por qué, calló y la dejó sumida entre dolores.

5

A SU VUELTA, EN LA HOGUERA, MIGUEL ENCONTRÓ QUE LACRUZ SE REPONÍA DE UN DESVANECIMIENTO. Tenía medio encima al espantado Piojo; el chico le daba cachetes a su amo, para hacerlo volver en sí.

—Mi señor —decía por lo bajo, trabucado de puro miedo—... Mi señor alguacil... por la gracia... por obra del rey Sancho... que Dios le otorgue larga vi-vi-vi...

—La madre que te parió —apostilló Lacruz languideciendo.

El alguacil temblaba de cabeza a pies; parecía incapaz de contener los espasmos que sufría su cuerpo, y se miraba la mano y la pierna sanas, temiendo perderlas también de un momento a otro.

Podía moverlas aún, por fortuna, aunque le costaba mucho esfuerzo.

—Estoy bien —farfulló entre suspiros intermitentes—. Estoy bien.

Al Piojo le cayeron por la cara dos lagrimones. Miraba a su amo con devoción auténtica. Cuando se ponía tan nervioso tartamudeaba.

—¿Os... encontráis mejor? ¿Me-mejor?

—Me hace falta la sangre de esa criatura nauseabunda. Es la única cosa que hay sobre la tierra de este mundo miserable y yermo que puede salvarme.

Arrodillado junto a Lacruz y sosteniendo su mano, el infeliz del Piojo se sorbió los mocos y dejó que cayeran más lagrimones. Solo de pensar que iba a morir su amo, su protector, se le abría un dolor en el pecho tan grande como un níspero. Como un níspero no; mayor aún, como una manzana. Como *dos* manzanas.

—Si la sangre del monstruo no os sirve, mi señor, que todo pudiera pasar,

no lo quiera Dios; si la sangre no os sirve, digo, yo estoy dispuesto a daros la mía.

Raymundo Lacruz quedó mirando al muchacho.

Todavía añadió el Piojo:

—Mi cuerpo es deforme y soy un estúpido, mi amo, yo lo sé; pero soy joven, y soy fuerte. Seguro que puedo daros mucha vida. Mu-mucha vida.

Lacruz miró las manos del chico envolviendo la suya; apretándola. Qué pocas veces había sentido el calor de una mano, la preocupación sincera de que algo le ocurriera. Pocas. Contadas. Quizá, solamente, del buen fraile que le cuidó de pequeño.

—Veréis que sí —dijo el Piojo—. Os pondréis bien. Volveréis a caminar, y todo este mal vuestro no habrá sido sino como un mal sueño. Veréis que sí.

Quizá le hubiera emocionado el gesto al alguacil; nadie puede saberlo, pues pocas cosas impresionaban a su pequeño corazón. Lo cierto es que apartó las lágrimas de la cara del Piojo y dijo sonriendo:

—Mi querido muchacho. Tú, entre todos nosotros, eres el único que mereces salvarte.

No llovía aún, pero se auguraba que iba a caer una buena. El final del atardecer tenía una luz inusual. Una línea amarillenta marcaba la última huella del sol; el resto del cielo, por encima, era todo de un gris amenazador. Las nubes se habían unido en una sola masa enorme, enganchada allí, y los relámpagos dibujaban su contorno, con un golpe seco. Después, bastante espaciado, llegaba el trueno. El ambiente era pesado; daba la impresión de que podía uno apartar el aire. Seguía sin caer el agua.

Tumbada en el carro, Alba iba contando el tiempo entre cada relámpago, para ver si se alejaba o se acercaba la tormenta.

Se acercaba.

No era tan tarde, pero, a su alrededor, la oscuridad de la foresta había anticipado la noche.

Evocó la cercana playa de piedra, con nostalgia; el valor de las mujeres valientes que la habitaban. Se preguntó si seguirían allí, si estarían vivas. Enseguida pensó en Lacruz. Ella, Alba, una de las que había formado parte de

aquella comunidad, traía a la muerte consigo.

Raymundo Lacruz seguía tendido en el suelo, sufriendo los espasmos ulteriores al ataque; los relámpagos de aquel cielo desmadejado se le habían metido dentro del cuerpo. Sudaba a chorros. Miguel, Sombra, Piojo, todos estaban inquietos, rodeándole, pendientes de aquel cuello tenso y retorcido, de los dedos doblados *contra natura*. El caballero Sombra temía la peor de las bromas: que, tras la paliza de haber llegado hasta allí, el alguacil muriera sin pagarle.

Uno de los relámpagos iluminó los árboles y, durante unos instantes, fue como estar a pleno día. Miguel, alertado, descubrió junto al carromato una figura que no era ni ligera ni invisible: la figura de una niña embarazada que escapaba.

El rubio miró de soslayo a sus compañeros: Sombra y Piojo mantenían, por distintos motivos, la vista clavada en los padecimientos de Lacruz. Ninguno de ellos había advertido la fuga de la cría.

Miguel se disponía a delatar a Alba, que escapaba entre los árboles a un paso interminablemente lento, pero frunció el ceño y se detuvo. Apretó los labios, mordiendo el de abajo con el de arriba, en un gesto que había heredado de su madre, la Pelleja.

Se miró la mano; la había llevado hasta la espada sin darse cuenta, pero no había desenvainado todavía.

Suspiró.

Condujo sus huesos hasta una gran piedra, un canto redondeado que tal vez en algún tiempo lejano estuvo bajo el mar, y allí aposentó el culo.

Cerró los ojos; tan cansado como si hubiese vivido el doble de años de los que le correspondían.

Transcurrieron así unos instantes hasta que oyó alboroto, maldiciones. Sus compañeros se habían dado cuenta de la huida de la niña. Entre gritos, Lacruz repasaba a los miembros de la comitiva con un abanico de insultos, que abarcaba desde el más culto latín al impropio de burdel.

Miguel sintió los ojos del alguacil clavados en su espalda, sospechando. No quiso volverse a enfrentarlos.

—Mala puta escurridiza —terció Sombra entre dientes—, le voy a sacar el crío por la boca. Piojo, ven; vamos tras ella.

—No —dijo de pronto Lacruz.

Le miraron todos, sorprendidos. Y añadió el alguacil en una vocecita:

—Dejadla; ya tengo la endemoniada pócima.

Advirtió Miguel que al decir aquel «no», Lacruz había sujetado al Piojo por un brazo, como el niño que no quiere quedarse solo en la tormenta.

—No vayas —insistió Raymundo en un hilo de voz que solo pudo escuchar el joven contrahecho.

Miguel Cirueña quedó mirando el cielo.

A veces, la mayor parte de las veces, las cosas se torcían; otras, en cambio, como ahora, se confabulaba todo para acabar tal y como debía esperarse: la niña escapando de la comitiva negra, salvando la vida; él escapando de la esposa de su hermano; su hermano disfrutando de la vida que a él le habría gustado vivir. Si, quizá las cosas salían, simplemente, tal y como debía ser, porque el universo no admitía alternativas a sus planes originales.

El nubarrón negro abrió un resquicio y asomó el naranja del atardecer, oculto debajo; una línea de luz que recordaba a una culebra encendida. Luego volvió a cerrarse y de nuevo ganó la penumbra, pero Miguel sonreía.

6

ACABABA DE SALIR DE LA ESPESURA.

Pasado el bosque, la niña Alba tiraba de su pesadísimo cuerpo, dolorida. En lo alto de aquella colina buscaba el camino que bajaba hacia la playa; el sendero que hicieron las «libres», sin más herramientas que unos tablones y sus manos, practicando escalones en la tierra.

El vientre estaba matándola; jamás imaginó que traer un niño al mundo fuera tan difícil. Creía quedarse ya sin fuerzas cuando encontró el condenado

sendero. Bajó por él, escalón tras escalón, con cuidado de no tropezar. Habría sido una buena broma, después de tanta penuria, romperse el cuello en el último momento.

Desde lo alto del camino vio, abajo, a las figuritas de las «libres». Una de ellas las arengaba. Luego, las mujeres se retiraron y volvieron a sus quehaceres en la playa.

Alba trató de llamar su atención, quiso gritar pero no consiguió emitir ningún sonido. Jadeaba como un perro, rebufando escalón tras escalón. Levantó una mano; hizo señas, lloró de impotencia.

Alguien la vio al fin, abajo; dieron una voz. Corrieron las mujeres hacia ella. La rodearon, la tocaron, preguntándole.

—Soy... Soy Alba —dijo la niña antes de caer en los brazos de las «libres»—, ¿os acordáis de mí? La aprendiz de Juana la Pelleja.

Luego perdió la consciencia y quedó desmayada.

7

—APESTA A MIERDA DESDE LEJOS —dijo Regina al asomar al corral.

Solo a Geno la Negra no parecían afectarle los hedores animales.

—Si quieres les digo a las gallinas que lo que coman no lo caguen. Por no molestarte.

Geno la Negra estaba sentada en la oscuridad, sin gastar una miserable vela. Solía pasar allí dentro las noches, desde que un zorro cavó un túnel bajo la tapia de cañas e hizo una espantosa matanza.

—Estoy segura, Negra, de que no cagarían si tú se lo pidieses; estas bichas te adoran.

—*Todos los bichos me adoran. Es mi don.* —La Negra se encogió de

hombros, sonriendo—. Todo lo demás salió mal.

Los animales, incluso las fieras salvajes, confiaban de inmediato en la Negra. Tal vez percibían el puro amor en sus manos sin uñas —hacía años que se las había arrancado alguien empeñado en saber un secreto—. Fuera cual fuera la razón, lo cierto es que se le entregaban.

Regina miró hacia la puerta que habían levantado al fondo de la cueva, reforzada con maderos de barco. Guardaba detrás una segunda cancela, envuelta en cadenas.

—¿Lo tienes listo?

Geno la Negra torció media sonrisa.

Por respuesta, se levantó a abrir la puerta de los maderos.

—Acerca una vela. Lleva toda la noche inquieto. Huele la sangre en las manos de los hombres, por mucho que se las laven; sabe que vienen.

Se asomó Regina a la cancela, con la vela en la mano. Un graznido respondió a su intromisión.

—¡Coño! —Regina se retiró hacia atrás.

Las sombras de la llama, agitadas por la tormenta, bailaron sobre la silueta negra de la bestia, que, en furiosa amenaza, abrió las alas de reptil y el pico curvado.

—Impone, sí.

El bicho tenía un genio de mil diablos, y Geno la Negra era la única de todas ellas que sabía manejarla. No en vano la había criado desde el huevo, dándole de comer ciertos hongos secos que el basilisco adoraba, y una pasta de acebo y bayas masticada de su propia boca. El monstruo creía que la Negra era su madre.

Viendo que Regina no las tenía todas consigo, dijo por tranquilizarla:

—Servirá.

—No sé... Solo si todavía no ha amanecido; a lo mejor. En cuanto haya algo de luz se verá el apaño.

—No lo mirarán directamente, recuerda: temen que los convierta en piedra.

Regina la Mayor suspiró.

—Contemos con eso: con el miedo. El miedo les hará ver justo lo que temen.

La luz de la vela iluminó al basilisco. Ni la Mayor ni la Negra necesitaron nunca de ningún ungüento para enfrentarlo.

El enorme urogallo resultaba ya agresivo en su aspecto original, con las pobladas excrecencias rojas sobre los ojos y las plumas irisadas en punta. Pero Geno le había camuflado la cola y las alas con sus hábiles artes. Regina había ayudado, y también Juana la Pelleja, de cuyo recuerdo renegaban por haberse marchado a traición. La alquimia de un preparado arsenical permitió disecar la piel de diversos animales. Con esas pieles armaron las falsas alas de dragón. Y con escogidos restos de huesos y tendones se concibieron las agallas puntiagudas de la cola. El aspecto final era terrible; magnífico. Habían fabricado un basilisco.

—Servirá, ya lo verás. ¿No ha servido hasta ahora?

Cerraron la cancela que daba cobijo al falso monstruo.

Salieron a la playa y caminaron sobre la arena, que a aquellas horas de la madrugada había olvidado ya la bondad cálida del sol; dos cangrejos escaparon de sus pisadas.

Quedaron las dos mirando el horizonte, pensativas. La noche estaba desapacible. Les azotó en la cara un aire frío, que llegaba a rachas desde el mar; la brisa cargaba de sal las hirientes flechitas de lluvia. Caía la melena negra sobre los hombros de Genoveva. Ojalá hubiera tenido pelo Regina, para que el agua de lluvia se lo empapara. Disfrutó, no obstante, de aquel tamborileo en las mejillas, en la cabeza pelada.

—¿Estoy equivocada. Geno? —preguntó por lo bajo.

—¿A qué te refieres?

—En empeñarme en que nos quedemos aquí. Dime, ¿estoy equivocada?

La Geno se encogió de hombros.

—No tiene sentido presentar batalla a esos asesinos, Regina, tú lo sabes tan bien como yo. Es imposible ganar.

Regina asintió; lo sabía, desde luego.

En la oscuridad de la tormenta, un relámpago iluminó la playa: brillaron las tallas de hombres sorprendidos en un último momento de horror, aquel en el que la maldición del basilisco los habría convertido en piedra.

Regina y la Geno se apretaron la mano, silenciosas, en recuerdo de la cuarta de las fundadoras, la judía Zulema. De su arte excepcional habían

salido las estatuas que poblaban los alrededores de la playa, pues desde pequeña había sido una magnífica escultora. Hija de físico, médico y astrónomo que le había enseñado en secreto, estudiando cadáveres, su padre pagó caro su saber: había sido condenado al hierro candente. La propia Zulema fue apresada, y, con muchas otras, acabó siendo transportada en cierto barco.

Hacía un par de años que la luz de Zulema se había ido, por una hidropesía mal curada, dejándolas a las dos muy solas.

—Entonces —insistió Regina— crees que estoy equivocada.

Una tristeza se dibujó en el rostro de la Negra; había perdido tantas veces a lo largo de su vida que ya parecía importarle poco perder de nuevo.

—No he dicho eso.

Sonrió.

—Regina, ¿nunca has ido a una batalla aun sabiendo que ibas a perder?

Regina suspiró, inquieta.

—Lucharemos —dijo la Negra—. No porque vayamos a ganar, sino porque tenemos que luchar.

Se detuvo de pronto la brisa; dejó de llover.

La playa quedó en silencio hasta que, del fondo de la cueva, llegó un alarido de la niña Alba.

—Ya está pariendo.

—¿Ahora?, ¿con esos hombres a punto de llegar?

Regina la Mayor se rascó los cuatro pelos que le quedaban.

—No parece que el niño esté dispuesto a esperar.

CUANDO ENTRARON EN LA CUEVA, EL FUEGO ARDÍA con redoblado vigor; bien se encargaban de ello las «libres». Las hubo que vinieron sabiendo apenas recitar y tocar el laúd, y ahora manejaban el hacha o sacaban chispa del pedernal con los ojos cerrados.

Varias de ellas atendían a Alba, refrescándola con trapos. De cuando en cuando un espasmo sacudía a la niña y gritaba; en cada grito parecía que la vida se le fuese a escapar por la boca.

Alba agarró el tobillo de Regina, espantada; le caía el sudor a chorros.

—¡Ayuda! ¡Ayuda, por caridad, me está devorando las entrañas!

La Mayor acarició su frente.

—No, niña, solo está naciendo.

A fin de comprobar cuánto había dilatado, metió la mano bajo el vestido de Alba.

—Ya falta poco —dijo.

Alba rugió como un animal; creyó que las tripas se le saldrían por abajo. Y a pesar de que las mujeres trataban de retenerla, gateó a cuatro patas sobre el suelo de roca, haciéndose sangre en las rodillas.

Las «libres» la habían ido rodeando y contemplaban la escena, silenciosas, hipnotizadas por lo que iba a ocurrir.

Regina la Mayor escurrió el trapo en un caldero de agua y lo presionó sobre la piel de Alba empapada de sudor. Alba cerró los ojos, agotada, y se quedó inmóvil unos instantes, absorbiendo fuerzas de algún lugar de sí misma.

Las voces sonaron aquí y allá en su memoria, como reconstruyendo en desorden un cuento muchas noches contado. Alba recordaba aquellas voces de no hace mucho, cuando, en aquella misma cueva, aprendía las industrias de la Pelleja, alrededor de ese mismo fuego y en noches lluviosas como aquella.

«Nos llevaban al infierno y escapamos».

«Hicimos un viaje muy penoso, viajamos durante muchos días. Y, un día, cuando el barco pasaba cerca de la playa...».

«Aun después del naufragio sobrevivimos bastantes. Muchas de nosotras conseguimos llegar a la playa».

«Una mañana, milagrosamente, el mar devolvió a tierra el mascarón del

barco, que se había desprendido».

«Iban a vendernos como esclavas».

«Un viejo mascarón, que había batallado en muchas guerras».

«Cuando vimos que el mar nos lo había traído hasta la orilla pensamos que era una señal. Por eso nos atrevimos a quedarnos».

Alba notó pinchazos. Geno la Negra le dio un suave masaje. Sus manos iban solas allí donde el cuerpo de Alba más las necesitaba: en el fondo del abdomen y en la espalda. Del mismo modo que hacía con los animales, el tacto de sus manos sin uñas calmó el terror de Alba. Era su don.

«Vimos que podíamos vivir aquí, sin molestar ni ser molestadas. Libres. Y fundamos esta comunidad».

Alba sintió que la invadía una gran calma; el último descanso que la naturaleza le concedería antes de la tormenta. Olas de suave calor le bañaban la piel.

—¿No tenéis miedo?

La voz de Regina la Mayor acariciaba tanto como las manos de Geno, que sonreía callada:

—Vivimos con miedo, niña, claro que sí. Cada segundo de nuestra vida, porque somos todas unas criminales; culpables todas nosotras.

Culpable de no haber tenido hijos. Él, por supuesto, nunca pensó que pudiese ser cosa suya y la mataba a palizas. El cura y su madre le decían que tuviese paciencia y que no avergonzase a su familia. En aquella cueva había tantos crímenes como mujeres. La que nunca encajó en el convento en donde la había recluido su padre, y lloraba todos los días. La que tuvo la desgracia de enamorarse de otro hombre, y su marido se enteró, la encerró en un cuarto con dos sicarios y les dijo que hiciesen lo que quisieran con la puta de su mujer.

—Todas criminales y todas culpables.

Cada cierto tiempo aparecía una de ellas trayendo consigo a otra criminal, tan culpable como todas. O llegaban sin más, venidas desde muy lejos y tras haber buscado por todas partes. A estas, tan a menudo les habían dicho que estaban locas, que eran raras, que no servían, que al final se lo creyeron. Pensaron: «¿Ah, sí? ¿Por qué no volverme loca del todo y marcharme a esa playa de los hombres de piedra?».

En noches como aquella, ventosa y con lluvia, las llamas de la hoguera

coloreaban de ardor las mejillas de las «libres», cuando se reunían alrededor de la fogata en la gruta, a contar su pasado. Así rendían a sus viejos demonios: exponiéndolos.

—No hay más remedio que tener miedo: si eres mujer, estás en peligro.

Quizá pareciera difícil comprender, entre tantas diferencias, qué podía unir a una mujer con otra, solo por el hecho de serlo; pero era fácil, sin embargo: alrededor de la hoguera, los corazones hablaban siempre de soledad. Soledad y miedo.

A esto replicó Alba, hablando de su propio terror:

—No se puede vivir así.

—¿No? —dijo la Negra riéndose—. ¿Quién lo dice?

Sonrieron las «libres». Y a Alba le pareció entenderlo de pronto.

—Es el miedo —dijo— lo que os ha mantenido vivas.

—No —respondió una, hablando por todas—. No el miedo, sino la lucha por superarlo.

Volvió el dolor al dulce rostro de Alba, solo que esta vez mucho más intenso. Se le tensaba la piel por dentro, notaba todos los músculos estirándose y contrayéndose en tensión. Gritó. Su cuerpo, incapaz de soportarlo, se balanceaba a un lado y a otro.

Regina se arrodilló frente a ella, con su corpachón enorme, y la agarró de los brazos. Alba se sostuvo en su mirada, clavándole los ojos. Comenzó a resoplar, cada vez más rápido. Enrojeció del esfuerzo; empujaba, empujaba. Allá abajo. Genio la Negra hundió las manos dentro de su cuerpo. En el suelo se extendía toda suerte de fluidos; una mezcla de sangre, orina y heces, y finalmente un líquido claro que cayó a chorros.

—Ya está aquí, ya viene. —Y añadió, para que Alba no desfalleciera—: Empuja más fuerte, muchacha, o el niño nacerá muerto.

Siguiendo un instinto primario, por evitar la muerte de su hijo, empujó Alba. Se estaba deshaciendo entera por dentro, convertida en un animal salvaje, todo maternidad; y a pesar de eso, y rugiendo, empujó.

Las «libres» la rodeaban, habían olvidado el peligro y los miedos. Una misma emoción las sumergía, como si las llamas de la hoguera les hubiesen prendido dentro.

Sonó en la lejanía un trueno; se iba la tormenta. Y por las paredes de la

cueva temblaron las sombras de las mujeres, al entrar un viento que agitó los rescoldos de la hoguera. En las manos de Geno la Negra fue a parar despacito un animalillo de carne rosa, muy encogido sobre sí mismo, prieto.

Alba, hinchada del esfuerzo, exhaló un murmullo:

—¿Está vivo?

La luz, anaranjada y suave, fue lamiendo la entrada de la cueva; la diosa Aurora, a la que los griegos llamaban «de rosados dedos», acariciaba los contornos de roca, los rostros arrobados de las mujeres. La luz venía a saludar a aquel nuevo habitante del mundo.

—¡Dime algo, por Dios bendito! —exclamó la parturienta en un hilo de voz—. ¡¿Está vivo?!

Estaban los ojos de todas las «libres» clavados en ella; nadie miraba al recién nacido. Sabían ya todas que Alba estaba muriéndose, solo ella lo ignoraba. Bajo Alba se extendía, poco a poco, un charco de sangre.

Alba alargó la mano hacia la criaturita que la Negra, espantada, sostenía entre sus brazos. Qué distraída había estado, pendiente de su hijo; cómo no había caído en que estaba perdiendo la vida.

Fue a hablar y notó que le fallaban las fuerzas. Supo ya que se moría sin remedio. Lo habría dado todo, a cambio de un poco de tiempo. Se iba de esta vida sin abrazar a su pequeño.

La muerte tiró de ella hacia la oscuridad, y apenas tuvo aliento para decir unas últimas palabras:

—Por favor, no dejéis que le pase nada.

Fuera de la cueva desapareció el sol; comenzaron a caer de nuevo las gotas, despacio primero. Enseguida rompió a llover. A Regina le cayó una lágrima por la cara.

Entonces irrumpió en la cueva una de las mujeres, espantada.

—¡Los hombres! —dijo—. Ya vienen.

ACUDIERON TODAS AL EXTERIOR; LLOVÍA como si se fuera a descerrajar el cielo. Las «libres» corrieron en dirección al camino, sobre la arena mojada. A unas treinta varas del sendero se detuvieron para plantar cara.

Bajaban hacia la playa tres hombres y un jinete, que iba bamboleándose, muy agarrado a las bridas.

Iba en cabeza un tipo delgado, todo de negro, aferrando un machete. Detrás le seguía otro con una espada, muy rubio, con pecas en la cara de pocos amigos. Al caballo lo conducía a pie un muchacho jorobado, pero a ninguna de las «libres» se le escapó que también llevaba un puñal.

—Hombres armados —dijo alguna de ellas—, la peor de las combinaciones.

Al ver al alguacil más de cerca. Geno la Negra creyó que le temblaba hasta el espíritu, y, para no preocupar a sus compañeras, hizo por disimular el castañeteo de los dientes. Conocía a Raymundo Lacruz.

—El destino es un cabrón —musitó para sí—; le encantan los conflictos.

Rezó Genoveva por que el alguacil no fuera capaz de reconocerla. Habían pasado los años para la Negra y el tiempo la había cubierto de arrugas.

Armándose de valor, Regina avanzó un paso ante las «libres» y plantó cara a los visitantes.

—¡Vos y los otros!

El eco de su voz restalló a lo largo de la playa, por encima del ruido de las olas, del murmullo de la lluvia.

—¡No sois bienvenidos! Daos la vuelta por donde habéis venido y a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga.

No hubo reacción. Era imposible saber qué le pasaba por la cabeza al rostro inexpresivo de Raymundo Lacruz.

Añadió la Mayor:

—¡Tenemos armas!

Hubo algunos murmullos atrás, entre las mujeres.

—Sí —dijeron—, menudas armas.

—Estamos muertas y todavía no lo sabemos. ¿Cómo vamos a defendernos de esos animales?

—Callaos, coño —dijo Regina hablando de medio lado.

Los intrusos, para desconuelo de las mujeres, continuaban su lento descenso por el camino.

Regina la Mayor tragó saliva. Era ya claro que habrían de luchar.

Elevó la cara hacia el cielo, dejó que las gotitas enredaran en su rostro, que la cubrieran como una máscara de guerra que ocultara su miedo.

Ladeó la cabeza hacia las mujeres.

—No quiero ver ni una duda —dijo entre dientes—, ni un tembleque. No digáis nada.

Luego, a punto de romper a llorar pero luchando contra sí misma, añadió:

—Que no se den cuenta de que tenemos miedo.

Y allí se quedaron, plantadas, disimulando el terror mientras el jinete se acercaba detrás de los otros patibularios.

Cuando estaba a unas varas de las mujeres, Raymundo Lacruz detuvo el caballo.

Quedaron sus hombres ante él, como un escudo que le protegiera de las «libres».

—No tenemos nada de valor —dijo plantándoles cara la que se distinguió como su líder.

Bajo la lluvia, finísima y persistente, Raymundo Lacruz echó un vistazo en derredor, temiendo que de un momento a otro fuera a sorprenderles el basilisco.

Por toda la playa se vislumbraban variaciones de las estatuas que ya habían visto arriba: hombres que corrían despavoridos, convertidos ahora en piedra.

Allá, al fondo, el alguacil divisó un viejo barco encallado en la orilla; parecía un castillo elevado en la arena, como una fortaleza que defendiera la playa.

Las mujeres habían construido en la cala una comunidad de chozas, diseminadas alrededor de una gruta que se abría en medio del acantilado. En una cuevita, el alguacil advirtió unas tablas que cerraban la oquedad; un corral para los animales, sin duda. O quizá para el basilisco.

—Negra —dijo mirándola—, ¿ya no vendes la grasa de la barriga de los niños?

Se vio reconocida Genoveva. Las mujeres la miraron; se apretaron a su alrededor como si quisieran protegerla de las palabras.

Geno la Negra disimuló el pánico lo mejor que pudo, y aún fue capaz de esbozar una sonrisa amarga mientras se tapaba los dedos sin uñas.

—¡Mujeres! —exclamó—. Os presento a don Raymundo Lacruz, alguacil mayor de Burgos, perseguidor de brujas y hierberas, de asesinos y ladrones. Puto, malparido, cornudo e impotente.

Lacruz tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse digno sobre el caballo. Temblaba de ira, rojo como el caldero del diablo.

Geno reparó en la manita impedida del alguacil, la pierna: era incapaz de mover uno de los lados de su cuerpo.

—Con el corazón tan negro —añadió la Negra— que le ha terminado pudriendo el cuerpo. ¡Una bendición de Dios verte de nuevo, alguacil! —exclamó, burlona—. ¿Te ha hechizado alguien?

También él se esforzó por sonreír; y le vino a la boca la mueca que pondría un lobo.

—Bruja. Vas a pagar por todo el tiempo que llevo buscándote.

—¿Eres una bruja? —preguntó temeroso el Piojo.

Regina dio un paso; interpuso su cuerpo entre los hombres y Genoveva. Su voz sonó muy tranquila, dulcificada ante el chiquillo torcido.

—A muchas de nosotras, en alguno de los pueblos en que hemos vivido, nos llamaron brujas, sí.

Piojo insistió.

—¿Lo sois?

—Da igual, muchacho —respondió Regina—. Quisieron colgarnos de un árbol, descuartizarnos o quemarnos vivas, como si lo fuéramos. Nos recluyeron, nos dieron palizas, nos cortaron, nos arrancaron las uñas. A todas trataron de doblegarnos mil veces, hasta que, un día, cada una de nosotras decidimos perderlo todo para cambiar nuestra vida. Y aquí estamos. Hemos sido capaces de parir entre estiércol, de hacer sobrevivir a nuestras criaturas; de luchar contra la estupidez y la superstición, de vencer la envidia, la mala fe.

Aquí levantó la barbilla, y dijo por concluir:

—Somos mujeres. Eso es lo que somos. ¡Mujeres!

Raymundo Lacruz alzó la voz.

—Basta de cháchara.

Se había untado algo en la cara; también en todo el cuerpo: un unguento asqueroso que había repartido dibujándose cruces por todas partes, creyendo que lo protegerían.

—¿Dónde lo tenéis? —preguntó—. El basilisco.

10

—A BUEN RECAUDO LO TENEMOS —respondió Regina—. Y lo soltaremos si nos obliga, don Raymundo. Ya ve que toda la playa está llena de otros que se creyeron tan listos como vos, y que acabaron convertidos en piedra.

Piojo retrocedió un paso; lo detuvo una sola mirada, la del alguacil.

Lacruz elevó la voz.

—¡Mujeres! Voy a daros una oportunidad solamente. Después, si no me dais lo que quiero, ordenaré a mis hombres que arrasen vuestra cala de mierda madera por madera y que os corten a todas el cuello.

Ninguna de ellas se movió, a pesar de que hubiesen querido salir corriendo. Aferraban sus palos, sus cuchillos, las únicas armas que tenían al alcance. Muchas de ellas estaban ya rezando por la salvación de su alma.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó la Negra.

Lacruz enseñó los dientes.

—Negra —dijo estirando el cuello—, prepara para mí una pócima con la sangre del basilisco.

Nada más escuchar esto quedaron todas muy pálidas.

—¿A eso has venido? ¿A hacerte con la sangre del monstruo?

—Líbrame de esta enfermedad y respetaré tu playa y a tus mujeres.

Se hizo un silencio; parecieron detenerse las olas, caían las gotitas de lluvia por sus caras. ¿Cómo harían posible el fabricar para este loco un unguento de la sangre de una criatura que no existía, que era solo una invención?

Balbuocé la Mayor:

—Eso... eso no va a poder ser. No podemos... No vamos a entregarte...

Desde lo alto del caballo se irguió Lacruz; y replicó, furioso:

—Hablo muy en serio. ¡Pregúntale a esa! —dijo señalando a Genoveva—. Ya estuvo en mis manos un día y sabe de lo que soy capaz. Dadme la sangre de la criatura u os colgaré a todas de ese risco, como un puto racimo.

Las mujeres se miraban unas a otras, incapaces de darle salida a esta situación endiablada. «Condenado estúpido —le habrían dicho muchas de ellas—. ¿Eres incapaz de darte cuenta de que no existen basiliscos, ni engendros, ni monstruos? ¿Cabe en tu cabeza de ignorante patán que todo eso no son más que cuentos para asustar a hombres crédulos como tú?».

Sonó una carcajada de mujer, en la playa. Las «libres» se volvieron, asombradas.

Geno la Negra avanzaba. Su risa salvaje era casi como un insulto.

—Raymundo Lacruz, has sido maldito de Dios por tus actos; pero lo que Él te ha arrebatado, yo voy a intentar remediarlo.

Miró a cada uno de los hombres de la comitiva; parecía haber crecido, investida de poder.

—Danos tu palabra de que, a cambio de esa sangre, perdonarás la nuestra y te irás por donde has venido, sin dañar a ninguna de nosotras.

Lacruz se afianzó al caballo. Le hizo un gesto al Piojo.

Piojo pestañeó. Luego soltó la retahila:

—El señor don Raymundo Lacruz, alguacil mayor por la gracia de nuestro señor Jesucristo y por obra del rey Sancho, que Dios le otorgue larga vida — aquí se paró, sorprendido de su éxito, y siguió, aprovechando la carrerilla—, os da su palabra.

Geno la Negra procuraba no cruzar la mirada con Regina, segura de leer la preocupación en ella. Permaneció firme e investida de dignidad sacrificial.

Hacía muchos años que no hacía este papel, pero le sentaba bien. El viento agitaba la falda raída de su vestido.

—Voy a vendarle los ojos al basilisco. Es una tarea difícil y solo yo puedo hacerla, pues lo incubé en el huevo y me considera su madre. Ningún hombre ni mujer debe acercarse, a menos que queráis acabar convertidos en piedra.

Del primero al último tragaron saliva.

La Negra dio la vuelta y caminó sin prisa hacia la pared del acantilado, donde esperaba el corral entre las brumas de la lluvia.

Se detuvo ante la entrada y tomó un retal de su falda; se lo anudó alrededor de los ojos y, palpando en la oquedad de roca, entró.

11

EL ESCÉPTICO SOMBRA ACERCÓ SU CABALLO al del alguacil; el animal caracoleó en el camino.

—Señor —dijo susurrando—, ¿vais a confiar en estas putas?! No tienen más que veneno en la lengua.

—El problema, mala Sombra, es que no te arrodillas ante el Misterio.

—¿Que no qué?

—Hay más cosas en este mundo de las que puedes ver con los ojos y tocar con las manos. Cuando el demonio venga a por ti con sus huestes, dime, ¿vas a decirle a la cara que no existe?

Iba a responder Sombra que cuando viniese el demonio le daría un buen tajo en los huevos con su machete, pero decidió callar. Donde manda patrón, el marinero hace bien en poner punto en boca. Pensándolo bien, iba a cobrar igual y hasta con menos trabajos.

Fue Piojo, más joven y con mejor vista, el que les alertó.

—¡Mi-mirad!

Lacruz trató de enfocar aquella visión que surgía de entre las brumas.

—Santa María, madre de Dios.

Y se tocó la cara, buscando palpar las cruces pintadas en ella.

La bruja Negra había cumplido: salió a la arena; traía consigo al monstruo, y la venda que antes cubría los ojos de la bruja ahora cubría los del basilisco.

—Cristo me ampare —insistió emocionado el alguacil.

Desde donde estaba, distinguía la silueta deforme, mezcla de mil bestias, burla de Dios a los hombres. Era más pequeña de lo que contaban; pero le estremeció contemplar al basilisco al fin, con sus propios ojos. ¿No había el Hombre de inclinarse ante los caprichos del Altísimo, que permitía existir a aquella aberración?

—*Pater Noster* —murmuró febril—, *qui es in caelis: sanctificetur Nornen Tuum...*

Piojo le siguió rápido, repitiendo algo parecido a las palabras. «*Patre calis, patre calis, siu siu siu, nomen turn, patre calis siu siu siu*».

El señor Sombra miraba receloso, tratando de averiguar qué cojones era aquel bicho que enarbolaba a lo lejos la bruja puta. Impresionaba, todo sea dicho; a lo largo de sus muchos viajes nunca había visto criatura parecida, y no sabría decir si era ave o reptil.

Miguel, un poco retirado, buscaba entre las «libres» a Alba, temiéndose lo peor.

A lo lejos, la silueta neblinosa de Ceno la Negra tomó con las manos la garganta del basilisco. Traía consigo un cuchillo y un cuenco. La criatura se le entregaba confiada; se había dejado vendar y palpitaba segura en sus brazos maternos. Regina conocía bien a su amiga; supo cuánto podía dolerle a la Negra quitarle la vida al bendito urogallo.

El alguacil Lacruz temblaba de gozo; no podía creer en su curación como en algo al fin real y al alcance de la mano. Por primera vez en muchos años rezaba sincero a Dios, se sentía cercano a él; de nuevo era hijo suyo. Su padre Dios lo acogía en su Altísimo Amor: Raymundo, mi hijo.

—*Sed libera nos a Malo. Amen.*

A la entrada del corral. Geno la Negra sajó la garganta del basilisco. Hubo un graznido. La mujer se hizo camino hasta las patas con el cuchillo,

destripándolo entero, y recogió su sangre en un cuenco.

Lacruz temblaba excitado. En los ojos le brillaba una ansiedad; lo más parecido a la ilusión de un niño que podía quedar en aquel hombre. El descreído rufián de negro torcía el gesto, con la mano en su machete.

A los ojos de la Mayor, el menos claro era el rubio.

Cruzaron de pronto su mirada y ambos se leyeron. Qué fácil le resultó a Miguel Cirueña descubrir el miedo en los ojos de Regina, puro, abismal, aquel que ella no mostraba a nadie, ni siquiera a las «libres». Ella, por su parte, avistó en él la tormenta que había hecho presa de su alma, estrujándola hasta ahogarla. Regina acababa de averiguarlo: aunque estaba contenido, aquel era el asesino más peligroso de la comitiva.

La Negra dejó caer el cadáver del basilisco; apenas había quedado una masa abierta, deshecha, cubierta de plumas, escamas y sangre. Se apartó de la cara una lágrima, inspiró y regresó al pie del camino, trayendo con ella el cuenco lleno de sangre. Las mujeres le abrieron paso, silenciosas, mientras ella se acercaba solemne a los pies del caballo de Lacruz.

—¿Qué debo hacer?, ¿bebería o...?

Genoveva la Negra esbozó una sonrisa torcida. Pasaron por su mente mil perrerías, a las que hubiese sometido a Lacruz de haber disfrutado de circunstancias más favorables.

—Bébetela —ordenó la Negra muy segura.

Y a medida que proseguía, le sorprendió a ella misma con qué facilidad acudían las palabras.

—El *archaeus*, el primer principio vital está en la sangre. Este principio es el hálito de Dios, y se encuentra en todas las cosas vivas. Pero en la sangre del basilisco se halla en dosis muy elevadas, más que en ninguna cosa de este mundo. Es el *archaeus* el que le da el poder de curar.

Se abalanzó Lacruz sobre el cuenco; le sobraban explicaciones. ¿O no era evidente que curaba su alma el vino que bebía cada domingo en la santa misa, hecho sangre de Cristo?

Antes de beber miró el líquido rojo, espeso. Qué larga se le había hecho la espera, cuánto sufrimiento le había costado aquel camino. Lo dio todo por bueno, cada pecado que cometió, cada acto de ira desatada sobre tantos interrogados; las torturas para conseguir información sobre el paradero de la

playa; las noches en vela, los padecimientos en cada paso.

—*Archaeus* vital —murmuró admirado. Y habría bebido sus propios orines, si con ello pudiera devolver la salud a su maltrecho cuerpo, leche de burra, agua de mar; se habría dejado picar por cientos de abejas y aplicar lavativas; embadurnarse en barro, en mierda. Todo para conseguir curar su mal.

La sangre le manchó la boca, los dientes; le dibujó sobre la piel blanquísima un bigote, como al niño que toma miel o cuajo dulce. Bebió, bebió, bebió; tragó cada gota, ávido de vida, hasta apurar el cuenco. No quedó ni rastro de *archaeus*, estaba todo ya dentro de él.

12

ARROJÓ EL CUENCO A UN LADO y enseguida se miró la pierna, la mano.

Los ojos del señor Sombra oteaban ladinos; los de Miguel se fruncían, no esperaba nada bueno. Regina la Mayor paseaba los suyos, del machete del hombre de negro a la espada del rubio. Genoveva los tenía fijos en Lacruz.

El alguacil imaginó dentro de sí el *archaeus* recorriendo su sangre, arreglando lo podrido con savia nueva. Intentó estirar el brazo enfermo.

La voz, aturdida, espantada, le salió en un quejido agudo, casi un llanto.

—No se mueve. ¡No puedo mover el brazo!

Le miró Piojo acongojado; el corazón en vilo.

—¿Y la pierna?

El gesto de Lacruz se endureció curvado hacia abajo, caía toda su cara; era una pintura que hubieran desteñido. Aún inmovilizado. Aún inútil.

—No puedo moverme. ¡Mira mi brazo y mi pierna; mira mi cuerpo! ¡Aquí no está ocurriendo nada!

Geno la Negra trató de recuperar su poder de convicción; se le escapaba entre los dedos como arenilla.

—Señor, debierais dejar que el *archaeus* actúe.

—¿Pues *cuándo* se supone que ha de actuar, Negra?!

—Hay que esperar.

—¿Esperar?! ¡Bruja de mierda, ¿esperar cuánto?!

Las mujeres se pusieron en guardia; a cada merma de autoridad de la Negra, más amenazadora se volvía la figura del alguacil sobre el caballo. Era el emisario de la muerte, el fin estaba cerca.

Intervino Regina la Mayor, luchando para evitar que le temblase la voz.

—Hemos cumplido nuestra palabra, os hemos dado la sangre del monstruo; vos habéis dado la vuestra. —Miró a Piojo—. Públicamente. Todos lo han oído. ¡Tenéis que marcharos!

Pero hacía ya un rato que el alguacil Lacruz había cerrado los oídos, enterrando de nuevo al niño dentro de sí, muy al fondo. Estaba sordo, ciego de ira.

—¡No dijiste nada antes, acerca de esperar! ¡Cuánto, di!

—No sé deciros... —respondía la Negra, haciéndose pequeña.

—¡Maldito sea mil putas veces el diablo!; ¡habla!

—¡No sé deciros!

Regina miró de soslayo a las mujeres. Les preguntó con los ojos. Ellas, todas ellas, respondieron sin decir nada. Estaban aterradas pero decididas.

—¡Contesta, perra, o te saco el corazón por la boca! ¡Cuánto!

La voz de la Negra, un murmullo apenas, casi inaudible, restalló en el aire.

—Unos meses.

Cayeron estas palabras como losas sobre el ánimo del alguacil. Torció la comisura hacia la parte paralizada de su cuerpo, y quedó quieto; los ojos eran ventanas abiertas de par en par. Se hizo el silencio.

Meses aún —se dijo—. Inválido. Humillado ante hombres que eran mucho peores que él, mucho menos inteligentes que él, menos leídos, menos en todos los aspectos; pero que podían caminar, y sostener un jodido libro con las putas dos manos y sostenerse de pie sin recordar a un tentetieso.

Creyó que le faltaba la respiración; abrió la boca, sediento, y se llenó de aquel aire salado. Su cuerpo seguía siendo un peso, necesitado de alguien que

le ayudara a caminar. Qué frustración en el pecho, cuánta desilusión. Había tenido a Dios de su lado, por un momento; de nuevo caminaban juntos. Ahora, caída la esperanza, vacío de nuevo, Lacruz tuvo la impresión de que Dios, avergonzado de sus actos, le había retirado la cara.

Poco le importó de pronto el brazo, la pierna; curarse o verse impedido. Por su mente ya no cruzaban pensamientos; era pura furia. Una visión había anidado en su espíritu: veía el mar, enrojecido por la sangre; y las olas devolvían a la orilla las cabezas cortadas de todas aquellas mujeres, que terminaban rodando por la arena.

Iba a ordenar a sus hombres que hicieran realidad esta visión cuando Regina se volvió hacia él y dijo en un hilo de voz:

—En esta tierra somos libres de vuestro terror, señor alguacil.

No fue un grito de Regina lo que vino después, ni una llamada de guerra, sino una voz apenas.

—Ahora —dijo—. *Solvit formidine terras.*

Eso cuenta la leyenda, con bastante detalle: ante los cuatro patibularios, de debajo de la arena salieron aullando las mujeres que habían estado ocultas, asomando los labios como unos pescaditos que sorbieran el aire. Enarbolaban cuchillos y piedras. El caballo espantado de Lacruz se levantó sobre los cuartos traseros, y el alguacil cayó al suelo. Acudía el Piojo en su ayuda mientras el señor Sombra y Miguel Cirueña se enfrentaban con aquellas guerreras de arena. Las «libres» se echaron sobre ellos, aun sabiendo que era muy posible que perdieran; gritando, rugiendo, desgañitándose rabiosas.

CAPÍTULO 5

MARTÍN TORRES



1

MICAELA, QUE ERA MÁS BIEN FLACA, consideraba que a Muniadona la adornaban formas generosas. Llamaba la atención a la comadreja aquel pelo ensortijado, y negrísimo excepto en las puntas. Micaela, que jamás había conocido ni los ardides del arreglo ni la ligereza de las modas, se hallaba fascinada y divertida.

Muniadona pensaba solamente en sí misma, pues, según reconocía, jamás había podido contar con nadie.

—Primero yo, después yo y luego yo.

Era incapaz de mover un dedo: a lo largo del viaje jamás cocinó ni limpió un caldero, a pesar de que cada noche le tocaba cocinar a uno de los tres; nunca se ofreció para zurcirle a Micaela el bajo de las calzas o para cazar una miserable perdiz; pero, a cambio, su charla era amena y distraída.

Muniadona había sido prostituta desde que tenía uso de razón; había recorrido mucho mundo y sus conversaciones estaban llenas de anécdotas procaces.

—En el burdel teníamos trajes para que los clientes se disfrazaran. Había de todo: de cadí, de imán, fraile, verdugo... Y también de oficios. De esos, cantidad, y, aún así, había que reservarlos con antelación.

Decía haber conocido al rey Sancho, el grande; al conde del Fierro, al arzobispo de Burgos. Se había acostado con media humanidad, y en el tono de su voz flotaba el lejano cinismo de aquel que ya vuelve de todas partes.

Habían pasado cinco días con sus noches, desde que Muniadona, Martín y

Micaela abandonaran Saraqusta. Durante aquel tiempo apenas se cruzaron con nadie; y de ocurrir un encuentro, no resultó en ninguna amenaza, por fortuna.

Al segundo día habían tropezado con un caballero villano, despreciado por los otros caballeros porque no tenía apellido. Recorría los caminos alquilando su espada, y soñaba con sacar algunos dineros para comprar una hermosa silla árabe. Durante un trecho también viajaron con un niño cristiano que, para asombro de todos, iba solo. Les pareció muy religioso, dogmático hasta el fanatismo, y tan inteligente que llamaba la atención. El chico se jactaba de que nada podía pasarle, pues caminaba protegido de la mano de Dios. Dijo llamarse Hildebrando. Se separaron de él en un cruce y, tan solo como había venido, el pequeño continuó camino, hacia el noreste; estaba empeñado en llegar a Roma.

Ninguno de los caminantes a los que conocieron duró demasiado a su lado; o no convergían más sus caminos o todos temían que aquel lobo diera cuenta de ellos.

A lo largo de aquellos días, mientras recorría las tierras de la Marca, Micaela se vio obligada a redibujar sus propios itinerarios interiores. El lento avance del camino la devoraba en una angustia: la de que tantos derroteros inesperados la hubiesen retrasado demasiado y que Raymundo Lacruz y sus asesinos pudiesen encontrar la playa y a su madre antes que ella. Imaginaba a aquellos hombres en rápidas monturas, con las espadas dispuestas, y se le retorció el pecho viendo al pesado penco que tiraba de su carro.

Pasaba las horas dividida entre esta tensión y la más cálida esperanza: ahora que sabía que su madre estaba viva ansiaba conocerla, y le daba mil vueltas a aquel deseado momento, hablaba sola con aquella interlocutora invisible: «¿Tengo algo de ti, madre? ¿Mi cara no ha cambiado?, ¿me reconoces?». Fantaseaba sobre todo con el primer abrazo; cómo su madre le pondría las manos en las mejillas tomando su cara, para contemplarla mejor; cómo reirían y llorarían al mismo tiempo. Bullía de ganas de hablar con ella, de contarle cosas. Ardía no solo por conocer algunas historias de su vida, las que su madre quisiera contarle, sino también por un placer que para todos los demás era cotidiano y a ella le parecía imposible: el de acostumbrarse al timbre de su voz, a sus gestos.

Por su mente ni siquiera pasaban otras preguntas, más oscuras: «¿Por qué

me dejaste? ¿Por qué nunca me has buscado?», pues lo cierto es que Micaela había apagado cualquier rencor hacia su madre; solo miraba al futuro.

Presa de la angustia no dejaba de removerse en el pescante, el paso del dichoso caballo se le hacía interminable, casi deseaba bajar y seguir camino ella misma, corriendo. Al fin acabó pidiendo a Martín que le enseñara a conducir el carro, a pesar de que la prostituta, escandalizada, protestó desde atrás: «¡Conducir un carro no es cosa de doncellas!». Ante la insistencia de la Mediaespada, el mercenario le entregó las bridas, con una carcajada. Fue indicándole cómo hacer para ir hacia aquí, hacia acá, más deprisa, más despacio...

No tardó Micaela en verse dirigiendo al penco como si lo hubiera hecho toda su vida. Era incapaz de imaginar cómo se sentirían las doncellas, pero, desde el pescante, en lo alto del carromato, la comadreja creyó ser un águila que flotara sobre el camino, y se supo capaz de cualquier cosa. El mundo estaba a su disposición.

Qué lejos le parecieron a Micaela los primeros días de viaje, cuando, tirando de Mathías, cada sombra la asustaba; en todo veía una amenaza.

Había conseguido bajar la guardia, desde que marchaban con Martín Torres y las protegía su espada. Ya no estaba obligada a rehuir los senderos, para evitar toparse con nadie. En estas raras ocasiones en que avistaron alguna presencia humana, Micaela se regocijó en sentirse más tranquila y encontró que hallaba mucho placer en el mero hecho de viajar.

Solo una cosa la inquietaba de cuando en cuando, y acudía a su memoria de boca del fraile Veremundo:

—Insistía en que este viernes santo era la fecha en que iba a acabarse el mundo. Queda poco para eso.

Martín reía, en el pescante.

—El fin del mundo, nada menos —decía el bribón—. Ya veremos; hoy es hoy y estamos vivos.

Micaela sonreía. Allá lejos, más allá del horizonte, temblaba la figura de su madre en la playa. Pronto tomarían forma real y apartarían los fantasmas del camino, toda la muerte que iba quedando atrás. Lo que en la playa le esperaba no era el pasado. Era un futuro. Micaela tomó aire y se llenó de ligereza; iba hacia el único lugar al que deseaba ir: la playa de los hombres de

piedra, al encuentro de su madre.

Con los días fue cambiando el paisaje, y todo resultaba menos yermo. El terreno era poco agradecido, por desgracia; ahora era común subir cerros y bajar colinas.

Muniadona había manifestado a Micaela su preocupación, pues había pagado al mercenario por el periodo de una semana, únicamente, y temía que el rufián las abandonara antes de llegar al destino solo por haber vencido el plazo.

Micaela trató de mediar.

—Martín —le dijo una tarde—. Pronto acabará el plazo de siete días por el que te contrató Muniadona.

A lo que él, sin mirarla, contestó:

—¿Muniadona tiene más oro?

—Tú ya sabes que no —replicó Micaela—. Te entregó todos sus ahorros.

—Pues que Muniadona procure que lleguemos antes de que pasen los siete días.

Se notaba más el fresco, también, y no había día en que Micaela, Martín y Muniadona no pasaran unas cuantas horas a remojo, bajo una lluvia finísima, pero persistente.

—Calabobos —la llamaba Martín. Y se burlaba de Micaela cuando ella declinaba echarse algo por encima.

—¿Qué? ¿De qué hablas, ahora?

—Que a esta lluvia tan fina la llaman «calabobos». Le pusieron el nombre por ti, Mediaespada; échate algo por encima, Dios bendito.

Se pasaban el día chinchándose, Martín y Micaela; de forma que si él no encontraba mayor placer que meterse con ella, Micaela era incapaz de dejar pasar la ocasión de discutir con él. Y si uno decía «blanco», la otra respondía «negro»; y viceversa.

Hasta cuando estaban de acuerdo tenían un conflicto:

—Lo dices para que me calle, hurón; no porque creas que tengo razón.

—Mediaespada, eres de lo que no hay.

Martín se reía de ella en su cara.

Caminaban, cazaban lo justo para no malgastar las fuerzas, descansaban al atardecer y, por las noches, antes de dormir, charlaban junto al fuego.

—Buenas noches, Muniadona.

—Que descanses, Micaela.

—Hasta mañana, don ronquidos.

—Buenas noches, Mediaespada.

Y así fue transcurriendo el viaje, con esta calma beatífica, hasta que, un día aciago, el sexto tras su salida de Saraqusta, se vieron obligados a enfrentarse de nuevo a la muerte.

2

EL LOBO, QUE SE HABÍA ECHADO JUNTO A MICAELA Y DORMITABA, alzó las orejas, nervioso. Martín detuvo el carro.

Una nube de polvo avanzaba por el fondo del camino, en dirección hacia ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó inquieta Micaela—. ¿Un rebaño?

—Eso no es un rebaño. —Ensombreció su voz un ramalazo de preocupación—. Demasiado grande. Quedaos aquí, voy a acercarme un poco.

Martín le entregó las bridas y saltó del pescante. El lobo fue tras él. Quedaron en el carro Micaela y Muniadona, expectantes. Si permanecían atentas era fácil sentir el temblor en el suelo de tierra.

Muniadona observó a Micaela de reojo. La chica parecía no encontrar postura que la acomodara. Aprovechando que habían quedado solas, la prostituta le dijo por lo bajo:

—Te pica.

—¿Qué?

—Te vengo mirando desde hace un par de días. Te pica *ahí*, me he dado cuenta.

Tratando de adoptar una postura digna, Micaela estuvo a punto de caer del pescante.

—¿Picarme? No. No, no me pica.

—Micaela, ¿has *estado* con algún hombre?

—¿Estado?

—Que si te has acostado hace poco con alguien.

Micaela se puso en pie.

—¡Don dineros! —dijo llamando a Martín—. ¿Seguimos? Se acerca tormenta, ¡vamos a calarnos otra vez!

Martín le hizo un gesto para que le dejara estar, detenido en medio del camino. Ea nube lo tenía perplejo: estaba cada vez más cerca. Pareciera que la tormenta se les echaba encima, sí, pero a ras de tierra.

Muniadona no volvió a preguntar, para no hacer sentir incómoda a Micaela; pero fue la propia chica quien, al cabo de unos instantes, confesó al fin:

—Me pica horrores. ¡¿Qué es?!, en el nombre de Cristo.

Muniadona se echó a reír.

—No tienes que preocuparte, nos pasa a todas más pronto que tarde. Un regalito que nos hacen los hombres, cuando nos dan su amor.

Martín vio algo en la nube. Se dio la vuelta hacia el carro y, apurando el paso, enfiló de vuelta. Atrás quedó el lobo, detenido, en tensión, mirando la masa de polvo y tierra.

Muniadona señaló a Martín con la barbilla y preguntó en un susurro cómplice:

—¿Te acostaste con...?

—¡No! —respondió Micaela, sorprendida. De pronto no le pareció tan raro—. No, no fue con él.

El mercenario llegó hasta ellas.

—¿Qué es? —le preguntaron—, ¿qué has visto?

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo —dijo Martín subiendo al pescante; venía demudado, pálido.

—¿Es un rebaño? ¿Qué son?, ¿bueyes?

—¡Es gente! —respondió Martín—. Cientos de personas, hasta mil, quizás; huyen de algo.

Le dio un silbo al lobo y este acudió enseguida. Saltó al interior del carro y Martín azuzó al penco.

El carro echó a andar. El camino les obligaba, por desgracia, a atravesar la nube.

3

ERA UNA SERPIENTE ENORME; de cientos de personas, en efecto, formada casi en su mayor parte por mujeres y niños; también algún anciano, canosos deshechos que se esforzaban en vano por seguir el ritmo, doblándose sobre sí mismos, sin aliento. Venía con ellos un estruendo; eran tantas voces, tantos pasos, que podían confundirse con un zumbido de abejas furiosas.

Acababa de llegar la cabecera de la multitud hasta ellos y Martín tuvo que detener el carro, era imposible encontrar hueco en donde infiltrarse. La cola del monstruo se perdía a lo lejos. La muchedumbre que, a su paso, levantaba aquella nube podía verse a varias leguas de distancia; el polvo les cubría la piel apergaminada, haciéndoles parecer muertos que hubiesen echado a andar.

—¿De qué huís?! —preguntó Martín a las mujeres que iban primero—. ¿Qué ha pasado?!

—¡Dad la vuelta si queréis conservar la vida! —respondió una; llevaba la pesadumbre escrita en los muchos cortes y golpes de su cara—, ¡no sigáis el camino!

—¡Son los francos! —dijo otra—. Están invadiendo las tierras del norte.

A la larga columna de cientos de personas que huían de la guerra la denominarían, con los años, «la espantá». Se había ido formando a medida

que, en su avance, el ejército franco iba saqueando pueblos, matando hombres y violando mujeres. A las que huían de este pueblo se le unían las de aquel otro; y «la espantá» era cada vez más larga, más larga. Eran ya miles. Era un ejército formado de escombros; y, como todos los ejércitos, difícil de sustentar. Atravesaban el camino arrasando sembrados y cultivos, pues eran tantas bocas que no había fruta ni alimento suficiente para alimentarlos a todos; y siempre, siempre tenían hambre.

Martín miró en derredor, inquieto; se hallaban ya rodeados por la muchedumbre. Le bastó una mirada para que el lobo comprendiera, pero este se quedó inmóvil, mirando a su amo.

—Que te vayas cagando leches —insistió Martín.

El lobo saltó del carro y se alejó a la carrera hacia la orilla del camino, a través de la multitud que, atemorizada, le iba abriendo paso.

Entre el estruendo de la muchedumbre y viéndose cada vez más rodeados, gritó Muniadona.

—¡Da la vuelta, Martín!

El carro, movido aquí y allá por el gentío, se bamboleaba dentro de la masa. Relinchaba nervioso el penco; también el caballo de Martín, que iba atado en la parte trasera del carro.

—¡Dadnos algo de comida —dijo una mujer extendiendo las manos hacia Micaela—, por caridad de Dios! ¡Comida! ¡Llevo a mis cinco nietos conmigo, hace días que no comemos!

Micaela fue a sacar algo del hatillo en donde guardaban la comida cuando varias manos desesperadas se lo arrebataron entero.

—¡Eh!

Desapareció el hatillo entre la multitud; allá iban algunas mujeres, peleando por él con uñas y dientes, y comiendo, comiendo, comiendo.

—¡Micaela! —le gritó Martín, desesperado.

Pero ya era tarde; se habían quedado sin comida.

Una terrible desolación conmovió a la comadreja. Conocía por fin otro aspecto del mundo, del que hasta ahora solo sabía por boca de su padre. La guerra era un filo con muchas aristas. No era lo peor los soldados que morían en el frente, los que terminaban mutilados sin un brazo, sin una pierna, al terminar una batalla. Lo que a Micaela le pareció más dramático era el hambre

y el miedo de los refugiados. Rebajados en el escalafón humano, la desesperación los convertía en perros rabiosos.

Al principio de la huida iban cargados hasta arriba; escapaban, pero se resistían a dejar atrás sus cosas, y transportaban ropa y enseres; hasta muebles. Las familias se dividían el trabajo: madre y hermana mayor tiraban de dos cuerdas que habían atado alrededor de un arcón de madera labrada, su única herencia; las hijas pequeñas cargaban cada una un hatillo sobre sus cabezas. En este devenir, cuando todavía eran apenas un ciento, cada día desaparecía una joya, una prenda de ropa; los robos eran moneda común —¿cómo controlar a los descuideros entre tanta gente?—. Luego fue empeorando todo, cuando se habían sumado ya varios pueblos y eran una multitud. Se organizaron clanes dentro de la propia muchedumbre. Como en toda sociedad humana, enseguida aparecieron los de arriba y los de abajo. Los más fuertes se hicieron con la vanguardia; cuando atardecía, elegían primero la madera con que habrían de hacer sus hogueras, arramblaban con las cosechas y frutales; y cuando la vanguardia terminaba de pasar, ya no quedaba leña ni sustento para los que estaban al final de la cola. Los de atrás pasaban así las noches lejos del fuego; con frío, siempre con hambre. Y soñaban con acceder un día a un puesto mejor, allá en la cabeza, donde la vida era más regalada. Pero estar en vanguardia era un privilegio reservado solo a los más violentos, a los que, si alguien se les enfrentaba, no tenían reparos en abrir cabezas y romper rodillas. Aquella multitud de padres, hermanos e hijas había ido poco a poco convirtiéndose en una jauría de animales desesperados. Con el devenir de los días, fueron dejando atrás sus pertenencias; primero las más pesadas; luego, poco a poco, el resto, hasta que llevaban solo lo puesto, y hasta esto les estorbaba. Pasadas unas semanas arreció el hambre, llevaban días sin probar bocado. Los más fuertes exigieron comida a los otros, a cambio de protección. ¿Protección contra quién? Contra los más fuertes. Los de la cola, desesperados, hambrientos hasta la locura, probaron a comer hierba, lombrices y orugas, pura corteza de los árboles, y enfermaban de disentería. Un día desapareció un niño.

Asfixiado por la masa, el carro traqueteaba, empujado de este lado y del otro. Pronto, un grupo de desesperados intentó subirse a la parte de atrás.

—¡Déjanos subir! ¡Por favor, llévanos; no podemos más!

—¡Micaela! —gritó Martín dándole las bridas—. ¡Sácanos de aquí! ¡Pasa por encima de ellos si es necesario!

Y mientras Micaela se afanaba por hacer avanzar el carro, Martín, atrás, obligaba a todas aquellas manos a soltarse.

—¡Tenemos heridos!

—¡Deprisa, Micaela!

Azuzó al caballo la comadreja. Gritó hasta que le dolieron los pulmones, pero el pobre penco era incapaz de moverse; estaba constreñido entre la marabunta, les rodeaban cientos de personas, no cabía un alfiler entre ellas.

—¡Ay!, ¡mira! —gritó Muniadona señalando la parte de atrás del carro.

El caballo blanco de Martín había desaparecido. Imposible saber cuándo lo habían soltado, quién se lo había llevado. Martín oteó desde lo alto, sobre las cabezas del gentío, y ya no lo vio. Qué despedida tan triste, pensó; terminar así después de media vida juntos.

Crujían las maderas del carronato, aplastado por tantas fuerzas.

—¡Por Dios, Micaela, sácanos de aquí!

Viendo que algunas de las mujeres se habían subido al carro, se animaron otros, y subieron también. Aquello se convirtió en la pura toma de un bastión elevado. Pronto estaban forcejeando varios con Martín y Muniadona, para obligarles a bajar. Micaela trató de ayudar a sus compañeros de viaje, soltó las riendas, en mala hora, y decenas de manos la golpearon, la empujaron, alguien la mordió. «¡Déjanos subir!» «¡Déjanos subir!». ¿Cómo censurarlos? ¿Cómo juzgarlos, si tanto Martín como Muniadona y la propia Micaela habrían hecho lo mismo en su situación? Sobrevivir o morir, este era el nombre del juego. «¡Déjanos subir!» «¡Danos comida!» «¡Misericordia, ayúdanos!».

De pronto Micaela sintió un dolor terrible en la cadera y se vio en el suelo, fuera del carro, entre el polvo del camino y rodeada de piernas; cientos de piernas avanzando, arrastrando los pies. Ni siquiera tenía recuerdo de haber sido empujada. Trató de incorporarse, pero resultaba difícil entre tanta gente. En su batalla por subir al carro, mujeres y hombres le daban patadas, la pisaban, la empujaban, y, si trataba de incorporarse, Micaela caía de nuevo sin remedio.

Notó que tiraban del hatillo que llevaba a su espalda para robárselo y la comadreja se revolvió, furiosa, contagiada ya de la rabia de la muchedumbre.

Sacó su media espada y la blandió en el aire rugiendo como una fiera, tan desesperada como sus atacantes. Solo así pudo abrirse un claro a su alrededor, que Micaela aprovechó para alejarse de la masa y alcanzar el margen del camino.

Allá al fondo le pareció ver el carromato; ni Martín ni Muniadona estaban ya en lo alto; el trasto parecía caminar solo; y probablemente así era, conducido en volandas por el gentío. Eran ya decenas los que se habían subido a él, y ahora eran esos los que peleaban contra los que trataban de subir. Fueron tantas las manos que tiraron del carro que desencajaron las maderas que lo componían. Hubo un grito de dolor último, un largo crujido. Y ante los asombrados ojos de Micaela, se deshizo el armatoste, desvencijado tablón tras tablón, hasta que, en su desesperación por acapararlo, aquellas gentes lo redujeron a meras astillas.

Quedó entonces el penco, negro y flaco, que había transportado hasta allí a Micaela y a Muniadona, a Martín. Y ahora cayeron sobre él todas las manos, y las voces desesperadas. Lo agarraron de aquí, de allá; aterrado, el caballo coceó a unos cuantos, pero enseguida se vio tan rodeado, tan aplastado por la multitud que ya no pudo luchar más. Tiraron de él, de su cabeza, de su lomo y de su cola; se montaron encima tres, cuatro de ellos; le mordían, le arañaban.

Micaela se tapó la boca con las dos manos. Asomaba el caballo sobre las cabezas, relinchando, relinchando de miedo, hasta que se vio reducido y acabó hundiéndose entre la muchedumbre, como un galeón en un océano encrespado.

4

FUE ACALLÁNDOSE EL ESTRUENDO.

Cuando Micaela alzó la cabeza se vio tendida boca abajo en el suelo,

aferrada a la media espada.

Iba posándose ya la nube de polvo. Por el camino se perdía la cola de la serpiente; «la espantá» continuaba camino en su huida imposible, dejando atrás a la exhausta comadreja, llena de cardenales.

Allí quedaron varios cuerpos tendidos, igual que en un campo de batalla; pisoteados, aplastados por las coces del caballo. De la existencia del carro solo restaban los tablones, hechos astillas en el suelo; del penco negro, un único rastro: un charco de sangre sobre la tierra, extendido como una sandía madura que hubiera caído allí desde lo alto de una encina.

Micaela trató de incorporarse, le temblaron los brazos; creyó que no tendría fuerzas.

Unas manos vinieron a sujetarla y, viéndose atrapada, la comadreja se revolvió entre mandobles.

—¡Soy yo! —gritó un hombre—. ¡Micaela, soy yo!

Micaela tardó un instante en reconocer los ojos claros de Martín Torres. Era la primera vez que, desde su encuentro con Khamal ben Hud Alanqar, fijaba la vista en aquellos ojos; había estado evitándolos y ahora lo lamentaba. Qué bien se estaba dentro de ellos.

Micaela se aferró a su camisa rota. Llevaba medio brazo desnudo; también él estaba cubierto de moretones y arañazos.

—Tienes —dijo a Martín, temblando— la cara llena de arañazos.

—Y muchas mordeduras en el culo —respondió el mercenario sonriendo—, pero estoy bien, Micaela.

Incapaz de disimular la preocupación, le preguntó a ella igual que le hablaba al lobo: con los ojos.

—Estoy bien, Martín, solo un poco dolorida.

Martín la ayudó a levantar.

Buscó en derredor con la mirada.

—No encuentro a la dama Muniadona.

Miraron los dos a este lado del camino, en su busca, y nada encontraron. Micaela la llamó haciendo pantalla con las manos, pero no tuvo respuesta. Cruzaron al otro lado y miraron por todas partes.

Los ladridos del lobo llamaron su atención.

Echaron a correr, alarmados.

Alejado del camino cuarenta o cincuenta varas, en campo abierto, encontraron al lobo ladrando a cuatro niñas harapientas que transportaban a Muniadona, desvanecida. Ante la insistencia de la fiera se habían detenido, pero no parecían muy dispuestas a soltarla; sabe Dios para qué la querían. Una de ellas, la más flaca, enseñaba los dientes al lobo, y de corazón se hallaba dispuesta a luchar con él por aquella presa.

—¡Vosotras! —gritó Martín—. ¡Dejad ahora mismo a esa mujer!

Y solo al ver venir a aquel tipo enorme enarbolando una espada, las niñas dejaron caer a Muniadona y escaparon a toda carrera, en dirección a la nube que se alejaba.

El lobo lamió la cara de la prostituta. Muniadona despertó entre lamerones, creyendo que se hallaba de nuevo en la cama del rey Sancho. Por fortuna se trataba del lobo; esto alivió mucho a la mujer.

Micaela y Martín la ayudaron a incorporarse.

—¿Me ha... me ha pasado un tornado por encima?

—*Varios* tornados —dijo Micaela, lastimosa—. Pobre gente...

—¿Pobre gente? —replicó la prostituta—. Han destrozado el carro, coño, han matado al penco y se han perdido todas mis pertenencias; mis joyas, mi jodido vestuario. ¡¿Cómo se supone que haré ahora para engatusar a los pamploneses?! ¡Pobre gente! ¡Pobre gente yo! ¡Además! —espetó al mercenario—. ¡¿No se supone que te contrataba para que me protegieras, rabo del diablo?! ¡Devuélveme ahora mismo mi dinero!

Martín sonrió de medio lado.

—No se permiten devoluciones, mi querida señora. A mí me han robado el caballo.

—Tu puto caballo. Mucho me importa a mí tu caballo.

Indignada, Muniadona miró hacia la nube.

—*¡Ladronicias!* —gritó—, ¡muertas de hambre!

Y solo de escucharla Martín y Micaela, que tampoco es que tuvieran mucho que llevarse a la boca, rompieron a reír, rendidos. Hasta Muniadona rio también.

—Putos —dijo.

El mercenario encaró el horizonte; allá donde el futuro se vislumbraba muy negro. Dio un suspiro.

Se giró para mirar a las dos mujeres y añadió grave:

—Deberíamos dar la vuelta.

—Ni soñarlo —dijo Micaela de corrido.

—Mediaespada, no podemos seguir; ¡acabaremos topándonos con los jodidos francos!

Nada podría disuadirla, lo tenía claro: la playa de los hombres de piedra era su objetivo.

Muniadona, por su parte, levantó la vista hacia ellos, desolada. Por desgracia había llegado demasiado lejos. Para ella era como haber atravesado un desierto: volver era imposible; llegados a aquel punto, ya no tenía más remedio que seguir.

Rechinaron los dientes de Martín.

—En mi vida había visto dos burras semejantes —dijo. Y añadió—: Os aviso, para que nadie se lleve a engaño: tendremos que atravesar el campo de batalla, allí donde están luchando los francos. Vamos a meternos en el centro de una jodida guerra. Y, para más inri, insensatas, tendremos que hacerlo a pie.

5

AVANZABAN EN SILENCIO, MIRANDO AL SUELO TERROSO. Recorrían el camino inverso al que hacía la gran serpiente de «la espantá».

Hasta donde alcanzaba la vista, el páramo entero era un cementerio de despojos: ropa hecha jirones, muebles, aperos, todo tipo de pertenencias y recuerdos de los que, por el camino, se había ido liberando la muchedumbre.

La prostituta Muniadona no hacía más que lamentarse por lo bajo, cada vez que recordaba que había perdido su vestido verde para siempre; o la bisutería que le regaló aquel mercader valenciano tan apuesto.

—Mi valiosísimo fondo de arcón... —rezongaba, ajena a todo, encabronada—. Madre de Dios, mi collar de perlas.

Martín, por su parte, echaba de menos a su caballo; las alforjas toledanas, la muda de repuesto.

Micaela era la única de los tres que nada había perdido, porque nada tenía cuando comenzó su aventura.

Miraba a Martín de soslayo. Era la primera vez que lo veía de mal humor; de común era siempre ella la enfadada y él quien se burlaba.

—Siento lo de tu caballo —le dijo.

Martín caminaba a zancadas.

—Joder, era un buen caballo.

Micaela esbozó una sonrisa cansada y, tratando de animarles, dijo en tono muy dulce:

—Estamos vivos. No lo olvidéis cuando las cosas se pongan feas de verdad. Habrá otras ropas, otros caballos y otras joyas. Pero ahora deberíamos dar gracias por estar vivos, y no pensar en lo que hemos perdido.

Ni el mercenario ni la prostituta parecieron muy convencidos, y refunfuñaron por lo bajo.

El lobo gruñó de pronto, receloso. Martín les hizo un gesto para que pararan.

Quedaron expectantes unos instantes, paralizados.

—¿Lo oís? —preguntó él.

—Yo no oigo nada.

—Eso es. No hay pájaros, ni brisa; nada. No se escucha un solo murmullo de vida, es muy raro.

Miraron en derredor Muniadona y Micaela, inquietadas. Lo cierto es que estaba todo tan silencioso que estremecía.

—Solo he oído un silencio como este antes —dijo Martín, grave—. Quedaos aquí, no hagáis ruido.

Caminando encorvado para no despuntar, las dejó atrás.

Transcurrieron unos instantes, en los que Micaela evitó mirar a Muniadona.

Luego, musitó:

—Acostarme con aquel hombre fue un error.

La mujer trató de confortarla.

—Bueno. Acostarse con alguien no es tan grande cosa.

—Para mí lo era —replicó Micaela.

Advirtió la prostituta que la chica bajaba la cara. Apoyó sus dedos sobre el pecho de Micaela.

—La comezón de tu virgo, querida, se irá antes que la del corazón; esa tardará un poco más en curarse. No hay planta que cure esas penas, y siempre dejan cicatrices; pero también se van. Con el tiempo se va todo, chiquilla. Sanará. Tu corazón sanará, ya lo verás. Aunque hoy te parezca imposible.

—Muniadona, ¿a ti te han...? ¿Te han roto el corazón?

—Una vez solamente —respondió.

Le había cambiado el semblante. Por primera vez, Micaela vio en ella a una mujer frágil.

—Nadie puede escapar de eso —murmuró Muniadona.

Al poco recuperó su acostumbrado cinismo.

—Lo malo no es haberme acostado con todos aquellos inútiles, rabo del diablo; lo malo es que apenas recuerdo a ninguno.

Sonrieron las dos.

Aquella espera las estaba mortificando.

Indignada de pronto, Micaela fue subiendo colina arriba.

—Que nos quedemos aquí. ¿Qué se cree que somos?, ¿dos jarrones? Ven, Muni, sígueme.

Y subió tras él. Muniadona le chistaba en la retaguardia, tratando de convencerla con voces bajas:

—Chsss, Micaela. ¡Micaela! ¿Adónde vas? ¡Micaela!

Enseguida advirtió Martín que las dos le venían a la zaga.

—Pero, coño, ¿qué os he dicho?!

—Cuándo, Martín —respondió Micaela sin responderle—, di.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo se supone que has escuchado antes un silencio como este?

Martín apartó la cara, pesaroso. Señaló un arbusto que parecía esperarles arriba, en lo alto de la colina, y les hizo señas para que le siguiesen hasta allí sin levantar la cabeza.

Cuando apenas habían dado dos pasos tuvieron la impresión de que, en su

avance, hacían temblar el suelo. Gruñía la tierra; trepidaba bajo ellos igual que si tronara el infierno. Y a esto se añadió, de inmediato, el estruendo ensordecedor de cientos de voces, gritando enardecidas.

Martín asomó la cara entre las ramas del arbusto, miró hacia el otro lado y, tras confirmar lo que sospechaba, respondió a la pregunta de Micaela:

—Siempre antes de una batalla.

Micaela y Muniadona se asomaron también, con prevención.

Ocultos por el arbusto, a sus pies descubrieron un llano rodeado de colinas, vasta extensión de terrenos verdes en los que estaba a punto de librarse una masacre.

6

DE UN LADO ATACABAN LOS FRANCOS, CARGANDO.

Primero los jinetes a caballo, abriendo camino; detrás, la infantería, a la carrera. Daban tales gritos, y tan feroces, que helaban la sangre al más valiente; enarbolaban espadas y hachas grandes como un brazo. La mayor parte de ellos llevaba el pelo sujeto por una cinta en la frente o recogido en coleta; lucían mostacho sin barba, y largo hasta la barbilla; muchos se habían rapado una parte de la cabeza, o las sienes. Vestían calzas largas, de colores chillones, rodeadas hasta el muslo con tiras de cuero; algunos cargaban el escudo a la espalda. Era temible el conjunto, aquella horda de fieras corriendo en dirección al otro extremo del valle, sin asomo de miedo, aullando, blandiendo armas. Conducidos por aquel espíritu imparabile, pareciera que, de no detenerse, atravesarían de golpe una montaña.

Al otro lado, en primera línea aguardaban temblando los peninsulares, una masa encogida de campesinos y artesanos; la mayor parte de ellos

desarmados. No correrían mejor suerte aquellos que tenían con qué defenderse, pues se valían de una hoz, una azada, palos, piedras. Eran los varones de los pueblos de la zona; maridos, hijos, hermanos y padres de las mujeres que formaban «la espantá», obligados a permanecer allí para defender la posición. Variaban las edades, desde los muy ancianos hasta los niños pequeños, a los que, incapaces de sostener un arma por el peso, se les asignaban cornetas, banderas o tambores. Estos soldados improvisados se empujaban unos a otros por no estar en vanguardia cuando llegara el enemigo; vomitaban de miedo, se cagaban encima, se meaban. Era toda ella una masa amorfa de muertos en vida, pestilente, indisciplinada, estremecida de terror.

Atrás, en segunda línea, aguardaban los soldados de verdad: la infantería, jinetes y lanceros del rey.

—¿Por qué están ahí parados? —preguntó Micaela—. ¿Por qué no se unen a los de la primera línea?

Había jinetes del rey cabalgando en la vanguardia, sí, en torno a las filas de campesinos, pero con objeto de impedir que ninguno de ellos huyera de la batalla; y al que trataba de desertar le daban muerte allí mismo, de un tajo. Así se lo hizo saber Martín a Micaela: infelices que eran obligados a luchar sin conocer siquiera la razón de su lucha, eran la escoria prescindible, cuyo único fin era simplemente ofrecer resistencia a los francos y cansarlos; de modo que, cuando atacara el verdadero ejército de Sancho, caminando sobre el mar de cabezas, manos y cuerpos, el enemigo se hallara ya exhausto.

Los ojos de la espantada Micaela, escandalizados, se llenaron de lágrimas.
—Pero... ¡Los envían al sacrificio!, ¡van a matarlos a todos!

Espada al cinto, su majestad el rey oteaba la escena en la grupa de su espléndido caballo, atrás del todo, sobre un alto y pertrechado de armadura. Era Sancho Garcés III, señor de Pamplona y de Castilla, de Aragón, de Álava y Monzón, de Cea, Sobrarbe y Ribagorza, también llamado el Mayor, y el Cuadrumano, por su habilidad en el manejo de la espada, unificador de los reinos cristianos; Sancho el Grande. Le bastaba señalar esto o aquello con el dedo, como un director de coro, para que de inmediato actuara un instrumento: partían a caballo sus emisarios, a comunicar su orden.

Muniadona agarró de la muñeca a Micaela.

—Mejor a ellos que a nosotros. Vamos, Micaela, no podemos quedarnos

aquí, corremos mucho peligro.

La comadreja se dejó llevar, consciente de que aquella era una batalla en la que nada podían hacer.

Sonaron las trompetas del ejército de Sancho y, como si hubieran despertado del letargo, cargaron de pronto los campesinos hacia el enemigo. También gritaban hasta desgañitarse, pero de miedo, de furia, encabronados con la vida misma, que les había colocado allí. Y si algo enarbolaba la mayoría eran manos y puños desnudos. Ni una mala espada, ni una triste hacha; sin escudos, sin petos. Descalzos casi todos ellos.

Micaela evocó enseguida el sentimiento de desolación que acudía a su pecho aquel primer día de su partida, cuando para enfrentarse al mundo no contaba ni con unas botas.

Sonó un trueno: el encuentro entre los dos ejércitos, que fue formidable, como las olas monstruosas de un mar titánico que chocan la una contra la otra. Embestidos por la caballería franca, salieron despedidos los primeros peninsulares; volaron las azadas, las piedras, los cuerpos deslavazados de aquellos campesinos que habían tenido la mala fortuna de ir delante. A Micaela le dio la impresión de que la jinetería franca arrasaba un ejército de espantapájaros.

Así fue como se abrieron camino los jinetes francos, creando surcos entre la primera línea peninsular. Todavía no se habían repuesto los campesinos cuando llegaron, con sus hachas y sus espadas, con sus melenas recogidas en coleta y sus alaridos, los soldados francos de a pie, enseñando los dientes como perros salvajes.

Micaela cayó de rodillas, sobrecogida a la vista de la carnicería. Tantas veces le había hablado su padre acerca de la guerra y qué poca justicia habían hecho sus palabras. Ninguna explicación podía detallar un espanto semejante; se habían abierto las puertas del infierno.

Cumplían bien su papel los peninsulares desarmados, pues no hacían más que cansar al enemigo. Ninguno de ellos era capaz de presentar batalla a aquellos soldados bien pertrechados, curtidos en cien guerras; y se limitaron a esperar la muerte. Los francos les daban caza como a conejos, los atravesaban, les daban un tajo a la carrera, y caían brazos, piernas, manos, cabezas. Pronto el valle estuvo alfombrado de tripas, de miembros cercenados

y sangre. No se respetó ni a ancianos ni a niños.

—Muchacha —le dijo Muniadona dulcemente, tirando otra vez de ella.

Ella le increpó; hacía rato que se tapaba la cara con las dos manos.

—Déjame —dijo llorando—. Déjame, Muni.

—Tenemos que seguir. Por favor —insistió la prostituta—. Aquí estamos en peligro. *Gane quien gane*, estamos en peligro.

Quizá Muniadona lo supiera mejor que nadie; era incapaz de contar con cuántos soldados se había acostado, cuántas borracheras de la soldadesca había soportado de manos de hombres embrutecidos por la batalla. Hombres a los que ya les faltaba la vida en los ojos, pues, después de cada guerra, algo se moría hasta en aquellos que sobrevivían.

El sonido de unos cascos al galope les hizo volverse.

Llegaba hasta ellos uno de los jinetes del rey Sancho, ataviado con armadura y espada, montando un purasangre. Se le había ordenado recorrer la zona sin descanso, en busca de aquellos que no estuvieran cumpliendo con su obligación.

Caracoleó el alazán, una yegua hermosa, magnífica, al detenerse junto al grupito.

—¡Tú! —dijo el de la armadura a Martín—. ¡¿Qué haces aquí?!

Nada respondió el mercenario. Imaginó en aquel soldado al hijo de algún conde, quizá, de algún valido del rey; pudiera ser un sobrino de su majestad en persona, que hacía méritos para trepar en la corte.

—¿No contestas, perro? ¡¿Eres sordo?, ¿o es que eres imbécil, sin más?!

¡Coge tu espada y baja a la batalla!

—No pienso bajar a ningún sitio —respondió el mercenario, grave, sereno.

—Condenado piojoso, ¡baja a la batalla, te he dicho!

—¿Tienes los oídos tan llenos de mierda que no escuchas, soldado? —dijo inmutable Martín—. Te acabo de decir que no. Yo no lucho las batallas de ningún rey. Que baje Sancho ahí, a que le metan una espada por el culo.

Enrojeció de ira el soldado y desenvainó la espada.

—¡Pedazo de rata!, ¡cobarde asqueroso! ¡Yo te voy a enseñar!

Rugió enfurecida Micaela, como el oso Lucifer, y se abalanzó sobre el soldado con los ojos echando fuego, pasó por debajo de su caballo hasta

situarse en el lado opuesto al que llevaba la espada, lo agarró de un estribo y lo hizo caer de la yegua. El golpe fue terrible, resonaron los metales de la armadura al chocar contra el suelo.

Todavía el soldado no había reaccionado, aturdido, cuando Micaela se sentó a horcajadas sobre él y rugiendo, enfebrecida, le metió al soldado su propia espada por el hueco que encontró en la armadura, a la altura de la axila. El canalla soltó un gemido.

—¡Micaela, no! —gritó Muniadona.

Trataba de quitársela de encima el soldado, pero llevada por la rabia acumulada durante días, la chica rugía, gritaba, tan aferrada a él con las piernas que resultaba imposible. La devoraba una ira sin control, pero mayor era la tristeza, en forma de lágrimas calientes que le desenfocaban la vista.

Qué fácil le resultó a la comadreja atravesar un cuerpo con un arma tan afilada y grande; se deslizó la hoja en la carne como atravesando paja. Qué placer secreto acababa de descubrir Micaela, qué sensación de poder: la posibilidad de convertirse en instrumento de muerte, de adueñarse de la vida de los otros. De todo esto no era consciente aún, pues se encontraba como dentro de una pesadilla. Lloraba Micaela, entregada al fin a lo oscuro. Ya no era Micaela Mediaespada, la heroína, campeona de nobleza. No sobrevolaba por encima de las pasiones; se hundía en ellas hasta el fango, como todos. Era carne, era violencia; una bestia abriéndose paso a placer. Y aun así lloraba, desdoblada en dos, con otra Micaela dentro que abría la boca en horror asombrado. Escuchaba la voz de Muniadona como debajo del agua: «¡Solo está cumpliendo órdenes! ¡Para!». Ella gritaba, poseída, y pareciera que sus movimientos los estuviera ejecutando otra.

Hasta el mango clavó de nuevo la espada, y en eso volvía a sacarla y a clavar de nuevo. Del hueco de la armadura, como si fuera una fuente, manaba la sangre a chorro; enseguida soldado y comadreja se hallaron aposentados sobre una alfombra roja.

—¡Está muerto! —escuchó al fin que gritaba Muniadona.

Y Micaela se detuvo.

Retrocedió hasta caer sobre el charco de sangre.

A través de la abertura del yelmo asomaban los ojos del soldado, que la miraban espantados. Era un muchacho apenas, de la misma edad que la

comadreja.

Micaela soltó la espada; de pronto le quemaba.

—Por Dios santo, Micaela —añadió la prostituta, desolada—, ¿en qué estabas pensando? Solo era un fanfarrón estúpido.

¿Y Martín?, se preguntó la comadreja. ¿Por qué había dejado de escuchar a Martín?, ¿dónde estaba, que no lo veía?

Se arrastró en su busca, hasta que lo encontró unas varas más allá, contemplando cómo, abajo, se recrudecía la batalla. A los pocos supervivientes peninsulares que quedaban los francos los remataban en el suelo, cortándoles los cuellos, lanceándolos. A algunos de ellos, terratenientes que habían acudido a la orden de su rey, les sacaban las muelas de oro de la boca, aún vivos; la mayor parte de los otros eran tan pobres que solo les despojaban de sus alpargatas, si tenían.

—¡Martín!

Solo al llegar Micaela a su lado, descubrió qué miraba con tanta atención.

Entre la amalgama de heridos y cadáveres, entre los pocos campesinos que resistían, destacaba una pequeña figura: un niño, vestido con casco y cota de malla arrebatados seguramente a algún franco muerto. Se batía a la desesperada contra varios enemigos.

—¿Martín? —murmuró Micaela viéndole tan absorto.

Con las dos manos, aferraba aquel niño una espada, pero pesaba tanto para sus brazos que apenas era capaz de levantarla. Los tres francos contra los que se enfrentaba se burlaban de él; amenazando con cortarle con sus hachas, pero el pequeño guerrero se mantenía firme, manteniéndolos a distancia a base de fugaces mandobles.

—¡Martín!

Parpadeó Martín Torres, y encontró a Micaela agarrando su mano, mirándolo angustiada.

Qué pocas palabras hacían falta entre ellos; con solo una mirada eran capaces de leerse por dentro. Antes incluso de que él soltara su mano, supo ella lo que le pasaba por la cabeza.

—No seas loco —dijo Micaela, igual que si le implorara.

Pero Martín, pendiente todavía de la lucha del niño contra los francos, no contestó. Volvió Micaela a agarrarle la mano.

—No puedes hacer nada —le decía. Le temblaba la barbilla, espantada ante lo que estaba a punto de pasar—. Si te metes ahí ya no saldrás vivo.

—Es solo un niño, Micaela. No tiene ninguna posibilidad.

—Tú tampoco, si entras ahí.

Sonó un cuerno; el sonido les sobrevoló largo, grave.

Enseguida llegaron desde el otro lado del valle los ejércitos de Sancho, con sus jinetes y sus lanceros, sus soldados. Se desató el infierno en una nube de polvo que hacía difícil ver nada. Pero eran atroces los sonidos por sí solos; de abajo arriba de aquellas colinas reverberaban los gritos de terror, de rabia, el entrec chocar de armaduras y bestias.

Entonces aparecieron los mercenarios.

Todo ejército que se precie los tiene. Acudían a reforzar a las huestes francas; germanos, nómadas, transalpinos de todo pelaje, y los muy temibles normandos, los peores. Los auténticos perros de la guerra, brutales, ajenos a toda piedad. De haber tenido alguna posibilidad, el rey Sancho acababa de perderla.

Nada de todo esto afectaba a Martín Torres, que mantenía la mirada concentrada en su batalla particular: uno de los francos, de un revés, le arrebató el casco al pequeño soldadito. Resultó que el niño era una niña; una mocosa valiente, insensata, disfrazada para participar en la batalla.

—Martín, te van a matar.

—Seguramente —dijo él sonriendo— sea la cosa más estúpida que he hecho en mi vida, ¿eh, Mediaespada?

Ella asintió, sabiendo que ya le había perdido, que se había ido hacía un momento y que ahora, aunque estaba allí todavía, hablando con ella, estaba muerto.

Martín levantó la mano de Micaela y la besó; todavía sonreía, como si nada.

—Voy contigo —le dijo la comadreja.

—No —replicó Martín.

—¡Voy contigo, condenado egoísta! ¡No puedes dejarnos aquí solas! ¡¿Quién te has creído que eres, para abandonarnos así?! ¡No voy a dejar que te maten solo porque seas un majadero! Claro que voy contigo —Y estaba ya buscando a *Ferox* en el hatillo de la espalda.

—¿Con esa espada? —replicó él sonriendo—. Micaela, no me jodas.

Aun llorando no pudo evitar la comadreja una sonrisa.

Perdió las fuerzas; se vino abajo, sintiendo que algo se le rompía por dentro, allá donde debía de estar su corazón.

Martín la tomó de la barbilla e hizo que le mirara.

—Tú nunca me has necesitado, Mediaespada —le dijo—. Puedes arreglártelas perfectamente sin mí.

E impidiendo que ella replicara, frunció el ceño añadiendo:

—Tienes una misión importante que cumplir; ha muerto mucha gente para que pudieras llevarla a cabo.

—No es importante —replicó ella llorando.

—Para ti sí.

Muniadona les miraba agarrándose el bajo de la falda con las manos, sobrepasada. Martín se giró hacia ella y le dijo:

—Querida señora, ¿no merecéis algo mejor que un burdel en Pamplona?

La mujer rompió a llorar y asintió.

De modo que Martín volvió la vista hacia Micaela.

—¿Ves? Ella lo sabe, tú lo sabes, y yo también. Merece algo mejor. Llévala hasta esa playa tuya, Micaela Mediaespada. Sobrevivid. Sobrevivid como sea. Y vive una buena vida; larga y digna.

Micaela apretó sus manos; tenía los ojos resecos de tanto llorar.

Acercó sus labios al oído del mercenario, y, derrotada, murmuró algo en ellos. Algo que, por culpa del fragor de la batalla, nadie más pudo escuchar.

Acerca de esto, solo cuentan las crónicas que, cuando ella se retiró de nuevo, él la miró fijamente y dijo:

—Lo sé.

Luego, desenvainando su espada, el mercenario le preguntó a su lobo:

—¿Quieres venir?

El animal sacó la lengua y jadeó —nunca sabía uno si estaba sonriendo—; pero lo cierto es que, dando aquellos saltitos suyos, tan elegantes, el lobo fue a colocarse junto a su amo.

Martín tomó aire.

Dibujó a Micaela con los ojos, para llevarse la imagen consigo.

Sonrió por última vez y dijo:

—Adiós —nada más.

Seguido por su lobo fiel, Martín Torres partió colina abajo, en dirección a los dos francos que agarraban a la niña, y a la que, bien sujeta, sacaban a golpes la cota de malla. Hacia allí fue Martín Torres, eso cuentan crónicas y cantares, al campo de batalla; donde francos y peninsulares cruzaban hierros en un informe y gigantesco caos, y se arrebataban la vida en nombre de sus reyes.

—Micaela —dijo atrás Muniadona.

Desde lo alto de la colina, Micaela pudo aún ver que Martín llegaba donde los soldados afrentaban a la cría; el mercenario se abría camino al Cielo a base de mandobles. Agarró con un brazo a la pequeña; ella, sorprendida primero, se abrazó después a su cuello, y, con una sola mano, Martín Torres continuó chocando el acero contra aquellos enemigos que no le habían hecho nada, en una batalla que no le importaba, por unas tierras que no eran las suyas. Quién lo hubiera dicho de él, tan poco afecto a las causas perdidas. Quizá, pensó Micaela, quizá todos los hombres no fueran tan crueles y egoístas como Aisa y Khamal le habían enseñado. Igual que si el gesto de Martín le lavara los ojos, a Micaela le pareció que cabrían buenos y malos actos dentro del corazón de un hombre; tan buenos y malos, al menos, como en el corazón de una mujer.

—¡Micaela! —gritó Muniadona.

No les quedó otra.

Caminaron solas las piernas de la comadreja, decidido el cuerpo a pesar de que se negaba el corazón. Muniadona tiraba de ella, con la respiración entrecortada. Se había levantado a su alrededor una neblina que las beneficiaba en su huida; toda aquella tierra que la batalla había alborotado, y que ahora, como lluvia, venía a posarse sobre el mundo. El aire sabía a sangre.

Avanzar. Avanzar. Avanzar. Continuar ya sin Martín, solas, hasta la playa de los hombres de piedra. Recuerda tu misión, Micaela; avisa a tu madre; Raymundo Lacruz está cerca. Recuerda tu misión. Sobrevivir. Vivir.

Y cuando llevaban así un rato, caminando hacia el norte, desgarradas, Micaela y Muniadona se miraron para darse fuerza la una a la otra.

CAPÍTULO 6

EL SEÑOR SOMBRA



1

BORDEANDO UNA MONTAÑA, IBAN LAS DOS CON CUIDADO DE NO TROPEZAR, pues el sendero era angosto y en uno de los lados daba a un precipicio.

Por mantener entretenida a la comadreja, Muniadona hablaba y hablaba.

—Un emplasto, ¿entiendes? Con agua y ajo. Con salvia, también. Y albahaca y romero. Aunque lo ideal sería caléndula, si encontramos. La caléndula es muy buena; te aliviará la comezón.

Micaela caminaba mirando hacia el suelo. Apenas había dicho nada desde la muerte de Martín Torres. En su pecho había quedado un vacío; notó cuánto había llenado su corazón, no hacía mucho, la sonrisa ladeada del mercenario.

—No te preocupes, chiquilla, yo misma te lo prepararé cuando lleguemos. Si tuviera un calderito te lo hacía ahora mismo, en una buena hoguera.

Se detuvieron.

Un desprendimiento de rocas había caído sobre el camino, pero alguien se había encargado de apartar algunas hasta conseguir abrir el hueco necesario para que pasara un carro, al menos.

Sorteado aquel tramo, terminaron llegando a un cruce. Allí encontraron la estatua de alguien que parecía haber sido convertido en piedra mientras era perseguido.

Cuánto echaron de menos haber aprendido a leer. Les fue imposible descifrar aquel caminito de hormigas labradas en la roca: *Solvit formidine terras*.

Entonces sintieron el temblor bajo sus pies; uno más de tantos que había sufrido la tierra aquellos días, pero esta vez fue peor, más violento, y duró más

tiempo. A punto estuvieron de caer, a causa del seísmo; acabaron poniéndose a cuatro patas.

Tan súbito como había venido, el temblor cesó.

No queriendo prestar atención a estos avisos del destino, Micaela elevó la vista por encima de los árboles. Si las instrucciones de la Pelleja eran ciertas, y lo habían sido hasta ahora, allí detrás aguardaba ya la playa.

2

ERA UNA ESCABECHINA. Miguel Cirueña se limitaba a esquivar golpes, todavía le retenía un cierto pudor de luchar contra quienes apenas sabían dirigir los cuchillos; pero, a su lado, el señor Sombra no dejaba contendiente con cabeza: a la primera de las «libres» que se le vino encima le dio un tajo en el hombro y la sajó hasta el pecho. Luego se la quitó de delante dándole una patada en el vientre. Cuando la pobre mujer cayó en la arena se vio a sí misma abierta en canal. De ahí pasó a la segunda el infame Sombra, y de un revés la degolló de un machetazo.

Ahí echaron a correr las mujeres, despavoridas.

—¡A la cueva! —gritó Regina—. ¡A la cueva todas!

En su plan ideal la Mayor y la Negra contaban con que las guerreras enterradas en la arena dieran cuenta de uno o dos invasores, y que el resto de ellos terminara huyendo, amedrentado. Nunca se les pasó por la cabeza que no conseguirían asestarles ni un triste cortecito.

—¡*Ciruela*, la gorda! —gritó Raymundo Lacruz, sabiendo que a la primera que había que descabezar era a su líder. Acabada esa, el resto de las gallinas pondría los culos de buena gana.

Allá continuaba la matanza el amigo Sombra, abriéndose camino a

machetazos. A su paso, entre gritos de espanto, caían a la arena brazos y manos cortadas.

Las mujeres, cubiertas de la sangre de sus compañeras, fueron entrando en la cueva, despavoridas; la última fue Geno la Negra.

Atrancaron el portalón, hecho de maderas de buque, y se encerraron dentro.

Fuera quedaron los cadáveres de algunas de ellas; y las malheridas, llorando sobre la arena, mirándose el muñón que quedaba tras una mano cortada, un brazo cercenado. Quedó fuera también el señor Sombra, que iba dando cuenta de estas últimas, atravesándolas con el machete.

—*Requiescat in pace, amen* —decía cada vez que remataba a una—. *Requiescat in pace, amen.*

Miguel Cirueña retenía a Regina la Mayor, sujetándola mientras ella se debatía.

—¡No abráis! —gritaba a las de dentro—. ¡No les deis nada!

—Calla, jodida —ordenó Raymundo Lacruz, asqueado solo de oírla.

E iba a ordenarle a Cirueña que le cortara la lengua a la gorda cuando la imagen del basilisco, destripado sobre la arena, le hizo estremecerse. Adivinó entre los despojos la figura de una enorme ave; había escamas, colmillos, piel de lagarto.

Toda la ira que Raymundo Lacruz había acumulado en el brazo malo, en la pierna coja, le salió por la boca.

—¡Brujas! —gritó a la entrada cerrada de la cueva—. ¡Putas todas vosotras, que el diablo se os lleve!

Dentro de la cueva se miraban las «libres» unas a otras, desesperadas. O se les ocurría un plan para salvar la vida o allí la entregaban sin remedio. Geno la Negra era más consciente que ninguna de que, agotada la vía del urogallo disfrazado; debían recurrir a otra cosa.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo una de ellas tapándose la cara entre sollozos—. Qué inocentes hemos sido, la leyenda mítica que protegía esta playa no era más que una gallina con pegotes, y nosotras confiamos nuestra suerte a esa única carta.

—Carajo —replicó la Negra—. Son las leyendas las que mueven al mundo. Y tanto da si son ciertas o una invención. Mueven montañas por sí

solas.

Fue entonces, mirando el cadáver de la niña Alba y su bebé recostado en el pecho, que se le vino la idea a la cabeza.

—Moldes —murmuró, iluminada.

Desde todos los puntos de la cueva la miraron todas, desencajadas y ateridas de miedo, allá donde cada una había ido a guarecerse.

La Negra recuperaba con cada palabra su acostumbrado tono confiado. Respiraba, en efecto, más certidumbre que nunca, acerca de sus posibilidades.

—Llevamos siglos oyendo las suyas: Ulíses y sus jodidos viajes. Rolando y sus putos cuatro cientos de mil sarracenos. ¡Si desde que el mundo es mundo las leyendas sirvieron a los hombres, ¿por qué no habría de servirnos una de ellas a nosotras?! Pero una nuestra. ¡Nuestra, carajo! La inventaremos; infligiremos una herida en el corazón del malparido de Lacruz y meteremos allí un mito, hecho a nuestra recontraputa medida. Coño, vamos a fabricar una leyenda.

3

—CORTALA CABEZA DE ESA CERDA —ordenó Lacruza Miguel—, y clávala en una pica, a la entrada de la playa.

Forcejeó Regina contra los fieros brazos de Miguel Cirueña, que quedó paralizado ante la orden. El Piojo se reía por lo bajo, a su lado, tapándose la boquita. «Cirueña, *Ciruela*, jijiji; Cirueña, *Ciruela*».

—¿No me has oído? —rugió el alguacil—. Voy a derruir todas las condenadas estatuas de esta playa, no quedará recuerdo de esta comunidad de zorras; la vaciaré de arena, coño, y la llenaré de calaveras.

El señor Sombra limpiaba la sangre de su machete con la falda de una de

las muertas; preguntó a Miguel:

—¿Estáis bien? Os habéis puesto pálido.

Miguel asintió. Agarró a la Mayor por una muñeca y, con la otra mano, desenvainó la espada.

—¡No dejéis que entren! —gritaba Regina a las de dentro—. ¡No les deis la satisfacción de mataros! ¡Quitaos la vida antes, para que estos perros no puedan catar vuestra sangre!

—¡Córtale la puta cabeza, Miguel!

Conducido por una fuerza misteriosa, ajena a él, Miguel Cirueña la obligó a arrodillarse. Contemplaba el cuerpo de la mujer, moviéndose, igual que si estuviera fuera de sí mismo, forzando a Regina para que agachara la cabeza. Le temblaba la mano en la espada; sudaba como un pollo.

—*Solvit formidine terras!* —gritaba la Mayor, aterrada—. *¡Solvit formidine terras!*

En el fondo de su cabeza, a Miguel le pareció escuchar el tronar de las olas chocando contra la orilla, pero eran truenos lejanos. Cañonazos de una batalla que parecía ocurrir muy lejos; en el fondo de su alma.

Levantó la espada hacia el cielo, mientras, con la otra mano, apretaba a la mujer contra la arena. A su alrededor, le miraban los ojos sin vida de las muertas.

Miguel escuchó que Regina murmuraba:

—Que Dios te perdone, muchacho.

Y cerró los ojos, incapaz de enfrentarla.

—¿Qui-quieres que lo haga yo. Ciruela?

—¡Tú no —ladró el alguacil—; he dicho él! ¡Hazlo! ¡Hazlo, condenado, o pensaré que tenía que haber traído al otro jodido hermano!

A punto estaba de decapitarla cuando se abrieron las puertas de la gruta. Gimieron las maderas.

Levantaron todos la vista hacia el portalón.

La cueva estaba abierta, en efecto. Dentro no se observaba sino una oscuridad. Nada se escuchaba.

Lacruz quedó confuso; no supo bien qué significado darle a aquello.

Llevado por la furia, agarró el hombro del Piojo e hizo que le condujera hacia el interior.

—Tráela —le dijo a Miguel.

Y entraron todos en la cueva, de uno en uno, armados, sedientos de la vida de las «libres».

4

FUE COMO ENTRAR EN UNA CATEDRAL. Los techos de la cueva se erguían altos; tan altos que resonaba el eco de los pasos sobre la arena.

El primero en entrar, receloso, fue el señor Sombra, armado del machete; le siguieron el Piojo, cuchillo en mano, con Lacruz, *ssssssss*, renqueando, apoyado en su hombro. Al cinto llevaba, envainada todavía, a su espada *Almawt*. En último terminó entró Miguel tirando de la Mayor. El ruido de su respiración, entrecortada por el miedo, se reflejaba en las paredes de roca.

Dentro les esperaban cinco, seis «libres», todas juntas; las que quedaban vivas. Y delante de ellas. Geno la Negra, plantada como una estatua dignísima, la barbilla arriba. Respiraba despacio, hinchándose los pulmones, y, por dentro de la boca, apretaba los dientes.

5

NO HABÍA SIDO FÁCIL ENCONTRAR EL ACCESO AL CAMINO; era imposible bajar hasta la playa sino por allí, un senderito hecho a mano, a base de altos escalones practicados en la tierra.

Micaela y Muniadona bajaban por la senda, rendidas. El mar las esperaba allí, eterno; Micaela quedó abrumada al enfrentarlo. No se parecía a nada que hubiese soñado. Sus olas eran los mil ojos de una criatura cruel pero exagerada de belleza; estaba lleno de voces y sonidos que respiraban a la par; una inmensidad que intercambiaba con la arena y el aire el poder de la vida y el poder de la muerte. Aquella enorme masa de agua desconocía el amor, la compasión o la pena que provocaba. Si a algo se parecía era quizás a Dios, a su brutal y cien veces hermosa indiferencia.

Micaela estaba ensimismada; había llegado a la playa, por fin. Se hallaba, quién lo hubiera dicho, al final de su camino.

La mayor parte de las crónicas guarda silencio acerca de este primer momento en la playa, pues prefieren pasar enseguida a las heroicas acciones que siguieron. Existe, sin embargo, un manuscrito apenas conocido, una *rara avis*, olvidada en cualquier versión canónica de las aventuras de Micaela, cuyo origen ciertos eruditos sitúan en el famoso *scriptorium* de Ripoll, que contiene una preciosa miniatura en oro, azul y rojo. Se dice que algún monje benedictino dibujó en secreto el encuentro entre Micaela Mediaespada y su madre, aburrido de las pesadas escenas sagradas de la Biblia. Madre e hija aparecen vestidas de carmesí y rodeadas de caballos alados, letras en forma de ciervo y nudosas nubes entreveradas de flores y peces.

«¡Madre!». Micaela no fue capaz de pronunciar la palabra, solo la dijo por dentro. La mujer estaba de espaldas, mirando al horizonte, no podía verla todavía. Y aunque Micaela no había conseguido hacer ningún sonido, su madre sintió su presencia y se dio la vuelta. No tenía el cabello claro de Micaela: el suyo era oscuro y seco, un cabello que había soportado años de salitre. Los hombros y el rostro estaban morenos de la vida al aire libre en la playa. Pero los ojos eran los mismos, encendidos del particular color violeta.

«¡Madre!», dijo Micaela, esta vez en alto; y la mujer sonrió.

Era la sonrisa con la que Micaela siempre había soñado, la misma de sus

noches de niña. Corrió al abrazo de su madre. Cerró su cuerpo entero alrededor de su cuello, de sus hombros, apretándola. Sintió a su vez los brazos de su madre devolviéndole el abrazo, llenándola de calor. «Hija», dijo la mujer muy bajito. Le subía la palabra por la garganta, desde lo más hondo del pecho.

Pero ninguna otra crónica o fuente manuscrita menciona este encuentro entre Micaela Mediaespada y su madre. Lo que todas las demás versiones de la leyenda cuentan es que no bien pisaron la arena, al pie del camino que bajaba, Muniadona le apretó la mano en silencio. Ambas quedaron abrumadas ante el amplio horizonte. Estaban solas en la cala.

La playa estaba sumida en un silencio tétrico. Desde arriba, a mitad ya de descenso, avistaron por todas partes a los hombres petrificados por la mirada del basilisco, y, al otro lado de la playa, la visión espectacular, fantasmagórica del barco encallado en la orilla.

Muniadona agarró a Micaela por el hombro, señaló algo: la figura de un hombre que entraba en una cueva, allá al fondo.

Un estremecimiento recorrió los lomos de las dos mujeres. Micaela sacó del hatillo su espada rota y la aferró como quien sujeta una antorcha.

Siguieron bajando.

Al llegar a la arena, todavía tibia por ser media mañana, notaron enrarecido el ambiente; tuvieron la sensación de que la playa esperara su llegada. Sentían, sin embargo, y sin poder darle razón a este sentimiento, que llegaban tarde. La cala estaba imbuida de una cierta melancolía; hasta las olas parecían lánguidas, faltas de espíritu.

—Nunca había visto el mar —dijo Muniadona, sobrecogida. Y añadió—: ¿Eso que se ve ahí es normal?

El agua retrocedía poco a poco en la orilla, igual que una alfombra que alguien retira desde el otro lado del mundo. El barco quedó ahora desnudo sobre la arena. Parecía que se hubieran secado las profundidades del océano.

—No lo sé. Muni; yo tampoco había visto el mar.

Como un animal que de manera instintiva presiente el peligro, estaban las dos inquietas. Sobre todo Micaela, que, más allá de la curiosidad que le había provocado el retraimiento de las aguas, no pensaba sino en avisar de la llegada de Lacruz.

—¡Madre! —llamó en voz alta.

El grito recorrió la playa, y vino devuelto en forma de eco, desde los acantilados.

Hubo una respuesta a esta llamada. Caminando despacio, con toda serenidad, salía de la cueva la figura que antes habían visto entrar.

Micaela temblaba de nervios. Pensó que ella misma se había convertido en una de aquellas estatuas, pues se vio incapaz de moverse.

Todavía estaba en la penumbra la figura, cuando escucharon Micaela y Muniadona:

*Mi madrecita dijo que los hombres
de las mujeres solo quieren una cosa:
guardarse del frío en la cálida rosa...*

La comadreja creyó que se le doblarían las piernas, del miedo.

—Yo le quité la cabeza —dijo Beltrán Cuervo saliendo de la oscuridad—, pero *alguien* se me adelantó con los ojos.

Sonriendo orgulloso, el tuerto tiró a los pies de las dos mujeres algo que traía en la mano. Todavía necesitaron un instante, las mentes de Muniadona y Micaela, para asimilar que aquella cabeza cortada era la del capitán Khamal ben Hud Alanqar; a la que, por cierto, le faltaban los ojos.

—Rata de campo —añadió el tuerto con mucha sorna—, no sabrás tú quién pudo quitárselos.

Muniadona escapó corriendo, despavorida, en dirección al camino; ya no se detuvo para mirar atrás y comprobar si la chica la seguía. Corrió y corrió hasta que le ardieron los pulmones, sobre la arena tibia de la playa de los hombres de piedra, sorteando a las estatuas. Y tampoco se detuvo cuando llegó al sendero y subió entre resoplidos, a zancadas, volando, espantada.

Micaela no movió un músculo, firme, sin apartar la mirada del rufián.

—Carajo —dijo el tuerto—, para no ser más que una muchacha has llegado muy lejos.

Era todo él un gorrino abotargado y tumefacto: tenía moratones por todas

partes; la mejilla, de color azul, hinchada hasta el parche; la lengua, pastosa. El mismo se había improvisado un vendaje alrededor del pecho, para taponar el flechazo que, en la torre de Saraqusta, le había infligido Martín. Daba la impresión, solo de verlo, de que se hallaba en un estado tan lamentable que si uno le apretara en el ombligo explotaría como un viejo odre.

Dispuesta a enfrentarse a él, Micaela le respondió:

—No te tengo miedo.

—No, claro que no —replicó el Cuervo—. Eso ya lo sé, jodida de ti.

Señaló a la cueva.

—Ven. Aquí dentro está la verdad que estás buscando.

Se volvió y entró en la cueva el cebón, sin mirar si Micaela le seguía.

Ella dudó y, tras un instante, entró tras él.

Dentro de la cueva, la Negra sostenía al bebé entre sus brazos, recién nacido. Lacruz no entendía por qué el pequeño estaba bañado en sangre.

—Acaba de nacer —le dijo la Negra ofreciéndole al bebé—; he aquí lo que buscas.

En el suelo yacía el cadáver de Alba, la muerte le había dado una gran calma y belleza.

Prosiguió la Negra:

—Las «libres» hemos creado una criatura salvaje, para asombro de Dios. Hace nueve meses nuestras hermanas implantaron *contra natura* la semilla del basilisco en una virgen. «*Semen et Archeum, Materia et Forma*».

Lacruz, asombrado, retrocedió tapándose la boca ante el bebé enrojecido de sangre que la Negra sostenía entre los brazos; temía verse afectado por alguna brujería.

—Ese niño... —balbuceó—. No puedo creer que ese niño sea la semilla del monstruo.

Intervino el señor Sombra, descreído:

—¡Es un cuento! —gritó.

Pero algunos hombres no solo ven aquello que más temen; sino aquello que más desean.

—Su destino —dijo Geno la Negra— está unido a tu destino, alguacil.

Sacó de pronto un tizón que ocultaba a la espalda, ardiendo, y se lo aplicó a Lacruz en el brazo. El alguacil retrocedió furioso, desenvainó la *Almawt* con la mano buena. Pero ya quemaba la Negra también el bracito del bebé. La pobrecita criatura se puso a berrear.

—No es niño —añadió Geno la Negra—, sino *niña*.

Beltrán Cuervo rio amargo, muy divertido. Micaela, en cambio, detenida a la entrada de la cueva, escuchaba su relato estupefacta.

Qué frágil se sintió entonces, la temible guerrera que había sojuzgado al oso Lucifer; qué incapaz de desafiar la verdad.

En la cueva no había un alma, excepto ellos dos. Nadie había pisado aquella arena desde hacía diecisiete años. Fuera, en la playa, tumbado de costado y cubierto de algas y arena, apenas quedaba un viejo mascarón de barco, con forma de mujer; también algunos maderos, que recordaban los chamizos que una vez levantaron allí las «libres», antes de que, una mañana, se presentaran allí los hombres de Raymundo Lacruz.

El Cuervo se señaló el ojo bueno.

—Lo vi yo mismo, con este ojito —dijo—. La mujer negra te quemó el brazo. Cristo redentor, cómo berreabas.

Todavía parecía escucharse el eco de los llantos en la cueva vacía.

—Ahora su *archaeus* —prosiguió la Negra ante Lacruz—, su hálito vital, podrá curarte. Una vez que la cría haya abandonado el *ovum* de la niñez y la haya visitado el primer menstruo.

Beltrán Cuervo continuó su relato para Micaela.

—«¡Es un cuento!», le dije yo al alguacil. «¡Don Raymundo, no crea las patrañas de estas brujas, todo eso no son más que latinajos!» Micaela, devastada, miraba allá en donde se supone que había ocurrido todo, diecisiete años atrás.

Beltrán Cuervo le contó cómo la Negra engatusaba a Lacruz, mostrándole el bebé.

—Su hálito vital —dijo la bruja— puede curarte, Lacruz; pero solo a ti, y solo su hálito, pues ahora estáis unidos por mi sortilegio, para siempre. Es el gran regalo, y la maldición, que te hacemos las «libres», a cambio de que te marches, ahora mismo y para siempre.

El señor Sombra protestaba:

—Creedlo si eso os da paz, Raymundo, pero todo eso no son más que cuentos de viejas; ¡estas arpías intentan embaucaros!

No era Raymundo Lacruz el primero que habría de inclinarse ante la fuerza arrolladora de un mito. Genoveva había sabido manejar un precioso material heredado de los siglos:

«Mitos —había dicho la Negra a las mujeres, pergeñando su estrategia—. Mitos que se repiten de civilización en civilización, a lo largo de los siglos. Ejemplos los hay a cientos; leyendas misteriosas que, aun cambiando de forma, hablan directamente al alma del ser humano».

El concepto de «La madre» era uno de ellos, pues los antiguos, horrorizados por lo inevitable de la muerte y fascinados por la capacidad de la mujer para crear nueva vida, adoraron a *la madre*, convirtiéndola en diosa.

«¿Os acordáis? Zulema siempre nos hablaba de la adoración de los antiguos a las “diosas madre”. ¡Diosas que engendraban sin intervención del varón! ¡Y aun siendo vírgenes!».

Diosas que engendraban de la saliva de un árbol; que concebían mágicamente en su útero.

La Negra lo sabía bien, tras compartir muchos de estos conocimientos con la docta Zulema: cuando un pueblo colonizaba a otro muchas de sus leyendas acababan fundiéndose con leyendas anteriores, pues, aunque cambiara de forma, de nombre, el sentido del nacimiento de un nuevo mito era sobre todo uno: avisar a las gentes de que comenzaba un mundo nuevo, con leyes nuevas. De modo que las diosas madre se fundieron en el olvido, pero no desaparecieron de la memoria, y volvieron a nacer bajo la forma de la propia virgen María, la virgen que fue madre —madre de Dios— sin dejar de ser virgen antes, durante y después del parto.

La Negra miró a la indefensa bebé de Alba, que se encogía contra el cadáver de su madre.

«Hija del basilisco, el monstruo mitad reptil, mitad pájaro. ¿Entendéis, mujeres? ¡Mitad pájaro!» Si los pájaros habitaban entre el cielo y la tierra, ¿no era natural que los primeros hombres interpretasen la naturaleza de las aves como divina? De ahí la mágica intervención de aves en la concepción de los héroes. Leda la griega fue preñada por un cisne bajo cuya apariencia se ocultaba el dios Zeus.

Las arpías, la esfinge, el ave fénix, híbridos sagrados todos ellos. Esa misma diosa madre egipcia, que tomó la forma de un milano para, con sus alas, devolverle la vida a su marido muerto. Tras reconstruir el cadáver de su esposo le dio el hálito de la vida. Era todavía ave mientras conseguía engendrar de él un hijo. En el caso de María, la intervención divina en la concepción se realizó a través del Espíritu Santo.

«¿Representado bajo la forma de qué? Sí. Sí, de un ave. Un ave siempre, y un hálito —había repetido la Negra mientras argumentaba los detalles, dándole forma a la leyenda—. El hálito, mujeres, es la clave. El hálito dador de vida».

«Lacruz no se lo tragará», le replicaron algunas.

«Oh, tragará. Claro que tragará. Llevan siglos aceptando las mentiras que dan algo de luz a sus miserables vidas. Una mentira que les produce paz siempre parece mejor que una verdad desoladora».

Era hora, así lo dijo Genoveva, de que fueran las mujeres quienes contaran un nuevo mito; uno que avisara a los hombres como Lacruz. Un nuevo mundo estaba por venir.

Otra vez más, después de tantas versiones y tantos y tantos siglos, una mujer concebiría de un ave sagrada. Pero, en esta ocasión, el alumbramiento no sería el de un héroe, sino el de una heroína.

6

AQUELLAMAÑANA, CUANDO LACRUZ SE DIO LA VUELTA y caminó hacia la salida de la cueva, llevaba en sus brazos a la recién nacida como si fuera algo quebradizo; era a sus ojos, lo mismo que un pequeño centauro o una quimera. En sus brazos, Raymundo Lacruz creyó portar una luz sagrada, de la que se

había hecho guardián.

Esa niña era para él un diamante, el bálsamo entre los bálsamos. Raymundo habría de cuidarla para siempre; o al menos hasta que, siendo ya mujer, sangrara. La mantendría a su lado, por su propio interés, si es que quería que un día aquella pequeña fiera lo curara.

Y, con todo, qué frustración, tener que esperar tanto tiempo, qué jugarreta del destino. Creyó que hablaba la voz de Dios, burlona: «Si eres inocente, Raymundo, aguantarás tantos años como haga falta».

De modo que, con la recién nacida en brazos, al fin, le dijo al señor Sombra:

—Mata a todas estas putas.

El muchacho contrahecho, que solo vivía para satisfacer los deseos de su amo, desenvainó el cuchillo; Lacruz le detuvo.

—*Tú no* —dijo—. Ciertos primeros pasos solo conducen a la perdición. Tú no.

No fue difícil acabar con ellas. Las «libres» corrieron por la cueva, como gallinas perseguidas por el zorro. Y, una por una, el señor Sombra fue degollándolas a todas.

El asesino dejó para el final, por puro gusto, a la mujer negra. La agarró rodeándola con sus brazos y acudió adónde Lacruz le llamaba.

Temblaba *Almawt* en la mano del alguacil; pocas veces le habían ofrecido tan buena pieza. La Negra se mordía los labios para no gritar, desafiando con los ojos a su viejo enemigo. A Lacruz le bastó con levantar el brazo para pincharla. Gritó Genoveva. No la había atravesado, apenas le había clavado la punta en el mismísimo ombligo. Ardía el infierno en los ojos de aquellos dos hombres.

—¡Otra vez, don Raymundo!, ¡mire que la tiene entregada!

De nuevo hincó Lacruz su espada en el vientre de la mujer. Y otra. Y otra vez más; en el costado, en un pecho, en la cadera. La Negra berreaba; más de miedo que de dolor. Notaba el señor Sombra cómo, a medida que iban pinchándola, ella iba oponiendo menos resistencia; vencida al fin.

Antes de morir, Genoveva llevó sus ojos hasta Regina, que forcejeaba con el rubio. Un hilo invisible unió sus miradas, tenso como el metal.

Ese hilo lo cortó Lacruz de un tajo, hincando la espada en la garganta de la

Negra.

—Calla, maldita —dijo—; calla de una vez.

Micaela dio un paso atrás —temía encontrarse alguno de aquellos recuerdos—; y un gesto de Beltrán Cuervo, señalando, la detuvo.

—Ahí —dijo de pronto— fue *ahí*.

Regina la Mayor había corrido en pos de un cuchillo abandonado en el suelo. A la puerta de la cueva la retuvo Miguel. La mujer, regordeta, gritó de rabia, tratando de liberarse de su abrazo terrible. Regina mordió la mano de Miguel Cirueña. El asesino dio un aullido de dolor. Ella mordía, mordía con todas sus fuerzas, por todas las mujeres que no podían morder. Por Genoveva.

Cuando Miguel Cirueña logró empujarla y desembarazarse de ella, descubrió que le había arrancado un dedo.

Micaela miró al suelo de la gruta, espantada. Acaso buscaba los restos de aquella sangre, vertidos allí mismo, más de quince años atrás.

Miguel Cirueña se sujetaba la mano sin un dedo, rojo de furia.

—Gritó de rabia —le contó el Cuervo a Micaela, burlándose—. Mucho había luchado, sí, yo lo vi durante todos aquellos días que lo acompañé en el camino. Se resistía, se resistía, pero al verse sin el condenado dedo salió de él su verdadero ser.

Loco de furia, Miguel Cirueña atravesó con la espada a Regina la Mayor. Hasta la empuñadura, a la altura del vientre.

—¡No! —musitó Micaela llorando; y negaba con la cabeza. Negaba y negaba—. No. No.

—¿Que no? ¡Yo lo vi, rata!, estaba allí, segando los cuellos de aquellas malas zorras. ¡Y cuando la tuvo ensartada, rugiendo, enfebrecido, fue tajando hacia el pecho, abriéndola en canal!

Micaela se arrodilló sobre la arena de la cueva; le caían las lágrimas de desesperación, lágrimas de plomo.

Regina la Mayor yacía muerta a los pies de Miguel Cirueña. Cuando el asesino se dio cuenta de su obra dejó caer la espada sobre la arena, estremecido.

Atrás, reía el señor Sombra, reconociendo por fin las artes de su viejo compañero de armas.

—Que me lleve el diablo, capitán Fero —le dijo a Miguel—, que siempre

fuisteis un condenado bárbaro.

Y, muy divertido, canturreó:

Guardarse del frío en la cálida rosa...

Guardarse del frío en la cálida rosa...

Miguel Cirueña estaba temblando, se dejó caer de rodillas en la arena, tal y como haría Micaela diecisiete años después, a la entrada misma de la gruta, y, tapándose la cara con las manos llenas de sangre, rompió a llorar. En su espada se leía una inscripción: *Ferox*.

Micaela creyó morir. Si un genio mágico le hubiera dado la posibilidad de concederle un deseo, habría pedido uno sin dudarlo:

—Olvidar.

Y con este deseo vino el recuerdo de su padre, advirtiéndola: «No buscar, Micaela, no *saber*». Le parecía ahora que Mathías Nuevededos tenía razón, y que la ignorancia era menos dolorosa. Qué feliz, en efecto, había sido en su ignorancia. «Fui soldado, Micaela, no preguntes más», decía la voz de su padre en el recuerdo. «No *saber*, Micaela; la ignorancia te hará más feliz». «No quiero hablar de eso, hija, no me preguntes». «¿Lo del dedo? Lo perdí en el ataque de un barco pirata al puerto de Barcelona». «Lo perdí en medio de la batalla, atrapados bajo la rueda de un carro enemigo». «No quiero hablar de eso, Micaela». «No *saber*». «No *saber*». «No *saber*».

Qué cara se paga la verdad.

«Puede —dijo la Pelleja— que no te guste lo que descubras en la playa de los hombres de piedra». Y qué alto precio, en efecto, le esperaba en aquella playa. ¿Cómo aceptarlo? Aquel quien ella creyó su padre era, en realidad, uno de los monstruos de los que siempre había necesitado esconderse. No saber. No saber. Como parada ante el abismo, temió, más que ninguna otra cosa sobre la Tierra, la verdad.

Reía Beltrán Cuervo cuando contempló su sombra, reflejada en la pared de roca; y recordó al que había sido, más delgado y vestido de negro, más joven; tan cruel entonces como hoy.

Micaela se llevó las manos a la cara y rompió a llorar, sin darse cuenta de que repetía el mismo gesto de Mathías, ese que le había visto hacer durante muchos años, cuando lloraba, a solas en el claro, creyendo que ella no le veía.

—Qué fácil es contigo, Micaela —se burló Beltrán Cuervo—, qué fácil. Basta una mentirijilla para obtener tu amor.

Dentro de la cueva se respiraba una brisa húmeda, salada, que calaba los huesos. Micaela, metido en el cuerpo, tuvo más frío que nunca.

Arrodillada, Micaela miró hacia aquella arena donde vino al mundo, aquella arena que recibió la sangre de su madre. Solo le quedaba eso de ella, un puñado de arena que se escurre entre los dedos. Había venido hasta aquí para encontrar la nada. Ni siquiera le quedaba ya una playa de piedra en donde refugiarse, unas mujeres que la acogieran.

¿Por qué lo hizo?, se preguntó Micaela. ¿Qué pretendía Mathías Nuevededos hablándole de aquella playa? Él ya sabía que su madre estaba muerta, que aquí pocas respuestas iba a encontrar. ¿Acaso era un monstruo, un perturbado enfermo?

Las cosas que ese hombre hizo un día, las que había hecho *aquel día*, merecerían dos condenas en el infierno. Tres condenas. Micaela se preguntó cómo sería posible, si es que acaso pudiéramos, no ser una sola persona a lo largo de la vida, sino varias. Evocó el recuerdo de su padre en la cabaña jugando con la niña que ella fue; enseñándole a cazar en el bosque, a valerse por sí misma. ¿Puede cambiar tanto un hombre? ¿Era Mathías el homicida?, ¿o el hombre cariñoso que le aplicaba unguento en las heridas de las manos?

La última de las «libres» había muerto tan en paz como las otras, le contó Beltrán Cuervo a Micaela; y no escatimó detalles.

—Las mataste —espetó Micaela al tuerto, roja de ira—, cobarde malparido.

Beltrán Cuervo se encogió de hombros.

—Qué podía importarme a mí que Lacruz estuviera desesperado por creer lo que quisiera; que fuera o no verdad que tú, pequeña bastarda de ojos color añil, fueras o no la hija del basilisco.

Diecisiete años atrás, el señor Sombra había mirado el machete teñido de rojo, desportillado a base de sajar huesos de mujeres; quizás ahora debería cambiar a un arma más manejable.

Beltrán Cuervo acarició su *jambiya*.

Daga en mano, encontró perfecta la postura de la chica; arrodillada, ofreciéndole la nuca. Qué placer le produjo, después de tantos esfuerzos, aprovechar para descabellarla. Y si no lo hizo fue porque, de pronto, recordó que Lacruz la quería viva.

A nadie le había contado el tuerto lo que el alguacil Raymundo Lacruz le ofreció a cambio de llevarle a Micaela; algo lo bastante valioso como para buscar tantos años a la hija del basilisco, siguiendo una causa en la que no creyó jamás y que se la traía al paio.

Había unas tierras en Valdejunquera y con ellas iba aparejado un matrimonio con una sobrina de Lacruz, de cuyas cualidades físicas y morales bien poco podía hablarse, desmerecida y ya entrada en edad. Pero dicho matrimonio dotaba al contrayente de algo único, algo tan valioso para el Cuervo como el oro. «La parte alta, una torre bordeada por una cadena de oro —se repetía a sí mismo muchas noches, mirando la hoguera, recordando el prometido blasón familiar—; y la baja, atravesada por un espadón de plata». Esto le ponía de tan buen humor que acababa cantando una cancioncilla. Pues en aquel secreto radicaba lo que Lacruz supo ver en su corazón, lo que el señor Sombra-Beltrán Cuervo más deseaba: tener un nombre propio, al fin; un apellido limpio.

Pero para eso todavía tenía que cumplir esta misión.

El Cuervo maldijo en hebreo. Sería cosa, pues, de agarrarla por el pelo y llevarla a rastras.

Un sonido le interrumpió; se trataba de un fragor. Primero lejano, como si redoblaran los tambores en la distancia, luego acrecentándose.

Por un momento temieron los dos que fueran los francos, que se acercaban a la playa. Sin embargo, el enemigo que se aproximaba era, por desgracia, todavía más letal.

Muniadona gritó desde fuera de la cueva, en lo alto del acantilado:

—¡Miiicaeela! ¡Sal de ahí!

Buscando el origen de aquel rumor, quien salió de la cueva fue el señor Sombra; tenía encima dos arrobas más, diecisiete años más y otro nombre: Beltrán Cuervo.

Detrás, de rodillas aún, asomó Micaela.

Lo que vieron les detuvo a los dos.

—¿Qué día es hoy? —preguntó ella.

—¿Qué clase de pregunta de mierda es esa? —replicó el tuerto—. ¿Es que quieres conocer qué día era cuando perdiste la vida?

—¡¿Qué día es hoy?!

Micaela había recordado las palabras del fraile, advirtiendo de lo que estaba a punto de ocurrir.

—Viernes —murmuró el tuerto.

¿Tan pronto había pasado una semana?

—El día del fin del mundo —dijo Micaela, estremecida.

7

EN EL HORIZONTE, COMO SI EL MAR TUVIERA DEBAJO UN PLIEGUE, se acercaba la masa de agua. Venido desde el otro lado de la Tierra se acercaba aquel muro imparable, todopoderoso; era la mano de Dios que venía a arrasar el mundo tras hacerlo temblar.

Enseguida llegó la ola a la altura del viejo barco. Tras tanto tiempo encallada en la arena, la decrepita nave se movió por primera vez en años, levantada por la corriente.

El agua sobrepasó el barco, sobrepasó la línea de la orilla, y, para espanto de Beltrán Cuervo y Micaela, no se detuvo, sino que continuó su avance inmutable; la alimentaba una fuerza surgida en alguna parte del interior del océano, a muchas leguas de allí, y la hacía avanzar convertida en una ola ansiosa de devorar arena, ruinas de chamizos, cuevas, la playa entera, el mundo.

Al mirar hacia Beltrán Cuervo, Micaela encontró en su cara tuerta una

expresión que no le conocía. Le temblaba la barbilla.

—No sé nadar —murmuró aterrado.

El torrente llegó hasta ellos con tal ímpetu que los arrolló cueva adentro.

Se pusieron en pie, jadeando a causa del agua; estaban en medio de la gruta, la inundación les llegaba a las rodillas. No es de extrañar que estuviera fría, gélida; venía de los más profundos abismos.

Sintieron cientos de objetos rozando sus piernas: peces arrastrados, piedras, arena, maderas, y, para su espanto, piezas duras y astilladas, que entrechocaban entre sí: huesos. Micaela descubrió horrorizada cómo refluía una media mandíbula, y pronto un largo húmero amarillento y deshecho; entre unos sargazos flotantes iba enganchado lo que parecía un cráneo hecho pedazos, ya verdecido de algas, con restos de lapas adheridas y la concha de un erizo encajada en la cuenca de un ojo. Miró Beltrán Cuervo con santo horror a aquel émulo de su parche, burla flotante que se le acercaba. Sintió que en ello había algún fantástico terror, un tenebroso aviso del destino, y abrió la boca en un grito mudo. El agua traía con ella los esqueletos desmembrados de todos los que, años atrás, habían muerto en el naufragio. La irrespetuosa corriente los había levantado de su eterno reposo en los fondos de arena.

Micaela se acordó de su amigo el fraile Tomás: si los muertos echaban a nadar, significaba en verdad que aquel viernes santo del año 1033 era llegada la hora del fin del mundo.

Avanzando en el agua, trataron de escapar de aquella fuerza que les empujaba; el nivel había subido hasta alcanzarles los muslos. Pero ¿hacia dónde huir? Era imposible ir contra la intensa corriente que seguía entrando, y salir de la cueva. No les quedó otra sino retroceder pesadamente, con el agua a la altura de la cintura. Pronto llegaron al fondo de la gruta, sumida en la penumbra, y les detuvo la pared de roca. A medida que subía el rumor, subía el agua: les llegaba ya al pecho.

—¡No sé nadar! —repitió Beltrán Cuervo, viendo que se hundía.

Sus pies no tardaron ni dos segundos en perder asidero; creyeron los dos flotar, de pronto, elevados por la muralla de agua. Micaela estiraba y encogía las piernas, al modo de una ranita, nadando hacia la pared de roca. Luchando contra la arenisca y la sal que le estorbaban en los ojos, se sujetó a un saliente,

mientras los pies se agitaban manteniéndola a flote. El nivel del agua seguía subiendo. El tuerto peleaba por sacar la barbilla fuera del torrente, con tanta ansia como poco éxito. Abrió la boca para pedir socorro, boqueando como un pescado a punto de morir; pero no conseguía más que tragar agua, tragar agua. Extendió la mano tratando de trepar a un alto, pero acababa de perder el último asidero; y del mismo modo que él había tirado del sastre Bernardino en el tubo de la chimenea, fue como si de pronto el mar le succionara. Se hundió la cabeza, apareció una burbuja, y ya no se le vio.

Micaela quedó horrorizada.

No vinieron a su mente la persecución a la que el rufián la había sometido, las muertes de las mujeres en la playa, el odio que sentían el uno por el otro; tampoco la muerte de su padre a manos de aquel carnicero.

Fue la manifiesta ausencia de detalles lo que impactó a Micaela.

No hubo nada a lo largo del mundo, ni la más mínima variación en el más pequeño ámbito, que delatara que acababa de morir un hombre. Borrado de la existencia de tan poco solemne manera como un grillo que agoniza en el barro. Nada había cambiado, tras la muerte de aquel desgraciado. Se reafirmó la aterida Micaela en sus palabras: «A Dios no le importa —se dijo— que mi padre viva o muera; que viva o muera el buen Veremundo, el malvado Beltrán Cuervo. Tanto le da».

No salió de estos pensamientos hasta que descubrió bajo el agua un resplandor difuso, momentáneo, brillando como lo hacen los tesoros en los cuentos.

Resurgió de las profundidades como dicen que aparecen los tritones: en una explosión de agua. Relucía la *jambiya* de Beltrán Cuervo cuando el canalla saltó sobre la comadreja; y se agarró al cuerpecito como a una tabla de salvación, rodeándola con el brazo por el cuello, y ya no la soltó.

—Putá del demonio —dijo entre dientes—, vendrás conmigo. No pienso bajar solo al infierno.

Agarrada a la roca y estrangulada por el brazo de hierro, Micaela tosía, se le saltaban las lágrimas mientras el peso de aquel animal tiraba de ella hacia lo profundo. No le resistirían los dedos, a pesar de que se aferraban a la pared.

Algo llamó su atención, en la entrada de la cueva.

Y, acto seguido, una imagen se le hizo nítida, tan clara como si, en lugar de ser un pensamiento, fuera un sueño.

Se figuró allí la silueta de Mathías sumergida entre los hombres de piedra, en la oscuridad, con el pecho helado, detenido en el tiempo, arrodillado en el recuerdo de sus pecados. Esperándola. «Mi comadreja chica», le decía con pena.

A punto de ser vencida, de caer al agua, arrastrada por el miserable tuerto, Micaela comprendió de pronto por qué Mathías Nuevededos le había nombrado aquella playa después de esconderle la verdad durante años. Por qué, pese a tantos esfuerzos, mentiras y temores, en el final de su vida, se expuso a que ella supiera al fin quién era él y cuáles habían sido sus terribles actos.

Micaela miró de soslayo al Cuervo. Apretaba los dientes, más sombra que nunca el maldito: todavía tiraba con fuerza para llevársela consigo hasta la muerte.

—Ya sé —dijo la comadreja entre tosidos, medio ahogada— por qué quería mi padre que yo viniera hasta aquí.

Se agarró con una mano al saliente y con la que había quedado libre dio un codazo en el estómago del tuerto. Casi se le salieron los ojos al malparido, y, dejando escapar un gemido de dolor, puso la boca como los pescados.

No terminó Beltrán Cuervo de hacerse a la idea de que había caído de nuevo al agua hasta que escuchó la voz de Micaela; a salvo arriba, pegada a la pared de la cueva.

—Dile esto, Cuervo, cuando veas a mi padre en el infierno —añadió serena, en paz por primera vez en su vida—. Dile que sí; que lo perdono.

No comprendió el tuerto por qué miraba ella de nuevo hacia la entrada de la cueva. Pocos instantes antes, Micaela había visto venir aquella cosa a toda velocidad. Beltrán Cuervo no pudo, pues, comprenderlo hasta que ya fue tarde: sintió que, en un encontronazo formidable, le golpeaba un buey. Arrastrado por el torrente e imparable como una flecha, se le había venido encima el mascarón de proa que representaba a Diana cazadora. Después le empujó, agua a través, llevándoselo consigo.

Qué cosas tiene el destino: tal vez los huesos de las «libres» estaban entre aquellos que ahora flotaban en la marea, orquestando su venganza. Fue

también el agua, la del mismo mar a cuyas orillas habían elegido vivir una nueva vida, la que ejecutó, años después de muertas, esta última mano.

Hubo un estruendo: impulsado por la corriente, la diosa esculpida aplastó al Cuervo contra la pared de piedra de la cueva, como un dedo aniquila a un insecto de alas negras. Si el mascarón no hubiera reventado el torso, las tripas se le habrían salido por la boca, empujadas hacia arriba a resultas del choque. Reventó el corazón del tuerto, en una pulpa informe que se mezclaba con ropa y huesos; reventó la cabeza toda, la mejilla tumefacta, la cuenca vacía.

Sobre la pared de la cueva quedó el remedo aplastado de un hombre, una sombra hecha de sangre. Los poetas y goliardos que beben de más y gustan de ponerse estupendos cuentan que tenía la forma de un cuervo.

Del cuerpo eviscerado del ogro solo quedaron enteras las piernas. Allá se vinieron abajo, entre la escorrentía. Cuando el agua se retirase quedarían sepultadas por varias toneladas de madera, arena y algas, para no dejar rastro alguno de su presencia en el mundo, pues el tuerto, al cabo y para su desgracia, murió sin nombre.

8

ARRIBA, EN LA SUPERFICIE, el nivel del agua seguía creciendo; pronto llegaría hasta el techo y allí, sin poder subir más, Micaela Mediaespada se ahogaría, encerrada en la trampa.

Se negó a morir así, y nadó, evitando maderos flotantes. Los brazos se le estaban quedando azules. Quizás alguien entonara un día la canción de esta aventura, junto a un buen fuego calentito —qué bien le vendría ahora—, y niños y mayores aguardarían con ansia saber cómo saldría de este entuerto su heroína.

Nadó, sí, de saliente en saliente, tratando de acceder a la entrada de la cueva para, al menos, salir a cielo abierto; luchaba contra la marea que seguía avanzando, avanzando y subiendo. Si había que darle un final a esta leyenda, no sería este.

Cuando estaba a punto de llegar al exterior, la detuvo una visión horrenda.

Gritó de terror con sus últimas fuerzas, creyendo que se desharía entera de miedo, en aquel agua helada.

El barco ruinoso, arrastrado también por la corriente, se le venía encima.

9

FUE COMO SI ESTALLARA UN TRUENO A LA ENTRADA DE LA GRUTA. El barco chocó de costado contra la pared del acantilado; saltaron tablones y cuerdas, piedras, una nube de tierra. La ola que se levantó proyectó a Micaela hasta la pared de la cueva.

Una fiesta de crujidos se encendió en las maderas de la nave; renacida en animal herido se encogía contra el acantilado, escorándose. El tremor se contagió por las jarcias, aparejos y cabos a los palos mayores, hasta convertirse en un largo gemido. La enorme, anciana ballena quedó apoyada contra la entrada de la gruta. Media salida quedó así ocluida por el lateral de la nave.

Micaela notaba los brazos agarrotados, de luchar contra la corriente. Poco a poco fue aferrándose a los salientes de piedra y recorriendo de nuevo el espacio que la separaba de la entrada. Toda ella estaba en tensión, tragaba agua, escupía; no había pensamientos en su mente, solo reacciones animales, el instinto de supervivencia se había adueñado de su cuerpo.

Llegó al fin al costado del barco. Micaela se aferró a los tablones, de

mejor asidero que la pared lisa de la cueva. El propio nivel del agua, que seguía subiendo, le permitió acceder a tablones superiores, y se vio así, con los dedos como garras, escalando por la pared inclinada de la nave. Se le desaforaban los ojos, no parpadeaba; estaban clavados, muy abiertos, en la parte alta del barco, allá donde podría escapar al fin de la masa de agua.

Nada recordaría más tarde de aquel trayecto, cuánto estuvo escalando la pared de la nave. Solo al caer a la cubierta, empapada, rendida, recobró de nuevo la conciencia de sí misma, y volvieron los pensamientos, la mente humana.

Todavía estuvo un buen rato resollando boca arriba, formando una equis con el cuerpo. Miraba al cielo. Allá parecían observar las nubes, atónitas, cómo abajo se había inundado el mundo.

Micaela escuchaba su propia respiración en aquel silencio, roto únicamente por el murmullo de las olas; le recordó al silencio del camposanto de Saraqusta, y temió que, de un momento a otro, fueran a aparecer también los espectros azules, esta vez de los marineros de la nave.

Nada más pensar esto, un ruido la hizo incorporarse de golpe. Creyó oír pasos.

Pom. Pom. Pom.

Pom. Pom. Pom.

Quiso echar mano de la espada, atrás, en el hatillo, y tenía tan agarrotados los músculos del brazo que le temblaron desde la muñeca al omóplato. Aferró la espada, sentada aún en el suelo.

Solo entonces descubrió el entorno de pesadilla en que se encontraba. A su alrededor era llamativa la desolación, y de lo que un día fue una nave orgullosa no restaba sino un maderamen desastrado, comido de líquenes y óxido; se acumulaba aquí y allá la podredumbre de algas secándose al sol. Al haber quedado el barco apoyado contra la pared del acantilado, todo estaba inclinado; la nave se había escorado hacia su izquierda. Vacías ánforas, baúles y fanales rotos habían rodado hasta detenerse en la borda, amontonándose en

un torpe remedio de tesoro.

Pom. Pom. Pom. Se preguntaba Micaela si rondaría entre aquellas maderas un espíritu, atormentado, cuando ya no le cupo duda. Eran pasos lo que oía, sí. Grupos de tres pasos lentos, cansados, de un monstruo con tres piernas que subía desde el interior de la nave hasta cubierta. *Pom, pom, pom.* Preparada para enfrentarse a este nuevo enemigo, Micaela aferró la *Ferox*, y dirigió la punta rota hacia la puerta que conducía abajo.

No fue espectro, sino hombre, quien apareció en el dintel. Un hombre contrahecho, jorobado, que miraba a Micaela sin dar crédito. Bien pudiera decirse de él que hacía juego en este paisaje de naufragio: la melena, sucia, descolorida por el sol, le caía por la cara negrísima; llevaba la ropa hecha jirones.

—Alba —murmuró al ver a Micaela, emocionado.

Se apresuró a salir a cubierta. Caminaba inclinado hacia delante, en una reverencia perpetua; como si la aquiescencia de su alma hubiera quedado fijada en su columna. *Pom, pom*, dijeron sus piernas; y la espada que, a modo de bastón, necesitaba para apoyar su cuerpo amorfo añadió: *pom*.

—Has vuelto —susurró emocionado, exultante de puro nerviosismo.

No dejaba de frotarse los dedos, en un tic. Micaela observaba inquieta aquellas pintas verdes de sus ojos. Un verde de algas, similar al que devoraba la madera, había ido colándose en los iris, que relucían en exceso brillantes. Fosforescían aquellos ojos que llevaban años rebuscando erizos entre las pozas, en soledad, desenterrando navajas en la arena, cualquier comida viva y temblorosa.

Para su sorpresa, el jorobado se arrodilló ante ella y trató de besarle los pies.

—Por fin. ¡Por fin! Ha llegado el día, por fin, que tanto esperábamos.

Micaela dio un paso atrás, horripilada; estuvo a punto de tropezar: las torres de aparejos caídos estorbaban todo movimiento.

—¿Esperabais? —preguntó.

Piojo, aún de rodillas, levantó la bruma verde de aquellos ojos, mirándola lloroso.

—Bastaría con tu aliento —dijo como si implorara—. Nos lo dijo la bruja: que bastaría con tu aliento.

SONABAN INSEGUROS LOS PASOS BAJANDO LAS ESCALERAS HACIA EL INTERIOR DE LA NAVE. Micaela le seguía, apoyándose con una mano en la pared, pues el escoramiento del barco dificultaba mucho el descenso. Piojo iba delante, bajando con cuidado escalón tras escalón, y no solo porque la escalera estuviera inclinada: habían empeorado las malformaciones que un día cubrieron su cuerpo.

Conocía de memoria, eso sí, todas y cada una de las maderas de la nave. Al andar escaleras abajo, se agachaba justo antes de golpearse con las tablas hendidas del techo, y evitaba, sin necesidad de mirar a sus pies, ciertos escalones resbaladizos por los líquenes.

—Yo dormía en un jergón de paja —dijo de pronto sin venir a cuento—. Llevo aquí mu-mucho tiempo. Ya se me ha olvidado cómo era el mundo. Yo vivía en Burgos.

Era evidente que la mente de aquel infeliz había seguido el mismo curso que su cuerpo: no parecía estar muy bueno de la cabeza. No era de extrañar, si en efecto era cierto que aquel barco encallado en la arena había sido su casa durante años.

Protestaron las maderas en un angustioso quejido. Un largo, interminable crujir se extendió por todo el barco, el gemido del cetáceo gigantesco estirándose. Piojo y Micaela se sujetaron a las paredes; eran meras hormigas caminando en el interior de un árbol muerto.

Cuando el monstruo pareció estar calmado de nuevo, finalizaron el descenso.

Habían llegado ante una puerta entornada. Piojo se apartó y le cedió el paso.

Micaela no las tenía todas consigo.

—Tú primero —dijo, recelosa.

El jorobado abrió la puerta, chirriaron los goznes. Entró; allá estaba todo en penumbra.

Antes de seguirle, Micaela estiró el brazo ante sí, aferrando la espada rota

en posición de defensa. Solo así penetró en el interior de la cámara.

11

LA GOLPEÓ EL HEDOR. No el hedor a algas o a maderas podridas, sino un olor humano, tan humano que espantaba, a fluidos corporales secados y vueltos a humedecer, a excrementos mezclados con el tono dulce de los miasmas. Debajo flotaba una peste añeja, adherida ya a las paredes: el ácido sudor de la enfermedad. Micaela contuvo una arcada; se tapó la nariz y la boca, presa de la repugnancia.

Como el resto del barco, también aquella cámara estaba inclinada, y contra la pared hundida de la izquierda se habían aplastado algunas bancadas enormes, toneles, redes y otros restos. Allí donde Micaela pisaba se hundían los tablones a traición, e iba apartando con la punta del pie porquerías arrojadas por medio: conchas vacías, viejos esqueletos de ratones de playa. Casi tropezó con una bolsa de redes que envolvía sobras de pescado, agusanadas.

Para favorecer el avance se agarró a algo que sobresalía de la pared. Al palpar la cadena con grilletes descubrió que aquel había sido un barco esclavista. La pared estaba llena de cadenas herrumbrosas. No en otra, sino en aquella cámara fue donde habían transportado hacinadas a las mujeres, con intención de venderlas. Mujeres castigadas por hierberas, por brujas, por adúlteras, por amar a quien no debían. Por ser distintas, sobre todo.

Micaela imaginó estremecida la lucha que tuvieron que sufrir las pobres, el día del naufragio, cuando descubrieron engrilletadas que sus captores huían para salvarse de las enormes olas de agua salada que golpeaban arriba, en la cubierta. Imaginó cómo alguna se abalanzaría sobre el esclavista para quitarle

las llaves y cómo se ayudaron todas enseguida, liberándose unas a otras.

Micaela acarició los grilletos oxidados y lamentó no haberlas conocido.

—Te hubiesen caído bien las «libres» —dijo una voz de hombre entre las sombras.

Micaela se acercó hipnotizada; despacio. La espada rota le temblaba en la mano.

Al fondo, en la oscuridad, un armazón sostenía un tendido de telas, a modo de biombo.

—Lo sabía —murmuró la voz—. Estaba escrito que habías de venir.

CAPÍTULO 7

RAYMUNDO LACRUZ



1

ATRÁS, TODAVÍA EN LA PUERTA, HIZO LAS PRESENTACIONES EL JOROBADO:
—Raymundo Lacruz. Vicario... Vicario... Alguacil mayor de Bu-Burgos
por la gracia... de...

Suspiró, rendido.

—No me acuerdo.

Quedó congelado en el tiempo, recordando pasados días de gloria.

Micaela sintió el corazón golpeándole dentro del pecho; más fuerte aún que el día del oso Lucifer, más que cuando luchó contra Beltrán Cuervo, o que al sacarle los ojos a Alanqar. Por encima de ninguna otra cosa en el mundo temía encontrar allí al centro de todas sus pesadillas; y también de las de su padre. Aquel hombre era, pues, el peor de los miedos, encarnado; un horror que era ya familiar a su corazón, heredado en cada cucharada de miel y leche.

Y ahora lo tenía ante ella; solo les separaba un pedazo raído de tela.

Usando la media espada apartó el cortinón despacio. Muy despacio.

Tapaba un ventanuco. Al caer como el atuendo de una novia, en medio de una nube de polvo, la estancia quedó bañada en la claridad exterior.

Allí estaba, el maldito.

Dispuesta a ensartarle el condenado cuello, Micaela levantó la espada de su padre.

—¡No! —gritó, atrás, el jorobado.

Micaela quedó detenida, espada en alto. La miraban los ojos vidriosos de Raymundo Lacruz.

Un amasijo de redes y sargazos reunidos con cordajes formaba un jergón; la inclinación del barco lo había hecho desplazarse, y colgaba como una suerte de ala rota que dejaba asomar, entre sombras, a un hombre acostado, retorcido sobre su propio cuerpo. Era apenas un esqueleto viviente, todo huesos; se le

marcaban los pómulos bajo las negrísimas ojeras. Apenas tenía pelo, que le nacía a trasquilones, aquí y allá, mechones pegados a su húmeda frente. Pareciera que su alma había salido a la luz, como un vómito, empapándole por fuera de la podredumbre que siempre había retenido bajo los modales aflautados. Los años y la carencia de alimento y de sol le habían encogido, dándole una apariencia infantil, la de un niño espantosamente envejecido.

Una batalla de zumbidos se elevó hacia el techo de la cámara, huyendo cuando Micaela retiró la tela. El temible alguacil, tan atildado, que gustaba de bañarse a diario, que todos los días se perfumaba con tomillo y romero, estaba plagado de moscas. De allí nacía el hedor. Era su origen mismo. Raymundo Lacruz desprendía una peste insoportable.

Micaela retrocedió un paso; una lágrima aterrada le cayó por la cara.

—¿Cuánto tiempo...? —farfulló, incapaz de articular la frase—. ¡¿Cuánto tiempo lleváis...?!

Respondió desde la puerta el jorobado, mirando al suelo, eternamente agachado.

—Mucho —dijo—. Muchísimo.

Empalidecida por la ausencia de luz, la piel de Lacruz estaba llena de pústulas, de tanto permanecer acostado. Bajo aquellas ropas acartonadas, puros remiendos, asomaba la piel de un cadáver.

Sonrió el viejo alguacil desde el camastro, le faltaban casi todos los dientes; y señalando con el mentón al jorobado, también él hizo las presentaciones:

—Lo llaman Piojo, que es un nombre que él detesta.

Apenas tenía fuerzas para respirar; hablar, por tanto, le costaba, y bueno es que consiguiera hilar seguidas dos palabras. Balbuceaba como los idiotas, y en mitad de algunas frases, los ojos se le iban hacia la memoria.

—Mis piernas. Mis manos. Fiel. Fiel. Fiel como un perro.

Una saliva, espesa y verduzca, fue descolgándose desde la boca hasta depositarse en su pecho.

He aquí el castigo de los asesinos, pensó Micaela. Así terminan los malvados: encontrando el infierno de una u otra manera. Se le vinieron a la mente los desmanes que había cometido el alguacil, todos sus crímenes. Evocó la agonía de su padre, al que nunca más abrazaría; las penurias a lo largo de

aquel camino y las otras, durante toda su vida, condenada a permanecer escondida del mundo; evocó a las buenas gentes que habían muerto a causa de este canalla, el asesinato de las «libres»; la muerte de su madre, a la que nunca podría abrazar.

—Malparido —dijo entre dientes la comadreja, ardiendo de rabia—. Me has robado mi vida.

Su espada, furiosa, se apoyó en la garganta del miserable.

El fiel Piojo corrió a abrazarse a su amo, dando un grito de terror, e interpuso la mano ante Micaela, como si con esto pudiera detenerla.

Ella apretó la espada, sin embargo, dispuesta a traspasar al hombre del saco, al monstruo que nos visita de niños, cada noche. La luz de la marea agitada hacía bailar en las paredes la sombra de Micaela, multiplicándola en mil caballeros, armados de mil medias espadas. La venganza de los inocentes se había hecho carne en ella. Su mano temblaba de ira. Solo tenía que inclinarse un poco y dejarse caer.

Una humedad tembló en los lacrimales del viejo, hinchados de purulentas legañas. Incapaz esa humedad de bajar a sus pómulos, de pura debilidad, quedó estancada en los ojos hasta volverse amarilla. Lacruz intentaba decir algo, movía los labios pero a ellos no acudían los sonidos.

«Degüéllalo —le decía a Micaela una voz en lo más profundo de su rabia—. Acaba con él ahora, no le escuches, no le des nada, no le mires. Degüéllalo».

—Por favor, no —dijeron por fin los despojos del que un día había sido Raymundo Lacruz.

Micaela se aferró al arma partida en dos; se aferró a ella como a algo recto y firme que no la dejase caer en el caos. La sintió sedienta. Aquella espada era la nobleza; una ira sin almohadones, en la que caer a salvo de perderse en femeninos consuelos y demás paños blandos. Justicia. Justicia al fin.

—¡No me hables! —rugió la comadreja, y se abalanzó sobre él, lo agarró por la camisa hecha jirones; apretó aún más la espada sobre aquel pergamino con forma de garganta—. ¡No me hables, pedazo de mierda, gran cabrón!, ¡no me mires! ¡Pide perdón!

—¡Perdóóón! —gritó aterrado el Piojo.

—¡Tú no! ¡Él! ¡Pide perdón, cerdo, por todo el daño que has hecho!

Creyó Micaela sentir unos ojos a su espalda. Allí le pareció que observaban las mujeres que murieron en aquella playa buscando ser libres. Llegaban sus voces a Micaela, desde debajo de la arena y el agua; clamaban venganza.

Temblando de rabia, Micaela acercó su cara a la del asesino, dispuesta a hendir la espada en su cuello nada más escucharle, y repitió con una voz tan oscura y cavernosa que fue incapaz de reconocer como propia:

—Pide perdón.

Aguardó la respuesta. Aguardó, dispuesta a rebanarle el cuello en cuanto fuera pronunciada la primera sílaba. Ya se había manchado las manos de sangre; sabía lo que era. Ya conocía aquel sabor, y le gustaba. Cuánto le gustaba, a su pesar. Tanto como le gustaba al padre que ella nunca conoció. Quizás el gusto de la sangre de aquel que la había engendrado se le había transmitido a ella, impreso en la semilla que germinó en su madre. Las de Micaela no eran manos de soldado, como le había dicho no hace mucho a Mathías Nuevededos. Ni mucho menos de campesina. Quizá sus manos, ajadas de cicatrices, eran las de una asesina.

—Perdón —dijo de pronto, y para su sorpresa, el viejo Lacruz, temblando.

Micaela quedó congelada, sostenida solamente por la espada que estaba a punto de enterrarle en la garganta.

Piojo lloraba a gritos.

—¡Te ha pedido perdón! —Y le movía el brazo para apartarla—. ¡Quita la espada, te ha pedido perdón!

Pero Micaela estaba en otro sitio, ensimismada en las palabras del espectro de Veremundo que vio en el cementerio. Ante el final, se nos enseñarán nuestros dos destinos; en uno, ardemos para siempre en el infierno. En el otro, al mismo tiempo, nos hallamos en el paraíso. Con qué claridad vio la verdad Micaela. Con qué lucidez.

—¡Te ha pedido perdón, no lo mates, por Dios bendito!

Bastaba un movimiento, ella lo sabía; un ligero avance para que *Ferox* entrara en aquel cuello con todo vigor, deslizándose como una hoja en la mantequilla. Un solo movimiento y acabaría con el monstruo. Un solo movimiento y ya nunca más sería de noche.

¿A cambio? A cambio solo una cosa.

Ante el final, ardemos para siempre en el infierno y nos hallamos en el paraíso.

Micaela sintió que su padre estaba observando, en alguna parte, expectante. «Bien, Micaela —le pareció escuchar su voz, pero como sin palabras, latiendo debajo del miedo—. ¿No querías averiguar quién eres? Ahora se verá».

También su madre. Alba, esperaba. Micaela no podía decir que no la había conocido, pues durante meses habían vivido más cerca la una de la otra de lo que nunca estarían de nadie.

Estaba ya a punto de matarlo cuando, mirando al viejo, dos palabras acudieron a su boca.

—Dios misericordioso.

Eso cuentan las crónicas que dijo, ante el infame monstruo de sus pesadillas.

—Nunca —musitó Micaela Mediaespada estremecida— había visto a nadie que tuviera tanto miedo.

Todas las Micaelas, las que era y las que un día habría podido ser, se hallaron detenidas. Duró un instante solo, pero cielo y averno se abrieron para ella, a la vez.

Qué singulares, se dijo la comadreja, ciertos instantes de nuestra vida. Nos dibujan; dibujan nuestro presente y nuestro futuro, definitivos.

¿Cómo, si no a través de uno de estos instantes, podía alguien que quita las vidas llegar a curar las heridas en la mano de una niña? ¿De qué manera pudiera hacer brillar una luz aquella mujer que ha manchado sus manos de sangre, hundida hasta el pecho en la negrura?

Ocurrió, pues, uno de esos instantes.

En aquel barco escorado sobre la playa de los hombres de piedra, ante el mayor de sus miedos, Micaela Mediaespada bajó despacito la espada, dejando caer el brazo.

2

TEMBLABAN LOS DOS VIEJOS, Lacruz mirándola; el Piojo abrazado a su amo.

Micaela no dijo nada más; estaba rendida, agotada. Aferrando la espada como la más pesada de las cargas, dio la vuelta y caminó lentamente hacia la puerta que conducía hasta las escaleras.

Raymundo Lacruz levantó la mano temblorosa hacia ella.

No en tono acusador, según su costumbre, sino con la palma hacia arriba, suplicando, igual que hacen los mendigos a las puertas de las iglesias. Y del fondo de su garganta, entre grandes esfuerzos, vino a salirle la voz:

—Un hálito.

Micaela no pudo entenderle. Ya en la puerta de la cámara, se volvió hacia ellos.

—Un hálito —repitió el viejo con la mano implorante.

—Eso dijo la bruja —añadió el Piojo—. Que bastaría con tu aliento.

Se agarró una mano con la otra, igual que un niño que suplica, y le imploró a Micaela llorando:

—Hija del basilisco, cura su enfermedad. Por favor. Sabemos que puedes.

Micaela no dio crédito. Se habría reído, de no estar al borde de la náusea.

—Te lo suplico —seguía el Piojo, llorando—. Te suplico que le cures. Permite que vuelva a caminar. Por favor, te lo ruego; cúrale de su mal.

Lacruz la miraba en silencio, implorando con la mano cadavérica expuesta hacia arriba, y los ojos vidriosos.

—Estúpido —murmuró ella secamente—, no soy hija de ningún basilisco. No puedo curarte. Nadie puede.

Hubo un silencio.

Lacruz, atónito, fue bajando la mano poco a poco. Los ojos ya no miraban, se habían perdido en el dolor que ahora le arrasaba por dentro.

Fue tal la desolación que Piojo vio en sus ojos que se le abrazó, consolándolo como a un niño, mientras le daba besos en la cabeza pelona.

—No llore, mi señor —le dijo, entre lágrimas también—. No llore, se lo

suplico, que le puede dar otro ataque.

Los dos viejos abrazados eran dos libros amarillentos. Micaela tuvo la impresión de que si soplaba sobre ellos se vendrían abajo, convertidos en polvo.

Un charco se extendió bajo las piernas del anciano Lacruz, bajo el jergón de redes. A ninguno de ellos le importó. No le importó a Lacruz, ni le importó al Piojo, pues donde el líquido acabó colándose, entre los tablones, se dibujaban ya mil charcos iguales.

El suelo se movió bajo sus pies; el barco se quebró en un nuevo gemido, más largo, si cabe, que el primero; parecía estar virando de babor a estribor, estallaban los maderos uno detrás de otro, en el ritmo de percusión de una granizada. Al balancearse el barco hacia el otro lado, las bancadas acumuladas en la pared rodaron hacia la pared opuesta, golpeándose y barriendo cuanto encontraban a su paso. Y de nuevo se columpió la nave de derecha e izquierda, como buscando un equilibrio, hasta enderezarse.

Se movían.

Piojo se asomó al ojo de buey, tratando de ver lo que ocurría fuera, y dio un grito ahogado.

—¡El barco!

La nave era llevada por la corriente que retornaba al mar después de haber invadido el mundo. Abandonaban la orilla.

—Vamos a terminar perdidos en alta mar.

3

ESFORZADO EN SU PAPEL DE CRIADO, EL INFELIZ PIOJO TRATÓ DE LEVANTAR A LACRUZ; lo rodeaba con los brazos, tirando de él.

—El barco se mueve, mi señor, ¡tenemos que salir de aquí!

Incluso levantarlo se le hacía difícil; ya no era aquel muchacho de

entonces.

Micaela pudo haber escapado, esto es lo que dicen las crónicas, y salvar fácilmente su vida; dejar atrás a la sombra que había atormentado su infancia. Pudo subir aquellas escaleras y lanzarse al mar ahora que todavía estaba cerca de la orilla.

En la puerta que conducía a cubierta, sin embargo, y viendo que el jorobado jamás conseguiría sostener a Lacruz, Micaela enfundó su media espada. De entre todas las elecciones que la habrían conducido a la salvación, Micaela eligió otra cosa. En dos zancadas, maldiciendo, y, con malos modos, agarró al condenado alguacil levantándolo por la axila mientras Piojo hacía lo mismo en el otro lado.

El barco se bamboleaba lentamente, como una peonza de un millón de arrobas. Era claro que surcaban el mar de nuevo, llevados por las olas que se retiraban hacia el horizonte. Entre Piojo y ella llevaron a Lacruz hacia la puerta. Las lámparas que aún colgaban del techo parecían apartarse de las cabezas, a su paso, en medio del bamboleo.

Apenas tenían espacio para subir los tres por el hueco angosto de la escalera. Lacruz la miraba con sus ojos de viejo, ojos alicaídos, cuya vida se había rendido hacía mucho. Ahora él y ella estaban muy cerca, cara a cara. Micaela pudo ver el fondo de aquella mirada. Ya antes había advertido que no le parecían los ojos de un asesino, cosa curiosa, sino los de un niño.

Inerme, lánguido en sus brazos, dijo el viejo:

—Te basta con un hálito.

—Te he dicho...

Pero él ya no la escuchaba. Le imploró:

—Dame la vida.

Esto cuenta la leyenda. Aquel fue el día en que se consolidó la figura mítica de Micaela Mediaespada: se hallaban en el estrecho hueco de las escaleras, subiendo, tan cerca uno del otro que Piojo se aventuró a pensar que, como en el cuento, estaba a punto de besar a la princesa dormida.

Esto cuenta la leyenda, narrada por cronistas de todas las tierras de la Marca y aun del Al-Ándalus: Micaela miraba al objeto de sus pesadillas, preguntándose qué podría ella hacer para salvar a aquel despojo, cuando se dio cuenta de que, en tan ceñido espacio, ya respiraba sobre él.

Arriba, en el cielo, se apartaron las nubes dejando salir el sol, y un tajo de luz blanca irrumpió en la estrecha bajada, hasta que los encontró, detenidos allí, a mitad de camino hacia la salida.

Ni siquiera un beso; solo un hálito, como había predicho Geno la Negra, y se encendieron los ojos de Lacruz al sentir aquella calidez sobre su rostro.

Sostenido por aquellos brazos, Raymundo Lacruz comenzó a sufrir convulsiones.

Piojo gritó.

—¡Se está curando! ¡Bendito sea Dios, se está curando!

El barco se balanceó de un lado al otro, de nuevo cambió la inclinación y crujieron todas las maderas; los tablones se quebraban al paso de los tres mientras subían en dirección a cubierta.

—¡Tira de él, infeliz! —decía, entre dientes, Micaela al jorobado.

Tras aquel hálito, lo que sucedió dentro de la cabeza de Lacruz solo él pudo saberlo.

De pronto, se vio solo en las escaleras.

Arriba, en el dintel de la salida, brillaba la luz del sol.

Subió escalón tras escalón, sin esfuerzo, como cuando era niño y jugaba mientras el fraile leía un libro a la sombra de un árbol, junto al río. Los días saben diferente cuando eres niño; huelen diferente. Así, como entonces, olía esa mañana dentro de la mente del alguacil. La mañana en que Raymundo Lacruz salió a cubierta bajo el sol e inspiró largamente, dejándose llenar de vida. Otra vez caminaba. Su cuerpo ya no era una rémora. Qué felicidad, qué plenitud, después de tantos años de espera, de rendición incluso. Caminaba de nuevo, curado, gracias al hálito de la hija del basilisco.

Se asomó por la borda. Al apoyarse en la barandilla, descubrió sus manos sin aquellos nudillos rígidos, renovadas. No solo estaba curado sino que era joven otra vez. El viento le hizo ondear la melena; la misma que llevaba cuando cumplió diecisiete años; negra, muy negra y lacia. Todavía entonces no le estaba reservado el infierno.

¿Dónde fue que se torció todo?, se preguntó. ¿La mañana en que asesinaron al buen fraile para robarle un plato de comida? ¿Los tristes días en que vagabundó por tantas ciudades? Allí donde, en busca de un mísero pedazo de pan duro, conoció el espíritu humano; donde solo encontró iniquidad,

corrupción, desprecio.

—Qué importa —dijo Lacruz respirando hondo.

Había ganado. La victoria era suya. Estaba curado y era joven otra vez. Tenía por delante todo el tiempo del mundo. Empezar de nuevo; qué dulce promesa, la de una vida más pura; sin los errores que cometió, sin los miedos que le torturaron.

Algo ensombreció su alegría, sin embargo: el apocalipsis había llegado, finalmente, tal y como avisó la profecía. El milenio había desatado la ira de Dios y el mundo a su alrededor se hallaba cubierto de agua.

Miró hacia los cielos; le resultaba imposible admitir que, bajo aquella luz, tan hermosa, hubiera podido terminar todo.

—Puede que Dios haya querido acabar con el mundo —dijo—; pero no habrá de conseguirlo sin que hombres como yo presentemos batalla.

Raymundo Lacruz lo pensó así, en su cabeza, convencido: estaba en su mano cambiarlo, aun si tenía que enfrentarse al Creador. ¿Qué podía importarle? Hacía mucho que Dios le había retirado el saludo.

Puede que hubiera terminado todo, él lo sabía; pero no así: con el mundo no solo castigado, sino sin posibilidad de redención.

Sabiéndose imbuido del poder del basilisco, el viejo alguacil sonrió — hacía tanto que no sonreía.

—Basta un hálito —dijo en un hilo de voz.

Asomado a la borda, con la melena negra ondeando al viento e impregnado de la nueva vida que le había dado la criatura, el joven Raymundo Lacruz exhaló un pequeño aliento, apenas una ligera respiración, e imaginó que esta nube sin peso volaba unos metros, flotando, llevada por la brisa, hasta que caía poco a poco sobre el mar.

Así lo contaron los cronistas, a quien quisiera escuchar la historia maravillosa. Sucedió primero en un pedacito pequeño de aquel vasto océano, él lo vio: allí donde se había depositado su aliento, una gota de la superficie se volvió gris, y, como si una contagiara a otra, a su alrededor las otras gotas que formaban la masa de agua se volvieron todas grises.

Qué magnífico espectáculo le pareció a Lacruz, que, apoyado en la borda del barco, lo miraba todo desde arriba, compitiendo contra Dios.

Una ola que se levantaba furiosa se fue petrificando poco a poco, y así

quedó, elevada sobre la superficie como una escultura. Y a su lado se convirtió en piedra otra, y más allá otra ola, y todas las que seguían.

A los ojos de Raymundo Lacruz, el océano entero fue volviéndose de piedra a causa de un único hálito, hasta que toda aquella enorme extensión de agua arrolladora quedó transformada en un mundo nuevo, una sola superficie sólida, una escultura interminable, de pura roca, que cubría hasta el horizonte, donde los hombres podrían enmendar los errores que les condujeron hasta allí.

Qué feliz se pensó el alguacil, tan en paz. No dejaba de sonreír. Hacía mucho que no sonreía, sí... Acaso desde que era niño.

Micaela se había detenido justo al salir a cubierta, sosteniendo aún a su viejo enemigo, el fantasma que tanto miedo le produjo de niña. El barco se escoraba de nuevo, llevado por la corriente que retornaba a alta mar. A su alrededor se quejaban de viejas las maderas. El Piojo la apremió; tenían que saltar al agua. Lo más probable era que, después de tantos años encallado, el barco fuera incapaz de navegar; podía partirse en dos.

Ella no se movía, conmocionada; con los ojos clavados en el rostro del alguacil.

Solo entonces advirtió Piojo que Raymundo Lacruz había muerto en sus brazos, mientras lo conducían escaleras arriba.

Abrió la boca en un grito mudo aquel hombre jorobado y comido por las liendres. Abrió la boca para gritar, pero ¿cómo habría de dar un alarido de dolor, si apenas era capaz de respirar?

Sus ojos aterrados se aferraron a Raymundo Lacruz, su amo, su maestro. De él dijeron algunos que había sido su creador, que fue él quien había fabricado al contrahecho a partir del barro. Si es que para él era Dios, se dijo el jorobado, ¿cómo era posible entonces que muriera?

Tendieron a Lacruz en la cubierta, bajo aquella luz, tan hermosa en efecto.

Piojo no se soltaba del cuerpo sin vida, enterrando la cara en el pecho de su amo.

Rompió a llorar al fin, como si vomitara el desconsuelo.

—Tenemos que abandonar el barco —musitó Micaela—. Esto va hacia alta mar, no podemos quedarnos aquí.

Pero Piojo ya no la oía.

Quizá también él estaba viviendo otra existencia dentro de su cabeza. Una en la que Lacruz y él estaban juntos todavía, el alguacil curado, enseñándole por fin a leer, como intentó tantas veces; afeitando su cabeza para que no le picaran los piojos. Y él durmiendo plácidamente en su jergón de paja, junto a los burros y a los caballos, en su establo de la torre de Burgos.

Supo Micaela que nada movería de allí a aquel desdichado, aquel hombre fiel. Fiel hasta el fin.

Retrocedió con la vista atrapada en los dos hombres, el corazón encogido.

Sin decir más, saltó por la borda y comenzó a nadar en dirección a la playa.

Atrás, en el barco que se alejaba hacia el horizonte, quedó Piojo abrazado a Raymundo Lacruz.

Ya no se movió de su lado, ya no dejó de llorar.

También habla de él la leyenda. Como el golem que se muere cuando muere su creador, eso es lo que se dice. Piojo fue perdiendo la vida, muriendo despacito, sin darse cuenta, abrazado a su amo, la única persona de este mundo que alguna vez le hizo sentir una pequeña, pequeñísima, brizna de afecto.

CAPÍTULO 8

MAITANE



1

MICAELA BRACEABA EN EL MAR ENCRESPADO. Alzó la barbilla y buscó en la lejanía; le estorbaban la sal y la espuma en los ojos.

Divisó la entrada de la cueva, a buena distancia. El agua había inundado la playa entera y lo cubría todo; el nivel del mar llegaba hasta la mitad del camino. Solo ahora, y con angustia, Micaela se hizo a la idea de cuántas brazas había sido arrastrado el barco, mar adentro; de que la orilla estaba muy lejos, más de lo que ella nunca antes había aguantado nadando. Aquella masa de agua era enorme. Su cuerpecito de carne era lo único de sangre caliente en muchas leguas a la redonda. Estaba fuera del territorio humano.

Muniadona bajaba por el sendero, a salvo del agua, y haciéndole señas con la mano.

Con fuerzas renovadas e intentando permanecer relajada, Micaela braceó hacia ella; no había que pensar en cuánto faltaba, solo concentrarse en nadar.

Y nadó, pataleando con fuerza, pensando en Mathías a la orilla del río, en las tardes de verano, en los alegres días de su infancia.

Pero la realidad no le permitió entretenerse en abstracciones: aquella corriente bravísima poco se parecía a la de un río de la Marca castellana. La prostituta le animaba a que siguiese nadando, pero desde donde estaba, Micaela ni siquiera podía enfocar su sonrisa: la gentil Muniadona era solo una figurita minúscula agitando la mano, cuyo tamaño parecía no ir aumentando en absoluto.

Hacia ella dirigió Micaela, otra vez, todas sus brazadas, sus ahogaduras, sus esfuerzos.

Qué terror le produjo, de pronto, encontrarse sola.

Tanto había temido la soledad y allí estaba, al fin. Se sorprendió: eran sus enemigos, el ogro Beltrán Cuervo o el infame alguacil Lacruz, quienes le habían prestado la última compañía humana.

Micaela trató de repasar qué había hecho mal, cómo había llegado a aquellas aguas oscuras sin un ser que la apreciase a su lado; alguien con quien compartir ese momento último antes de la muerte.

Pensó en Mathías, en Veremundo, en Raspa, en Aisa; en Alanqar mismo, cuya cabeza flotaba allí en alguna parte; imaginó a Martín, risueño, burlándose de ella por haber acabado así. Pensó en su madre, y en todos los muertos y se preguntó dónde estaba la felicidad y por qué cosa podía valer la pena perder a tantos compañeros de viaje.

Se descubrió pensando por primera vez en el futuro. En las cosas que le quedaban por hacer, los lugares que todavía tenía que descubrir. Temiendo entregar allí la vida, el pasado dejó de tener importancia, solo restaba el futuro.

Dejó de sentir los brazos. Los músculos de sus pantorrillas estaban rígidos; apenas obedecían ya la orden de patear.

¿Cuándo se había dado cuenta de que no iba a conseguirlo?

Resultaba una paradoja que fuera precisamente la playa la que acabase con ella. Allí, donde descansaba el cuerpo de su madre, donde se había forjado una leyenda creada por mujeres generosas, que hasta dieron su sangre para germinar la arena, allí iba a morir: donde había nacido.

Micaela trató de impulsarse en una brazada más, solo que esta vez sus músculos decidieron desobedecer, y en lugar de avanzar, se hundió.

Tragó un buche de agua; qué salada le supo. Extendió las manos hacia la luz que iba dejando arriba, en la superficie.

Se hundía sin remedio. Sentía que su cuerpo caía al fin en la tentación de dejarse hundir, que se había convertido en piedra, exánime; que ella misma era ahora una de las estatuas de la playa.

Era caprichosa, la mar —en femenino, como la llamaban los marineros—. A esta diosa antigua, mandona y cruel, le molestaba que los mamíferos de la tierra seca invadiesen sus dominios, y, en respuesta a estas incursiones, a menudo optaba por llevarse alguna vida, como pago. La vieja diosa, pues, había decidido que la quería para sí. Esta chica que tanto se había denodado

por nadar a contracorriente sería un cadáver más, bajo las aguas. Con su madre y las demás «libres», con los cientos de miles de hombres y mujeres cuyos huesos alfombraban ya el fondo marino. Otra muesca en la caracola infinita donde la vieja diosa apuntaba sus trofeos.

Micaela evocó aquella mañana, la mañana del oso, en que los nervios la habían levantado temprano, poco antes del alba. No hubo señales en el cielo, aquel día, que indicaran que Micaela Mediaespada comenzaba el camino que la conduciría hasta la muerte.

En la penumbra, adivinó la figura de un pez curioso, que nadaba contemplándola. Acaso se preguntara si a la chica le quedaba mucho para morir, pues ansiaba alimentarse de toda aquella carne.

Micaela creyó intuir entonces algo sobre la naturaleza del mundo. Recordando aquel otro hongo de miel en el bosque, el que había corroído al viejo árbol, la comadreja cavilaba; acaso a Dios le fuera indiferente en qué forma sobrevive la vida, pues todas sus manifestaciones le son igual de valiosas; un alto y rumoroso pino, un hongo repugnante, o las arañas que se reproducían a miles dentro del hueco muerto. Mientras se ahogaba, la idea le pareció plausible. Tanto le daba a Dios que sobreviviese ella, el oso, el cazador o el podrido Beltrán Cuervo, porque, quizá, todo fuera cuestión de intercambios, pues si algo bello moría, algo abyecto vivía gracias a esta muerte; y solo esto, por sí mismo, contribuía a dotar al mundo de una curiosa belleza. Micaela Mediaespada moriría. Aquel pez, el último y menos importante de los del océano infinito, viviría.

La suya había sido sin duda una aventura lamentable. ¿No era de lo más triste una crónica en la que dos personajes se hallan enfrascados en la persecución de un objetivo que desde el principio no se puede conseguir? Era imposible que ella encontrara a su madre, pues estaba muerta desde hacía mucho. Era imposible que Raymundo Lacruz se viera curado de su mal, pues no existía el basilisco.

Así es la vida, se dijo Micaela mientras se hundía en las profundidades, la reconstrucción de vida, de inmisericorde: forjada de imposibles. Ya puede uno afanarse en sus propios planes que ella va tejiendo las redes en las que, tarde o temprano y sin remisión, habremos de enredarnos.

Cabía, sin embargo, la posibilidad de que todo este ir y venir, los

esfuerzos y desventuras, las muertes, las batallas, tuvieran desde el principio un solo propósito, tan vasto y tan ínfimo, tan simple. Aquel sería el último de los descubrimientos que Micaela haría a lo largo de ese viaje: si es que había un plan, no consistía en que ella encontrara a su madre; o que Lacruz se recuperara de su enfermedad. Todo lo que había ocurrido la había conducido hasta allí. Micaela Mediaespada había venido al mundo para alimentar con su cadáver a aquel pez que ahora la observaba.

¿Qué importancia tenían las cosas, entonces? Lo que nos ocurre, lo que soñamos, lo que conseguimos, lo que no.

La respuesta llegó enseguida, en forma de dos palabras. «El afán», se dijo a sí misma Micaela como si hubiera encontrado la solución de un acertijo. Nada más importa. No hacia dónde nos dirigimos, ninguno de nuestros objetivos; ningún logro, ningún fracaso; sino el afán. Solo eso nos queda. En todas nuestras batallas solo importa nuestro afán. Y eso es mucho, si el afán con que luchamos es grande.

Micaela notó cómo, tratando de respirar, el agua entraba ya en su garganta, ahogándola por dentro como un beso frío; el último que podría ya conocer en vida.

Cerró los ojos. Bajo el mar desaparecían las angustias del aire. Los sonidos quedaban amortiguados en aquel mundo; la luz se tamizaba de verdes y grises. Bien, se dijo al fin; era hora de entregarse. Allí acababa la leyenda, y nadie podría decir de ella que no había batallado con todas sus fuerzas.

Pensó en la vida que había tenido, y no le disgustó. No había estado mal, si echaba un vistazo; le había dado tiempo a hacer un poco de todo.

Sonrió, feliz, pese a que todo terminaba.

No el principio. No el final. El afán; por encima de todas las batallas.

Fue así como murió Micaela Mediaespada. Las burbujas llenaron sus ojos; allí eran diferentes las leyes, sus pupilas se cerraron por fin, hinchadas, pues ya no iban a servirle.

Con los días, su piel muerta se volvió blanda y los moluscos hicieron en ella su nido. El último y menos importante pez del océano, que tanto y tan pacientemente había esperado, pudo por fin alimentarse de Micaela

Mediaespada.

2

ASÍ TERMINABA LA LEYENDA, recitada por un truhán ciego, que iba de pueblo en pueblo acompañado de un crío más malo que el hambre. El poeta se acompañaba de un tapiz con dibujos, donde aparecía, muy fantasiosa, la vida de Micaela Mediaespada. Si bien las ilustraciones le daban cierto predicamento entre quienes asistían al recitado, el final de su cantar dejó al público tan consternado que produjo cierto rechazo.

«¡No queremos la versión de Micaela ahogándose! —decían los niños en la plaza del pueblo, arrojándole bolas de estiércol—. ¡Cuenta la versión de la mano!». «¿La versión de la mano?», respondía el poeta ciego, despectivo.

De la leyenda de Micaela había numerosas versiones, era claro; los trovadores de caminos estaban obligados a conocerlas todas: las de los bardos del noreste, siempre de un tono más austero, y poco dados a los finales con perdices; las del noroeste, dulcificadas, más infantiles.

Esta de la mano, que tanto gustaba a la gente, no era ni de lejos la versión preferida del poeta ciego. Llegado este punto, solía cederle el final de la historia al niño, que aunque trasto y ladroncico, la contaba muy vivamente: les parecía a todos como si estuviesen allí mismo. «Botarate, ¿no oyes, que ha hablado el respetable? Cuenta la jodida versión de la mano».

Micaela notó cómo, tratando de respirar, el agua entraba ya en su garganta, ahogándola por dentro como un beso frío; el último que podría ya conocer en vida.

Bien, se dijo al fin; era hora de entregarse.

En la penumbra submarina, sin embargo, justo antes de perder el sentido, Micaela vio una mano tendida hacia ella; una mano que venía de la superficie.

Dudó, pues, en la niebla de su mente; parecía la mano de Martín Torres. Y ella sabía que estaba muerto, muy lejos de allí, criando hierba entre cientos de otros muertos.

La mano tiró de ella.

Y Micaela subió. Subió desde los infiernos abisales durante largo, largo rato. Subió, escapando de las profundidades de la vieja diosa, que solo pudo contemplar, impotente, cómo Micaela Mediaespada escapaba otra vez de la muerte, volando hacia la superficie.

Rompió la superficie del agua y salió al aire. El aire entró de nuevo en sus pulmones; también el sonido, la luz.

Dolía.

Tocaba enfrentarse de nuevo a todo aquello que era la vida, el afán; luchar; otra vez luchar, qué remedio, y soportar el embate de cada segundo desgastando su cuerpo.

Micaela abrió los ojos, parpadeó varias veces.

No, recontracabrona vida, la mano que la había salvado no era la de Martín, sino la mano de una niña que parecía un niño.

Al reconocerla, sonrió Micaela, a pesar de su desolación. «Estúpido —se dijo a sí misma pensando en él—. Estúpido y noble: la combinación que menos hubiese esperado de Martín Torres. La salvaste».

La niña que habían encontrado luchando en el campo de batalla, contra los francos, aquella por la que él había dado la vida, nadaba como un condenado tiburón; tiraba de ella, agarrándola por el cuello. No se lo había pensado un segundo antes de arrojarle a la corriente para salvar a una desconocida; igual que tampoco se había pensado mucho aquello de vestirse de muchacho y meterse en una batalla contra francos armados.

«Menuda loca», pensó Micaela. Le recordó mucho a sí misma.

Allá en el sendero que antes conducía hasta la playa y que ahora llevaba al agua, Muniadona daba saltos de alegría, junto a una masa gris que aullaba a cuatro patas.

Medio asfixiada todavía, Micaela buscó en la lejanía a Martín Torres,

junto al lobo.

Apenas conseguía mover un músculo, cada intento era un puro dolor. Pero no importaba, pues ya se encargaba la niña de tirar de las dos, pataleando. No decía palabra, pero podía verse en su expresión tenaz que nada iba a detenerla.

Llevada en volandas, atravesando el mar, lloró Micaela una lágrima de tristeza y otra de alegría. Qué insospechado podía ser el destino de nuestros actos, qué importantes los instantes singulares. Fue porque Martín había sacrificado su vida que se había salvado aquella niña; y fue porque aquella niña había llegado viva hasta la playa, que también viviría Micaela.

Muniadona, la que nunca se interesaba por nadie y que solo miraba por sí misma, entró cuanto pudo en el agua, aun con riesgo de ahogarse.

—¡Vive Dios!, ¡qué fría está, la muy cabrona!

Entre ella y la niña sacaron a Micaela del agua, exhausta, medio asfixiada; y la tendieron en el camino. El lobo lamió la sal de su cara.

Micaela echó un vómito de agua de mar; murmuró algo largo e incomprensible. La niña y Muniadona se miraron sin entender nada. Micaela volvió a intentarlo.

—¡Martín! —exclamó—. ¡Martín! ¿Qué ha sido de él?

La niña bajó la mirada.

No le gustaba, eso de estar viva a causa del sacrificio de otro. Desde niña había querido ser una guerrera, pues le era difícil elegir qué labores odiaba más, si las del hogar o las del campo. En su mente almacenaba toda clase de información sobre modelos de armaduras, tipos de espadas y cuchillos, estrategias de batallas. Y no se perdía una leyenda o un cantar de caballeros, a los que trataba de imitar en todo. No había dudado, pues, cuando supo que los francos iban a arrasar sus tierras, y, disfrazada con un casco y un peto, se unió al ejército del rey Sancho.

Aunque estaba agotada, la pequeña se puso en pie y, en una lengua extraña, comenzó a contar lo que había pasado. Ni Micaela ni Muniadona ni el lobo comprendieron una sola palabra.

—¡No entendemos! —le dijeron—. ¡¿Es que no sabes hablar en cristiano?!
Y la niña contestó en su lengua de las montañas del norte.

Tampoco ella había comprendido nada de cuanto le preguntaban; pero una

palabra, solo una de las que habían pronunciado aquellas mujeres, había estado clara: «Martín».

Para narrarles lo que había ocurrido se valió de señas y de ruidos, de saltos y voces; le brillaban los ojos al contar la batalla. Esgrimiendo una espada invisible, movía la mano tal como lo había hecho Martín Torres. Imitaba los movimientos de sus enemigos y de nuevo se ponía en el sitio del mercenario e inventaba los ruidos que hacían las espadas al golpearse, los filos al rajar la carne, la sangre que salpicaba. El lobo daba un ladrido cuando alguno de los francos asestaba un mandoble al Martín imaginario.

El crepúsculo encendía el pelo de la niña y marcaba en luz el contorno de su cuerpo, también el de las mujeres y el lobo, que la escuchaban sobre la campiña del sendero, reflejados en el agua. Miraban hipnotizados cómo la pequeña se crecía, contando cómo fue yendo a más y más la batalla formidable, donde cada vez mayor número de francos atacaban al invencible Martín, traicionándole con todo tipo de bajezas, mientras él se giraba hendiéndolos a pares con su espada.

Hasta que en un momento dado, la niña se detuvo y fingió caer al suelo, derrotada.

Como heridos, los ojos de Micaela adquirieron un brillo.

—¿Murió?

La chiquilla no comprendió sus palabras.

—¡Coño! ¿Qué fue de él?, ¡demonios! ¡¿Lo mataron?!

Una sonrisa delicada iluminó la cara de la pequeña.

Hizo ademán de que alguien le sujetaba las muñecas, atándoselas; y que después era conducida a la fuerza, protestando.

Señaló hacia lo alto del camino, y dibujó en el aire unas montañas con la mano.

—Martín —dijo indicando con el dedo—. ¡Martín!

Muniadona y Micaela miraron hacia donde la niña señalaba; hacia donde los francos mantenían prisionero a Martín Torres.

3

—¿TE QUEDAN BIEN?

—Me siento rara con ellas, pero me quedan bien, sí.

Se acercaba Muniadona hacia donde Micaela se había retirado para preparar el hatillo de su viaje. La comadreja terminaba de untarse las manos con el ungüento que había extraído del gurrño de hojas. En pocos días, a este ritmo, habrían sanado los cortes.

Elevaba calzado un estupendo par de botas. Ea prostituta las había recuperado de los restos del naufragio y las había adaptado para ella.

—Me alegro de que te sirvan. Los terrenos son aquí más escarpados, te conviene llevarlas.

Micaela se puso en pie. Se miró, recordando con pena al sastre Bernardino; cómo le hubiese gustado estar allí, aconsejándola acerca de su vestimenta. Muniadona había estado buena parte de la tarde cortando y cosiendo, pues en esto era bastante más apañada que en los experimentos gastronómicos. Entre las dos habían conformado las telas para componerle un atavío adecuado. Tiras de cuero recorriendo sus brazos, envueltos hasta el codo para protegerla de los puñales; una cuerda atada a la cintura, ciñendo el peto. Con un pedazo del velamen que la marea había traído del barco y que tuvieron que secar al sol, habían compuesto una estupenda capa con capucha, que en mucho la beneficiaría en aquellas tierras lluviosas. Al verse las botas que Muniadona había adaptado para ella, Micaela evocó con nostalgia aquella mañana primera, en que salió al mundo descalza.

—Mucho mejor, Micaela. Parecías una pedigüeña. Y ahora...

Para asombro de la comadreja, Muniadona dio un buen rasgado a una de las calzas, hasta dejar asomar, desnudo, el muslo de la chica.

—¿Y eso? ¡Si la has roto!

—Hummm, no, Micaela, no la he roto. Este es el *toque Muniadona*.

Linas risas llamaron su atención. Allá, junto a la entrada de la cueva, jugaban la niña y el lobo. Ella molestándolo, tirándole de las orejas, del rabo, montándolo como un caballo; y él dejándose hacer, paciente, bostezando. Qué agradable le resultaba a la playa volver a escuchar risas, después de tantos años.

—Le debo la vida —murmuró Micaela mirando la escena—. No es una deuda de las que se olvidan.

—He conseguido sacarle el nombre —dijo Muniadona, mirando todavía a la pequeña guerrera—. Entre que no es muy habladora y esa lengua que habla, la jodida... Se llama Maitane.

Suspiró.

—Micaela, ¿crees que podré? Tengo poca costumbre. Con las niñas que conocí en el burdel era mejor no encariñarse, ahora voy a tener que aprender.

Micaela la miró sonriendo. Asintió, convencida.

—Podrás.

Muniadona se rodeó con los brazos, y una extraña calma se apoderó de su hasta ahora inquieto pecho.

—Empiezan por eme —dijo.

—¿Qué?

—Como si alguien lo hubiera escrito para que sucediera así. ¿No te has dado cuenta? Todos nuestros nombres empiezan por eme.

Micaela sonrió también.

—Quizás —añadió Muniadona— haya un destino que escriba todo esto que nos pasa.

—Desde luego, de haberlo, una cosa es segura. Muni: quien lo escribe es un cabrón.

—O cabrona.

Se rieron las dos.

Micaela levantó la mirada al atardecer. Los ojos azul añil reflejaron el cielo crepuscular, tornándose en fuego. El agua se había retirado ya a su posición habitual, dejando la calita abierta al aire, de nuevo.

Habían desaparecido las estatuas, hechas añicos por la violencia de la corriente o arrastradas hacia mar abierto cuando se replegaron las aguas. De la playa no quedaba ni la arena, solo un suelo alfombrado de piedras. Con la arena se habían ido también los huesos de todos los que murieron allí. La playa, aún desolada, parecía limpia de pronto. Quedaría, para siempre y sin más adorno, bautizada con otro nombre: «la de piedra». Soplabla una brisa salada y revitalizadora; en lo alto del acantilado se oía chillar a las gaviotas.

Micaela tuvo la sensación de que, al cerrar el puño sobre su media espada,

la *Ferox* temblaba de alegría. Si la espada fuese gato habría ronroneado. La encajó, como solía, en el hatillo que llevaba a la espalda.

—Me va a agarrar la noche, pero no quiero esperar más. Quizá les dé por ponerse a ejecutar prisioneros. Tengo que marcharme.

Muniadona asintió.

—Te diría que comieras algo antes de irte, había preparado un guiso de pescado.

—¿Tú? —dijo Micaela celebrándolo con mucha fiesta.

—Digo que te lo diría, porque se lo ha comido el lobo en un visto y no visto.

Rieron otra vez la chica y la mujer, luchando contra aquellas ganas enormes de echarse a llorar.

Hubieran querido darse un abrazo, pero ninguna de las dos dio el primer paso, y no se movieron.

La mujer preguntó:

—¿Cómo te parece que llamemos a la comunidad? ¿«Las mujeres de Muniadona»?

Al echarse a reír, Micaela sintió que se le escapaban solas las lágrimas.

—Las «libres» estará bien, Muni.

—De acuerdo. —Aquí dijo atragantada Muniadona—: Mándame a todas las que encuentres, no quiero estar sola aquí durante mucho tiempo.

Reclutarían a otras y se iría corriendo la voz, en efecto; vendrían más. Allí solo imperaría una ley: nadie echaría en cara a otra mujer cuál había sido su vida; nadie las llamaría putas, o brujas. Ni siquiera raras. Nadie las juzgaría. Para formar parte de esta nueva comunidad solo una cosa les sería requerida: que lucharan para tener un futuro.

Desde la entrada de la gruta, elevó las orejas el lobo, al verlas despidiéndose, y se puso en pie, dispuesto a marchar.

Bastó una mirada de Micaela, pues ya se comprendían sin hablar, que le dijera con los ojos que se quedase a protegerlas, para que el animal relajara los músculos y obedeciera.

Había pasado junto a ella hambre y penurias, se vio obligado a convertirse en su niñera, arrastrado a batallas y a ciudades hostiles, y tuvo que ir de un lado a otro sin poder dar opinión, pero cuánto iba a echarla de menos.

Viéndolos jugar, a Micaela le fue imposible evitar una sonrisa. Todavía dedicó un recuerdo a la pequeña y le entregó a Muniadona una cosa para ella.

—Despídeme de la niña.

Y Micaela partió, sin querer mirar atrás. Así nadie podría ver cómo se iba tragando las lágrimas.

Cuando la niña Maitane vio de pronto que se había marchado Micaela, por un momento quedó detenida, estupefacta. Luego echó a correr hacia el sendero. Corrió con todas sus fuerzas, y gritó su nombre, que en aquel acento extraño suyo sonaba todavía más hermoso. Como buena aficionada a las leyendas de caballeros, era una fiel seguidora de las aventuras de Micaela Mediaespada.

A tal punto había crecido la leyenda que corría ya un cantar popular que se recitaba de pueblo en pueblo y algunos de cuyos versos conocía bien la pequeña. El cantar había ido creciendo hasta hacerse largo y complicado, y tenía ya dos o tres continuaciones, que variaban según se contasen en las tierras del noroeste, donde los juglares eran más adictos a introducir peleas con morbo y sangre; o en el noreste, centradas en el mundo interior del personaje, según la moda de los francos. Era tal la sed de saber más aventuras de la comadreja que un detalle mínimo de un guardia, otro de un bandido huido, crecían como una chispa que prende, y se armaban enseguida en fantasiosas historias. En ellas, Micaela Mediaespada montaba un ligero corcel de sugerente nombre: Banzo, cuyo rostro recordaba al de un carnero; también se habían recreado mucho los norteños en el atuendo de la heroína, y contaban que llevaba un escudo con amatistas, topacios y carbunclos rojo sangre. «¿Es verdad lo de la armadura? —preguntaban los niños a los juglares—. Que Micaela viste una armadura toda de plata, ¿es verdad? ¿Y que sus guerreros son todos frailes castos que llevan un estandarte con la sagrada cabeza de Santa Justa?». «¿Es verdad? Dinos; que ella sola se enfrentó a la guardia del capitán Alanqar y que un lobo obedecía sus órdenes». «Que tiene el pelo hecho de oro». «¿Es verdad que la protege Vaélico, el guardián del inframundo, y que la sigue adónde va? ¿Y que ella sola acabó con los bandidos de las montañas?». Maitane conocía todas las versiones y coleccionaba muchos de los objetos que algunos comerciantes avispados

habían sacado al hilo de tales peripecias, desde tallas de alcornoque a figuritas de fieltro.

Gritando su nombre rompió a llorar.

Solo se detuvo al pie del sendero, junto a Muniadona.

Se había ido.

—Micaela —susurró Maitane con voz quebrada.

Muniadona apartó con el dorso de la mano todo aquel llanto, toda aquella pena.

—No podía llevarte con ella, pequeña insensata. ¿No entiendes?

A pesar de que no comprendía las palabras, Maitane la entendió. Hizo un mohín con la barbilla, luchando para no llorar.

Muniadona miró hacia el sendero que se perdía en lo alto.

—Tienes que quedarte aquí, chiquilla. Para cuidar de mí. De todas las que vengan. Cuida de nosotras, Maitane.

Y de un pliegue cosido dentro del vestido, extrajo un pequeño objeto, que puso entre las manos de la niña.

—Ten —le dijo—. Me lo dio para ti.

Maitane la miró con los ojos vidriosos, conmovida, y Muniadona añadió:

—Para cuando tengas miedo.

La niña lo aferró contra su pecho, e, incapaz ya de contener las lágrimas, se lo llevó consigo; salió corriendo, en dirección a la cueva, y allí se metió a desahogar la pena; a contemplar, embelesada, la comadreja tallada en madera que le había regalado Micaela Mediaespada.

Desde lo alto del acantilado, Micaela miró hacia abajo.

Sorprendía el mundo que había quedado tras la gigantesca marejada. Veremundo había tenido razón. Los desastres habían barrido la tierra. Los muertos se habían levantado, esgrimiendo sus rencores, los viejos pecados habían sido juzgados; algunos encontraron castigo, otros el perdón; Dios retornaba a su vieja costumbre de no hacer nada, en el más absoluto silencio.

Pero de una cosa estaba segura Micaela: empezaba un mundo nuevo y ella iba a ayudar a construirlo.

«No mires atrás. Mejor nunca mirar atrás».

Micaela se dio la vuelta, dispuesta a comenzar un nuevo camino, el que la llevaría a rescatar a Martín Torres de las garras del ejército franco.

Echó a caminar.

Cruzadas en la suela, dos tiras de cuero iban dejando una huella, la firma que estampaba en secreto el último regalo de Muniadona: el signo que advertía de que por allí había pasado el castigo de criminales y cobardes, temor de los malvados. Con cada paso, Micaela Mediaespada iba marcando en la tierra la huella de una M.



EPÍLOGO

CON EXTREMO CUIDADO, PARA NO DESPERTAR A LOS OTROS, Miguel Cirueña soltó las bridas que ataban a los caballos. Al suyo le hizo una caricia y lo dejó sujeto, de momento.

Caminó de puntillas sobre la hojarasca y echó un puñado de tierra sobre la hoguera. Se hizo más negra la noche sin luna.

Lo que ocurrió luego, amparado en la oscuridad, no lo hizo porque sí, aunque bien sabe Dios que aquella mala bestia se lo merecía. Miguel desenvainó su puñal, se acercó al señor Sombra mientras dormía y le vació un ojo.

Hacía un par de horas que había anochecido, pernoctaban en medio de la playa, agotados por la larga matanza. Esto lo había aprendido Miguel luchando de la mano de Al-Muzáffar y Sanchuelo, los hijos de Almanzor, cuando, convertido ya en el capitán Fero, traicionaba a los cristianos: nada mejor que una acción sorpresiva y brutal en medio de la noche para distraer la atención del enemigo.

El de Miguel Cirueña fue un acto poco meditado, un impulso, movido por tantos días de inquietud, de desasosiego. Tras destripar a aquella mujer, Regina, una costra había caído de su alma, dejando en carne viva viejas heridas morales que había ido apartando durante años; era incapaz ya de soportarse a sí mismo. Ver a aquella criatura en manos de semejantes monstruos acabó por rebasar sus tragaderas. Esa misma noche, clavó en un árbol la espada *Ferox*, que tan bien le había servido durante tantas batallas, y la dobló. La dobló con todas sus fuerzas, poniendo el mismo empeño que si

quisiera romper su espíritu, hasta que partió la hoja.

Miguel Cirueña contempló la espada partida por la mitad.

En ese momento ya había tomado una decisión, aun sin meditarla. Por primera vez fue él, y no el destino, quien llevaba las riendas de su vida.

Se organizó un terrible escándalo; los aullidos del señor Sombra despertaron al Piojo y a Raymundo Lacruz; la madrugada quedó estremecida ante los gritos de la comitiva negra. «¡Mi ojo! ¡Mi ojo!», gritaba el amigo Sombra en la oscuridad. «¡Nos atacan!», gritaba Lacruz. Los caballos salieron de estampida, asustados por la batahola.

Aprovechándose de la negrura y del desconcierto de los otros, flotando entre los gritos, Miguel Cirueña tomó en sus brazos a la pequeña hija de Alba, la niña que Raymundo Lacruz custodiaba como el más preciado de sus tesoros. El rubio Miguel se la llevó consigo.

Dejó atrás los improperios, las maldiciones, cabalgando entre los árboles del bosque, a oscuras, dejándose guiar por el instinto de su caballo. Poco le importaba adónde le condujera, solo pretendía alejarse de la comitiva negra y, por encima de todo, alejar a la niña de Lacruz. No tenía adónde ir, no sabía qué hacer con un bebé tan pequeño; pero estaba seguro de que no podía resolverlo de otro modo. Ya encontraría su impulsivo corazón a quién entregarla.

Así ocurre cada vez que uno se siente en peligro, siempre queda ese recurso. Miguel Cirueña acudió a Saraqusta, y, a pesar de que apenas tenía trato con su madre, pues la Pelleja siempre fue mucho de ir por su cuenta, le suplicó ayuda.

Nada más aparecer, solo por la cara que traía su hijo, Juana supo que algo espantoso había ocurrido. Al ver la marca que la bruja había hecho en el brazo de la niña para que su destino estuviera unido al del alguacil, se negó la experimentada vieja a que Miguel la comprometiera contándole más secretos. Temía demasiado a Lacruz, le había visto utilizar su famosa astilla de San Dimas.

—Mejor no buscar —dijo la Pelleja—. No *saber*. Nunca mirar atrás.

Pero nunca olvidaría la quemadura en el bracito. Solo mucho tiempo más

tarde, convertida ya en cicatriz, volvería a encontrarla en el brazo de una chica, enjaulada como ella dentro de la prisión de Saraqusta.

A la hora de la verdad, Juana la de los mil venenos supo extraer de dentro de sí algo que siempre creyó que no tenía: una suerte de torcida ternura. Fue ella la que curó la mano mutilada de Miguel Cirueña y dio paz a aquellos nueve dedos que habían quedado tras el mordisco. Fue ella la que cuidó de la pequeña en sus primeros días.

Durante algunas semanas, asesino y niña se escondieron en Saraqusta. Al bebé le dieron el pecho todas las nodrizas de la ciudad mora; no hubo una que no adorara aquellos ojos, que ya apuntaban al azul añil que la pequeña había heredado de su madre. Fueron días de paz que, todos eran conscientes, no podían durar. El antiguo soldado se desentendió de la chiquilla, y todos los días Miguel Cirueña anunciaba que al día siguiente partiría dejándola atrás.

Cuando se enteraron de que había llegado a la ciudad un jinete tuerto buscando a una niña recién nacida, Miguel tuvo que afrontar la realidad: podría enfrentarse al señor Sombra, pero el alguacil enviaría a otros.

—Escapa —le dijo al rubio su madre, la Pelleja.

—Es lo que pienso hacer, madre. Voy a recoger mis cosas antes de que la pequeña eructe dos veces. Ojalá no te dé muchos problemas.

La cara de la vieja adquirió la tonalidad de una mala esmeralda.

—No pensarás ni por un momento —dijo enseñando la sonrisa— que te irás dejándola aquí, ¿verdad?

Y entonces fue la de Miguel la cara que se puso verde.

—Adéntrate en lo más profundo de algún bosque —añadió la Pelleja—. Busca un claro, levanta una cabaña y esconde allí a la niña. Rehúye el contacto con el mundo, si quieres que la pequeña viva. No dejes que nadie se os acerque.

—¿Hacerme campesino? —replicó el hijo—, ¿yo? No valgo para esa vida.

La Pelleja se encogió de hombros, tomó a la pequeña y se la entregó a Miguel.

—Abandónala en un camino entonces. Todavía si fuera un niño... Nadie la

querrá ni regalada, es una boca más que alimentar. Morirá.

De reojo observó Miguel al bebé apretujado contra su hombro. Olía raro, lloraba a todas horas la condenada, y no había pañales que contuvieran semejantes desahogos, pero aquellos ojos... Aquellos ojos le hablaban a Miguel Cirueña en un idioma que jamás habían escuchado sus oídos montaraces. Por las noches, Miguel regresaba de sus tabernas y sus burdeles, y se asomaba a la cuna en busca de este idioma, para mirarse reflejado en los ojos del bebé como quien busca refrescarse en agua limpia.

El antiguo soldado sintió el pequeño corazón latiendo contra su pecho; después, la niña le vomitó encima.

Agachó la cara Miguel, sabiendo ya la verdad que llevaba tiempo negándose a sí mismo: que sería incapaz de dejarla atrás.

—Me preocupa —dijo— que un día descubra quién fui, madre; las cosas que hice.

A esto le aconsejó Juana:

—Pues no le cuentes nunca la verdad, que crea que eres su padre.

—Preguntará por su madre.

—Dile que murió de fiebres, siendo ella muy niña —respondió la Pelleja.

—¿Hacer que viva para siempre en una mentira?

—No le hará ningún bien saber esta historia terrible, hijo; y, de enterarse, solo serviría para encender en ella el ascua de la curiosidad. No hay más que ver el fuego de esos ojos: esta niña tiene el corazón de una fiera salvaje. ¿No has visto que mira como las comadreas? Acudiría corriendo a enfrentarse con Raymundo Lacruz, pondría en peligro su vida y todo este sufrimiento, todas estas muertes no habrían servido de nada.

Miguel Cirueña no lo tuvo claro, desde luego. Durante aquel tiempo había mantenido la secreta esperanza de que, finalmente, la mujer de su hermano le eligiera a él. Dejar atrás una vida de pependencias y trasladarse al molino, sí, pero con ella, que era la mujer de su vida. Su madre, que lo conocía como conocen todas las madres, vio en él los ojos de un enamorado.

—Hijo, no hay cabida para una historia de amor en la vida que estás a punto de emprender. Si decides conservar a esta niña contigo, dedicarás toda tu existencia a su cuidado; a salvaguardarla de que, un día, la encuentre Raymundo Lacruz.

—Algún día podré tomarme un respiro, ¿no?

—Nunca, mi querido muchacho. Es por eso que yo jamás fui una buena madre.

Y fue así como Miguel Cirueña emprendió una nueva vida, a su pesar. Él, que había sido un *vivalavirgen*, que entró y salió a su albedrío, sin negarse ningún placer, adquirió la más desagradecida de las tareas: se convirtió en padre.

Hijo y Pelleja se despidieron una mañana en secreto, en el camposanto de Saraqusta, cerca del puente que tantas veces visitaría ella luego, con los años. Miguel Cirueña llevaba en sus brazos a la niña, envuelta en una manta.

—¿Cómo piensas llamarte ahora? —le preguntó la vieja—. Tendrás que volver a cambiar de nombre, esos malparidos estarán buscando entre todos los Miguel Cirueña de la Marca.

Y Miguel respondió, encogiéndose de hombros:

—No lo he pensado. Tuve un buen amigo llamado Mathías, hace años. Quizás escoja ese nombre.

—Me gusta —respondió Juana. Echó una risa—. De todos modos poca gente te llamará por tu nombre, con esa mano. Todos te dirán Nuevededos.

No hubo entre ellos besos ni abrazos, ni una sola lágrima. Eran los dos de corazón frío; tan mala madre una como mal hijo el otro. Miguel Cirueña, Mathías Nuevededos, subió al caballo con la pequeña entre sus brazos, dormida, inconsciente de los terribles planes que el futuro tenía para ella.

Antes de marcharse, la vieja acarició la frente de la criatura, y musitó para su protección una vieja salmodia.

Juana evocó para sí los días que había compartido con la madre de aquella niña, Alba; cuando le enseñaba la magia de las hierbas, la alquimia de los metales. Trató de hilar quién, de entre todos los hombres que conocieron entonces, pudiera haber embarazado a la chica.

Cuando Juana la de los mil venenos cayó en la cuenta de quién podía haber sido, se persignó, estremecida.

«Válgame Belcebú», dijo por lo bajo.

Rezó por que la niña no descubriera nunca quién era su padre.

Se miraron por última vez los dos, la vieja y su hijo menor. Ya nunca más se verían. Algo en el interior de ella se lo dijo, y a pesar de que no hubo entre

ellos besos ni abrazos, ni una sola lágrima, Juana aprovechó para despedirse de él en el fondo de su corazón chamuscado. Soplaba una brisa cálida, anticipo del caluroso verano que, muy pronto, habría de echárseles encima. A su alrededor, en la hierba del camposanto, bailaban los fuegos fatuos.

—Adiós, madre —dijo él.

Tiró de las bridas e hizo girar al caballo. Empezó el camino.

Cuando su hijo estaba ya a algunas varas, Juana cayó en la cuenta de algo. Adelantó dos pasos y, alzando la voz, exclamó:

—¡Espera! ¿Y a la niña? ¡¿Cómo piensas llamar a la niña?!

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento a Alicia G.S., a Lucía Luengo, Noelia Berlanga, Isabel Bou Bayona, Carmen Calatrava, Lourdes Cil, Fabiola L, Gabriela L, Alba Regó, Ana Lorenzo, Susana López, Cristina Tapias, Leticia Torre, Carla Jubells Gil, Alba Feo Cabrera, Sandra Hernández, Cristina Arencibia de Lorenzo-Bayón, Sara Zubiate, Maruxa L, Pablo Zapata, Julia Fernández Ruiz y Ana G. Aranda. Y a todo el equipo de Ediciones B, en especial a Nuria Fernández y Samuel Gómez.

En mayor o menor parte, todas estas personas contribuyeron a que esta novela sea lo que es.

Madrid, 21 de noviembre de 2018



OLIVIA STERLING (Darjeeling, 1980), de padre inglés y madre española, pasó su infancia y adolescencia en distintos lugares del mundo. Tiene estudios de Filosofía, Historia y Antropología. Hace dos años decidió retirarse a escribir en una casa cerca de un acantilado sobre el Atlántico. Allí creó Ferox.